ARTHUR C. CLARKE
Y STEPHEN BAXTER
LUZ DE OTROS TIEMPOS
GRANDES NOVELISTAS EMECÉ

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

La historia de lo que sucede cuando un brillante industrial aprovecha los beneficios de la física cuántica. Así consigue que cualquier persona pueda ver lo que hace otra desde cualquier sitio en cualquier situación. Las esquinas y paredes ya no son barreras, todo momento de la existencia por muy privado o íntimo que sea queda expuesto a los demás. Esta nueva tecnología supone la súbita abolición de la intimidad humana… para siempre. Mientras que los hombres y mujeres afrontan el trauma de la nueva situación, esta misma tecnología demostrará ser capaz de mirar también en el pasado. Nada puede prepararnos para lo que vendrá después: el descubrimiento de lo que hay de verdad y mentira a lo largo de los miles de años de historia humana tal y como la conocíamos. Como consecuencia de este saber, los gobiernos son derribados, las religiones caen, las bases de la sociedad humana tiemblan desde su propia raíz. Marca un cambio fundamental en la condición humana provocando la desesperación, el caos, y quizás, también la oportunidad de trascender como raza. Luz de otros días es un tour de force, un evento para el próximo milenio y una narración que no olvidarás.

- Arthur C. Clarke y Stephen Baxter
  - Dedicatoria
  - PRÓLOGO
  - UNO
    - 1. EL MOTOR DE CASIMIR
    - 2. EL OJO DE LA MENTE
    - 3. LA FÁBRICA DE GUSANOS
    - 4. AJENJO
    - 5. PARAÍSO VIRTUAL
    - 6. LA PERLA DE MIL MILLONES DE DÓLARES
    - 7. LA CÁMARA GUSANO
    - 8. PRIMICIAS SENSACIONALES
    - 9. EL AGENTE
    - 10. LOS CUSTODIOS
    - 11. EL BORNE CEREBRAL
    - 12. ESPACIO-TIEMPO
  - DOS
    - 13. PAREDES DE VIDRIO
    - 14. AÑOS LUZ
    - 15. CONFABULACIÓN
    - 16. LA GUERRA POR EL AGUA
    - 17. LA MÁQUINA DEL DESDORO

        - 18. PERCEPCIÓN RETROSPECTIVA
        - 19. TIEMPO
        - 20. CRISIS DE FE
        - 21. CONTEMPLAD AL HOMBRE
        - 22. EL VEREDICTO
    - TRES
        - 23. EL ESCENARIO ILUMINADO CON REFLECTORES
        - 24. OBSERVANDO A BOBBY
        - 25. REFUGIADOS
        - 26. LAS ABUELAS
        - 27. LA HISTORIA DE LA FAMILIA
        - 28. LAS EDADES DE SÍSIFO
    - EPÍLOGO
    - PALABRAS FINALES
- notes
    - 1
    - 2
    - 3
    - 4
    - 5
    - 6

Arthur C. Clarke y Stephen Baxter
Luz De Otros Tiempos

¿No es posible —me pregunto a menudo— que las cosas que hemos sentido con gran intensidad tuvieran una experiencia que sea independiente de nuestra mente; que, de hecho, siguieran teniendo existencia? Y, de ser así, ¿no será posible que, con el tiempo, se invente algún artefacto por medio del cual podamos retomarlas?… En vez de recordar una escena por aquí y un sonido por allá, yo metería un enchufe en la pared y escucharía a hurtadillas el pasado…

—Virginia Woolf (1882–1941)

Dedicatoria

Para Bob Shaw

PRÓLOGO

Bobby podía ver la Tierra, entera y serena, dentro de la jaula de luz plateada que la envolvía.

Dedos de verde y azul se abrían camino hacia el interior de los nuevos desiertos de Asia y del Medio Oeste norteamericano. Arrecifes artificiales centelleaban en el Caribe, su color azul pálido recortado contrala parte más profunda del océano. Grandes y rígidas máquinas trabajaban con esfuerzo sobre los polos, para reparar la atmósfera. El aire estaba límpido como el cristal, pues ahora la humanidad extraía la energíaque necesitaba del núcleo mismo de la Tierra.

Y Bobby sabía que, de así desearlo, con un mero esfuerzo de la voluntad podría mirar hacia atrás en el tiempo.

Podría mirar ciudades floreciendo sobre la paciente superficie dela Tierra, las que después se agostarían y desvanecerían como rocío herrumbroso. Podría mirar especies arrugarse y recurvarse como hojas que se enrollan adentro de sus retoños. Podría mirar la lenta danza de los continentes mientras la Tierra otra vez acumulaba su calor primigenio dentro de su corazón de hierro. El presente era una burbuja centelleante y creciente de vida y conciencia, con el pasado encerrado dentro de ella, atrapado sin poder moverse, del mismo modo en que lo estaría un insecto inmovilizado en ámbar.

Durante largo tiempo, en esta Tierra rica y en expansión, engarzada en la sabiduría una humanidad perfeccionada había estado en paz, una paz que era inimaginable cuando Bobby nació.

Y todo esto había provenido de la ambición de un Solo hombre, un hombre apasionado, lleno de defectos, un hombre que nunca llegó a comprender siquiera adonde lo habrían de conducir sus sueños.

Qué notable, pensó.

Bobby inspeccionó su pasado… y su corazón.

UNO
LA PECERA CON PECECITOS DORADOS

Sabemos lo cruel que es la verdad a menudo, y nos preguntamos si el delirio no brinda más consuelo.

—Henri Poincaré (1854–1912)

1. EL MOTOR DE CASIMIR

Poco después del alba, Vitali Keldish subió ceremoniosamente a su auto, conectó el sistema de inteligencia artificial para conducir y dejó que el vehículo lo alejara velozmente del descuidado hotel.

Las calles de Leninsk estaban vacías; la superficie de la calzada, agrietada; muchas ventanas estaban clausuradas con tablas clavadas en los marcos. Vitali recordaba cómo había sido este lugar en los años setenta durante su apogeo; quizás una bulliciosa ciudad de científicos con una población de decenas de miles de personas, con escuelas, cines, una piscina de natación, un estadio para la práctica de deportes, cafeterías, restaurantes, hoteles; y hasta con su propia estación de televisión.

A baikonur, continuaba proclamando el viejo cartel azul con su flecha indicadora en blanco que permanecía aún allí, con ese antiguo nombre engañoso, cuando Vitali atravesó la salida principal de la autopista hacia el norte de la ciudad. Y seguían aquí, en el vacío corazón de Asia, los ingenieros rusos construyendo naves espaciales y disparándolas hacia el cielo.

Pero, reflexionó tristemente Vitali, no por mucho tiempo más.

El Sol salió por fin y desplazó las estrellas; a todas menos una, observó Vitali, la más brillante de todas. Se desplazaba con velocidad pausada pero no natural de un extremo al otro del cielo austral. Eran las ruinas de la estación espacial internacional, nunca completada, y abandonada en 2010, después de la colisión del antiguo transbordador espacial. Pero la estación todavía se movía a la deriva alrededor de la Tierra como una invitada indeseable a una fiesta que hacía mucho había finalizado.

En el paisaje estepario que se veía más allá de la ciudad, Vitali dejoatrás un camello que estaba parado pacientemente al costado del caminí), junto al cual había una mujer delgada vestida con harapos. Era una escena con la que Vitali pudo haberse topado en cualquier momento de los últimos mil años, pensaba; como si todos los grandes cambios, políticos, técnicos y sociales que se habían extendido de un extremo al otro de esta tierra hubiesen sido para nada. Quizás ésta fuera la realidad.

Pero bajo la cada vez más intensa luz del sol de este amanecer primaveral, la estepa estaba verde y sobre ella había esparcidas flores de un amarillo brillante. Vitali bajó la ventanilla con la palanca y trató de percibir la fragancia del campo que recordaba tan bien; pero su nariz, arruinada por toda una vida de tabaco, lo traicionó. Sintió una punzada de tristeza, como le ocurría siempre en esta época del año: la hierba y las flores pronto se irían. La primavera de las estepas era

breve, tan trágicamente breve como la vida misma. Llegó al campo de lanzamiento.

Era un sitio de torres de acero que apuntaban hacia el cielo, de inmensos montículos de hormigón armado. El cosmodromo —mucho más vasto que sus competidores del oeste— cubría miles de kilómetros cuadrados de esta vacía tierra. Gran parte de este sitio estaba abandonado ahora, claro está; las grandes torres de lanzamiento iban oxidándose lentamente unas con el aire seco, y a otras se las había derribado para convertirlas en chatarra, con el consentimiento de las autoridades o sin él.

Pero esa mañana había mucha actividad en torno de una de las plataformas. Vitali pudo ver técnicos vistiendo sus trajes protectores y cascos anaranjados, que se desplazaban de manera precipitada alrededor de la gran torre de lanzamiento, como si fueran fieles a los pies de un dios inmenso.

Una voz flotó de un punto a otro de la estepa proveniente de una torre con altavoces: *gotovnosty dyesyat minut.* Diez minutos y contando.

La caminata desde el automóvil hasta el puesto de observación, corta como era, lo cansó grandemente. Trató de pasar por alto el martilleo de su obstinado corazón, el aguijoneo del sudor sobre el cuello y la frente, la jadeante falta de aire, el dolor severo que le atormentaba el brazo y el cuello.

Cuando ocupó su lugar, las personas que ya se hallaban allí lo saludaron: hombres y mujeres corpulentos, complacientes, que en esta nueva Rusia se movían dúctilmente entre la autoridad legítima yél lóbrego submundo; y había técnicos jóvenes, caras de rata como huías las nuevas generaciones, debidas al hambre que atormentaba al país desde la caída de la Unión Soviética.

Vitali aceptó los saludos, pero se sintió feliz al poder hundirse en un aislado anonimato. A los hombres y mujeres de este duro futuro no les interesaba él ni sus recuerdos de un pasado mejor.

Y tampoco les importaba mucho lo que iba a suceder aquí. Todo su chismorreo era acerca de sucesos que ocurrían muy lejos: sobre Hiram Patterson y sus agujeros de gusano, y su promesa de hacer que la Tierra misma fuera a ser tan transparente como el cristal.

Esto era verdaderamente obvio para Vitali, quien resultaba ser la persona de mayor edad entre los aquí presentes; el último sobreviviente de los antiguos tiempos, quizá. Ese pensamiento le dio un cierto placer amargo.

Habían transcurrido, de hecho, casi con exactitud, setenta años desde el lanzamiento del primer *Molniya*, relámpago, en 1965. Pudieron haber sido setenta días, tanta era la intensidad con que los sucesos estaban grabados en la mente de Vitali, cuando el joven ejército de científicos, ingenieros en cohetería, técnicos, obreros,

cocineros, carpinteros y albañiles había llegado a esta poco prometedora estepa, y viviendo en chozas y tiendas, alternativamente calcinándose y congelándose, armados con poco más que su dedicación y el genio de Korolev, habían construido y lanzado las primeras naves espaciales de la humanidad.

El diseño de los satélites *Molniya* había sido absolutamente ingenioso: los grandes propulsores de Korolev no tenían la capacidad de lanzar un satélite hasta ponerlo en órbita geosincrónica, ese radio elevado en el que la estación habría de flotar por encima de un punto fijo de la superficie de la Tierra. De modo que Korolev lanzó sus satélites en trayectorias elípticas de ocho horas: con esas órbitas, cuidadosamente escogidas, tres *Molniya* pudieron brindar cobertura de comunicaciones para la mayor parte de la Unión Soviética. Durante décadas, la URSS, y luego Rusia, había mantenido constelaciones de *Molniya* en sus excéntricas órbitas, que a ese país tan grande y de contornos irregulares le proporcionaron la unidad social y económica esencial.

Vitali consideraba los satélites de comunicaciones *Molniya* como el logro más grandioso de Korolev, que incluso eclipsaba las proezas de ese diseñador en cuanto al lanzamiento de robots y seres humanos al espacio para tocar Marte y Venus, llegando incluso —estuvo tan cerca— hasta casi derrotar a los estadounidenses en la llegada a la Luna.

Pero ahora, quizá, la necesidad de esos maravillosos pájaros estaba desapareciendo finalmente.

La gran torre de lanzamiento se desplazó hacia atrás y los últimos conductos de suministro de combustible se separaron y cayeron, retorciéndose con lentitud como gordas serpientes negras. Ante la vista apareció el contorno estilizado del propulsor en sí: una forma de aguja con el plisado barroco típico de los diseños anticuados, maravillosos, absolutamente confiables de Korolev. Aunque el sol ahora se encontraba alto en el cielo, el cohete estaba bañado en brillante luz artificial, envuelto en volutas de vapor exhalado por la masa de combustibles criogénicos que llevaba en los tanques.

Tri. Dva. Odin. Zashiganiye![1]

Ignición…

* * *

Mientras Kate Manzoni se acercaba a los predios de Nuestro Mundo, se preguntaba si había procurado ser algo más que de buen

tono presentarse apenas lo suficientemente tarde para este acontecimiento grandioso, mientras brillante estaba el cielo del Estado de Washington pintado por el espectáculo de luces de Hiram Patterson.

Aviones pequeños lo cruzaban en todas direcciones, manteniendo una capa de polvo (sin la menor duda, ecológicamente admisible) sobre el cual los láseres pintaban imágenes virtuales de una Tierra en rotación. Cada pocos segundos el globo se volvía transparente, para revelar, engarzado en su núcleo, el familiar logotipo de la sociedad comercial Nuestro Mundo. Todo era absolutamente vulgar, claro está, y únicamente servía para oscurecer la verdadera belleza en lo alto, el claro cielo nocturno.

Kate hizo que se volviera opaco el techo del auto y halló imágenes consecutivas que se desplazaban por su campo visual.

Un robot teleguiado revoloteó por afuera del auto. Era otro globo terrestre que rotaba con lentitud y, cuando habló, su voz era suave, completamente sintética, desprovista de emoción.

—Por acá, *Ms.*[2] Manzoni.

—Un momento, por favor. —Susurró: —Motor de búsqueda. Espejo.

Una imagen de sí misma cristalizó en el medio de su campo visual, desconcertando al robot volador que giraba sobre sí mismo. Kate revisó las partes anterior y posterior del vestido, puso en actividad los tatuajes programables que le adornaban los hombros y acomodó los mechones rebeldes de su cabellera en donde debían estar. La autoimagen, que se había sintetizado a partir de información proveniente de las cámaras del auto y transmitido a los implantes retinianos de Kate, tenía el grano un poco remarcado y era proclive a descomponerse en píxeles con desigual distribución de luz y sombra, si Kate se desplazaba con demasiada rapidez; pero ésa era una limitación de la tecnología anticuada de implante de órganos sensoriales que tenía Kate yque ella estaba dispuesta a aceptar: mejor padecer un poco de imagen borrosa que permitir que algún cirujano de manos suaves y especializado en aumentar las capacidades del SNC le abriera el cráneo.

Cuando estuvo lista hizo desaparecer la imagen y salió desmañadamente del auto, con tanto garbo como le permitía su vestido ajustado hasta lo ridículo y para nada práctico.

El predio de Nuestro Mundo resultó ser una alfombra de cuadrángulos de césped pulcramente cortado que separaban edificios de tres pisos de oficinas, cajas gordas, con más peso arriba que en la base, hechas de vidrio azul y sostenidas por delgadas vigas de hormigón armado reforzado. El conjunto era desagradable y extrañamente pintoresco; respondía al concepto de elegancia de

edificios empresarios de los noventa. El piso inferior de cada edificio era una playa abierta de estacionamiento, en una de las cuales el auto de Kate se estacionó automáticamente.

La joven se unió a un río de gente que fluía hacia el interior de la cafeteríadelpredio, mientras robots teleguiados flotaban en el aire subiendo y bajando lentamente sin avanzar por sobre la cabeza de los huéspedes.

La cafetería restaurante era una obra maestra de ingeniería, un cilindro espectacular de vidrio con múltiples niveles y construido en torno de un trozo de Muro de Berlín cubierto por *graffitis* auténticos. En medio del lugar causaba extrañeza un arroyo que atravesaba la sala, cuyas orillas estaban unidas por puentes de pequeñas piedras. Esa noche, quizá mil invitados se arremolinaban de un extremo alotro del piso de césped, grupos de ellos reuniéndose y dispersándose, una nube de conversaciones burbujeando en torno a ellos.

Las cabezas giraron hacia Kate, algunas con gesto de haberla reconocido y otras, hombres y mujeres por igual, con gesto calculador, decididamente lascivo.

Kate escudriñó una cara tras otra, sobresaltándose por el repentino reconocimiento. Había presidentes, dictadores, miembros de la realeza, magnates de la industria y de las finanzas, y el inevitable grupo de celebridades del mundo del cine, de la música y de las demás artes. No advirtió la presencia de la presidenta Juárez, pero sí a varios miembros de su gabinete que estaban ahí. Kate debió admitir que Hiram había reunido un grupo más que selecto para presentar su espectáculo más novedoso.

Por supuesto, Kate sabía que ella misma no estaba allí sólo por su rutilante talento periodístico ni por sus dotes para la conversación, sino por su propia mixtura entre belleza y celebridad de menor cuantía, suscitada como consecuencia de haber revelado el descubrimiento de Ajenjo. Pero ése era un aspecto que Kate había estado feliz de explotar desde el momento mismo en que diera la sensacional noticia.

Robots teleguiados flotaban por encima de la gente, sirviendo canapés y bebidas. Kate aceptó un cóctel. Algunos de los robots llevaban imágenes de uno u otro de los canales de Hiram. En medio de la excitación, no se les prestaba atención a las imágenes, ni siquiera a las más espectaculares —en ese momento se veía una, por ejemplo, que mostraba la imagen de un cohete espacial a punto de que se lo lanzara, evidentemente desde alguna polvorienta estepa de Asia—, pero Kate no podía negar que el efecto acumulativo de toda esta tecnología era impresionante, como si estuviera reforzando aquella famosa bravata de Hiram, de que la misión de Nuestro Mundo era informar a todo un planeta.

Kate se orientó hacia uno de los agolpamientos de personas más grande que había en las proximidades, tratando de ver quién, o qué, era el centro de la atención: pudo divisar a un hombre joven, delgado, de cabello oscuro, bigote espeso y caído y anteojos redondos, que llevaba un uniforme de *camouflage* bastante absurdo, en verde lima brillante con cordones escarlata. Parecía estar sosteniendo un instrumento musical de viento de metal, una tuba barítono quizá. Kate reconoció al ejecutante, claro está, y tan pronto como lo reconoció, así de rápido perdió interés. Sólo una imagen virtual. Empezó a inspeccionar la multitud que lo rodeaba, notando la fascinación casi pueril que sentían por esa imagen falsa de una celebridad que hacía tiempo había muerto.

Uno hombre de edad mayor la estaba contemplando casi demasiado de cerca, sus ojos eran extraños, de un gris pálido que no era natural. Kate se preguntaba si el hombre no estaría en posesión de la nueva generación de implantes retinianos que, mediante la operación en longitudes de onda milimétricas, en las cuales las telas eran transparentes, y con apenas un sutil mejoramiento de la imagen, permitían a quien los usaba ver a través de la ropa, según decía el rumor. El hombre dio un paso dubitativo hacia Kate y sus prótesis ortóticas, invisible máquina para caminar, zumbaron con rigidez.

Kate giró sobre sí.

—…Me temo, no es más que un virtual. Nuestro joven sargento de ahí, quiero decir. Al igual que sus tres compañeros, que están diseminados de igual manera por todo el salón. Ni siquiera el poder de mi padre se extiende aún a la resurrección de los muertos. Pero, por supuesto, ustedes ya sabían eso.

La voz que Kate sintió en sus oídos le hizo dar un respingo. Se volvió y se encontró mirando la cara de un joven, de unos veinticinco años, cabello negro azabache, orgullosa nariz aguileña y una hendidura en el mentón por la que moriría más de una mujer. Su ascendencia mixta estaba explícita en el marrón pálido de su piel y en las espesas cejas negras arqueadas sobre sus ojos azul bruma. Pero su mirada vagaba con nerviosidad, aún en esos primeros segundos de haber conocido a Kate, como si el hombre tuviera problemas para sostenerle la mirada.

—Me está mirando con fijeza —dijo.

Kate salió al combate.

—Bueno, pues, usted me sobresaltó. De todos modos, sé quién es. —Era Bobby Patterson, el hijo único y heredero de Hiram, notorio por su fama de depredador sexual. Kate se preguntó a cuántas mujeres que vinieron sin compañía, este hombre habría tomado como blanco esta noche.

—Y yo la conozco a *usted, Ms.* Manzoni… ¿O puedo llamarla

Kate?

—No hay problema, a su padre lo llamo Hiram, como todo el mundo, aunque nunca fuimos presentados.

—¿Quiere conocerlo? Podría arreglarlo.

—Estoy segura de que podría.

La estudió un poco más de cerca ahora, evidentemente disfrutando del delicado duelo verbal.

—Sabe, pude haber adivinado que usted era periodista… escritora, en todo caso: el modo en que observaba a la gente reaccionar ante el virtual, en vez de observarlo al virtual en sí… Vi sus artículos sobre el Ajenjo, claro; provocó bastante oleaje.

—No tanto como el que hará el verdadero asteroide cuando caiga en el Pacífico el 27 de mayo del Año del Señor de 2534.

Bobby sonrió y los dientes fueron como hileras de perlas.

—Usted me intriga, Kate Manzoni —dijo—. En este mismo momento está ganando acceso al motor de búsqueda, ¿no? Está averiguando sobre mí.

—No. —Kate estaba molesta por la sugerencia. —Soy periodista. No necesito una muleta mnemónica.

—Yo sí, evidentemente, recordé su cara, su artículo, pero no su nombre. ¿Se siente ofendida?

Kate se erizó.

—¿Por qué habría de estarlo? A decir verdad…

—A decir verdad, huelo en el aire cierta química sexual. ¿O estoy equivocado?

Un brazo pesado rodeó los hombros de Kate y la envolvió un poderoso aroma a colonia barata, era el mismísimo Hiram Patterson, una de las personas más famosas del planeta.

Bobby sonrió y, con delicadeza, sacó el brazo de su padre de los hombros femeninos.

—Papá, me estás avergonzando otra vez.

—Oh, al demonio con eso. La vida es demasiado corta, ¿no? —El acento de Hiram conservaba fuertes vestigios de sus orígenes: las vocales largas y nasales de Norfolk, Gran Bretaña. Era muy parecido a su hijo, pero de tez más oscura, casi calvo con apenas algunos cabellos negros e hirsutos alrededor de su cabeza; los ojos, de un azul intenso por encima de esa prominente nariz típica de la familia, y sonreía con facilidad, dejando ver los dientes manchados por la nicotina. Tenía aspecto de ser un hombre enérgico, aparentando menor edad que los casi setenta años que tenía.

—*Ms.* Manzoni, soy un gran admirador de su trabajo; y permítame decirle que luce usted estupenda.

—Que es, sin duda, la *razón* por la que estoy aquí.

Hiram rió, complacido.

—Bueno, eso también. Pero además quise estar seguro de que habría una persona inteligente en medio de tanto personaje político y de bellísimos cuerpos, todos ellos con el cerebro vacío, que atiborran estas presentaciones. Quise en este evento alguien que supiera registrar este instante de la historia.

—Me siento halagada.

—No, no lo está —dijo Hiram con brusquedad—. Está siendo irónica. Usted oyó el rumor acerca de qué voy a decir esta noche. Hasta es probable que en parte lo haya generado usted misma. Piensa que soy un megalómano excéntrico…

—No creo que diría eso de usted: lo que sí veo es un hombre con un juguete nuevo. Hiram, ¿realmente cree que un juguete puede cambiar el mundo?

—¡Pero es que sí pueden! En una época fue la rueda, la agricultura, la fabricación de hierro; todos inventos que tardaron miles de años en difundirse por el planeta. Pero actualmente, no más de una generación. Piense en el automóvil, la televisión. Cuando yo era niño, las computadoras eran roperos gigantescos a las que sólo podía accederse a través de sumos sacerdotes que se comunicaban con ellas mediante tarjetas perforadas. Ahora todos transcurrimos la mitad de nuestras vidas conectados a las pantallas flexibles. Y mi *chiche* va a superar a todos estos. Bien, usted lo decidirá por sí misma. Miró detenidamente a Kate. —Diviértase esta noche. Si este joven disipado no la invitó aún, venga a cenar y le mostraremos más, tanto como desee usted ver. Lo digo en serio. Dígaselo a uno de nuestros robots teleguiados. Ahora, si me disculpa. —Hiram le apretó los hombros brevemente y empezó a abrirse paso entre la multitud, sonriendo y saludando con movimientos de la mano y dando bienvenidas tan efusivas como hipócritas a quienes recién llegaban, mientras seguía su marcha.

—Siento como si una bomba acabara de estallar —dijo Kate inhalando profundamente.

—Pues sí, tiene ese efecto —repuso Bobby y rió—. A propósito…

—¿Qué?

—Se lo iba a preguntar de todos modos antes de que hiciera su aparición ese viejo tonto: acompáñenos a cenar y quizá podamos divertirnos un poco, llegar a conocernos mejor…

Mientras su compañero seguía hablando, Kate dejó de sintonizarlo y se concentró en lo que sabía sobre Hiram Patterson y Nuestro Mundo.

Hiram Patterson —cuyo nombre real era Hirdamani Patel— se había superado a sí mismo y había logrado dejar atrás sus orígenes paupérrimos en los marjales del Este de Inglaterra, tierra que ahora estaba desaparecida debajo del Mar del Norte, el cual avanzaba cada

vez más sobre la parte continental. Hiram inició fortuna valiéndose del empleo de tecnologías japonesas de clonificación para fabricar los ingredientes de medicinas tradicionales, que en otra época se elaboraran con el cuerpo de tigres —bigotes, garras, zarpas, huesos inclusive—. Estas medicinas eran exportadas luego a comunidades chinas de todo el mundo. Esta actividad le había hecho ganar notoriedad; por un lado, insultos por utilizar tecnología de avanzada para satisfacer necesidades tan primitivas y por el otro, elogios al lograr reducir la presión sobre las poblaciones de tigres que quedaban en India, China, Rusia e Indonesia. (No es que ahora quedara algún tigre, de todos modos.)

Después de eso, Hiram se había diversificado. Había desarrollado la primera pantalla flexible del mundo, un sistema plegable de imágenes que se basaba sobre píxeles poliméricos que tenían la capacidad de emitir luz multicolor. Con el suceso de la pantalla flexible, Hiram comenzó a volverse rico en serio. Pronto su sociedad por acciones, Nuestro Mundo, consiguió convertirse en una usina de tecnologías de avanzada, de radiodifusión, de noticias, de deporte y de espectáculos.

Pero Gran Bretaña estaba en decadencia. Al igual que la Europa unificada —privada de herramientas de política macroeconómica, tales como el control del cambio y de las tasas de interés y, aun así, desprotegida por la imperfectamente integrada economía en las relaciones internacionales—, el Estado británico fue incapaz de impedir un colapso económico súbito. Por fin, en 2010, la intranquilidad social y el colapso climatológico forzaron a Gran Bretaña a salir de la Unión Europea y el Reino Unido se desmembró, y Escocia siguió su destino separatista. Más allá de todos estos sucesos, Hiram procuró que su corporación no se apartara del destino que le aguardaba.

Así, en 2019, Inglaterra, junto con Gales, cedió Irlanda del Norte a Eire, envió la Familia Real a Australia —donde todavía era bienvenida— y pasó a ser el quincuagésimo segundo Estado de los Estados Unidos de Norteamérica. Inglaterra, con los beneficios de la movilidad de la mano de obra, de las transferencias financieras interregionales y de otros aspectos protectores de la verdaderamente unificada economía estadounidense, prosperó.

Pero tuvo que prosperar sin Hiram. En su carácter de ciudadano estadounidense, Hiram prontamente aprovechó la oportunidad de reubicarse en las afueras de Seattle, en el estado de Washington, donde estaba encantado de establecer una nueva casa matriz de su compañía, en lo que supo ser los predios de Microsoft. A Hiram le gustaba jactarse de que se iba a convertir en el Bill Gates del siglo veintiuno. Y, en verdad, su poder y el de su compañía habían crecido

de manera exponencial en el rico suelo de la economía estadounidense.

No obstante, y eso Kate lo sabía, Hiram no era más que uno de varios jugadores poderosos en un mercado atestado y competitivo. Kate estaba aquí esa noche porque, según decía el rumor y tal como él mismo lo acaba de insinuar, Hiram iba a revelar algo nuevo, algo que habría de cambiar todas las cosas. Bobby Patterson, por el contrario, había crecido envuelto por el poder de Hiram.

Educado en Eton, Cambridge y Harvard, había ocupado diversos puestos dentro de las compañías de su padre y había disfrutado de la vida espectacular de un *playboy* internacional y del hecho de ser el soltero más codiciado del mundo. Tanto como sabía Kate, él jamás había demostrado el mínimo atisbo de iniciativa propia, ni el deseo de huir del abrazo de su padre. O, mejor aún, la ambición de suplantarlo.

Kate contempló su rostro perfecto. Éste es un pájaro que se siente feliz en su jaula dorada, pensó. Un niño millonario malcriado.

Sintió que se ruborizaba bajo su mirada, y despreció sus propios instintos.

Kate no había hablado durante algunos segundos; Bobby todavía estaba aguardando que le respondiera a la invitación para cenar.

—Lo pensaré, Bobby.

Bobby pareció quedar perplejo, como si nunca antes hubiese recibido una respuesta vacilante.

—¿Existe algún inconveniente? Si quieres, puedo…

—Señoras y señores.

Todas las cabezas giraron. Kate se sintió aliviada.

Hiram había montado un escenario en uno de los extremos del salón. A sus espaldas, una gigantesca pantalla flexible mostraba una imagen aumentada de su cabeza y sus hombros. Estaba sonriendo por encima de todos los presentes, al igual que algún dios benéfico, mientras robots flotantes se desplazaban alrededor de sus cabezas, portando imágenes cual joyas, de los muchos canales de la corporación Nuestro Mundo.

—Permítanme decir, en primer lugar, que les agradezco a todos por haber venido para ser testigos de este momento de la historia; y por su paciencia. Ahora, el espectáculo está por comenzar.

El dandy virtual, vestido con el traje de soldado color verde lima, se materializó en el escenario al lado de Hiram, que lo miraba a través de sus lentes redondos centelleando bajo las luces. Se le unieron otros tres virtuales, vestidos de rosado, azul y escarlata, cada uno de los cuales llevaba un instrumento musical: un oboe, una trompeta, un flautín. Luego de los dispersos aplausos de los concurrentes, los cuatro intérpretes hicieron una grácil reverencia y caminaron con agilidad hacia un sector de la parte posterior del escenario, donde los

aguardaba un conjunto de tambores y tres guitarras eléctricas.

Hiram dijo con tranquilidad:

—A estas imágenes las están transmitiendo para nosotros aquí, en Seattle, desde una estación que está cerca de Brisbane, Australia, después de rebotar en diversos satélites de comunicaciones, con un retardo de tiempo de unos pocos segundos. No es necesario decirles que estos muchachos han hecho una montaña de dinero en estos últimos años, sólo su nueva canción *Déjame Amarte* fue número uno en todo el mundo durante cuatro semanas durante Navidad, y todas las ganancias que generó fueron destinadas para obras de caridad.

—*Nueva* canción —murmuró Kate con cinismo.

Bobby se inclinó más cerca de ella.

—¿No le gustan los V-Fabs?

—¡Pero por favor! —contestó Kate—. Los originales se separaron hace sesenta y cinco años. Dos de ellos murieron antes de que yo hubiera nacido. Sus guitarras y tambores son tan torpes y anticuados en comparación con las nuevas bandas con programa de aire, en las que la música surge del baile de los artistas; y, de todos modos, todas estas *nuevas* canciones sólo son basura extrapolada con sistemas expertos.

—Todo parte de nuestra, ¿cómo lo llama usted en su estilo polémico?, nuestra decadencia cultural —dijo Bobby con delicadeza.

—Demonios, sí —repuso ella, y luego de la humorada de él, se sintió un poco turbada por ser tan ácida.

Hiram aún continuaba con la disertación:

—"…no tan sólo un ardid publicitario. Nací en 1967, durante la Primavera del Amor. Por supuesto, algunos dicen que en los sesenta existió una revolución cultural que no condujo a parte alguna. Quizás haya algo de cierto, en primera instancia. Pero ese movimiento, con su música de amor y esperanza, desempeñó un papel muy importante en moldear a gente como yo, y a otros de mi generación.

La mirada de Bobby se encontró con la de Kate. El joven imitó el gesto de vomitar con la mano ahuecada, y Kate tuvo que cubrirse la boca para evitar reírse.

"Y en el momento culminante de ese verano, el 25 de junio de 1967, se montó un programa global de televisión para demostrar el poder de la incipiente red de comunicaciones.—Detrás de Hiram, el baterista de los V-Fab dio un redoble de preparación y el grupo empezó a tocar una parodia en forma de canto fúnebre de *La Marsellesa*, que dio lugar a una armonía de tres partes bellamente cantada. —Ésta fue la contribución de Gran Bretaña. —Hiram gritó por encima de la música: una canción sobre el amor, cantada para doscientos millones de personas de todo el mundo. A ese programa se lo llamó *Nuestro Mundo.* Sí, así es: de ahí es de donde tomé el nombre.

Sé que es un poco cursi, pero no bien vi las cintas de ese espectáculo, cuando yo tenía diez años, supe qué quería hacer con mi vida.

Cursi, sí, pensó Kate, pero innegablemente efectivo: el público estaba contemplando como hechizado la gigantesca imagen de Hiram, mientras la música de un verano desaparecido hacía siete décadas resonaba en todo el ámbito del salón.

—"Y creo ahora —dijo Hiram con el gesto ceremonioso de presentador de espectáculos— haber alcanzado la meta que fijé para mi vida. Les sugiero que se aferren de algo, aun de la mano de alguna otra persona…

El piso se volvió transparente.

Kate se sintió presa del vértigo, súbitamente suspendida sobre el espacio vacío, según indicaban sus ojos engañados, fijos en la solidez del piso que tenía debajo de los pies. Hubo una explosión de nerviosas carcajadas, unos pocos chillidos, y el delicado tintineo del cristal haciéndose añicos al caer.

Kate se sorprendió al descubrir que había aferrado el brazo de Bobby. Percibió la musculatura en el contacto; además en forma aparente, casi al descuido, Bobby había dejado que su mano cubriera la de ella. La muchacha, por su parte, no pensaba retirar la mano de esa posición.

La joven parecía estar flotando sobre un cielo lleno de estrellas, como si el lugar hubiera sido transportado al espacio sideral. Pero estas "estrellas", dispuestas con el fondo de un cielo negro, se hallaban encerradas y constreñidas en un enrejado cúbico, enlazadas por un sutil e intrincado entrecruzamiento de luz multicolor. Al mirar hacia el interior del cubo, las imágenes retrocedían a medida que aumentaba la distancia. A Kate le parecía estar mirando un túnel infinitamente largo.

Con la música, astuta y sutilmente distinta de la grabación original, sonando aún en su entorno, Hiram dijo:

—No están mirando hacia lo alto, hacia el cielo, hacia el espacio sideral; por el contrario, están mirando hacia *abajo*, al interior de la estructura más profunda de la materia.

"Éste es un cristal de diamante. Los puntos blancos que ven son átomos de carbono. Los enlaces son las fuerzas de valencia que los unen. Quiero destacar que lo que verán a continuación, aunque mejorado, no es una simulación. Con tecnología moderna, éstos son microscopios de efecto túnel con barrido electrónico; podemos aumentar imágenes de la materia, aun en éste, el más fundamental de los niveles. *Todo lo que ven es real.* Ahora, adelantémonos.

Imágenes holográficas surgieron hasta colar el recinto, como si la sala y todos sus ocupantes se hubieran estado hundiendo en el cubo, y disminuyendo de tamaño al mismo tiempo. Átomos de carbono se

dilataron sobre la cabeza de Kate en globos gris pálido, en su interior se podían visualizar provocadoras indicaciones de estructuras. Alrededor de la joven, el espacio centelleaba, puntos de luz que parpadeaban, se generaban y extinguían intermitentes. Todo era de una extraordinaria hermosura, como flotar a través de una nube de luciérnagas.

—Están mirando el espacio —dijo Hiram—, el espacio *vacío*. Ésta es la materia que llena el universo. Pero ahora estamos viendo el espacio con una resolución mucho más precisa que lo permitido por el ojo humano, un nivel en el cual los electrones individuales son visibles; y, en este nivel, los efectos cuánticos se vuelven importantes. El espacio *vacío* en realidad está *lleno*, lleno de campos de energía fluctuante. Y estos campos se manifiestan como partículas: fotones, pares electrón, positrón, *quarks*. Surgen como un fulgor en su breve existencia, y están conformados por masa y energía prestadas. Luego de ser utilizadas son restituidas a sus orígenes; y, conforme a la ley de conservación de la energía, las partículas desaparecen. Nosotros, seres humanos, vemos espacio, energía y materia desde muy arriba, como si un astronauta flotara sobre un océano. Desde nuestra altura es difícil distinguir en las olas los diminutos corpúsculos de espuma que ellas llevan. Pero están ahí.

"Y todavía no hemos llegado al final de nuestro viaje. ¡Agárrense del vaso, amigos!

La escala volvió a explotar. Kate se halló volando hacia el interior vítreo y constituido por varias capas, como una cebolla, de uno de los átomos de carbono. En el centro mismo había una protuberancia dura y refulgente, un enjambre de esferas que había sufrido un desafortunado accidente. ¿Era ése el núcleo… y las esferas internas eran protones y neutrones?

Cuando el núcleo voló hacia ella, Kate oyó gente que gritaba. Todavía agarrada del brazo de Bobby trató de no echarse atrás cuando se precipitaba hacia el interior de uno de los nucleones.

Y entonces…

No había forma aquí. No había conformación discernible; ni luz definida; ni color, más allá de un carmesí rojo sangre. Y, aun así, había movimiento; un retorcimiento lento, insidioso, interminable, señalado por burbujas que ascendían y estallaban. Era como la lenta ebullición de un líquido espeso y pestilente.

Hiram dijo:

—Hemos llegado a lo que los físicos denominan el nivel de Planck. Estamos *veinte* órdenes de magnitud más profundo que el nivel de partícula virtual que viéramos antes. Y en este nivel ni siquiera podemos estar seguros sobre la estructura del espacio en sí: topología y geometría se desbaratan, y el espacio y el tiempo se desenmarañan.

En éste, el más fundamental de los niveles, no había secuencia de tiempo, no había orden para el espacio. A la unificación del espacio-tiempo la desgarraban de punta a punta las fuerzas de la gravedad cuántica, y el espacio se convertía en una espuma probabilística borboteante, entrelazada por agujeros de gusano.

—Sí, agujeros de gusano —dijo Hiram—. Lo que estamos viendo aquí es la boca de agujeros de gusano que se están formando espontáneamente, entretejidos con campos eléctricos. El espacio es lo que evita que todo esté en el mismo lugar, ¿de acuerdo? Pero en este nivel el espacio es granoso y ya no podemos confiar en que haga su trabajo. Y así, la boca de un agujero de gusano puede conectar cualquier punto de esta región pequeña del espacio-tiempo con cualquier otro punto… *en cualquier parte*: el centro de la ciudad de Seattle, o Brisbane, Australia, o un planeta de Alfa del Centauro. Es como si puentes espaciotemporales estuviesen cobrando y perdiendo existencia de manera súbita. La enorme cara sonrió a los presentes desde lo alto, brindando confianza. *No entiendo todo esto más que ustedes*, decía la imagen. *Confíen en mí.* Mi personal técnico estará a su disposición para brindarles información básica explicada con tanta profundidad como les pudiera ser cómodo entender.

"Lo que es más importante es lo que pretendemos hacer con todo esto. Dicho con sencillez, vamos a llegar adentro de esta espuma cuántica y arrancar el agujero de gusano que queramos: un agujero de gusano que conecte nuestro laboratorio aquí, en Seattle, con una instalación idéntica en Brisbane, Australia, y cuando lo tengamos estabilizado, ese agujero de gusano formará un enlace a través del cual podremos enviar señales… *a una velocidad mayor que la velocidad de la luz misma.*

"Y esto, señoras y señores, es la base de una revolución en las comunicaciones. No más costosos satélites acribillados por micro-meteoritos y que se caen del cielo cuando su órbita entra en pérdida; no más el frustrante retardo de tiempo; no más tarifas espantosas. El mundo, nuestro mundo, por fin estará verdaderamente enlazado.

Mientras los virtuales seguían tocando había un ruido confuso de conversación; algunas que sólo buscaban el simple cuestionamiento.

—¡Imposible!… ¡Los agujeros de gusano son inestables. Toda la gente sabe eso!… ¡La radiación incidente que penetra hace que los agujeros de gusano se desplomen de inmediato!… ¡No existe manera alguna…!

La gigantesca cara de Hiram asomó por encima de la borboteante espuma cuántica. Hizo chasquear los dedos. La espuma cuántica desapareció para ser reemplazada por un solo artefacto que colgaba en la oscuridad, debajo de los pies de los asistentes.

Se oyó un suave suspiro.

Kate vio una acumulación de puntos luminosos incandescentes… ¿átomos? Las luces formaron una esfera geodésica, cerrada sobre sí misma, que giraba lentamente. Y, dentro de ella, según vio Kate, había otra esfera que giraba en sentido opuesto… y dentro de ella otra esfera, y otra, hasta los límites que permitiera la vista. Era como si fuese una pieza de relojería, un planetario de átomos. Pero toda la estructura pulsaba con una luz azul pálido y Kate percibió la acumulación de energías de tremenda intensidad.

Era, tuvo que admitirlo, verdaderamente hermoso.

Hiram dijo:

—A esto se lo llama motor de Casimir. Es, quizá, la máquina de construcción más exquisita que el hombre haya fabricado jamás, una máquina a la que hemos desarrollado con extrema minuciosidad durante años, que contiene menos de unos pocos centenares de diámetros atómicos de ancho.

"Pueden ver que las capas están constituidas por átomos; de hecho, átomos de carbono. La estructura se relaciona con las estructuras estables naturales conocidas como "manchas de venado", carbono-60. Las capas se fabrican quemando grafito con haces de láser. Alimentamos el motor con carga eléctrica, utilizando jaulas llamadas trampas de Penning, verdaderos campos electromagnéticos. A la estructura se la mantiene unida por medio de campos magnéticos poderosos, y a las diversas capas lo más cerca posible, guardando entre sí una distancia de sólo unos pocos diámetros electrónicos. Y en esas separaciones, que son las más pequeñas que se pudiere concebir, se produce el milagro…

Kate empezaba a cansarse de la verborrágica jactancia de Hiram; rápidamente consultó el motor de búsqueda. Se enteró de que el "efecto Casimir" se relacionaba con las partículas virtuales a las que había visto cobrar y perder existencia en forma de destellos. En la reducida separación que quedaba entre las capas atómicas, debido a efectos de resonancia, se le permitía existir a nada más que algunos tipos de partículas. Y, por ello, dichos espacios estaban más vacíos que el espacio "vacío" y, en consecuencia, tenían menos energía.

Este efecto de energía negativa podía dar origen, entre otras cosas, a la antigravedad.

Los diversos niveles de la estructura estaban empezando a rotar sobre sí mismos con mayor rapidez. Pequeños relojes aparecieron alrededor de la imagen del motor, contando pacientemente en forma regresiva desde diez hacia nueve, ocho, siete… la sensación de acumulación de energía era palpable.

—Las concentraciones de energía en los intervalos de Casimir se están incrementando —dijo Hiram—. Vamos a inyectar energía negativa para el efecto Casimir dentro de los agujeros de gusano de la

espuma cuántica. Los efectos de antigravedad estabilizarán y agrandarán los agujeros de gusano.

"Calculamos que la probabilidad de encontrar un agujero de gusano que conecte Seattle con Brisbane es, con una precisión aceptable, de una en diez millones. Así que nos tomará unos diez millones de intentos ubicar el agujero de gusano que queremos. Pero esto es maquinaria atómica y trabaja tremendamente rápido: aun cien millones de intentos deben de tomar menos de un segundo… Y lo más hermoso de todo esto es que en el nivel cuántico, los enlaces a cualquier sitio que queramos *ya existen*: todo lo que tenemos que hacer es hallarlos.

La música de los virtuales estaba cobrando intensidad, encaminada hacia el coro final. Kate se quedó mirando con fijeza cómo la máquina frankesteiniana que estaba debajo de sus pies giraba locamente sobre sí misma, refulgiendo palpablemente con energía.

Y los relojes terminaron su cuenta.

Se produjo un destello cegador. Algunos de los presentes lanzaron una exclamación.

Cuando Kate pudo ver otra vez, la máquina atómica, todavía rotando sobre sí misma, ya no estaba sola: una bolilla plateada, perfectamente esférica, flotaba a su lado. ¿Una boca de agujero de gusano?

Y la música tuvo un cambio. Los V-Fabs habían llegado al coro de su canción, que se escuchaba como un salmo. Pero la música estaba distorsionada por una cadencia mucho más tosca, que precedía en unos segundos al sonido de alta calidad.

Fuera de la música, el salón estaba en completo silencio.

Hiram jadeó, como si hubiera estado conteniendo el aliento.

—Eso es —dijo—: la nueva señal que oyen proviene del funcionamiento mismo, pero ahora transmitida hacia aquí a través del agujero de gusano… *sin que se produzca un retardo importante del tiempo*. Lo logramos. Esta noche, por primera vez en la historia, la humanidad está enviando una señal a través de un agujero estable de gusano…

Bobby se inclinó hacia Kate y dijo con ironía:

—La primera vez… sin contar todos los ciclos de prueba de funcionamiento continuo.

—¿De veras?

—Claro que sí. No pensará que iba a dejar todo esto librado al azar, ¿no? Mi padre es un consumado actor. Pero no hay que sentirse mal porque tenga su momento de gloria.

La gigantesca pantalla mostró a Hiram sonriendo ampliamente.

—Señoras y señores, no olviden jamás lo que vieron esta noche. Éste es el comienzo de la verdadera revolución en las comunicaciones.

El aplauso empezó con lentitud, disperso pero ascendiendo con rapidez a un climax atronador.

A Kate le resultó imposible no unirse al resto de la gente. Me pregunto adonde llevará todo esto, pensó. Seguramente las posibilidades de esta nueva tecnología —basada, después de todo, en la manipulación del espacio y del tiempo mismos— no iban a quedar limitadas a la simple transferencia de datos. Kate presintió que nada volvería a ser igual, jamás.

Atrajo su mirada un deslumbrante haz de luz, que estaba en alguna parte por encima de su cabeza. Uno de los robots teleguiados estaba llevando la imagen de la nave cohete que Kate había advertido antes, ascendía hacia su parche de cielo gris azulado de Asia central, en completo silencio. Parecía extrañamente anticuada, una imagen que venía a la deriva desde lo pasado más que del futuro.

Nadie más la observaba y resultaba de poco interés para Kate, que apartó la mirada.

Llamaradas rojas y verdes surgían con violencia y chocaban dentro de canales curvos de acero y hormigón armado. La luz palpitaba de un extremo a otro de la estepa, yendo hacia donde estaba Vitali. Era brillante, al punto de ser cegadora, y disipaba por completo los mortecinos reflectores que todavía iluminaban la torre de lanzamiento; inclusive también ocultaba la brillantez del sol de las estepas. Y todavía antes de que la nave hubiera dejado el suelo, el rugido llegó hasta Vitali, como un trueno que le sacudió el pecho.

Sin hacer caso al dolor cada vez mayor que experimentaba en el brazo y el hombro, ni al entumecimiento de manos y pies, Vitali se paró, abrió los agrietados labios y añadió su voz a ese divino bramido; en momentos como ése, siempre se volvía un viejo tonto y sentimental.

A su alrededor había mucha agitación. La gente, los técnicos mal adiestrados y hambrientos como ratas, y los administradores gordos y corruptos por igual, se estaban alejando del lanzamiento y apiñando en torno de radios y televisores que cabían en la palma de la mano, pantallas flexibles parecidas a joyas que mostraban imágenes desconcertantes provenientes de Estados Unidos. Vitali no conocía los detalles, ni le interesaba conocerlos, pero era más que obvio que Hiram Patterson había alcanzado renombre con su promesa… o amenaza.

Incluso mientras se elevaba desde el suelo, este hermoso pájaro de Vitali, este último *Molniya*, ya estaba obsoleto.

Vitali se mantuvo bien erguido, decidido a observarlo durante tanto tiempo como pudiera, hasta que ese punto de luz ubicado en la punta de la gran columna de humo se fusionara con el espacio.

…Pero ahora el dolor que sentía en el brazo y el pecho llegaron a

un punto máximo, como si una mano huesuda lo hubiese estado apretando. Boqueó, falto de aire. Así y todo, trató de mantenerse parado. Pero ahora había una luz nueva que estaba surgiendo en derredor de él, aún más brillante que la luz proveniente del cohete y bañaba la estepa de Kazajstan, y Vitali no pudo resistir más.

2. EL OJO DE LA MENTE

Mientras el auto la llevaba hacia los predios, a Kate el lugar le dio la impresión de ser un típico ambiente de Seattle: colinas verdes que descendían en suave declive hasta el océano, enmarcadas por el cielo gris y bajo del otoño.

Pero la mansión de Hiram, una gigantesca cúpula geodésica que era todo ventanas, daba la impresión de haber aterrizado recién sobre la ladera. Era uno de los edificios más feos, de estilo más recargado que Kate hubiera visto jamás.

Al llegar entregó el abrigo a un robot teleguiado. Se le hizo un examen de identidad, no sólo una lectura de sus implantes sino que, también, era probable que se hubiera hecho la equiparación de imágenes para identificar su cara; incluso un muy discreto estudio de la secuencia de adn, todo esto realizado en cuestión de segundos. Después, los robots sirvientes de Hiram la escoltaron al interior de la casa.

Hiram estaba trabajando. Eso no sorprendió a Kate: los seis meses transcurridos desde el lanzamiento de su sistema tecnológico de transmisión de datos por tubos del diámetro de la boca de un gusano habían sido los más ajetreados de Hiram. La corporación Nuestro Mundo había alcanzado un suceso máximo, el mayor que jamás había tenido, según los analistas. Pero iba a regresar a tiempo para cenar, dijo el robot.

Así que ella fue conducida hasta donde estaba Bobby.

La sala era grande; la temperatura, neutra; las paredes tan suaves y carentes de detalles como una cáscara de huevo. La luz estaba baja; el sonido anecoico, amortiguado. Los únicos muebles eran varias otomanas para recostarse, tapizadas en cuero negro. Al lado de cada una de las otomanas había una mesa pequeña con una jarra para agua y un estante para suministro de alimentos por vía intravenosa.

Y aquí estaba Bobby Patterson, probablemente uno de los hombres jóvenes más ricos, más poderosos del planeta, recostado solo sobre una otomana en la oscuridad, los ojos abiertos pero la mirada en blanco; los miembros totalmente relajados. Tenía una banda de metal alrededor de las sienes.

Kate se sentó en una otomana al lado de Bobby y lo estudió: pudo ver que estaba respirando con lentitud y la aguja para alimentación intravenosa que se había colocado en un receptáculo del brazo abastecía con suavidad a su desatendido cuerpo.

Estaba vestido con una camisa negra holgada y pantalones cortos. El cuerpo, que se revelaba en los sitios en que la ropa suelta caía sobre la piel, era de gran musculatura, pero eso no decía mucho sobre su

estilo de vida; un cuerpo así esculpido ahora se podía obtener con facilidad mediante tratamientos con hormonas y estimulación eléctrica; hasta lo pudo haber conseguido mientras estaba tendido ahí, pensó Kate, como una víctima en coma yaciendo en una cama de hospital.

Había vestigios de baba en la comisura de sus labios, un tanto abiertos. Kate se la quitó con un índice y le cerró la boca empujándole el mentón con suavidad.

—Gracias.

Giró sobre sí misma, sobresaltada: Bobby, otro Bobby, vestido de forma idéntica al primero, estaba parado al lado de ella, sonriendo. Irritada, Kate le lanzó un puñetazo al abdomen; el puño, claro está, pasó directamente a través de este Bobby, que no retrocedió.

—Así que me puede ver —dijo Bobby.

—Lo veo.

—Usted tiene implantes retinianos y cocleares, ¿sí? El diseño de esta sala permite producir virtuales compatibles con todas las generaciones recientes de tecnología para incremento del sistema nervioso central. Naturalmente, para mí usted está sentada en el lomo de un fitosaurio de aspecto maligno.

—¿Un qué?

—Un cocodrilo del triásico. Que está empezando a darse cuenta de que usted está ahí. Bienvenida, *Ms.* Manzoni.

—Kate.

—Sí. Me alegra que hubiera aceptado mi… nuestra invitación para cenar. Aunque no supuse que se tomaría seis meses para responder.

Kate se encogió de hombros.

—"Hiram Se Hace Aún Más Rico" realmente no es gran cosa como artículo.

—Hmmm. Lo que entraña que ahora se enteró usted de algo nuevo. —Por supuesto, Bobby tenía razón. Kate nada dijo.

—O —prosiguió— a lo mejor usted por fin sucumbió a mi encantadora sonrisa.

—A lo mejor sí… si su boca no estuviera ribeteada con baba.

Bobby miró a su propia forma inconsciente.

—¿Vanidad? ¿Debemos preocuparnos de nuestra apariencia, aun cuando estuviésemos explorando un mundo virtual? —Frunció el entrecejo. —Claro que sí, usted tiene razón. En realidad, es algo sobre lo que debe meditar mi personal de comercialización.

—¿*Su* personal de comercialización?

—Pero claro. —"Levantó" una de las bandas metálicas para cabeza que estaban cerca de él: una copia virtual del objeto separada del objeto real, que permanecía sobre la otomana. —Este es el Ojo de

la Mente, la tecnología más reciente en rv de Nuestro Mundo. ¿Quiere probarla?

—Por cierto que no.

Bobby la estudió.

—Usted no es lo que podríamos llamar virgen en cuanto a rv, Kate. Sus implantes sensoriales…

—…son nada más que lo mínimo que se necesita para moverse en el mundo moderno. ¿Alguna vez *intentó* pasar a través del aeropuesto de SeaTac sin facultades de rv?

Él rió.

—En realidad, por lo general se me escolta para pasar. Supongo que usted cree que todo es parte de una gigantesca conspiración de las grandes compañías.

—Por supuesto que lo es. La invasión tecnológica de nuestro hogar y nuestro auto y nuestro lugar de trabajo llegó al punto de saturación hace mucho. Ahora vienen para apoderarse de nuestro cuerpo.

—¡Qué enojada está! —Sostuvo en alto la banda de cabeza. Era un momento extrañamente recursivo, pensó Kate, abstraída: una copia virtual de Bobby sosteniendo la copia virtual de un generador virtual. —Pero esto es diferente. Inténtelo. Dé un viaje conmigo.

Kate vaciló… pero después, sintiendo que se estaba comportando con rudeza, aceptó; después de todo, aquí era una invitada. Pero le rechazó la oferta de la alimentación intravenosa.

—Tan sólo echaremos un vistazo por ahí y regresaremos antes de que nuestro cuerpo se caiga a pedazos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Bobby—. Elija una otomana. Limítese a encajar la banda cefálica sobre las sienes, de este modo. —Con cuidado, Bobby levantó el conjunto virtual por sobre la cabeza. Su cara, con gesto de interés, era innegablemente hermosa, pensó Kate: parecía Cristo con la corona de espinas.

Kate se tendió en una otomana cercana y se colocó una banda cefálica Ojo de la Mente sobre la cabeza. Daba sensación de calor y elasticidad y, cuando Kate la bajó más allá del cabello, pareció colocarse sola en su lugar.

El cuero cabelludo, bajo la banda, experimentó un pinchazo.

—¡Auch!

Bobby estaba sentado en su otomana.

—Infusores. No se preocupe por eso. La mayor parte de la entrada de información se hace por vía estimulación magnética intracraneana. Cuando hayamos vuelto a efectuar la carga inicial de programas, no sentirá cosa alguna… —Cuando Bobby se acomodó definitivamente, Kate pudo ver los dos cuerpos de él, el de carne y hueso y el de píxels, brevemente superpuestos.

La sala quedó a oscuras. Durante el lapso de un latido del corazón, o de dos, Kate no pudo ver y oír nada. La sensación de su propio cuerpo se desvaneció, como si al cerebro se lo hubieran estado extrayendo entero fuera del cráneo.

Con un ruido sordo intangible se sintió caer una vez más dentro del cuerpo. Pero ahora estaba de pie.

En una especie de barro.

Luz y calor estallaron por encima de ella, azul, verde, marrón. Estaba en la margen de un río, hundida hasta los tobillos en lodo espeso, negro y pegajoso.

El cielo era de un azul lavado. Kate estaba en el borde de un bosque, un lujurioso aluvión de helechos, pinos y conieras gigantescas; el espeso follaje oscuro bloqueaba el paso de casi toda la luz. El calor y la humedad eran sofocantes; Kate podía sentir el sudor que la empapaba a través de la camisa y los pantalones, haciendo que el flequillo se le adhiriera a la frente. El río cercano era ancho, lánguido, amarronado por el lodo.

Trepó adentrándose un poco más en el bosque, en busca de terreno más firme. La vegetación era muy densa; hojas y renuevos foliares arañaban su cara y sus brazos. Había insectos por todas partes, entre ellos libélulas azules gigantescas, y la selva estaba animada con ruidos: gorjeos, gruñidos, graznidos.

La sensación de realidad era pasmosa; la autenticidad iba mucho más allá de cualquier otra rv que Kate hubiera experimentado antes.

—¿Impresionante, no? —Bobby estaba parado al lado de ella. Llevaba pantalones cortos, camisa y sombrero de ala ancha, todos de color caqui, al estilo safari; del hombro colgaba un rifle de aspecto anticuado.

—¿En dónde estamos? Es decir…

—*¿En cuándo* estamos? Esto es Arizona a fines del triásico, hace unos doscientos millones de años. Se parece más a África, ¿no es así? Este período nos brindó los estratos de Desierto Pintado. Tenemos gigantescos equisetos, helechos, cicadas, licopodios… Pero en algunos aspectos es un mundo monótono. La evolución de las flores todavía está muy lejos en el futuro. Hace que uno se ponga a pensar, ¿no?

Kate tomó un tronco como punto de apoyo para el pie y trató de sacarse con las manos el lodo pegajoso y espeso que le cubría la pierna. El calor era profundamente incómodo y la sed creciente de Kate era feroz. Su brazo desnudo estaba cubierto por un sinnúmero de glóbulos de sudor que destellaban de manera auténtica, y se los sentía tan calientes que era como si estuviesen a punto de hervir.

Bobby señaló hacia lo alto.

—Mire.

Era un pájaro que sacudía las alas sin elegancia por entre las

ramas de un árbol… No, era demasiado grande y desmañado como para ser un pájaro. Además, carecía de plumas. Quizás era una especie de reptil volador. Se desplazaba produciendo un ruido como de cuero que cruje, con reflejos púrpura, y Kate sintió escalofríos.

—Admítalo —dijo Bobby—: está impresionada.

Kate movió brazos y piernas en todos los sentidos, doblándolos de una manera y de otra.

—Mi sensación corporal es intensa. Puedo sentir los miembros, tener la sensación de arriba y abajo si me inclino. Pero doy por sentado que todavía estoy tendida en mi otomana, babeándome como usted.

—Sí. Los aspectos propioceptivos del Ojo de la Mente son sorprendentes. Usted ni siquiera está sudando. Bueno, es probable que no lo esté: a veces hay un poco de filtración. Ésta es tecnología de rv de cuarta generación, contando hacia adelante a partir de la burda de anteojos y guantes; después, los implantes de órganos sensoriales —como los suyos— y los implantes corticales, que permitieron el establecimiento de una interfaz directa entre sistemas externos y el sistema nervioso central humano…

—Propio de bárbaros —interrumpió Kate con irritación.

—Quizá —dijo Bobby con suavidad—. Lo que me lleva al Ojo de la Mente. Las bandas cefálicas producen campos magnéticos que pueden estimular zonas precisas del cerebro. Todo sin necesidad de la intervención física.

"Pero no es únicamente la redundancia de los implantes lo que es emocionante —dijo con tono amable—: es la precisión y el alcance de la estimulación que podemos lograr. En este mismo instante, por ejemplo, un mapa de la escena, hecho con ciento ochenta grados de amplitud, se está pintando en forma directa sobre su corteza visual. Estimulamos el núcleo amigdalino y la ínsula, en el lóbulo temporal, para dar sentido del olfato: eso es esencial para la autenticidad de la experiencia. Los olores van directamente al sistema límbico del cerebro, el asiento de las emociones. Ésa es la razón por la que los olores siempre son tan evocadores, ¿sabe? Hasta enviamos leves sacudidas de dolor, mediante el encendido de la corteza anterior de cintillas, el centro, no del dolor en sí, sino del conocimiento consciente del dolor. En realidad trabajamos mucho con el sistema límbico, para garantizar que todo lo que ve la persona contenga un golpe emocional.

"Después está la propiocepción, la percepción del propio cuerpo, que es muy compleja y entraña el ingreso de informaciones sensoriales provenientes de la piel, los músculos y los tendones; información visual y motora proveniente del cerebro; datos sobre equilibrio provenientes del oído interno. Se necesitó mucho de cartografía del

cerebro para conseguir que eso saliera bien. Pero ahora podemos hacer que la persona caiga, vuele, dé saltos mortales, y todo sin dejar su otomana… y podemos hacer que vea maravillas, como ésta.

—Todo ese asunto lo conozco bien. Usted se siente orgulloso de eso, ¿no?

—Por supuesto que lo estoy. Yo lo desarrollé. —Parpadeó, y Kate se dio cuenta de que ésa era la primera vez que él la había mirado directamente durante algunos minutos. Incluso aquí, en esta selva triásica de imitación, Bobby hacía que Kate se sintiera vagamente inquieta, aun cuando ella, en cierto nivel, se sintiera indudablemente atraída por él.

—Bobby… ¿en qué sentido esto es *suyo}* ¿Usted lo inició? ¿Usted lo descubrió?

—Soy el hijo de mi padre. Es dentro de su compañía que estoy trabajando. Pero superviso las investigaciones sobre el Ojo de la Mente. Hago los ensayos de los productos en el terreno.

—¿Ensayos en el terreno?¿Quiere decir que viene aquí y juega a Cacemos al Dinosaurio?

—Yo no lo llamaría *jugar* —dijo con mansedumbre—. Permítame demostrarle lo que digo. —Se puso de pie con energía y se adentró más profundamente en la selva.

Kate se esforzó por seguirlo. No tenía machete y las ramas y las espinas pronto estuvieron cortándole la delgada tela de la ropa y lacerándole la carne. Eso le punzaba, pero no *demasiado.* Claro que no: no era real sino nada más que un maldito juego de aventuras. Se precipitó detrás de Bobby, maldiciendo para sus adentros la tecnología decadente y el exceso de riquezas.

Llegaron al borde de un claro, una zona de árboles caídos y carbonizados de los que pequeños brotes verdes pugnaban por surgir. Quizás a este sitio lo había despejado un relámpago.

Bobby extendió un brazo para mantener a Kate atrás, en el borde de la selva.

—¡Mire!

Con el hocico y las patas anteriores, un animal estaba rebuscando entre los fragmentos de madera carbonizada, muerta. Debía de haber tenido unos dos metros de largo, una cabeza parecida a la de un lobo e incisivos sobresalientes. A pesar de su apariencia lupina, estaba gruñendo como un cerdo.

—Un cinodonte —susurró Bobby—, un protomamífero.

—¿Nuestro antecesor?

—No. Los verdaderos mamíferos ya se han diversificado. Los cinodontes son un callejón sin salida en la evolución… ¡Maldición!

En ese momento se oyó un tremendo estruendo proveniente del monte bajo que estaba en el extremo opuesto del claro: era un

dinosaurio como los de *Parque Jurásico*, por lo menos de dos metros de altura. Salió del bosque dando saltos sobre poderosas patas traseras, las mandíbulas inmensas abiertas por completo, las escamas centelleando.

El cinodonte pareció quedar paralizado, con los ojos fijos en el depredador.

El dinosaurio saltó sobre el lomo del cinodonte, que quedó aplastado debajo del peso de su agresor. Los dos rodaron por el suelo, destrozando los jóvenes árboles que crecían ahí. El cinodonte daba chillidos.

Kate retrocedió hacia la selva, tomándose con fuerza del brazo de Bobby. Sentía la sacudida del suelo, la potencia del encuentro. *Impresionante*, admitió.

El carnosaurio terminó quedando arriba. Mientras retenía a su presa con el peso del cuerpo, se inclinó hacia el cuello del protomamífero y, con una sola dentellada, lo perforó. El cinodonte todavía estaba luchando, pero en su cuello totalmente desgarrado se veían huesos blancos y la sangre salía a borbotones y, cuando el carnosaurio hizo estallar el estómago de su presa, se sintió un hedor a carne podrida que casi hizo que Kate tuviera arcadas…

Casi, pero no del todo. Por supuesto que no. Es que, si se miraba con cuidado, había un leve aspecto falso en la sangre que brotaba a chorros del protomamífero, así como lo había en el centelleante brillo de las escamas del dinosaurio. Toda rv era así: ostentosa pero limitada; hasta el hedor y el ruido modelados para comodidad del usuario, todo ello era tan inofensivo y, en consecuencia, tan carente de significado como una excursión por un parque temático.

—Creo que es un dilofosaurio —murmuró Bobby—. ¡Fantástico! Es por eso que adoro este período: es una especie de punto de empalme de la vida. Aquí todo se superpone, lo antiguo con lo nuevo, nuestros antecesores y los primeros dinosaurios…

—Sí —dijo Kate, recuperándose— …pero no es *real*.

Bobby se rascó la coronilla.

—Es como toda la ficción: hay que hacer a un lado el descreimiento.

—Pero no es más que un campo magnético que está haciendo cosquillas en la parte inferior de mi cerebro. ¡Por Dios, esto ni siquiera es el triásico legítimo!, sólo es la mala suposición de algún académico… a la que añadieron un poco de color para el turista virtual.

Bobby le sonreía.

—Siempre está tan enojada. ¿Y su argumento es…?

Kate contempló esos ojos azules vacíos. Hasta ahora, él había fijado el programa de actividades. Si quieres avanzar más, se dijo a sí

misma, si quieres aproximarte a aquello que viniste a buscar, tendrás que desafiarlo.

—Bobby, en este preciso momento usted está yaciendo en una sala a oscuras. Nada de esto tiene importancia.

—Sus palabras parecen dar la impresión de que siente lástima por mí. —Parecía tener curiosidad.

—Toda su vida parece ser así. A pesar de todo lo que habla sobre los proyectos de rv y las responsabilidades que tiene dentro de la empresa, no tiene un control *real* de cosa alguna, ¿no es así? El mundo en el que vive es tan irreal como cualquier simulación virtual. Piense en eso: hasta antes de que yo apareciera, usted realmente estaba solo.

Bobby meditó sobre eso.

—Quizá. Pero usted *sí* apareció. —Se puso el fusil al hombro. —Vamos. Hora de cenar con papá. —Arqueó una ceja. —Puede ser que usted se quede, aun cuando hubiera obtenido lo que fuere que quiere de nosotros.

—Bobby…

Pero él ya había levantado las manos en dirección de su banda cefálica.

La cena fue difícil.

Los tres comensales se sentaron debajo del cielo raso en forma de cúpula de la mansión de Hiram. Las estrellas y una Luna creciente macilenta se veían en los claros que se formaban entre las nubes que pasaban a la carrera. El cielo no pudo haber sido más espectacular… pero a Kate se le ocurrió de pronto que gracias a las Cadenas de Datos del agujero de gusano de Hiram, el cielo pronto iba a volverse mucho más aburrido, cuando al último de los satélites de comunicaciones en órbita baja se le permitiera caer de vuelta dentro de la atmósfera.

La comida estaba preparada de manera primorosa, tal como Kate había esperado, y la habían servido silenciosos robots teleguiados. Pero los diversos componentes del menú eran platos bastante sencillos de pescado y mariscos, del tipo que pudo haber disfrutado en cualquiera de muchos restoranes de Seattle; el vino era un Chardonnay californiano de paladar carente de matices particulares. En ese menú no había el menor vestigio de los complejos orígenes mismos de Hiram, ni originalidad o expresión de personalidad de clase alguna.

Y, mientras tanto, la concentración de Hiram en Kate era intensa e implacable: la acribillaba con preguntas y detalles suplementarios referidos a sus antecedentes, familia, carrera; una vez y otra, Kate se encontraba diciendo más de lo que debería haber dicho.

La hostilidad de Hiram, bajo una pátina de cortesía, era inconfundible. Sabe qué me propongo, se dio cuenta Kate.

Bobby estaba sentado en silencio, comiendo poco. Aunque

persistía su desconcertante hábito de evitar mirar a Kate a los ojos, parecía estar más consciente de ella que antes. Kate percibía la atracción —eso no era tan difícil de ver— pero, también, una cierta fascinación. Quizás ella había logrado vulnerar de alguna manera ese pellejo resbaladizo y satisfecho de sí mismo de Bobby. O, lo que era más factible, admitió Kate, simplemente estaba perplejo por sus propias reacciones ante ella.

O, quizá, todo esto no era más que una fantasía por parte de ella, y habría sido mejor que evitara entrometerse en los pensamientos de los demás, hábito que condenaba tan decididamente en otra gente.

—No lo entiendo —estaba diciendo Hiram ahora—; ¿cómo se pudo haber tardado hasta 2033 para descubrir el Ajenjo, un objeto de cuatrocientos kilómetros de extremo a extremo? Sé que está más allá de Urano, pero así y todo…

—Es extremadamente oscuro y se desplaza con lentitud —contestó Kate—. En apariencia es un cometa, pero es mucho más voluminoso que cualquier cometa conocido. No sabemos de dónde vino; quizás ahí afuera hay una nube de objetos así, en algún lugar más allá de Neptuno.

"Y, de todos modos, nadie estaba mirando específicamente en esa dirección. Incluso el sistema Guardián Espacial se concentra en el espacio próximo a la Tierra, en los objetos que es probable que choquen con nosotros en el futuro cercano. Al Ajenjo lo descubrió una red de aficionados observadores del cielo.

—Hmmm —dijo Hiram—. Y ahora está en camino hacia acá.

—Sí. Llegará dentro de quinientos años.

Bobby blandió una mano fuerte, tratada con manicura.

—Pero eso es tan adelante en el tiempo. Debe de haber planes para esa contingencia.

—¿*Qué* planes de contingencia!? Bobby, el Ajenjo es un gigante. Nosotros no conocemos modo alguno de empujar esa maldita cosa para otro lado, ni siquiera en principio. Y cuando esa roca caiga, no habrá dónde esconderse.

—¿*Nosotros* no conocemos modo alguno? —preguntó Bobby secamente.

—Me refiero a los astrónomos…

—Por la manera en que hablaba casi llegué a imaginar que lo había descubierto usted misma. —La estaba aguijoneando, como respuesta al sondeo anterior de ella. —Resulta tan fácil mezclar los propios logros con los de la gente en la que se confía, ¿no es así?

Hiram estaba cloqueando de risa.

—Puedo decirles, chicos, que se están llevando muy bien. Si les interesa lo suficiente como para mantener una discusión… Y usted, claro, *Ms.* Manzoni, ¿cree que la gente tiene el derecho de saber que el

mundo va a terminar dentro de quinientos años?

—¿No lo cree usted?

Bobby dijo:

—¿Y usted no tiene la menor preocupación por las consecuencias: los suicidios, el incremento abrupto de los índices de aborto, el desistimiento de diversos proyectos para la conservación del ambiente?

—Yo traje la mala noticia —repuso Kate, tensa —, yo no traje el Ajenjo. Mire, si no se nos informa, no podemos actuar, para bien o para mal. No podemos asumir la responsabilidad por nosotros mismos… en lo que fuere que nos quedare de tiempo. No es que nuestras responsabilidades sean prometedoras. Es probable que lo mejor que podamos hacer es enviar un puñado de gente hacia algún lugar que sea más seguro, la Luna o Marte o un asteroide. Ni siquiera eso da garantías de que se salve la especie, a menos que podamos instituir una población que se reproduzca. Y —dijo con tono apesadumbrado— aquellos que sí escapen serán, a no dudarlo, los que nos rigen y su descendencia, a menos que podamos quitarnos de encima nuestra anestesia electrónica.

Hiram empujó su silla hacia atrás y rugió de risa.

—Anestesia electrónica. Cuan cierto es eso… en tanto y en cuanto yo esté vendiendo el anestésico, claro. —La miró directamente: —Me gusta usted, *Ms.* Manzoni.

—Mentiroso.

—Gracias… ¿Para qué vino acá?

Hubo un largo silencio.

—Usted me invitó.

—Seis meses y siete días atrás. ¿Por qué ahora? ¿Está trabajando para mis rivales?

—No. —Kate se encrespó al oír eso. —Soy periodista independiente.

Hiram asintió con la cabeza.

—De todos modos, aquí hay algo que usted quiere. Un artículo, claro está. El Ajenjo ya está quedando relegado a su pasado y usted necesita triunfos nuevos, una nueva noticia sensacional. De eso es lo que vive la gente como usted, ¿no es así, *Ms.* Manzoni? ¿Pero cuál puede ser esa noticia? Nada personal, con seguridad: hay poco de mí que no sea del dominio público.

Kate contestó con todo cuidado:

—Oh, pues me atrevería a decir que hay algunos puntos. —Tomó aire. —La verdad es que oí decir que usted tiene un proyecto nuevo. Una nueva aplicación de los agujeros de gusano, que va mucho más allá de las simples Cadenas de Datos que…

—Vino aquí revolviendo entre la carroña para obtener

información —dijo Hiram.

—Pero vamos, Hiram. Todo el mundo se está conectando con sus agujeros de gusano. Si yo pudiera tener la primicia del resto de esa información…

—Pero usted no sabe *nada.*

Kate se sofrenó. *Te mostraré lo que sé.*

—Usted nació con el nombre de Hirdamani Patel. Antes de nacer, la familia de su padre fue forzada a huir de Uganda debido a una *limpieza, étnica*, ¿tengo razón?

Hiram la miraba con deseos de matarla.

—Todo eso es de conocimiento público. En Uganda, mi padre era gerente de banco. En Norfolk manejó ómnibus, pues nadie conocía sus antecedentes laborales…

—Usted no era feliz en Inglaterra. —Kate volvió a embestir. —Se halló incapaz de superar las barreras de raza y de clase. Así fue que partió hacia los Estados Unidos de América. Abandonó el nombre con que nació y adoptó una versión adaptada al inglés. Se hizo famoso y se convirtió en una especie de modelo a imitar por los asiáticos que viven en Estados Unidos. Sin embargo, cercenó todos los vínculos con sus orígenes étnicos: cada una de sus esposas fue una WASP[3].

Bobby parecía estar pasmado.

—*¿Esposas?* Papá…

—La familia es todo para usted —dijo Kate con tono tranquilo, obligándolos a prestarle atención—. Usted está tratando de constituir una dinastía, según parece, a través de Bobby, aquí presente. Quizás eso se debe a que usted abandonó a su propia familia, a su propio padre, allá en Inglaterra.

—Ah —Hiram dio un aplauso breve, forzando una sonrisa—, me preguntaba cuánto tiempo iba a pasar hasta que Papá Sigmund se nos uniera a la mesa. Así que ése es su artículo: “ ¡Hiram Patterson está erigiendo Nuestro Mundo porque se siente culpable por lo que le hizo al padre!”

Bobby tenía el entrecejo fruncido.

—Kate, ¿de qué proyecto nuevo estás hablando?

¿Sería posible que Bobby realmente no lo supiera? Kate sostuvo la mirada que le dirigía con fijeza a Hiram, regodeándose en el súbito poder que acaba de obtener:

—De uno que tiene suficiente importancia para él como para haber mandado a llamar a su hermano desde Francia.

—Hermano…

—Que, a su vez, tiene la suficiente importancia para él como para haberlo aceptado a Billybob Meeks, el fundador de la Tierra de la Revelación, como socio de inversiones. ¿Oíste hablar de eso, Bobby?: es la más reciente perversión de la religión, ideada con el fin de secar

la mente y tragar el dinero para afligir a la desdichada población de crédulos estadounidenses…

—Eso no viene al caso —replicó Hiram con brusquedad—. Sí, estoy trabajando con Meeks. Yo trabajo con quien quiera. Si la gente quiere comprar mi equipo de rv, para poder ver a Jesús y a sus Apóstoles bailando zapateo americano, pues se lo vendo. ¿Quién soy yo para juzgar? No somos todos tan mojigatos como usted, *Ms.* Manzoni. Todos no nos podemos dar ese lujo.

Pero Bobby tenía la mirada fija en Hiram.

—¿Mi hermano?

Kate se sobresaltó y volvió a llevar la conversación hacia donde ella quería.

—Bobby… Tú no sabías nada sobre todo esto, ¿no? No sólo sobre el proyecto, sino sobre la otra esposa de Hiram, sobre su otro hijo. —Miró a Hiram con repugnancia: —¿Cómo pudo alguien guardar un secreto así?

Los labios de Hiram se fruncieron y la furibunda mirada que le lanzó a Kate estaba llena de aborrecimiento.

—Un *medio* hermano, Bobby. Nada más que un medio hermano.

Kate añadió con tono desapasionado:

—Su nombre es David. —Lo pronunció como en francés: *David.* —Su madre era francesa. Él tiene treinta y dos años, siete más que tú, Bobby. Es físico y le está yendo bien: se lo describió como el Hawking de su generación… Ah, y es católico. Ferviente, parece.

Bobby parecía estar… no enojado sino, más bien, desconcertado. Le dijo a Hiram:

—¿Por qué no me lo dijiste?

Hiram respondió:

—No era necesario que lo supieras.

—¿Y del nuevo proyecto, de lo que fuere que se trate? ¿Por qué no lo mencionaste?

Hiram se puso de pie.

—Su compañía ha sido encantadora, *Ms.* Manzoni. Los robots teleguiados le mostrarán el camino de salida.

Kate se levantó.

—No me puede impedir que publique lo que sé.

—Pues publique lo que le plazca. No tiene cosa alguna de importancia.

Kate sabía que él tenía razón.

Fue caminando hacia la puerta, la euforia y la bronca disipándose con rapidez. —Lo arruiné todo —se dijo a sí misma—. Tuve la intención de congraciarme con Hiram y en vez de eso lo convertí en mi enemigo por el solo hecho de divertirme un rato.

Miró hacia atrás: Bobby todavía estaba sentado. La estaba

mirando, esos extraños ojos como ventanas de iglesia, exageradamente abiertos. *Te volveré a ver*, pensó Kate. Quizás esto no haya terminado aún.

La puerta empezó a cerrarse. Lo último que alcanzó a ver fue a Hiram cubriendo con su mano la de su hijo, en un gesto de ternura.

3. LA FÁBRICA DE GUSANOS

Hiram estaba aguardando a David Curzon en la sala de arribos de SeaTac.

Era simplemente avasallador. De inmediato aferró los hombros de David y lo atrajo hacia sí. David pudo sentir el olor de una poderosa agua de colonia, de tabaco sintético, de un leve rastro de especias que aún permanecía. Hiram estaba próximo a cumplir setenta años, pero no lo demostraba, merced, sin la menor duda, a tratamientos antienvejecimiento y a una sutil escultura cosmética. Era alto y moreno, en tanto que David, que había heredado las características de la madre, era rubio y más robusto, con tendencia a ser rechoncho.

Y aquí estaba esa voz que David no había oído desde que tenía cinco años, esa cara —ojos azules, nariz aguileña— que se había alzado ante él como una luna gigantesca.

—Hijo mío, ha pasado tanto tiempo. Ven. Tenemos muchísimo de qué hablar hasta ponernos al día…

David había transcurrido la mayor parte del vuelo desde Inglaterra tratando de sosegarse para este encuentro. *Tienes treinta y dos años*, se decía a sí mismo. *Tienes un puesto de profesor titular en Oxford. Tus trabajos y tus libros de vulgarización sobre la exótica matemática de la Física cuántica fueron extremadamente bien recibidos. Este hombre podrá ser tu padre, pero te abandonó y no tiene autoridad alguna sobre ti.*

Eres un adulto ahora. Tienes tu fe religiosa. Nada tienes que temer.

Pero Hiram, tal como, seguramente, se lo había propuesto, consiguió traspasar todas las defensas de David en los primeros cinco segundos de su encuentro. El joven, aturullado, se dejó conducir.

* * *

Hiram llevó a su hijo directamente a las instalaciones de investigación —la Fábrica de Gusanos, como la llamaba—, que estaba hacia el norte de Seattle. El viaje, en un Rolls de manejo controlado por inteligencia artificial, fue rápido y pavoroso. Controlados por satélites localizadores de la posición y por soportes lógicos inteligentes incorporados en el auto en sí, los vehículos fluían por las autopistas a más de ciento cincuenta kilómetros por hora, los paragolpes de dos autos se perseguían separados por no más que centímetros. Todo era mucho más agresivo que a lo que David estaba acostumbrado en

Europa.

Pero la ciudad, lo que vio de ella, lo impresionó: su estilo europeo, un sitio de casas suntuosas y bien conservadas con una extensa vista de las colinas y del mar, los complejos edilicios más modernos integrados de manera razonablemente garbosa con la sensación general que inspiraba el lugar; la zona del centro comercial alborotada por la proximidad de la Navidad.

Recordaba poco del lugar; tan sólo fragmentos de la niñez, el pequeño barco que Hiram usaba para salir del golfo de Puget, viajes por encima de la línea de nieve en invierno. Había regresado a Estados Unidos muchas veces antes, claro está —la física teórica era una disciplina internacional—, pero nunca había vuelto a Seattle, no desde el día en que, de modo inolvidable, su madre lo había arropado bien y salido como una furia de la casa de Hiram.

Hiram hablaba todo el tiempo, acribillando a su hijo con preguntas.

—¿Así que te sientes aclimatado en Inglaterra?

—Pues, ya sabes respecto de los problemas del clima. Pero incluso Oxford, rodeada por hielo, es un magnífico lugar para vivir. En particular desde que suprimieron los automóviles privados del camino de circunvalación y…

—¿Esos presumidos británicos no se burlan de ti por tu acento francés?

—Padre, soy francés. Ésa es mi identidad.

—Pero no tu ciudadanía. —Hiram palmeó el muslo de su hijo. —Eres estadounidense. No lo olvides. —Contempló a David con cautela. —¿Y todavía sigues practicando?

David sonrió.

—¿Quieres decir si aún soy católico? Sí, padre.

Hiram gruñó:

—Esa maldita madre tuya. El error más grande que yo cometí jamás fue unirme con ella sin tener en cuenta su religión. Y ahora te transmitió a ti el virus de Dios.

David sintió que las alas de la nariz se agitaban por la cólera.

—Tu lenguaje es ofensivo.

—…Sí. Lo siento. ¿Así que hoy en día Inglaterra es un buen lugar para ser católico?

—Desde que se separó la Iglesia del Estado, Inglaterra consiguió una de las comunidades católicas más sanas del mundo.

Hiram volvió a gruñir:

—No es frecuente oír las palabras *sano j católico* en la misma oración… Aquí estamos.

Habían llegado a una amplia playa de estacionamiento. El auto se detuvo. David salió de él después de su padre. Estaban próximos al

océano y David quedó inmerso de inmediato en el aire frío y cargado de sal.

La playa de estacionamiento bordeaba un edificio grande, abierto, toscamente construido con cemento armado y metal acanalado, como un hangar. En uno de los extremos había un gigantesco portón, que estaba abierto en parte, y desde un depósito que había afuera, camiones robot estaban acarreando voluminosas cajas de cartón hacia el interior del edificio.

Hiram condujo a su hijo hasta una puerta pequeña, del tamaño de un hombre, que estaba recortada en una de las paredes; su tamaño parecía un músculo en comparación con la escala de la estructura.

—Bienvenido al centro del universo. —Súbitamente, Hiram pareció estar avergonzado. —Mira, te arrastré hasta aquí sin pensar. Sé que acabas de bajar de tu vuelo. Si necesitas un respiro, una ducha…

Hiram parecía estar lleno de legítima preocupación por el bienestar de su hijo y David no pudo resistir sonreírle.

—Quizá café, un poco más tarde. Muéstrame tu nuevo juguete.

El espacio dentro del hangar era frío, cavernoso. Mientras caminaban por el polvoriento piso de cemento armado, sus pasos retumbaban. El techo tenía nervaduras y baterías de luces en hilera que colgaban por todas partes, llenando el vasto volumen con una luz gris fría y penetrante. Había una sensación de silencio, de calma: a David le recordaba más una catedral que una instalación tecnológica.

En el centro del edificio, una pila de equipo se elevaba por encima del puñado de técnicos que trabajaban ahí. David era un teórico, no un científico, pero reconoció los instrumentos que constituían una instalación experimental de alta energía: había detectores de partículas subatómicas —ordenamientos de bloques de cristal apilados en altura y profundidad— y cajas que contenían equipos electrónicos de control puestos unos sobre otros como si fueran ladrillos blancos, minúsculos en comparación con el ordenamiento de detectores en sí, pero cada uno de ellos, por sí mismo, con el tamaño de un trailer.

Los técnicos no eran, empero, lo que típicamente se ve en una planta donde se opera con física de alta energía: en promedio parecían ser bastante viejos, quizá de alrededor de sesenta años, teniendo en cuenta lo difícil que resulta estimar edades hoy en día.

David le planteó esta cuestión a Hiram:

—Sí. De todos modos, Nuestro Mundo tiene la política de contratar operarios de mayor edad. Son conscientes; en general son más inteligentes que los jóvenes, gracias a las sustancias químicas para el cerebro que se dan en la actualidad, y agradecen que les brinden trabajo. Y, en este caso, la mayor parte de la gente es víctima de la

cancelación del SBPS.

—¿El SBPS, el Super Bombardero de Partículas Superconductor? Un proyecto de muchos miles de billones de dólares para la fabricación de un acelerador de partículas, obra que se iba a efectuar debajo de un maizal en Texas, de no haber sido paralizado por el Congreso en los años noventa.

Hiram dijo:

—Esa decisión afectó a toda una generación de físicos estadounidenses especializados en partículas. Sobrevivieron; hallaron trabajo en la industria y en Wall Street. La mayoría, empero, nunca logró superar la decepción…

—Pero el SBPS habría sido un error. La tecnología de aceleradores lineales que llegó unos años después, fue mucho más eficaz y más económica. Además, la mayor parte de los resultados fundamentales en la física de partículas que se obtuvo desde 2010, aproximadamente, provino de estudios de sucesos cosmológicos de alta energía.

—Eso no importa. No a esta gente: el SBPS pudo haber sido un error, pero habría sido el error de ellos, de esa gente. Cuando le seguí la pista a estos tipos y les brindé la oportunidad de venir a trabajar en física de vanguardia de alta energía, se abalanzaron sobre ese ofrecimiento. —Hiram miró con fijeza a su hijo. —Tú lo entiendes, eres un muchacho listo, David.

—No soy un muchacho.

—Tuviste la clase de educación con la que yo nunca pude haber soñado siquiera, pero, aun así, hay muchas cosas que te puedo enseñar, tales como la forma de manejar a la gente. —Con un movimiento amplio de la mano señaló a los técnicos. —Mira a estos tipos: están trabajando por una promesa, por sueños de su juventud, por sus aspiraciones, por la realización de sus deseos con su propio esfuerzo. Si puedes hallar alguna manera para aprovechar eso, puedes hacer que la gente trabaje para ti como caballos, incluso sólo por algunas moneditas.

David lo siguió, frunciendo el entrecejo.

Llegaron a una baranda y un técnico de cabello canoso, con una breve y algo reverente inclinación de cabeza hacia Hiram, les alcanzó sendos cascos de seguridad. David adaptó con afectación el suyo a su cabeza.

Después se inclinó sobre la baranda: pudo oler aceite de máquina, aislación, solventes para limpieza. Desde ahí pudo ver al grupo ordenado de detectores, que se extendía por una cierta distancia debajo de la superficie del suelo. En el centro de la fosa había un apretado nudo de maquinaria, oscura y de una clase que no le era familiar. Una bocanada de vapor, parecida a jirones de vapor de agua, se alzaba desde la parte central de la maquinaria: criogenia, quizás. En

alguna parte, por arriba, se dejaba oír un zumbido como de piezas metálicas en movimiento: David miró hacia arriba, para ver una grúa de balancín en acción, un largo columpio de acero que se extendía por encima del conjunto de detectores y que en el extremo tenía un brazo con agarradera.

Hiram murmuró:

—La mayor parte de todo esto no es más que detectores de una clase o de otra, así podemos deducir qué está pasando… en especial cuando algo sale mal. —Señaló el nudo de maquinaria en el centro del conjunto de detectores. —Ése es el lado que importa: una aglomeración de imanes superconductores.

—Eso explica la criogenia.

—Sí. Ahí adentro creamos nuestros enormes campos electromagnéticos, los campos que usamos para construir nuestros motores Casimir para manchones de cervatillo. —Había orgullo en su voz… que era justificable, pensó David. —Éste es el mismísimo sitio en el que abrimos el primer agujero de gusano, allá, en la primavera. Haré que coloquen una placa; ya sabes, uno de esos indicadores para la historia. Puedes decir que soy presuntuoso. Ahora estamos utilizando este lugar para hacer que la tecnología avance aún más, y tanto y tan rápido como podamos.

David se volvió hacia Hiram.

—¿Para qué me trajiste acá?

—…Justamente ésa es la pregunta que iba a hacer.

La tercera voz, por completo inesperada, claramente sobresaltó a Hiram.

Una figura salió de entre las sombras de la pila de detectores y vino a pararse al lado de Hiram. Durante un instante, el corazón de David latió con fuerza, pues bien pudo haber sido el gemelo de Hiram… o su fantasma prematuro. Pero, al mirar con más detenimiento, David pudo percibir diferencias: el segundo hombre era considerablemente más joven, menos corpulento, quizás un poco más alto y su cabello todavía era tupido y de un negro brillante.

Pero esos ojos de un celeste puro, tan poco comunes en el caso de descendencia asiática, eran, sin la menor duda, los de Hiram.

—Te conozco —dijo David.

—¿De la televisión en *tabloide?*

David forzó una sonrisa.

—Eres Bobby.

—Y tú debes de ser David, el medio hermano que no sabía que tenía hasta que me tuve que enterar a través de una periodista. —Era más que evidente que Bobby estaba enojado, pero su autocontrol lo hacía mantenerse frío.

David se dio cuenta de que había aterrizado en medio de una

complicada pelea de familia… y, lo que era peor, de *su* familia.

Hiram miró de uno a otro a sus hijos. Suspiró.

—David, quizá ya es hora de que te invite ese café.

El café se contaba entre los peores que David hubiera probado jamás. Pero el técnico que se los sirvió revoloteó junto a la mesa hasta que David tomó el primer sorbo. Esto es Seattle, se forzó en recordar David a sí mismo: acá, la calidad del café ha sido un fetiche entre las clases sociales que operan instalaciones como ésta durante una generación. Se obligó a sonreír.

—Maravilloso —mintió.

El técnico se alejó rebosante de alegría.

El comedor de la instalación estaba metido en el rincón de la sala de cómputos, el centro de computación en el que se analizaban los diversos experimentos que se efectuaban en el lugar. El centro de cómputos en sí era característico de las operaciones de Hiram, donde se cuidaban extremadamente los costos, y era ínfimo: un módulo temporario de oficina con piso de baldosas de plástico, paneles fluorescentes en el techo; tabiques de plástico, que simulaban ser de madera, para los puestos de trabajo.

Estaba atestado con terminales de computadora, pantallas flexibles, osciloscopios y otros equipos electrónicos. Caños para cables y fibras de luz serpenteaban por todas partes, obras adosadas a las paredes, los pisos y el techo con cinta adhesiva. Había un olor complejo de ozono proveniente del equipo eléctrico, de café rancio y de sudor.

El comedor había resultado ser una choza deprimente con mesas de plástico y máquinas expendedoras de bebidas, todo mantenido por un trajinado robot de control remoto. Hiram y sus dos hijos se sentaron en torno de una mesa, con los brazos cruzados y evitaron mirarse de frente.

Hiram hurgó en uno de sus bolsillos e hizo aparecer una pantalla flexible del tamaño de un pañuelo. La alisó sobre la mesa y dijo:

—Iré al grano. Encendido. Reproducción. Cairo.

David miró la pantalla. Vio, a través de una sucesión de escenas breves, alguna clase de emergencia médica que se estaba desarrollando en la ciudad egipcia de El Cairo, bajo un sol abrasador: camilleros que llevaban cuerpos provenientes de edificios; un hospital atestado de cadáveres y parientes desesperados y personal médico al que se hostilizaba; madres apretando contra el pecho el cuerpo inerte de niños, mientras aullaban de dolor.

—¡Dios bendito!

—Dios parece haber estado mirando hacia otro lado —dijo Hiram con tono sombrío—. Esto ocurrió hoy por la mañana. Otra guerra por el agua. Uno de los vecinos de Egipto vertió una toxina en el Nilo. Las

primeras estimaciones arrojan dos mil muertos, diez mil enfermos, se esperan muchas más muertes.

—Ahora bien —dijo mientras golpeaba con el dedo la pantalla—, miren la calidad de la imagen. Algunas de estas imágenes provienen de cámaras portátiles; otras, de equipos teleguiados. A todas se las tomó dentro de los diez minutos posteriores al primer brote del que diera información una agencia local de noticias. Y aquí está el problema. —Hiram tocó la esquina de la imagen con la uña. Ahí aparecía un logo: NLT, la red Noticias en Línea de la Tierra, uno de los rivales más acérrimos en el terreno de la búsqueda de noticias. Hiram dijo:

—Tratamos de llegar a un acuerdo con la agencia local, pero la NLT se adelantó a nosotros en dar a conocer las noticias sensacionales. —Miró a sus hijos. —Esto ocurre todo el tiempo. De hecho, cuando más grande me vuelvo, más alimañas agudas como la NLT le tiran dentelladas a mis talones.

"Mantengo dotaciones de camarógrafos y corresponsales por todo el mundo, a un costo considerable. Tengo agentes locales en cada esquina del planeta… pero no podemos estar en todas partes y si no estamos ahí puede tardar horas, días inclusive, poner una dotación en el lugar. En el negocio de las noticias, durante las veinticuatro horas —crean lo que les digo— llegar un minuto tarde es fatal.

David frunció el entrecejo:

—No entiendo. ¿Estás hablando sobre ventajas para competir? Ahí hay gente muriendo, delante de tus propios ojos.

—La gente muere todo el tiempo —dijo Hiram con aspereza. —La gente muere en guerras por los recursos naturales, como en este caso que vimos de El Cairo, o por diferencias religiosas o étnicas sutiles o porque algún maldito tifón o una condenada sequía la golpea cuando el clima se vuelve loco o, sencillamente, sólo muere. No puedo alterar eso. Si no lo muestro, alguien más lo hará. No estoy acá para debatir sobre moralidad. Lo único que me preocupa es el futuro de mi negocio y, en este preciso momento, me están derrotando. Y es por eso que necesito apoyo… el apoyo de ustedes dos.

Bobby dijo con brusquedad:

—Primero háblanos sobre nuestras madres.

David contuvo el aliento.

Hiram se atragantó con el café. Dijo con lentitud:

—Está bien. Pero, en verdad, no hay mucho para decir… Eve —la madre de David— fue mi primera esposa.

—Y tu primera fortuna —dijo David con frialdad.

Hiram se encogió de hombros.

—Usamos la herencia de Eve como la base monetaria que nos permitió iniciar la empresa. Es importante que lo entiendas, David:

nunca despojé a tu madre. En aquellos primeros tiempos éramos socios. Teníamos una especie de plan empresario de largo plazo. Recuerdo que lo escribimos en el reverso del menú de nuestra recepción de bodas… Logramos cada uno de esos malditos objetivos, y más aún. Multiplicamos la fortuna de tu madre por diez. Y te tuvimos a ti.

—Pero tuviste una aventura amorosa y tu matrimonio se deshizo —dijo David.

Hiram miró con fijeza a David.

—¡Qué enjuiciador eres! Igual que tu madre.

—Limítate a contarnos, papá —acució Bobby.

Hiram asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Sí, tuve un amorío… con tu madre, Bobby. Heather, así se llamaba. Nunca quise que las cosas salieran así. David, mi relación con Eve había estado fallando durante mucho tiempo. ¡Esa maldita religión de ella!

—Así que la desechaste.

—Ella trató de desecharme a mí. Quise que llegáramos a una conciliación, que fuéramos civilizados respecto de esa cuestión. Al final me abandonó… llevándote con ella.

David se inclinó hacia adelante.

—Pero la dejaste afuera de tus intereses empresarios. De una empresa que habías levantado con el dinero de ella.

Hiram se encogió de hombros.

—Ya te dije que busqué una conciliación. Ella quería todo. No pudimos llegar a un acuerdo. —La mirada se endureció. —Yo no estaba dispuesto a ceder todo lo que había construido. No por el capricho de una fanática enloquecida por la religión… ni siquiera cuando esa fanática fuese mi esposa, tu madre. Cuando ella perdió su demanda de todo-o-nada, se fue a Francia contigo y desapareció de la faz de la Tierra… o lo intentó —sonrió—; no resultó difícil seguirte el rastro. —Hiram extendió la mano para tocar el brazo de David, pero éste lo retiró. —David, nunca lo supiste, pero estuve a tu lado. Encontré maneras de… hmmm… serte de utilidad, sin que tu madre se enterara. No me atrevería a ir tan lejos como decir que me debes todo lo que tienes, pero…

David sintió que la ira lo quemaba.

—¿Qué te hace pensar que yo quería tu ayuda?

Intervino Bobby:

—¿Dónde está tu madre ahora?

David trató de calmarse.

—Murió. Cáncer. Las cosas pudieron haber sido más fáciles para ella. No pudimos pagar…

—No me dejó ayudarla —terció Hiram—. Incluso en el final me

rechazó.

David dijo:

—¿Y qué esperabas? Le quitaste todo lo que tenía.

Hiram negó sacudiendo la cabeza.

—Ella me quitó algo más importante: *tú.*

—Y por eso —dijo con frialdad Bobby— concentraste tu ambición en mí.

Hiram se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Bobby, te di todo… todo lo que pude darles a los dos. Te preparé lo mejor que pude.

—*¿Preparé?* —rió David, meditabundo—. ¿Qué clase de palabra es ésa?

Hiram dio un golpe sordo sobre la mesa.

—Si Joe Kennedy puede hacerlo, ¿por qué no Hiram Patterson? ¿No lo ven, muchachos? No hay límite para lo que podemos conseguir si trabajamos juntos…

—¿Estás hablando de política? —David contempló la cara suave y con gesto de asombro de Bobby. —¿Es eso lo que pretendes para Bobby? ¿Quizá la Presidencia misma? —rió—. Eres exactamente como te imaginaba, padre.

—¿Y cómo soy?

—Arrogante. Manipulador.

Hiram se estaba enojando.

—Y tú eres tal como yo esperaba: tan pomposo y mojigato como tu madre.

Bobby contemplaba a su padre, absorto.

David se puso de pie.

—Quizá ya hemos dicho lo suficiente.

El enojo de Hiram se disipó de inmediato.

—No. Espera. Lo siento. Tienes razón. No te arrastré hasta aquí para pelear contigo. Siéntate y escúchame… Por favor.

David permaneció parado.

—¿Qué quieres de mí?

Hiram se acomodó en la silla y lo estudió.

—Quiero que construyas para mí un agujero más grande de gusano.

—¿Cuánto más grande?

Hiram hizo una profunda inhalación.

—Lo suficientemente grande como para que se pueda mirar a través de él.

Siguió un prolongado silencio.

David se volvió a sentar, sacudiendo la cabeza.

—Eso es…

—¿ Imposible ? Lo sé. Pero déjame hablar de todos modos. —

Hiram se levantó y caminó por el atiborrado y desordenado refectorio, gesticulando mientras hablaba, animado, excitado. —Supongamos que yo pudiera abrir de inmediato un agujero de gusano desde mi sala de redacción en Seattle, y que llegara directo a este suceso en El Cairo que constituye una noticia. Supongamos, también, que ese agujero de gusano fuera lo suficientemente amplio como para transmitir imágenes del suceso: desde cualquier parte del mundo, yo podría suministrar imágenes en forma directa a la red, sin que virtualmente hubiera demora alguna, ¿está bien? Piensa en ello: podría despedir a mis corresponsales locales y dotaciones de camarógrafos, reduciendo mis costos a una fracción. Hasta podría montar alguna clase de instalación automatizada de búsqueda, que hiciera una vigilancia continua a través de agujeros de gusano de vida efímera, esperando que surgiera la próxima noticia, dondequiera y cuando quiera. En verdad no hay límites.

Bobby sonrió sin muchas ganas.

—Papá, nunca podrían dar una noticia sensacional antes que tú.

—Y que lo digas. —Hiram se volvió hacia David. —Ése es el sueño. Ahora, dime por qué es imposible.

David frunció el entrecejo:

—Es difícil saber por dónde empezar. En estos precisos momentos puedes constituir Cadenas metaestables de Datos entre dos puntos fijos. Ése, por sí mismo, es un logro considerable. Pero necesitas una inmensa maquinaria en cada extremo para afianzar cada boca del agujero de gusano, ¿de acuerdo? Ahora, lo que deseas es abrir una boca estable de agujero de gusano en el extremo lejano, en el sitio donde se halla el suceso que es noticia, sin los beneficios de ninguna clase de afianzamiento.

—Eso es.

—Pues bien, eso es lo primero que es imposible, como estoy seguro de que te ha estado explicando tu personal técnico.

—Lo hicieron, en efecto. ¿Qué más?

—Quieres usar esos agujeros de gusano para transmitir fotones de luz visible. Ahora bien, los agujeros de gusano en la espuma cuántica vienen con la longitud de Planck-Wheeler, que es de diez elevado a menos treinta y cinco metros. Lograste expandirlos hasta alcanzar veinte órdenes de magnitud, de modo de hacerlos lo suficientemente grandes como para que hagan pasar fotones de rayos gamma. Frecuencia muy alta, longitud muy corta de onda.

—Sí. Usamos rayos gamma para transportar flujos de datos digitalizados, que…

—Pero la longitud de onda de tus rayos gamma es alrededor de un millón de veces menor que las longitudes de onda de la luz visible. La boca de tus agujeros de gusano de segunda generación tendrían que

tener, como mínimo, alrededor de un micrón de lado a lado.

David miró con atención al padre.

—Presumo que tuviste a tus ingenieros tratando de conseguir exactamente eso… y no funciona.

Hiram suspiró.

—En realidad conseguimos meter suficiente energía de Casimir como para abrir violentamente agujeros de gusano que tuvieran esa anchura. Pero se produce una especie de efecto de realimentación que hace que la maldita cosa se desplome.

David asintió con la cabeza.

—Eso se denomina inestabilidad de Wheeler: los agujeros de gusano no tienen estabilidad natural. La gravedad que hay en la boca de un agujero de gusanos atrae fotones y los acelera hasta hacerlos adquirir alta energía, y esa radiación cargada de energía bombardea la garganta del agujero y lo hace comprimirse. Es el efecto que se debe contrarrestar con energía negativa del efecto Casimir, para mantener abiertos los agujeros, aun los más pequeños.

Hiram caminó hasta la ventana del diminuto comedor. Más allá, David pudo ver la forma voluminosa del complejo de detectores, en el corazón de la planta.

—Acá tengo algunos buenos cerebros. Pero esta gente es experimentadora: todo lo que hacen es atrapar y medir lo que ocurre cuando todo sale mal. Lo que necesitamos es reforzar la teoría, es ir más allá del estado conseguido por la tecnología más avanzada. Y es ahí donde entras tú. —Se volvió. —David, quiero que te tomes un año sabático en Oxford y que vengas a trabajar conmigo en esto. —Hiram pasó el brazo por encima de los hombros de David; su carne era fuerte y cálida; su presión, abrumadora. —Piensa en cómo podría resultar todo esto. A lo mejor recibes el premio Nobel de Física, al mismo tiempo que yo devoro la NLT y esos otros cuzquitos ladradores que persiguen mis talones. Padre e hijo juntos… *Hijos.* ¿Qué opinas?

David estaba consciente de que la mirada de Bobby estaba clavada en él.

—Creo…

Hiram aplaudió.

—Sabía que dirías que sí.

—No lo hice, aún.

—Está bien, está bien, pero lo harás. Puedo percibirlo. Sabes, es simplemente maravilloso cuando los planes de largo plazo rinden dividendos.

David sintió escalofríos.

—*¿Qué* planes de largo plazo?

Hiram, hablando con rapidez y vehemencia, dijo:

—La posibilidad de que fueras a trabajar en Física; fue una

sagacidad tuya permanecer en Europa. Hice investigaciones en ese terreno: te especializaste en matemática, ¿no es así? Después obtuviste el doctorado en un departamento de Matemática aplicada y Física teórica.

—En Cambridge, sí. El departamento de Hawking…

—Ésa es una típica ruta europea. Como resultado eres muy versado en la matemática más moderna. Es una diferencia de culturas. Los estadounidenses estuvieron a la vanguardia del mundo en física práctica, pero utilizan una matemática que se remonta a la Segunda Guerra Mundial. Así que si se está buscando un progreso *teórico* de importancia, no hay que pedirlo a alguien que hubiera recibido su instrucción en los Estados Unidos de América.

—Y aquí estoy yo —dijo David con frialdad—, con mi conveniente educación europea.

Bobby dijo con lentitud:

—Papá, ¿nos estás diciendo que *arreglaste* las cosas de manera que David obtuviera una educación europea en física, por si se hubiera dado la posibilidad de que te fuera útil? ¿Y todo eso sin que él lo supiera?

Hiram se sentó muy tieso.

—No sólo útil para mí: más útil para sí mismo. Más útil para el mundo. Más obligado a tener éxito. —Miró al uno y al otro, y les puso las manos sobre la cabeza, como si les estuviera dando la bendición. —Todo lo que hice fue pensando en lo más conveniente para ustedes. ¿Todavía no se dan cuenta?

David miró a Bobby a los ojos. La mirada de Bobby se desvió; su expresión era inescrutable.

4. AJENJO

Extraído de Ajenjo: Cuando las Montañas se Funden, *por Katherine Manzoni, publicado por Shiva Press, Nueva York, 2033; también asequible como conjunto en flotación de Internet.*

…Enfrentamos grandes desafíos como especie, si es que hemos de sobrevivir durante los próximos siglos. Ya es evidente que el efecto de los cambios de clima será mucho peor que lo que se imaginaba hace unas pocas décadas. En verdad, la predicción de esos efectos que se hiciera, por ejemplo, en la década de 1980, ahora aparece como tontamente optimista.

Hoy sabemos que el rápido calentamiento que tuvo lugar durante estos últimos siglos causó que una serie de sistemas naturales metaestables que había por todo el planeta, pasara a tener estados nuevos. Desde debajo del subsuelo siberiano permanentemente congelado que se derrite, ya se están liberando miles de millones de toneladas de metano y de otros gases de invernadero. Las aguas oceánicas que se calientan están desestabilizando aún más a los inmensos depósitos de metano alrededor de las plataformas continentales. La Europa boreal está ingresando en un período de frío extremo, debido a la interrupción de la Corriente del Golfo. Nuevas modalidades atmosféricas —tormentas permanentes— parecen estar surgiendo por sobre los océanos y las grandes masas continentales. La muerte de los bosques tropicales está volcando ingentes cantidades de dióxido de carbono en la atmósfera. La lenta fusión de la capa de hielo antártico occidental parece estar aliviando la presión sobre un archipiélago de islas hundidas que hay debajo de esa capa, lo que, a su vez, llevará a una fusión catastrófica adicional de la capa. Ahora se pronostica que el ascenso del nivel de los mares habrá de ser mucho mayor que lo que se imaginaba hace algunas décadas. Y así todo el tiempo.

Todos estos cambios están entrelazados. Puede ocurrir que la temporada de estabilidad climática que la Tierra disfrutó durante miles de años, estabilidad que, en primer lugar, permitió que la civilización humana surgiera, esté llegando ahora a su fin, quizá debido a nuestras propias acciones. Lo peor de todo es que nos estamos encaminando hacia un colapso climático irreversible como, por ejemplo, un efecto invernadero desbocado, que nos mataría a todos. Pero todos estos problemas empalidecen, en comparación con lo que nos ocurrirá a todos nosotros si el cuerpo que ahora se conoce como Ajenjo chocara contra la Tierra… aunque es una escalofriante coincidencia que la palabra rusa para *Ajenjo* sea *Chernobyl*…

De muchas de las especulaciones sobre el Ajenjo y sus probables

consecuencias lamentablemente se ha dado información errónea… en verdad, complaciente. Permítanme reiterar aquí algunos hechos concretos básicos.

El primer hecho concreto es que el Ajenjo *no* es un asteroide. Los astrónomos creen que el Ajenjo en otro tiempo pudo haber sido una luna de Neptuno o Urano, o quizás estaba trabado en un punto estable dentro de la órbita de Neptuno, y después se lo perturbó de alguna manera. Pero que se lo perturbó no admite dudas y ahora está siguiendo un curso de colisión que lo llevará a chocar con la Tierra dentro de quinientos años.

Otro de los hechos concretos es que el impacto del Ajenjo *no* será comparable con el impacto de Chicxulub, que causó la extinción de los dinosaurios.

Aquel impacto fue suficiente como para causar mortandad en masa y para alterar, de manera drástica y para siempre, el curso de la evolución de la vida sobre la Tierra. Pero lo ocasionó un cuerpo colisionante de unos diez kilómetros de largo: el Ajenjo es *cuarenta veces* más grande y su masa es, en consecuencia, *sesenta mil veces* más grande. Un hecho concreto más nos dice que el Ajenjo *no* se limitará a producir un evento de extinción en masa, como en Chicxulub.

Será mucho peor que eso.

El impulso térmico esterilizará el suelo hasta una profundidad de cincuenta metros. La vida podría subsistir, pero únicamente si se entierra en lo profundo de cuevas. No conocemos manera alguna, ni siquiera en principio, por la que una comunidad humana pudiera sobreponerse al impacto. Podría ser que poblaciones viables se establecieran en otros mundos: en la órbita, en Marte o en la Luna. Pero incluso dentro de cinco siglos, nada más que a una pequeña fracción de la población actual del mundo se la podría proteger fuera de nuestro planeta.

Así, pues, a la Tierra no se la puede evacuar. Cuando el Ajenjo llegue, casi todos morirán.

Un hecho concreto más: al Ajenjo *no se lo puede* desviar con la tecnología que se prevé que habrá en el futuro. Es posible que podamos hacer a un lado cuerpos pequeños —de unos pocos kilómetros de longitud, típicos de la población de asteroides próximos a la Tierra—, con medios tales como el emplazamiento de cargas nucleares o de cohetes termonucleares. El desafío de desviar el Ajenjo es, en muchos órdenes, de magnitud mayor. Aunque se propusieron experimentos relativos al desplazamiento de tales cuerpos, mediante el empleo de, por ejemplo, una serie de ayudas gravitacionales —no accesibles en este caso— o mediante el empleo de tecnología de avanzada, tal como máquinas de von Neumann elaboradas por nanotecnología, para desarmar y dispersar el cuerpo. Pero esas

tecnologías están mucho más allá de nuestra capacidad actual.

Dos años después de que yo expusiera la conjura para ocultarle al público en general la existencia del Ajenjo, la atención ya no se puede detener… y todavía tenemos que empezar a trabajar en los grandes proyectos de nuestra supervivencia. En verdad, el Ajenjo en sí ya está teniendo efectos de antemano. Es una cruel ironía que así como, por primera vez en nuestra historia, estuvimos empezando a manejar nuestro futuro de manera responsable y mancomunada, la perspectiva del Día del Ajenjo parece despojar de sentido esos esfuerzos. Ya hemos visto que se abandonaron diversas pautas voluntarias relativas a la emisión de desechos, la clausura de reservas naturales, un incremento de la búsqueda de fuentes de combustibles no renovables, un impulso de extinción entre las especies que están amenazadas. Si a la casa se la ha de demoler mañana de todos modos, la gente parece pensar que, siendo así, tampoco hay problema en quemar los muebles hoy. Ninguno de nuestros problemas es insoluble… *ni siquiera el Ajenjo.* Pero parece estar claro que para prevalecer, nosotros, los seres humanos, tendremos que actuar con una inteligencia y una abnegación que hasta ahora nos estuvieron evitando durante nuestra prolongada y enmarañada historia. Así y todo, mis esperanzas se concentran en la humanidad y su ingenio. Tiene importancia, estoy convencida de ello, el que al Ajenjo lo hubiera descubierto, no profesionales, que no estaban mirando en esa dirección, sino una red de observadores aficionados del cielo, que montaron telescopios robot en el patio trasero y utilizaron rutinas de soporte lógico compartido para explorar imágenes provenientes de detectores ópticos, en busca de reflejos luminosos cambiantes, y que rehusaron aceptar el manto de secreto que nuestro Estado trató de tender sobre ellos. Es en grupos de hombres como estos —honestos, inteligentes, cooperadores, obcecados, que rehúsan someterse a los impulsos que llevan al suicidio o al hedonismo o al egoísmo, que buscan nuevas soluciones para desafiar la complacencia de los profesionales—, en que podría hallarse nuestra mejor y más brillante esperanza de sobrevivir a aquello que el futuro nos depara…

5. PARAÍSO VIRTUAL

Bobby estaba llegando con atraso a la Tierra de la Revelación. Kate todavía lo estaba esperando en la playa de estacionamiento, mientras los enjambres de ancianos adherentes empezaban a hacer presión sobre los portones de la gigantesca catedral de cemento armado y vidrio de Billybob Meeks.

Esta catedral había sido un estadio de fútbol americano en otra época: los asistentes se veían forzados a sentarse cerca de la parte posterior de una de las graderías, con la visual obstaculizada por pilares. Los vendedores de *hot dogs*, maníes, bebidas sin alcohol y drogas para recreación estaban trabajando entre el gentío, y por los altavoces sonaba el sistema de música por cable.

—*Jerusalem* —reconoció Kate—, basada sobre el grandioso poema de Blake relativo a la legendaria visita de Cristo a Gran Bretaña, ahora era el himno nacional de la nueva Inglaterra post Reino Unido.

Todo el piso del estadio estaba tapizado con espejos, lo que lo convertía en un piso de cielo azul sobre el que se esparcían gordas nubes de invierno. En el centro había un trono gigantesco, cubierto por piedras que destellaban en verde y azul. *Probablemente cuarzo impuro*, pensó Kate. A través del aire se vaporizaba agua, y lámparas de arco creaban un arco iris que se curvaba de manera espectacular. Más lámparas revoloteaban en el aire, delante del trono, sostenidas en lo alto por robots teleguiados, y tronos más pequeños daban vueltas llevando a los ancianos y ancianas vestidos de blanco con coronas doradas sobre la enjuta cabeza.

Y había bestias del tamaño de camiones volcadores que rondaban el campo de juego. Eran grotescas; cada parte de su cuerpo estaba cubierto con ojos que parpadeaban. Una de ellas desplegó gigantescas alas y voló como un águila unos pocos metros.

Las bestias rugieron a la multitud y el sonido fue amplificado por un retumbante conjunto de altavoces. La multitud se puso de pie y vitoreó como si hubiera estado celebrando el tanto logrado por su equipo.

Bobby estaba extrañamente nervioso. Llevaba un traje ajustado enterizo de color escarlata claro, con un pañuelo con morfotropía cromática envuelto alrededor del cuello. Era un magnífico *play boy* del siglo XXI, pensó Kate, tan fuera de lugar entre la multitud deslucida y senil que tenía en derredor, como un diamante en medio de la colección de caracoles recogidos en la playa por un niño.

Kate le tocó la mano.

—¿Estás bien?

—No me di cuenta de que todos iban a ser tan *viejos*.

Tenía razón, por supuesto. La congregación que se estaba reuniendo era una poderosa ilustración de cómo se iban plateando las sienes de Estados Unidos. De hecho, muchos de la multitud tenían bornes mejoradores de la actividad cognitiva, los que eran claramente visibles en la nuca: estaban allí para combatir el inicio de enfermedades relacionadas con la edad, como el mal de Alzheimer, al estimular la producción de neurotransmisores y moléculas para adhesión celular.

—Ve a cualquier iglesia del país y verás lo mismo, Bobby. Lamentablemente, la gente se siente atraída por la religión cuando se siente cerca de la muerte. Y ahora hay más gente de edad… y, quizá, con la venida de Ajenjo todos sentimos el roce de esa sombra oscura. Billybob no hace más que ir sobre la cresta de una ola demográfica. Sea como fuere, esta gente no muerde.

—Quizá no. Pero sí *tienen olor*. ¿No te das cuenta?

Kate rió.

—Nunca se deben usar los mejores pantalones cuando hay que salir a batallar por la libertad y la verdad.

—¿Eh?

—Henrik Ibsen.

En ese momento, un hombre se paró sobre el gran trono central. Era de baja estatura, gordo, y la cara le brillaba por el sudor. Su voz amplificada retumbó:

—¡Bienvenidos a la Tierra de la Revelación! ¿Sabéis por qué es-& tais aquí? —Su dedo apuntó como una espada. —¿Lo sabéis? ¿Lo *sabéis?* Escuchadme ahora: "El día del Señor estuve en espíritu y detrás de mí oí una poderosa voz que, cual trompeta, dijo: 'Escribid en un pergamino lo que veis…'" —Y el hombre sostuvo en alto un pergamino centelleante.

Kate se inclinó hacia Bobby.

—Te presento a Billybob Meeks. Agradable, ¿no? Aplaudan todos. Coloración protectora.

—¿Qué es todo esto, Kate?

—Es evidente que nunca leíste el Libro de las Revelaciones, el desvariante remate cómico de la Biblia —señaló Kate—: siete lámparas que flotan en el aire. Veinticuatro tronos alrededor del gran trono. Revelaciones está plagado de números mágicos: tres, siete, doce. Y la descripción que da del fin de las cosas es muy literal. Aunque, por lo menos, Billybob usa las versiones tradicionales, y no las ediciones de módem a las que se reescribiera para mostrar cómo la fecha de 2534 para el Ajenjo estuvo presente en el texto todo el tiempo… —suspiró. —Los astrónomos que descubrieron el Ajenjo nos hicieron un flaco favor al denominarlo así: capítulo ocho, versículo diez: "El tercer ángel hizo sonar su trompeta y una grandiosa estrella,

fulgurante cual antorcha, cayó del cielo sobre el tercero de los ríos y sobre los manantiales. El nombre de la estrella es Ajenjo…"

—No entiendo por qué me invitaste a venir aquí hoy. De hecho, no sé cómo conseguiste enviarme un mensaje. Después de que mi padre te echara…

—Hiram todavía no es omnipotente, Bobby —contestó ella—. Ni siquiera respecto de ti. Y en cuanto al porqué… mira hacia arriba.

Un robot teleguiado flotaba sobre la cabeza de ellos. Estaba marcado con una palabra sencilla y sin adornos: GRAINS. Se sumergió entre la multitud, en respuesta a llamadas de miembros de la congregación.

Bobby se sorprendió.

—¿Granos? ¿El acelerador cerebral?

—Sí. La especialidad de Billybob. ¿Leíste a Blake: *En un Grano de Arena un Mundo ver / y un Paraíso, en una Flor que Crece en la Soledad / En la Palma de tu Mano lo Infinito Sostener / y en una Hora abarcar la Eternidad…* El punto culminante es que si tomas Granos, tu percepción del tiempo se acelera. Desde el punto de vista subjetivo podrás elaborar más pensamientos, tener más experiencias, en el mismo tiempo externo a ti. Una vida más larga… obtenible en forma exclusiva de Billybob Meeks.

Bobby asintió con la cabeza.

—¿Pero qué hay de malo en ello?

—Bobby, mira a tu alrededor. Los ancianos tienen miedo de la muerte. Eso los vuelve vulnerables a esta clase de plan fraudulento.

—¿Qué plan fraudulento? ¿No es cierto que Grains realmente funciona?

—En un aspecto, sí. El reloj interno del cerebro en verdad marcha con mayor lentitud en la gente de edad avanzada. Y ése es el mecanismo con el que está jugando peligrosamente Billybob.

—¿Y el problema es…?

—Los efectos secundarios. Lo que Grains hace es estimular la producción de dopamina, el mensajero químico principal del cerebro: tratar de hacer que el cerebro de un viejo funcione con la misma rapidez que el de un niño.

—Lo que en realidad no está bien —dijo Bobby con tono vacilante —, ¿no es así?

Kate frunció el entrecejo, desconcertada por la pregunta: no era la primera vez que tenía la sensación de que algo no estaba claro respecto de Bobby.

—Por supuesto que es algo malo. Es una manipulación maligna del cerebro. Bobby, la dopamina interviene en muchas de las funciones fundamentales del cerebro. Si los niveles de dopamina son demasiado bajos puedes padecer temblores, la incapacidad de iniciar

movimientos voluntarios —el mal de Parkinson, por ejemplo—, y así toda la gama hasta llegar a la catatonia. *Demasiada* dopamina y puedes padecer agitación, trastornos obsesivo compulsivos, habla y movimientos descontrolados, adicciones, euforia. La congregación de Billybob —yo diría sus víctimas— no va a lograr la Eternidad cuando llegue su hora final. Con todo cinismo, Billybob les está quemando el cerebro.

"Algunos de los médicos están empezando a darse cuenta de lo que está pasando, pero nadie ha podido demostrar algo. Lo que realmente necesito son pruebas, provenientes de los propios laboratorios de Billybob, de que él sabe con exactitud lo que está haciendo… junto con pruebas de sus otras estafas.

—¿Tales como?

—Tales como la malversación de millones de dólares de compañías de seguros, al venderles listas falsas de miembros de su iglesia. Tales como el robo de una enorme donación proveniente de la Liga Antidifamación. Meeks sigue estafando, aunque ahora lo hace con mucho más estilo que cuando hacía bautismos por billetes… —Contempló a Bobby. —¿Nunca oíste hablar de eso? Durante un bautismo escondes un billete en la palma de la mano. De ese modo, la bendición de Dios se desvía al dinero en vez de al niño. Después vuelves a poner el billete en circulación y se supone que vuelve a ti con intereses… y para asegurarse de manera especial que eso funcione, entregas el dinero… a quién si no a tu predicador. Según las malas lenguas, Billybob tomó esa encantadora costumbre en Colombia, donde trabajaba como traficante de narcóticos.

Bobby parecía estar conmocionado.

—No tienes prueba alguna de eso.

—No aún —dijo Kate con tono sombrío—, pero la tendré.

—¿Cómo?

—Es de eso que quiero hablar contigo…

Bobby parecía estar levemente aturdido.

Kate dijo:

—Lo siento. Te estoy dando un sermón, ¿no?

—Un poquito.

—Hago eso cuando estoy enojada…

—Kate, tú estás enojada muchas veces…

—Siento que tengo derecho a estarlo. He estado tras la pista de este tipo durante meses.

Un robot teleguiado flotó sobre la cabeza de los presentes, portando juegos de Antiparras y Guantes virtuales.

—A estas antiparras y guantes los diseñó Tierra de la Revelación Corp, junto con Nuestro Mundo Corp., para lograr la plena experiencia de la Tierra de la Revelación. Se facturará de manera automática en

vuestra tarjeta de crédito o cuenta personal, por minuto que estéis en línea. A estas antiparras y guantes…

Kate alzó el brazo y tomó dos juegos.

—Hora de salir a escena.

Bobby hizo un gesto de rechazo con la cabeza.

—Tengo implantes. No necesito…

—Billybob tiene su propia manera particular para dejar fuera de combate las tecnologías de la competencia. —Levantó las antiparras hacia su cabeza. —¿Estás listo?

—Supongo…

Kate experimentó una sensación de humedad alrededor de la órbita de los ojos, cuando de las antiparras se extendieron membranas para establecer con la piel del portador un empalme impermeable al paso de la luz. La sensación era como de bocas húmedas y frías que succionaban la cara.

Kate quedó suspendida instantáneamente en la oscuridad y en el silencio.

En ese momento, Bobby se materializó al lado de ella, flotando en el espacio y sosteniéndole la mano. Las antiparras y guantes eran, claro está, invisibles.

Y pronto la visión de Kate se aclaró más: había gente que flotaba en el aire alrededor de la pareja, y los había en tanta cantidad como hasta donde alcanzara la vista; parecían una nube de motas de polvo. Todos estaban vestidos con túnicas blancas y llevaban grandes y ostentosas hojas de palma… hasta descubrió que Bobby y ella misma las portaban. La luz fluía como un torrente desde el objeto que colgaba delante de ellos, haciéndolos refulgir.

Era un cubo inmenso, perfecto, que resplandecía con el brillo del Sol y empequeñecía por completo a la muchedumbre de gente que flotaba.

—¡Tremendo! —Volvió a decir Bobby.

—Revelaciones, Capítulo Veintiuno —murmuró Kate—. Bienvenidos a la Nueva Jerusalem. —Trató de arrojar a un lado su hoja de palma, pero otra simplemente apareció en su mano. —Tan sólo recuerda —dijo— que lo único que aquí es real es el flujo continuo de dinero que sale de tu bolsillo y va a parar al de Billybob.

Juntos cayeron hacia la luz.

El muro que tenía delante de ella estaba perforado por ventanas y una línea de tres portales en forma de arco. Kate pudo ver una luz en el interior, que refulgía con una intensidad cada vez mayor que el exterior del edificio. En comparación con las dimensiones del edificio, los muros parecían ser tan delgados como el papel.

Y todavía la multitud continuaba cayendo hacia el cubo, hasta que éste se alzó delante de ellos, gigantesco, como si hubiera sido un

inmenso paquebote.

Bobby dijo:

—¿De qué tamaño *es* esto?

Kate murmuró:

—San Juan nos dice que es un cubo de doce mil estadios de lado.

—Y doce mil estadios es…

—Alrededor de dos mil kilómetros. Bobby, esta ciudad de Dios es del tamaño de una luna pequeña. Caer en su interior va a tomar *mucho* tiempo… y se nos ha de cobrar por cada segundo, claro está.

—En ese caso, ojalá tuviera un *hot dog*. Sabes, mi padre te menciona mucho.

—Está enojado conmigo.

—Hiram es… humm… muy cambiante. Creo que, en cierto nivel, encontró que eras estimulante.

—Supongo que eso me tiene que halagar.

—Le gustó la expresión que usaste, *Anestesia electrónica*. Tengo que admitir que no la entendí por completo.

Kate frunció el entrecejo, mientras los dos caían lentamente hacia la pálida luz gris.

—En verdad tuviste una vida de sobreprotección, ¿no, Bobby?

—La mayor parte de lo que tú denominas "manipulación maligna del cerebro" es beneficiosa, seguramente. Como los bornes para el Alzheimer. —La miró con fijeza. —Quizá no estoy tan fuera de eso como podrías creer: hace unos años inauguré el pabellón de un hospital donado por Nuestro Mundo. Ayudaban a pacientes que sufrían obsesión y compulsión, mediante la ablación de un circuito de realimentación destructiva que existía entre dos zonas del cerebro…

—El núcleo caudal y el núcleo amigdalino. —Sonrió ella. —Es notable cómo todos nos hemos convertido en expertos en anatomía cerebral. No estoy diciendo que todo es dañino, pero sí existe la compulsión a manipular. Las adicciones se anulan mediante cambios en el circuito de recompensas del cerebro. La gente proclive a tener ataques de ira se pacifica cuando se hace que a partes de su núcleo amigdalino, que es esencial para las emociones, se las cauterice. A las personas con adicción patológica al trabajo, a los jugadores compulsivos, hasta a la gente que habitualmente incurre en deudas se la diagnostica y cura. Incluso la agresión se ha relacionado con una perturbación de la corteza.

—¿Y qué hay de tan terrible en eso?

—Estos matasanos, estos médicos que hacen reprogramación, no entienden la máquina a la que están manipulando en forma desprolija. Es como tratar de descubrir las funciones del soporte lógico de una computadora quemando los microprocesadores con los que funciona esa computadora. Siempre hay efectos secundarios. ¿Por qué crees que

a Billybob le fue tan fácil encontrar un estadio de fútbol americano del que apoderarse? Porque los deportes organizados como espectáculo tuvieron su decadencia a partir de 2015: los jugadores ya no luchaban con la suficiente crueldad.

Bobby sonrió.

—Eso no parece ser demasiado grave.

—Pues entonces toma esto en cuenta: la calidad y la cantidad de las investigaciones científicas originales tuvo una franca decadencia durante dos décadas. Al producir la curación de autistas y fronterizos, los médicos eliminaron la capacidad que tenía nuestra gente más brillante de dedicarse a disciplinas difíciles. Y la zona del cerebro que se relaciona con la depresión, la corteza subgenual, también se relaciona con la creatividad, la percepción del significado. La mayoría de los críticos coincide en que las artes han entrado en un retroceso. ¿Por qué crees que las bandas virtuales de rock de tu padre gozan de tanta popularidad setenta años después de que los originales hubieran llegado a la cima?

—Pero, ¿cuál es la alternativa? Si no fuera por la reprogramación, el mundo sería un sitio violento y salvaje.

Kate le apretó la mano.

—Puede no ser evidente para ti, en tu jaula de oro, pero el mundo que está ahí afuera sigue siendo violento y salvaje. Lo que necesitamos es una máquina que nos permita ver el punto de vista de la otra persona. Si no podemos conseguir eso, entonces toda la reprogramación del mundo es fútil.

Bobby dijo con tono burlón:

—Realmente eres una persona enojada, ¿no?

—¿Enojada? ¿Con charlatanes como Billybob? ¿Con los frenólogos y lobotomistas de hoy en día y con los médicos nazis que están manoseando nuestra cabeza, quizás hasta amenazando el futuro de la especie, mientras el mundo se cae a pedazos a nuestro alrededor? ¡Por supuesto que estoy enojada! ¿No lo estás tú?

Bobby le devolvió la mirada, perplejo.

—Creo que tengo que meditar al respecto… ¡Eh, estamos acelerando!

La Ciudad Santa se alzaba imponente frente a ella. El muro era como una gran llanura puesta en posición vertical; los portones, refulgentes cráteres rectangulares.

Los enjambres de personas estaban precipitándose hacia los grandiosos portones en arco en torrentes separados, como si se los hubiera estado atrayendo hacia remolinos. Bobby y Kate cayeron en picada hacia el portón central. Kate sintió una estimulante arremetida de cabeza, cuando el arco del portón se abrió de par en par ante ella… pero no había una legítima sensación de movimiento aquí: si se ponía

a pensar sobre ello, Kate todavía podía sentir el cuerpo, sentado con toda calma en el asiento de duro respaldo del estadio.

Pero, así y todo, era un paseo extraordinario.

En el lapso de un latir del corazón habían pasado volando por el portal, un túnel brillante de luz blanco grisácea, y avanzaban rozando una superficie de brillante oro.

Kate miró en derredor, buscando muros que debían de estar a centenares de kilómetros de distancia. Pero aquí había una inesperada actividad artística. El aire estaba brumoso, hasta había nubes por encima de ella, esparcidas de manera rala, que reflejaban el resplandeciente piso de oro, y Kate no podía ver más allá de unos pocos kilómetros de la llanura dorada.

…Y entonces, miró hacia lo alto y vio los refulgentes muros de la ciudad que surgían de la capa de atmósfera que se aferraba al piso. Las llanuras y los bordes rectos se fusionaban constituyendo un cuadrado lejano, inesperadamente diáfano, que estaba muy por encima del aire.

Era un cielo raso sobre la atmósfera.

—¡Huy! —Dijo Kate. —Es la caja en la que vino embalada la Luna.

La mano de Bobby alrededor de la de ella era cálida y suave.

—Admítelo: estás impresionada.

—Billybob sigue siendo un estafador.

—Pero un estafador astuto.

En ese momento, la gravedad empezó a actuar. La gente que estaba alrededor de la pareja descendía como otros tantos copos de nieve humanos, y Kate cayó con ellos. Pudo ver un río, azul brillante, que corría transversal a la llanura dorada que estaba abajo. A sus riberas las tapizaba un denso bosque verde. Había gente por todas partes, advirtió Kate, diseminada por las riberas y las zonas despejadas que se veían más allá y cerca de los edificios. Alrededor de la muchacha, miles de personas más estaban cayendo del cielo. Con seguridad habría más aquí que las que pudieron haber estado presentes en el estadio: no cabía duda de que muchos de ellos eran proyecciones virtuales.

Los detalles parecían cristalizarse a medida que Kate caía: árboles y gente, y hasta puntos de luz en el agua del río. Por fin, los árboles más altos se extendieron hacia arriba en torno a ella.

Con una breve deformación de la imagen del movimiento, Kate se asentó con facilidad en el suelo. Cuando miró hacia el cielo vio una nevada de gente vestida con togas de un blanco impoluto, que caía con facilidad y sin miedo aparente.

Había oro por todos lados: bajo la planta de los pies, en los muros de los edificios más próximos. Kate estudió las caras que tenía cerca:

parecían excitadas, felices, expectantes, pero el oro llenaba el aire con una luz amarilla que hacía que la gente pareciera estar padeciendo alguna deficiencia de minerales. Y no había la menor duda de que esas expresiones felices y beatíficas eran simulaciones virtuales que se había pintado sobre caras de gesto meditabundo.

Bobby caminó hacia un árbol. Kate advirtió que los pies desnudos de él desaparecían un centímetro, o dos, dentro de la superficie de hierba. Bobby dijo:

—Los árboles dan más que una clase de fruto. Mira: manzanas, naranjas, limas…

—En cada margen del río se alzaba el árbol de la vida, que daba doce clases de fruto y producía sus frutos todos los meses. Y las hojas del árbol son para dar cura a las naciones…

—Estoy impresionado por la atención que prestaron a los detalles.

—No lo estés. —Kate se inclinó para tocar el suelo: no pudo palpar hojas de hierba, ni rocío, ni tierra: nada más que la suavidad oleosa del plástico.—Billybob es un embustero —dijo—, pero un embustero de mala calaña. —Se enderezó. —Esto ni siquiera es una verdadera religión. Billybob tiene vendedores y analistas comerciales trabajando para él, no monjas. Está predicando un Evangelio de prosperidad, está diciendo que está bien ser codicioso y avaro. Habla con tu hermano al respecto. Éste es un fetichismo de las mercancías, que es descendiente directo del fraude que Billybob hacía con los bautismos con billetes.

—Al oírte da la impresión de que te importa la religión.

—Créeme, no me importa —dijo Kate con vehemencia—. La especie humana se podría arreglar perfectamente bien sin ella. Pero mi causa es contra Billybob y los de su calaña. Te traje acá para mostrarte cuan poderoso es, Bobby. Necesitamos detenerlo.

—¿Y cómo se supone que yo ayude?

Kate se acercó un poco más a Bobby.

—Sé lo que tu padre está tratando de construir: una extensión de su tecnología de Cadenas de Datos… *un visor a distancia.*

Bobby nada dijo.

—No pretendo que confirmes o niegues eso… y *no* te voy a decir cómo me enteré. Lo que quiero es que pienses en lo que podríamos lograr con una tecnología así.

Bobby frunció el entrecejo.

—Acceso instantáneo a los hechos que son noticia, donde fuere que tuvieran lugar…

Con un ademán, Kate quitó importancia a esa respuesta y dijo:

—*Mucho* más que eso. Piensa al respecto. Si pudieras abrir un agujero de gusano *hacia cualquier parte*, entonces no habría más barreras. No más paredes. Podrías ver a quien quisieras, en cualquier

momento. Y truhanes como Billybob no tendrían sitio alguno para esconderse.

La arruga del entrecejo de Bobby se hizo más pronunciada.

—¿Estás hablando de espiar?

Kate rió.

—Oh, vamos, Bobby, sea como fuere cada uno de nosotros está bajo vigilancia todo el tiempo. Fuiste una celebridad desde que tuviste veintiún años: tú debes de conocer cómo es la sensación de saber que a uno lo observan.

—No es lo mismo.

Kate le tomó el brazo:

—Si Billybob no tiene algo para ocultar, entonces no tiene motivos para temer —dijo Kate—: míralo de ese modo.

—A veces hablas como mi padre —dijo Bobby con tono carente de inflexiones.

Kate quedó en silencio, intranquila.

Avanzaron junto con la muchedumbre. Ahora se estaban acercando a un grandioso trono con siete globos danzantes y veinticuatro tronos auxiliares de menor tamaño, una versión en escala mayor de la representación que, en el mundo real, Billybob había montado en el estadio.

Y delante del grandioso trono central, Billybob Meeks estaba de pie.

Pero éste no era el hombre gordo y sudoroso que Kate había visto en el estadio. Este Billybob era más alto, más joven, más delgado, mucho más guapo, como un joven Charlton Heston. Aunque debía de haber estado a, cuanto menos, un kilómetro de donde estaba Kate, se alzaba imponente ante la congregación. Y parecía estar creciendo.

Se inclinó, los brazos en jarras, la voz con intensidad de trueno.

—*La ciudad no necesita del Sol ni de la Luna para que brillen sobre ella, pues la Gloria de Dios le confiere luz, y el Cordero es su lámpara…* — Todavía Billybob seguía creciendo, los brazos eran ahora como troncos de árbol; la cara, un disco amenazador que ya estaba por encima de las nubes más bajas. Kate podía ver gente que huía como hormigas de debajo de los gigantescos pies de Billybob.

Y Billybob apuntó con un dedo poderoso directamente a Kate, inmensos ojos grises que la miraban con furia; los surcos de ira del entrecejo eran profundos como los canales de Marte.

—*Nada impuro ingresará jamás en esta Ciudad, y tampoco lo hará quienquiera que hiciere lo que es vergonzoso o engañoso: únicamente lo harán aquellos cuyos nombres estén inscriptos en el Libro de la Vida del Cordero.* ¿Está tu nombre en ese libro? ¿Lo está? ¿Eres *tú* digna?

Kate lanzó un grito, al verse repentinamente avasallada.

Y la levantó una mano invisible que la arrastró hacia el

resplandeciente aire.

Tuvo una sensación de succión en ojos y oídos. La luz, el ruido, el hedor mundano de los *hot dogs*, la invadieron.

Bobby estaba arrodillado delante de ella. Kate pudo ver las marcas que las antiparras habían hecho alrededor de sus ojos.

—Te llegó, ¿no?

—Billybob sí sabe cómo hacer que su mensaje golpee en el blanco —jadeó Kate, todavía desorientada.

En fila tras fila de los desgastados asientos del antiguo estadio deportivo había gente que se balanceaba y gemía, mientras las lágrimas se filtraban desde los redondeles negros que las antiparras habían marcado alrededor de los ojos. En uno de los sectores, paramédicos estaban trabajando sobre gente inconsciente, quizá víctimas de desmayos, epilepsia, ataques cardíacos inclusive, especuló Kate: ella misma, cuando solicitó las entradas, tuvo que firmar varios formularios de exención de responsabilidad en caso de accidentes y no creía que la seguridad de los feligreses fuera cuestión de suma prioridad para Billybob Meeks.

Con curiosidad estudió a Bobby, que no parecía estar perturbado.

—Pero, ¿qué me dices de ti?

El joven sólo se encogió de hombros.

—Intervine en juegos de aventura que eran más interesantes. —Alzó la vista hacia el oscuro cielo invernal. —Kate… sé que simplemente me estás usando como medio para llegar a mi padre. Pero, aun así, me gustas… y, a lo mejor, retorcerle la nariz a Hiram sería bueno para mi alma. ¿Qué opinas?

La muchacha contuvo el aliento. Dijo:

—Creo que es lo más parecido a una contestación humana que te haya oído decir jamás.

—Pues entonces, hagámoslo.

Kate se obligó a sonreír: había conseguido lo que quería.

Pero el mundo que la rodeaba todavía parecía irreal, en comparación con la intensidad de esos instantes finales dentro de la mente de Billybob.

Kate no tenía duda alguna de que si los rumores sobre las capacidades de lo que Hiram estaba fabricando eran precisos, aunque lo fueran remotamente, y si ella podía ganar acceso a eso, entonces podría destruir a Billybob Meeks. Esta sería una grandiosa noticia exclusiva, un triunfo personal.

Pero sabía que alguna parte de ella misma, no importaba cuan profundamente la enterrara, siempre iba a lamentar haber actuado así. Alguna parte de ella siempre iba a añorar que se le permitiera regresar a esa rutilante ciudad de oro, con muros que se extendían hasta la mitad de la distancia a la Luna y donde gente fulgurante y sonriente

aguardaba para darle la bienvenida.

Billybob había logrado vulnerarla; sus tácticas de choque habían podido derrotar a la propia Kate. Y eso, claro está, era el nudo de la cuestión. El porqué de que fuera necesario detenerlo a Billybob.

—Sí —contestó—. Hagámoslo.

6. LA PERLA DE MIL MILLONES DE DÓLARES

David, junto con Hiram y Bobby, estaban sentados delante de una pantalla flexible gigantesca extendida por toda la pared de la sala de cálculos de la Fábrica de Gusanos. La imagen que aparecía en la pantalla, devuelta por una cámara de fibras ópticas que se había logrado introducir en el corazón de la Fábrica a través de un conjunto de imanes superconductores encajados entre sí, no era más que oscuridad sólo interrumpida por un pixel extraviado, un punto de color y luz.

En un extremo de la pantalla un contador digital indicaba una cuenta regresiva hacia el cero.

Con impaciencia, Hiram recorría a zancadas la atestada y estrecha sala de cálculos. Los técnicos ayudantes de David, atemorizados, se alejaban de él evitando su mirada.

Hiram preguntó con irritación:

—¿Cómo saben que el remaldito agujero de gusano está abierto siquiera?

David contuvo una sonrisa.

—No es preciso que susurres. —Señaló desde un rincón. Al lado del reloj de cuenta regresiva había un pequeño subtítulo numérico, una secuencia de números primos que iba aumentando desde dos hasta treinta y dos, una y otra vez. —Ésa es la señal de prueba, que el personal de Brisbane envía a través del agujero de gusano en las longitudes de onda normales de los rayos gamma; así sabemos que hemos logrado encontrar y estabilizar una boca de agujero de gusano… *sin* un anclaje a distancia, y que los australianos consiguieron localizarlo.

Durante sus tres meses de trabajo allí, David había descubierto rápidamente una manera de emplear las modulaciones de pulsos de materia exótica, para combatir la inestabilidad intrínseca de los agujeros de gusano. Este proceso transformado en ingeniería práctica y repetible había sido, por supuesto, difícil en extremo; pero finalmente había tenido éxito.

—Nuestra ubicación de la remota boca no es tan precisa todavía. Temo que nuestros colegas australianos tengan que perseguir la boca de nuestros agujeros de gusano a través del polvo que hay por allá. Debemos cambiar chisporroteos por parloteos, como dicen ellos. De todas maneras, ya se puede abrir un agujero de gusano hacia *cualquier dirección.* Lo que aún no sabemos es si podremos expandir los agujeros hasta darles la dimensión de la luz visible.

Bobby se reclinaba cómodamente contra una mesa, con las piernas cruzadas y con su apariencia atlética y relajada, como si

acabara de salir de una cancha de tenis… Quizás así fuera, reflexionó David. —Creo que tenemos que conceder a David gran parte del mérito, papá; después de todo ya resolvió la mitad del problema.

—Sí —contestó Hiram—, pero todavía no veo cosa alguna, con excepción de un chorro de rayos gamma que algún australianito de nariz rota lanzó adentro del agujero. A menos que podamos encontrar la manera de ensanchar estos inmundos agujeros, estamos malgastando mi dinero. ¡Y no puedo aguantar este despilfarro! ¿Por qué realizamos solamente un ensayo por día?

—Porque —dijo David con tranquilidad— tenemos que analizar los resultados de cada ensayo, desarmar el equipo para el Casimir, volver a cero el equipo de control y los detectores. Tenemos que analizar cada falla, antes de que podamos llevar adelante la tarea con éxito. —Es decir, añadió para sus adentros, antes de que me pueda liberar de este complejo enredo de familia y regresar a la relativa calma de Oxford, con sus batallas para conseguir fondos y la feroz rivalidad académica.

Bobby preguntó:

—¿Qué es lo que estamos buscando, exactamente? ¿Qué aspecto tendrá un agujero de gusano?

—Eso lo puedo responder yo —dijo Hiram, todavía recorriendo la sala a zancadas—. Me formé con programas de ciencia popular lo suficientemente malos. Un agujero de gusano es un atajo a través de la cuarta dimensión. Tienes que recortar una parte de nuestro espacio tridimensional y unirla con otra similar situada allá, en Brisbane.

Bobby alzó una ceja mirándolo a David.

David dijo con cuidado:

—Es un poco más complicado que eso, pero lo que dice está más cerca de lo correcto que de lo erróneo. La boca de un agujero de gusano es una esfera que flota libremente en el espacio. Una extirpación tridimensional. Si logramos conseguir la expansión, por primera vez podremos *ver* la boca de nuestro agujero de gusano, con una lupa, aunque más no fuese.

El reloj de cuenta regresiva estaba ahora en un solo dígito.

David dijo:

—Todos con la cabeza hacia arriba. Allá vamos.

El murmullo de las conversaciones cesó y todos los presentes se volvieron hacia el reloj digital.

La cuenta llegó a cero.

Pero nada ocurrió.

Aunque en realidad, sucedieron cosas. El contador de seguimiento ascendió hasta llegar a una respetable puntuación, mostrando incluso partículas pesadas y llenas de energía que atravesaban el conjunto detector: los restos de un agujero de gusano que había explotado. Los

elementos de pixel del conjunto se disparaban en forma individual cuando una partícula pasaba a través de él, estos *disparos* se podían utilizar para hacer el seguimiento de los fragmentos de los restos en su trayectoria, trayectorias que luego se podrían reconstruir y analizar.

Se generó una gran cantidad de datos, y muchos de buena ciencia; pero la pantalla flexible y gigante seguía en blanco. No había señal.

David contuvo un suspiro. Abrió el libro de registro diario y con su letra redonda y clara anotó los detalles de la ejecución del ciclo de ensayo. Alrededor de él, sus técnicos iniciaron el diagnóstico del equipo.

Hiram miró con fijeza la cara de David, la pantalla flexible vacía, los técnicos.

—¿Eso es todo? ¿Funcionó?

Bobby tocó el hombro de su padre.

—Incluso yo puedo decir que no, papá. —Señaló la secuencia de números primos del ensayo: se había congelado en trece. —El trece de la desgracia —murmuró Bobby.

—¿Tiene razón? ¿David, volviste a fallar?

—Esto *no fue* una falla: tan sólo otro ensayo. No entiendes la ciencia, padre. Ahora, cuando analicemos las pruebas de este último proceso seguramente aprenderemos de los resultados…

—¡Aprender, nada! ¡Debiera haberte dejado en la remaldita Oxford hasta que te pudrieras! Llámame cuando tengas algo. —Y sacudiendo la cabeza, Hiram salió de la sala a zancadas.

Cuando partió fue palpable la sensación de alivio que recorrió la sala. Los técnicos, todos ellos físicos especializados en partículas, de cabello cano y algunos de ellos mayores que Hiram, con carreras reconocidas más allá de la Compañía, se retiraron del lugar.

Cuando lo dejaron solo, David se sentó ante una pantalla flexible para comenzar su propio trabajo de seguimiento.

Hizo aparecer su metáfora favorita del escritorio. Era como una ventana que daba a un estudio atiborrado de cosas: sobre el piso, sobre anaqueles y una mesa, pilas desordenadas de libros y documentos amontonados; y colgando del cielo raso como esculturas con partes móviles, complejos modelos de desintegración de partículas.

Cuando David recorría la “habitación” con la mirada, el punto que caía dentro del foco de su atención se ampliaba, brindando más detalles mientras el resto de la habitación se veía borroneado, como el fondo deslavado de una pintura. Podía “levantar” documentos y modelos con la punta de los dedos, repasando las páginas hasta encontrar lo que deseaba, exactamente donde lo había dejado la última vez.

Primero tuvo que hacer una comprobación de las averías en los

píxels del detector. Empezó a transferir los trazados luminosos del detector de vértices hacia el interior del canal de datos de señales analógicas y extrajo una vista panorámica ampliada de diversas placas detectoras. Siempre había fallas aleatorias de los píxels cuando alguna partícula especialmente poderosa chocaba con un elemento detector. Aunque algunos de los detectores habían sufrido suficientes daños por causa de la radiación como para necesitar su reemplazo, nada era tan grave.

Concentrado en su trabajo, tarareaba una canción, mientras se preparaba para empezar a actuar…

—Tu interfaz con el usuario es una confusión.

David, sobresaltado, se volvió: Bobby todavía estaba allí, reclinado contra la mesa.

—Lo siento —dijo David—. No fue mi intención darte la espalda. —Era extraño que no se hubiese dado cuenta de que aún seguía ahí su hermano.

Bobby dijo entonces:

—La mayoría de la gente emplea el motor de búsqueda.

—Que es lento hasta la irritación, proclive a cometer errores de entendimiento y que, de todos modos, enmascara un sistema jerárquico de almacenamiento de datos propio de la era victoriana. Archivadores. Bobby, no tengo la desenvoltura necesaria como para usar el motor de búsqueda. Soy nada más que un simio evolucionado al que le gusta usar sus manos y ojos para encontrar las cosas. Esto puede parecer un lío, pero sé *con exactitud* dónde se encuentra cada cosa.

—Pero, aun así, podrías estudiar este asunto del seguimiento de partículas un poco mejor si fueras un virtual. Si me permites, ensayaré para ti mi más reciente prototipo de Ojo de la Mente. Podemos llegar a más zonas del cerebro, conmutar con más rapidez a…

—Y todo sin necesidad de hacer una trepanación.

Bobby sonrió.

—Muy bien —dijo David—. Agradecería eso.

La mirada de Bobby recorrió la habitación en esa manera ausente y desconcertante que era propia de él.

—¿Es cierto? ¿Lo que le dijiste a papá, que esto no era un fracaso sino otro paso?

—Puedo entender la impaciencia de Hiram. Después de todo, es él quien está pagando por todo esto.

—Y está trabajando bajo presión por parte de la plaza comercial —dijo Bobby—; ya algunos de sus competidores están afirmando que tienen cadenas de datos de una calidad comparable con la de Hiram. Es indudable que no habrá de pasar mucho tiempo antes de que a uno de *ellos* se le ocurra la idea de un visor a distancia… de manera

independiente, si es que alguien no lo dejó trascender ya.

—Pero la presión comercial no viene al caso —dijo David con irritación—. Un estudio como éste tiene que marchar a su propio ritmo. Bobby, no sé cuánto sabes de física.

—Parte de la base de que no sé nada. Una vez que tienes un agujero de gusano, ¿qué tiene de difícil expandirlo?

—No se trata de fabricar un auto más grande y mejor: estamos tratando de embutir espacio-tiempo dentro de una forma que no adoptaría de manera natural. Mira, los agujeros de gusano son intrínsecamente inestables. Sabes que, para mantenerlos abiertos, en primer lugar tenemos que enhebrarlos con materia exótica.

—Antigravedad.

—Sí. Pero la tensión que se produce en la garganta de un agujero de gusano es gigantesca. Constantemente estamos equilibrando una de las inmensas presiones contra otra. —David cerró los puños y los apretó uno contra otro, con fuerza. —En tanto estén en equilibrio, bien. Pero la perturbación más pequeña… y se pierde todo. —Dejó que uno de los puños se deslizara sobre el otro, rompiendo el equilibrio que había establecido. —Y esa inestabilidad fundamental se vuelve peor a medida que aumenta el tamaño. Lo que estamos tratando de hacer es vigilar las condiciones que existen en el interior del agujero de gusano y ajustar el bombeo de la materia de energía exógena para compensar las fluctuaciones. —Volvió a apretar los puños entre sí; esta vez, mientras desplazaba el izquierdo con movimientos cortos hacia atrás y hacia adelante, hacía una compensación con desplazamientos del derecho, de modo tal que los nudillos de ambos puños se mantuvieran apretados entre sí.

—Ya lo entiendo —dijo Bobby—, es como si estuvieras enhebrando el agujero de gusano con un soporte lógico.

—O con un gusano inteligente —dijo David, sonriendo—. Sí. Es *muy* exigente, desde el punto de vista del procesador y, hasta ahora, las inestabilidades han sido demasiado rápidas y catastróficas como para manejarlas.

—Mira esto. —Extendió la mano hacia la tapa del escritorio y, con el toque de la punta del dedo, extrajo una imagen nueva de una cascada de partículas: tenía un fuerte tronco púrpura, el color mostraba una ionización intensa, con enjambres de chorros rojos, anchos y angostos, algunos rectos; otros, curvos. Pulsó una tecla y la aspersión rotó en tres dimensiones; el software suprimió elementos que estaban en primer plano, para permitir que detalles de la estructura interna del chorro se volvieran visibles. El chorro central estaba rodeado por números que mostraban la energía, la cantidad de movimiento y las lecturas de carga ionizante.

—Acá estamos mirando un evento complejo y de alta energía,

Bobby. Toda esta basura exótica se vomita antes de que el agujero de gusano desaparezca por completo. —Suspiró. —Es como si tratáramos de resolver la manera de reparar un auto, haciéndolo volar en pedazos y revisando minuciosamente los restos después.

—Bobby, fui honesto con nuestro padre. Cada ensayo es la exploración de otro ángulo de lo que denominamos espacio entre parámetros, mientras intentamos diferentes maneras de hacer que nuestros visores por agujero de gusano sean amplios y estables. No hay ensayos desperdiciados; cada vez que actuamos aprendemos algo.

De hecho, muchos de mis ensayos son negativos: en realidad, los diseño para que fracasen. Un solo ensayo que pruebe que alguna parte de la teoría está equivocada es más valioso que cien que demuestren que la *teoría podría* ser cierta. Con el tiempo llegaremos… O demostraremos que el sueño de Hiram es imposible con la tecnología actual.

—La ciencia exige paciencia.

David sonrió.

—Sí. Siempre la exigió. Pero para alguna gente resulta difícil mantener la paciencia frente al meteoro negro que se nos acerca a todos.

—¿El Ajenjo? Pero se halla a siglos de distancia.

—Pero los científicos no están solos en absoluto, en lo concerniente a verse afectados por el conocimiento de la existencia del Ajenjo. Existe el impulso de apurarse, de reunir tantos datos y formular nuevas teorías, de aprender tanto como fuere posible en el tiempo que queda… porque ya no estamos tan seguros de que habrá alguien que emplee nuestra obra como base de sus investigaciones, como siempre supusimos en el pasado. Por eso los investigadores toman atajos y el proceso de revisión de lo que hicieron por parte de sus pares está sometido a presión…

En ese momento, una luz roja de alerta empezó a destellar en lo alto de la pared de la sala de cómputos, y los técnicos empezaron a ingresar otra vez.

Bobby miró a David con gesto de curiosidad.

—¿Estás disponiendo el equipo para que vuelva a funcionar? Le dijiste a papá que realizabas nada más que un ensayo por día.

David le guiñó el ojo.

—Una mentira inocente, una efectiva forma de sacármelo de encima.

Bobby rió.

Resultó que era hora de ir a buscar el café antes de que empezara el nuevo ciclo de ensayo. Los dos hermanos fueron juntos a la cafetería.

Bobby está tardando en irse, pensó David, como si quisiera tomar

parte en esto. En esa actitud, David percibía una necesidad, una necesidad que no entendía. Quizás hasta de… ¿Envidia? ¿Era eso posible?

Era un pensamiento deliciosamente maligno: Bobby Patterson, fabulosamente rico, este *play boy*, me envidia, *a mí*, a su honesto y flojo hermano. O, quizá, no es más que rivalidad entre hermanos por parte mía.

Mientras caminaban de vuelta, David buscó iniciar una conversación.

—¿Así que tienes una licenciatura, Bobby?

—Claro que sí, pero de la FCEU.

—¿La FCEU?… Oh, Harvard…

—Sí, la facultad de Ciencias Económicas de Harvard.

—Como parte de mi primer título hice unos estudios en ciencias económicas —dijo David, y sonrió —. Los cursos tenían el propósito de "equiparnos para el mundo moderno". Todas esas matrices de dos por dos, la moda de esta teoría o de aquella, de un gurú de la administración empresaria o de otro…

—Bueno, pues, el análisis financiero no es la ciencia de la balística, como solíamos decir —murmuró Bobby con tono conciliador —, pero nadie en Harvard era un pelele. Gané mi lugar ahí sobre la base de mis méritos. Y la competencia allá era feroz.

—No me cabe duda de que lo era. —David estaba perplejo por la falta total de emoción que tenía la voz de Bobby, por su falta de fuego. Sondeó con delicadeza.

—Tengo la impresión de que te sientes… subestimado.

Bobby se encogió de hombros.

—Quizá. La división de rv de Nuestro Mundo es una empresa de mil millones de dólares por derecho propio. Si fracaso, papá dijo con toda claridad que no va a sacarme del problema. Pero hasta Kate cree que soy una especie de lugarteniente. —Bobby sonrió, mostrando los dientes. —Estoy disfrutando mi intento por convencerla de que no es así.

David frunció el entrecejo: ¿Kate?… Ah, sí, la joven reportera a la que Hiram había tratado de excluir de la vida de su hijo… sin conseguirlo, por lo que parecía. Interesante.

—¿Quieres que mantenga lo boca cerrada?

—¿Respecto de qué?

—Kate. La reportera…

—En verdad no hay algo por lo que haya que mantener la boca cerrada.

—Puede ser, pero nuestro padre no la aprueba. ¿Le dijiste que la sigues viendo?

—No.

Y esto puede ser lo único de tu joven vida, pensó David, de lo que Hiram no esté al tanto. Pues bien, mantengámoslo así. David se sintió complacido de haber establecido este pequeño vínculo con su hermano.

En ese momento, el reloj de cuenta regresiva se había acercado a su conclusión. Una vez más, la pantalla flexible de pared mostró una oscuridad negra como tinta, sólo interrumpida por destellos al azar de píxels, y con el monitor numérico que estaba en el rincón repitiendo con monotonía su lista de prueba de números primos. David miraba divertido cómo los labios de Bobby formaban en silencio los números de cuenta: *Tres. Dos. Uno.*

Y entonces la boca de Bobby quedó abierta por la conmoción, mientras una luz parpadeante jugaba sobre su cara.

David desplazó la mirada hacia la pantalla flexible.

Esta vez había una imagen: un disco de luz. Era una aparición caprichosa, parecida a una ensoñación, constituida por cajas y luces en hilera y cables, distorsionada casi más allá del reconocimiento, como si se la hubiera estado recibiendo a través de una grotesca lente ojo de pescado.

David se descubrió a sí mismo conteniendo la respiración. Cuando la imagen se mantuvo estable durante dos, tres segundos, deliberadamente tragó aire.

Bobby preguntó:

—¿Qué estamos viendo?

—La boca del agujero de gusano o, mejor dicho, la luz que está atrayendo desde sus alrededores, desde *aquí*, de la Fábrica de Gusanos. Mira, puedes ver la masa de material electrónico. Pero la fuerte gravedad de la boca está arrastrando luz desde el espacio tridimensional que está rodeándola por completo: se está distorsionando la imagen.

—Como hacen las lentes gravitacionales.

Miró a Bobby con sorpresa.

—Exactamente igual. —Revisó los monitores. —Ya estamos superando nuestros ensayos anteriores…

Para estos momentos, la distorsión de la imagen se estaba haciendo más fuerte, pues las formas del equipo y los dispositivos de iluminación se veían borroneados y parecían círculos rodeando el punto central de visión. Algunos de los colores manifestaban experimentar un desplazamiento Doppler: un soporte verde estaba empezando a parecer azul, el fulgor de las lámparas fluorescentes comenzaba a adoptar un matiz violeta.

—Nos estamos metiendo más profundamente en el agujero de gusano —susurró David—. No me abandones ahora.

La imagen se fragmentaba aún más, sus elementos se hacían

añicos y se multiplicaban según un patrón reiterado en torno de la imagen en forma de disco. Era un calidoscopio tridimensional, pensó David, compuesto por imágenes múltiples de la iluminación del laboratorio. Lanzó una rápida mirada a las lecturas del contador, que le dijeron que gran parte de la energía de luz que caía dentro del agujero de gusano había experimentado una desviación hacia el ultravioleta y más allá aún; y, que la radiación energizada golpeaba fuertemente sobre las paredes curvas de este túnel en el espacio-tiempo.

Pero el agujero de gusano se mantenía.

Éste era un punto en el que todos los experimentos anteriores se habían derrumbado.

Ahora la imagen del disco empezaba a contraerse con la luz, que caía desde tres dimensiones sobre la boca del agujero de gusano, la garganta del agujero la comprimía hasta convertirla en un caño que se iba haciendo más angosto. La masa luminosa, que se mezclaba desordenadamente y se estaba contrayendo, alcanzó un valor máximo de distorsión.

Y entonces, la calidad de la luz cambió: la estructura de imágenes múltiples se volvió más simple, dilatándose, pareciendo dejar de mezclarse sola, y David comenzó a discernir elementos de un nuevo campo visual: una mancha borrosa de azul que bien podría ser un cielo; un blanco pálido que pudo haber sido una caja de instrumentos.

Dijo:

—Llamemos a Hiram.

Bobby preguntó:

—¿Qué estamos mirando?

—Tan sólo llama a nuestro padre, Bobby.

Hiram llegó a la carrera una hora después.

—Es mejor que valga la pena: interrumpí una asamblea de inversionistas…

Sin decir palabra, David le alcanzó una placa de cristal con óxido de plomo, del tamaño y la forma de un mazo de barajas. Hiram giró la placa sobre sí, inspeccionándola.

Se había pulido la superficie de la placa hasta convertirla en una lente de aumento. Cuando Hiram miró en su interior pudo observar dispositivos electrónicos en miniatura: detectores fotomultiplicadores de luz, para recibir señales; un diodo emisor de luz, que tenía la capacidad de emitir destellos para la realización de ensayos; una pequeña fuente de alimentación; electroimanes diminutos. Y, en el centro geométrico de la placa, una esfera diminuta y perfecta, casi en el límite de la visibilidad. Parecía de plata y reflejaba la luz como una perla, pero la calidad de la luz que devolvía no era ni por asomo el gris duro de las lámparas fluorescentes de la sala de cómputos.

Hiram se volvió hacia David.

—¿Qué estoy mirando?

Con un leve movimiento de la cabeza, David señaló la gran pantalla flexible de pared: mostraba algo que semejaba una nube redonda de luz azul y marrón.

Una cara apareció sin mayor definición en la imagen, una cara humana, la de un hombre de unos cuarenta años de edad, quizá. La imagen estaba sumamente distorsionada. Era, exactamente, como si ese hombre hubiera acercado la cara hasta tocar una lente ojo de pescado; pero David pudo reconocer el pelo negro rizado, la piel endurecida por una intensa exposición al sol, y la sonrisa amplia de dientes blancos.

—Es Walter —dijo Hiram, maravillado—, el jefe de nuestra instalación en Brisbane. —Se acercó más a la pantalla flexible: —Está diciendo algo. Sus labios se mueven. —Se quedó parado ahí, moviendo la boca en concordancia con la que se veía en la pantalla: —"Yo… los… veo". Los veo… ¡Dios mío!

Detrás de Walter ahora se podía ver a otros técnicos australianos, sombras sumamente distorsionadas, que aplaudían en silencio.

David sonrió y se sometió a los gritos de alegría y los abrazos hasta la casi sofocación de Hiram, pero sin dejar de mirar todo el tiempo la placa de vidrio con óxido de plomo que contenía la boca del agujero de gusano, esa perla de mil millones de dólares.

7. LA CÁMARA GUSANO

Eran las tres de la mañana. En el corazón de la desierta Fábrica de Gusanos, en una burbuja de luz que se veía en la pantalla flexible, Kate y Bobby estaban sentados una al lado del otro. Bobby estaba trabajando en una sencilla sesión de preparación de preguntas y respuestas en la pantalla flexible. Estaban preparados para una larga noche: detrás de ellos se apilaba el equipo reunido con apresuramiento; frascos de café, mantas y colchones de espuma.

Se oyó un crujido. Kate dio un salto y agarró el brazo de Bobby.

Bobby siguió trabajando en el programa.

—Tómalo con calma. No es más que un poco de contracción térmica. Ya te lo dije: me aseguré que todos los sistemas de vigilancia tuvieran su foco ciego aquí y ahora mismo.

—No estoy poniendo eso en duda. Es, simplemente, que no estoy acostumbrada a moverme furtivamente en la noche de esta manera.

—Creía que eras una reportera de las duras.

—Sí, pero lo que hago generalmente es legal.

—*¿ Generalmente?*

—Sí, aunque no lo puedas creer.

—Pero *esto* —con un amplio ademán señaló la maquinaria misteriosa y voluminosa que estaba en la oscuridad— ni siquiera es equipo de vigilancia: no es más que una instalación experimental para física de alta energía. No hay algo así en todo el mundo; ¿cómo puede haber una legislación que contemple su utilización?

—Eso es un sofisma, Bobby. Ningún juez del planeta aceptaría ese argumento.

—Sofisma o no sofisma, te estoy diciendo que te calmes. Estoy tratando de concentrarme. El *control de misión espacial* que tenemos acá podría ser un poco más fácil de usar. David ni siquiera emplea la activación por la voz. Quizá todos los físicos son tan conservadores… O todos son católicos.

Kate lo estudió mientras trabajaba con firmeza en el programa: parecía estar tan animado como nunca antes ella lo había visto; por una vez plenamente dedicado a una actividad. Y, sin embargo, se lo veía completamente impertérrito ante cualquier duda de tipo moral. En verdad era una persona compleja; o, mejor dicho, pensó Kate con tristeza, incompleta.

El dedo de él revoloteó sobre un botón de comienzo que había en la pantalla flexible.

—Listo. ¿Lo hago?

—¿Estamos grabando?

Bobby tocó la pantalla flexible.

—Todo lo que venga a través de ese agujero de gusano quedará atrapado aquí mismo.

—…Perfecto.

—Tres, dos, uno. —Tocó la tecla.

La pantalla se volvió negra.

Desde la intensa oscuridad que la rodeaba, Kate oyó un profundo zumbido de tono grave, y cuando la gigantesca maquinaria de la Fábrica de Gusanos entró en línea, ingentes fuerzas se acumularon para rasgar un agujero en el espacio tiempo. Le pareció que estaba oliendo ozono y que percibía pinchazos de electricidad. Pero podía ser que fuera su imaginación.

Montar esta operación había sido lo más sencillo del mundo. Mientras Bobby había trabajado para obtener acceso clandestino al equipo de la Fábrica de Gusanos, Kate se había abierto camino hacia la mansión de Billybob, un palacio de recargado estilo barroco que se había construido en la región arbolada de la periferia del parque nacional Monte Rainier. Kate había tomado suficientes fotografías como para armar un tosco mapa externo de ese lugar y efectuado lecturas del Sistema Global de Localización de Posiciones en diversos puntos de referencia. Eso, y la información que Billybob jactanciosamente había revelado a revistas de arquitectura respecto del profuso plan del interior del edificio habían sido suficientes para que Kate elaborara un detallado mapa interno de la mansión, en el que no faltaba una cuadrícula de referencias del SGLP.

Ahora, si todo iba bien, esas referencias serían suficientes para establecer un enlace por agujero de gusano entre los aposentos privados de Billybob y este puesto simulado de escucha.

…La pantalla flexible se iluminó. Kate se inclinó hacia adelante.

La imagen estaba fuertemente distorsionada: era un manchón circular de luz en anaranjado, marrón y amarillo, como si se hubiera estado mirando a través de un túnel espejado. Había una sensación de movimiento, parches de luz que iban y venían de un extremo al otro de la imagen, pero no se podían discernir detalles.

—No puedo ver nada —se quejó Kate.

Bobby tocó la pantalla flexible.

—Paciencia. Ahora tengo que insertarme en las rutinas de desconvolución.

—¿Las *qué*?

—La boca del agujero de gusano no es la lente de una cámara, recuérdalo. Es una pequeña esfera sobre la que incide la luz que llega desde alrededor de la esfera, en tres dimensiones. Y esa imagen global queda sumamente borroneada cuando pasa a través del agujero de gusano en sí. Pero podemos utilizar rutinas de software para descifrar todo eso. Es bastante interesante. El software se basa en programas

empleados por los astrónomos para eliminar factores tales como distorsión atmosférica, centelleo, borrosidad y refracción, cuando estudian las estrellas…

La imagen se aclaró bruscamente, y Kate quedó boquiabierta.

Vieron un enorme escritorio con una lámpara en forma de globo que colgaba sobre él. Había papeles y pantallas flexibles diseminados sobre la mesa del escritorio. Detrás del escritorio había una silla vacía, a la que se había empujado hacia atrás sin formalidad. En las paredes se veían gráficas de rendimiento y gráficas de barra y lo que parecían ser estados de cuentas.

Era un ambiente lujoso. El papel del empapelado parecía ser material inglés fabricado a mano, probablemente el más caro del mundo. Y sobre el piso, tirado ahí como al descuido, había un par de cueros de rinoceronte completos, con la boca totalmente abierta y los ojos vidriosos mirando con fijeza; los cuernos sobresalían orgullosos, aun en la muerte.

Y había una sencilla pantalla con animación: un recuento total que aumentaba en forma continua. Tenía un rótulo que decía CONVERSOS y mostraba un contador de almas humanas, tal como si fueran las ventas de hamburguesas de *suski* en una cadena de restoranes de comida rápida.

La imagen distaba mucho de ser perfecta. Era oscura, se le notaba el grano, a veces era inestable y tenía tendencia a congelarse o a descomponerse en nubes de píxeles pero, así y todo…

—No puedo creerlo —susurró Kate—. Está funcionando. Es como si todas las paredes sencillamente se hubieran convertido en vidrio. Bienvenido a la pecera de pececitos dorados…

Bobby operó su pantalla flexible, haciendo que la imagen reconstruida tomara una visión panorámica.

—Creía que los rinocerontes estaban extinguidos.

—Lo están ahora. Billybob estaba complicado en un consorcio industrial que adquirió de un zoológico privado en Francia la última pareja reproductora. Los genetistas habían estado tratando de apoderarse de los rinocerontes para guardar material genético, quizás óvulos y espermatozoides, hasta cigotas, con la esperanza de restaurar la especie en el futuro. Pero Billybob había llegado ahí primero y, por eso, es el propietario del cuero de los últimos rinocerontes existentes. Fue un buen negocio, si se lo mira de ese modo, por esas pieles se pueden exigir precios increíblemente altos.

—Pero ilegales.

—Sí. Pero nadie tendría el coraje de entablar un juicio contra alguien tan poderoso como Billybob. Después de todo, cuando llegue el día del Ajenjo, todos los rinocerontes se extinguirán de todos modos: ¿Qué diferencia habría? ¿Puedes hacer un acercamiento con

esta cosa?

—En sentido metafórico: puedo aumentar y destacar de manera selectiva.

—¿Podemos ver esos papeles que están sobre el escritorio?

Con la uña del dedo, Bobby marcó los iconos de acercamiento y el foco del software progresivamente se desplazó hasta colocarse sobre el revoltijo de papeles que había en la mesa del escritorio. La boca del agujero de gusano parecía haberse ubicado a un metro del suelo y unos dos del escritorio. Kate se preguntaba si sería visible la diminuta cuenta reflectora que flotaba en el aire, así que los papeles se veían en línea oblicua por la distorsión de la perspectiva. Además, no era fácil su lectura, algunos estaban boca abajo u ocultos por otros. De todos modos, Bobby alcanzó a discernir secciones. Invirtió las imágenes, introdujo correcciones para la distorsión debida a la perspectiva y las limpió con rutinas de soportes lógicas inteligentes para mejoramiento de imágenes, de manera que Kate pudiera visualizar la gran cantidad de información del material.

En su mayor parte era papeleo de rutina de una empresa, prueba escalofriante de cómo Billybob se enriquecía en escala industrial a partir de estadounidenses crédulos… pero nada ilegal. Kate hizo que Bobby efectuara una exploración, revolviendo precipitadamente el material que estaba desparramado.

Y en ese momento, por fin, ella descubrió algo valioso.

—Alto —dijo—. Ajusta… Bueno, bueno. —Era un informe técnico, escrito en letra apretada, repleto de cifras, acerca de los efectos adversos por la estimulación con dopamina en sujetos de mucha edad.

—Eso es—susurró—, la prueba del delito. —Se puso de pie y empezó a recorrer la sala a zancadas, incapaz de contener su inquieta energía.

—¡Qué imbécil! Si se es traficante de drogas, se lo es para siempre. Si podemos conseguir una imagen del propio Billybob leyendo eso…; mejor aún, firmándolo. ¡Bobby, necesitamos encontrarlo!

Bobby suspiró y se reclinó en su asiento.

—Pues entonces pregúntale a David. Yo sé hacer giros sobre el eje y hacer acercamientos y alejamientos, pero en estos momentos no sé cómo hacer que esta cámara Gusano dé una imagen panorámica.

—¿ ¡Cámara Gusano! ? —preguntó Kate con una amplia sonrisa.

—Papá hace trabajar a sus especialistas en comercialización con aun mayor intensidad que a sus ingenieros. Mira, Kate, son las tres y media de la mañana. Seamos pacientes. Acá tengo cierre de seguridad hasta el mediodía de mañana, seguramente lo podremos sorprender a Billybob en su oficina antes de esa hora. Si no, volveremos a intentarlo

otro día.

—Sí —Kate asintió con la cabeza, tensa—, tienes razón. Simplemente ocurre que estoy habituada a trabajar con rapidez.

Bobby sonrió.

—¿Antes de que algún otro periodista ansioso se inmiscuya en tu primicia?

—Eso sucede.

—Eh. —Bobby extendió el brazo y, ahuecando su mano, le tomó el mentón. En la Fábrica de Gusanos, sombría como una caverna, la cara oscura de Bobby era poco menos que invisible, pero el contacto con su mano era cálido, seco, inspiraba confianza. —No debes preocuparte. Tan sólo piensa que en este preciso instante, nadie en todo el planeta, *nadie más*, tiene acceso a esta tecnología de las cámaras Gusano. No existe modo alguno por el que Billybob pueda detectar qué tramamos, ni alguien más puede conseguir dar el golpe antes que tú. ¿Qué son unas pocas horas?

Ella respiraba agitada, jadeante; su corazón golpeaba contra el pecho: Kate parecía percibir la presencia de Bobby delante de ella en la oscuridad, en un nivel más profundo que el de la vista o el del olfato o, inclusive, que el del tacto, como si un núcleo existente muy en su interior estuviera reaccionando ante la cálida masa indefinida en la oscuridad que era el cuerpo de Bobby.

Ella extendió el brazo, le cubrió la mano y la besó.

—Tienes razón. Tenemos que esperar. Pero estoy consumiendo energía de todos modos… así que hagamos algo constructivo con ella.

Bobby pareció vacilar, como si tratara de comprender el significado de lo que ella le estaba diciendo.

Bien, Kate, se dijo a sí misma, no eres como las demás muchachas que conoció en su dorada y cómoda vida. A lo mejor necesita un poco de ayuda.

Pasó la mano libre alrededor del cuello de él y lo atrajo, hasta sentir sus labios sobre los de ella. La lengua de Kate, ardiente e inquisitiva, invadió la boca de él y recorrió una hilera de dientes inferiores perfectos. Los labios de él respondieron con avidez.

Al principio, Bobby fue tierno, hasta cariñoso pero, a medida que aumentaba la pasión, Kate advertía un cambio en su postura, en su actitud. Mientras respondía a las silenciosas órdenes de Bobby, estaba consciente de que le permitía asumir el control y, aun cuando Bobby la llevó hasta un profundo climax con la facilidad de un experto, Kate Sentía que él estaba distraído, perdido en los misterios de su mente extraña y herida; concentrado en el acto físico, no en ella.

Sabe hacer el amor —pensó ella— quizá mejor que cualquier otro que yo haya conocido… pero no sabe cómo amar. —Una forma cursi de decirlo y tristemente cierta.

Cuando él acercó su cuerpo, los dedos de ella le acariciaron la nuca y percibieron una dureza redonda debajo del cabello. Tenía el tamaño aproximado de una moneda de cinco centavos de dólar, igual de metálica y fría.

Era un borne para el cerebro.

* * *

En el silencio de la mañana primaveral de la Fábrica de Gusanos, David estaba sentado ante el resplandor de su pantalla flexible.

Él miraba la parte superior de su propia cabeza desde una altura de dos o tres metros. No era una imagen agradable: David se veía excedido de peso y una pequeña zona calva que no había advertido antes se distinguía en su coronilla, como una monedita rosada en medio de su despeinada cabellera.

Levantó la mano para palpar la zona calva.

La imagen que aparecía en la pantalla levantó la mano también, como un títere esclavo de las acciones del operador. David saludó con la mano, en un gesto infantil, y miró hacia arriba. Pero, claro está, no había qué ver, ninguna señal del diminuto desgarro en el espacio-tiempo que transmitía estas imágenes.

Tocó suavemente la pantalla flexible y el punto de vista giró en torno a un eje imaginario, quedando directamente hacia adelante. Otro toque, con vacilación, y el punto de vista empezó a desplazarse avanzando a través de las oscuras salas de la Fábrica de Gusanos; al principio lo hacía en forma un tanto espasmódica; después, con mayor suavidad. Enormes máquinas, que se alzaban amenazadoras y bastante siniestras, pasaron flotando frente a él como macizas nubes.

Con el tiempo, según suponía David, versiones comerciales de esta cámara para agujero de gusano vendrían con controles más intuitivos, controladores de mando quizá; palancas y perillas para hacer rotar el punto de vista en un sentido y en otro. Pero esta configuración sencilla de controles sensibles al tacto en la pantalla flexible era suficiente para permitirle controlar el punto de vista, lo que daba pie para concentrarse en la imagen en sí.

Y, por supuesto, un rincón de su mente le hacía recordar que, en realidad, el punto de vista no se movilizaba en absoluto; sino que los motores de Casimir estaban creando y deshaciendo una serie de agujeros de gusano, separados entre sí a distancias planckianas y ensartados formando una línea en el sentido en que el operador quisiese desplazarse. Las imágenes que regresaban por agujeros

sucesivos llegaban lo suficientemente próximas como para darle a David la ilusión de desplazamiento.

Pero nada de esto era importante ahora, se dijo con severidad. Por ahora, lo único que deseaba era jugar.

Con una palmada decidida a la pantalla hizo girar el punto de vista y lo hizo volar directamente hacia la pared de hierro corrugado de la Fábrica. No pudo evitar encogerse cuando la barrera voló hacia él.

Hubo un instante de oscuridad.

Imprevistamente David se encontró del otro lado y envuelto en una encandilante luz de sol.

Frenó el punto de vista *y* lo dejó descender hasta la altura de los ojos. Estaba en los terrenos que rodeaban la Fábrica de Gusanos: césped, arroyos, encantadores puentecitos. El Sol estaba bajo, lo que facilitaba la proyección de largas sombras, bien definidas; sobre el césped había centelleantes vestigios de rocío.

David dejó que su punto de vista flotara hacia delante. En un principio como caminando al paso; luego, con un poco más de rapidez. El césped pasaba con celeridad debajo de él y los árboles replantados de Hiram se desplazaban por los costados como veloces manchones borrosos.

La sensación de velocidad era regocijante.

Todavía no había dominado los controles y, de vez en cuando, su punto de vista se hundía con torpeza a través de un árbol o de una roca, provocando momentos de oscuridad teñida de marrón o gris intenso. Pero David tenía mayor confianza en el control, y la sensación de velocidad, libertad y claridad era impresionante. Era como tener diez años nuevamente —pensó—, con los sentidos frescos y afilados, un cuerpo tan lleno de energía que era liviano como una pluma.

Llegó hasta el camino privado de la planta. Hizo elevar el punto de vista en dos o tres metros, recorrió la ruta y encontró la autopista. Voló más alto y se desplazó muy por lo alto de la autopista, contemplando los ríos de destellantes autos parecidos a escarabajos que circulaban por ella. El flujo del tránsito se concentraba llegando ya a la hora de máxima afluencia, se veía denso, desplazándose con celeridad. David pudo ver patrones en el flujo, nudos de densidad que se reunían y desaparecían cuando la red invisible de controles de programación llevaba a lo óptimo la corriente de autos guiados por el sistema de inteligencia artificial.

De pronto, impaciente, se elevó aún más, con lo que la autopista se convirtió en una cinta gris que viboreaba por la tierra; el parabrisas de los autos centelleaba como un collar de diamantes.

Ahora podía ver la ciudad, que se extendía delante de él. Los suburbios eran una prolija rejilla rectangular que estaba tendida sobre

las colinas, las que, envueltas por la neblina, aparecían como sombras en gris. Los edificios altos del centro comercial se proyectaban hacia arriba como un compacto puño de hormigón armado, vidrio y acero.

David se elevó aún más, pasó velozmente a través de un delgado estrato de nubes, hasta llegar a la luz del Sol que brillaba intensamente más allá. Después, volvió a girar para ver el centelleo del océano, que, lejos del continente, aparecía manchado por la ominosa oscuridad de otro sistema más de tormenta que se acercaba. La curvatura del horizonte se hizo evidente cuando el continente y el mar se doblaron sobre sí mismos y la Tierra se convirtió en planeta.

David reprimió el impulso de lanzar un grito de alegría: siempre había querido volar como Superman. Esto, pensó, se va a vender como pan caliente.

Una luna creciente colgaba, baja y solitaria, en el cielo azul. David hizo rotar el punto de vista hasta que su campo visual se centró en esa astilla de descarnada luz.

Detrás de sí pudo oír una conmoción, voces que se alzaban, pies que corrían. Quizás había ocurrido una violación de la seguridad en alguna parte de la Fábrica de Gusanos. No era su problema.

Con determinación llevó el punto de vista hacia adelante. El azul de la mañana se hizo más intenso y viró hacia lo violeta. Ya podía ver las primeras estrellas.

Ellos durmieron por un rato.

Cuando Kate se volvió, sintió frío. Levantó la muñeca y su tatuaje se encendió: las seis de la mañana. Mientras dormía, Bobby se había alejado de ella, dejándola descubierta. Kate tiró de la manta que estaban compartiendo y se tapó el desnudo torso.

La Fábrica de Gusanos, carente de ventanas, estaba tan oscura y cavernosa como cuando llegaron. Pudo ver que la imagen por cámara Gusano del estudio de Billybob todavía estaba como antes; el escritorio, los cueros de rinoceronte y los papeles. Se había grabado todo lo ocurrido desde la instalación de la cámara Gusano. Con un temblor de excitación, Kate se dio cuenta de que podría tener suficiente material como para hacer que encerraran a Meeks para siempre…

—Estás despierta.

Giró la cabeza: ahí estaba la cara de Bobby, los ojos completamente abiertos, apoyada sobre una manta plegada.

Acarició la mejilla de la joven con el dorso de uno de los dedos.

—Creo que estuviste llorando —dijo.

Eso la sobresaltó. Resistió la tentación de sacarle la mano, de ocultar la cara.

Bobby suspiró.

—Encontraste el implante. Así que ahora hiciste el amor con un

cabeza enchufada. ¿Es ése tu prejuicio? No te gustan los implantes. Quizá piensas que únicamente los delincuentes y los deficientes mentales deben sufrir la modificación de las funciones cerebrales…

—¿Quién lo puso ahí?

—Mi padre. Es decir, fue por iniciativa de él. Cuando yo era niño.

—¿Lo recuerdas?

—Tenía tres o cuatro años. Sí, lo recuerdo, y recuerdo haber entendido por qué lo estaba haciendo. No los detalles técnicos, claro, pero sí el hecho de que me amaba y quería lo mejor para mí. —Sonrió con humildad. —No soy tan perfecto como parezco. Era un tanto hiperactivo y también padecía una leve dislexia. El implante corrigió esas cosas.

Kate tanteó con la mano en la parte de atrás de la cabeza de Bobby y exploró el perfil del implante. Mientras trataba de no hacerlo de modo tan evidente, se aseguró de que su propio tatuaje de la muñeca pasara por encima de la superficie de metal. Se obligó a sonreír.

—Tendrías que perfeccionar tus piezas mecánicas.

Bobby se encogió de hombros:

—Funcionan bastante bien.

—Si me permites traer equipo para análisis microelectrónico podría hacer un estudio de tu implante.

—¿Para qué serviría hacerlo?

Kate hizo una profunda inspiración.

—Descubrir qué hace.

—Ya te dije lo que hace.

—Me dijiste lo que Hiram te dijo a *ti*.

Bobby se apoyó en uno de los codos y la miró con fijeza.

—¿Qué estás queriendo decir?

Sí, ¿por qué, Kate? ¿No será que simplemente estás irritada porque no da señales de estar enamorándose de ti… en tanto que, como es evidente, tú sí te estás enamorando de este hombre complejo y con imperfecciones? —se dijo ella—. Pareces tener… vacíos. Por ejemplo, ¿nunca te haces preguntas respecto de tu madre?

—No —respondió él—. ¿Debería hacerlo?

—No es cuestión de lo que *deberías* hacer, Bobby, sino que eso es precisamente lo que *hace* la mayoría de la gente… sin que haya que empujarla.

—Y tú supones que eso tiene algo que ver con mi implante. Mira, confío en mi padre. Sé que todo lo que hizo fue pensando en lo que habría de ser mejor para mí.

—Está bien. —Se inclinó para besarlo. —No es asunto mío. No volveremos a hablar de eso.

Por lo menos —pensó ella con un estremecimiento de culpa— no

hasta que yo obtenga un análisis de los datos que ya recogí del borne de tu cabeza… sin tu conocimiento ni tu autorización. —Se acurrucó más cerca de él y con un brazo le envolvió el pecho, en gesto de protección.

De manera aterradoramente repentina, luz de linternas se derramó sobre ellos.

Kate tiró con toda prisa de la manta hasta tapar su pecho, sintiéndose absurdamente expuesta y vulnerable. La linterna que refulgía en sus ojos la encandilaba, ocultando al grupo de gente que estaba más allá: eran dos, tres personas. Llevaban uniformes oscuros.

Y estaba el inconfundible corpachón de Hiram, los brazos en jarras, la mirada clavada en ella.

—No pueden esconderse de mí —dijo Hiram, seguro de sí mismo. Con un gesto señaló la imagen que mostraba la cámara Gusano: —Apaguen esa maldita cosa.

La imagen se convirtió en puntos cuando el enlace de agujero de gusano con la oficina de Billybob se interrumpió.

—*Ms.* Manzoni, tan sólo por haber entrado acá sin permiso violó toda una serie de leyes. Y ni qué hablar del intento de violar la vida privada de Billybob Meeks. La Policía ya está en camino. Tengo mis dudas respecto de si podré hacer que la encierren en la cárcel—, aunque le juro que voy a hacer todo lo posible para que así sea, pero sí le puedo asegurar que nunca volverá a trabajar en el campo de su profesión.

Kate mantuvo una mirada desafiante y llena de cólera. Pero por dentro sintió que su firmeza se derrumbaba: sabía que Hiram tenía el poder para hacer exactamente lo que decía.

Bobby estaba acostado de espaldas, relajado.

Kate le dio un codazo en las costillas.

—No te entiendo, Bobby. Te espía. ¿Eso no te molesta?

Hiram se paró ante ella, amenazante.

—¿Por qué habría de molestarle? —A través de la luz que la encandilaba, Kate pudo ver gotas de sudor que brillaban sobre la coronilla calva de Hiram, la única señal de su furia. —Soy su padre. Lo que me molesta es *usted, Ms.* Manzoni. Para mí resulta evidente que usted está envenenando la mente de mi hijo. Tal como… —Se detuvo bruscamente.

Kate le devolvió la mirada asesina.

—¿Como quién, Hiram? ¿Como su madre?

La mano de Bobby aferró su brazo.

—Retrocede, papá. Kate, era seguro que él deduciría esto en algún momento. Escuchen, los dos, encontremos una solución de triunfo-triunfo para todo esto. ¿No es eso lo que siempre me dijiste, papá? —dijo con impulsividad—. No la eches a Kate. Dale un empleo.

Aquí, en Nuestro Mundo.

Hiram y Kate hablaron en forma simultánea:

—¡¿Estás *loco?!*…

—¡Bobby, eso es absurdo! Si crees que voy a trabajar para esta alimaña…

Bobby alzó las manos en gesto de apaciguamiento.

—Papá, piénsalo un poco. Para explotar esta tecnología vas a necesitar los mejores periodistas de investigación, ¿no es cierto? Incluso con la cámara Gusano no puedes sacar a relucir una noticia si no tienes pistas.

Hiram resopló.

—¿Y con eso me quieres decir que *ella* es la mejor?

Bobby arqueó las cejas.

—Ella está aquí, papá. Descubrió todo acerca de la cámara Gusano. Hasta la empezó a usar. Y en cuanto a ti, Kate…

—Bobby, se va a congelar el infierno antes de que…

—Tú ya sabes lo de la cámara Gusano. Hiram no te puede dejar ir con ese conocimiento. Así que… no te vayas. Ven a trabajar aquí. Tendrás la delantera sobre cualquier otro condenado reportero del planeta. —Bobby miró a uno y a otro de sus interlocutores.

Hiram y Kate se lanzaron miradas asesinas.

Fue Kate la que habló:

—Yo insistiría en terminar mi investigación sobre Billybob Meeks. No me importa los vínculos que usted tiene con él, Hiram. Ese hombre es un mentiroso, un criminal en potencia y un traficante de drogas. Y…

Hiram lanzó una carcajada.

—¿Me está imponiendo *condiciones?*

Bobby dijo:

—Papá, por favor, tan sólo piénsalo. Por mC.

Hiram se alzó amenazador ante Kate, en su cara había un gesto de furia salvaje.

—Quizá tenga que aceptar esto. Pero no va a separar a mi hijo de mí. Espero que entienda eso. —Se enderezó y Kate se descubrió temblando de miedo.

—A propósito —Hiram le dijo a Bobby—, tenías razón.

—¿Respecto de qué?

—De que te amo. De que debes confiar en mí. De que todo lo que hice por ti lo hice pensando en lo mejor para ti.

Kate quedó boquiabierta.

—¿Usted lo oyó decir eso? —Pero por supuesto que sí; era probable que Hiram lo hubiera oído todo.

Los ojos de Hiram estaban sobre Bobby.

—Porque tú sí me crees, ¿no?… *¿No?*

8. PRIMICIAS SENSACIONALES

De Hora de Noticias Internacionales de Nuestro Mundo,
21 de junio de 2036:
Kate Manzoni (dirigiéndose a la cámara):

La real posibilidad, revelada aquí de manera exclusiva, de un conflicto armado entre Escocia e Inglaterra, y que en consecuencia, por supuesto, arrastraría a Estados Unidos de América, es el suceso más significante convertido en la nota central de este siglo nuestro: la batalla por el agua. Las cifras son rigurosas: menos del uno por ciento de la provisión mundial de agua es adecuada y accesible para su empleo por seres humanos. A medida que las ciudades se expanden y disminuye la tierra disponible para la actividad agrícola, la demanda de agua es cada vez más aguda. En algunas partes de Asia, del Oriente Medio y de África, el agua disponible de las napas superficiales ya se usó por completo, y los niveles de agua subterránea han ido disminuyendo durante décadas.

A comienzos de siglo, el diez por ciento de la población del mundo no tenía suficiente agua para beber. Ahora, esta cifra se triplicó; y se espera que para 2050 llegue a un alarmante setenta por ciento.

Nos hemos habituado a ver conflictos cruentos por la obtención de agua, por ejemplo, en China; y por las aguas del Nilo, del Eufrates, del Ganges y del Amazonas, lugares en los que el recurso en disminución se tiene que compartir, o en los que, acertada o equivocadamente, se percibe que el o los vecinos posee más agua que la que necesita. En este país se hicieron llamamientos al Congreso para que el Estado aplique más presión sobre los gobiernos canadiense y de Québec para que dejen pasar más agua a Estados Unidos, en especial al Medio Oeste, que se está convirtiendo en un desierto. De todos modos, la idea de que conflictos así pudieran llegar hasta el desarrollado mundo occidental, y reiterando nuestra revelación exclusiva, causa conmoción la noticia que una incursión armada contra Escocia, que garantizara los suministros de agua, es una cuestión considerada seriamente por el gobierno del Estado inglés.

Ángel McKie (fuera de cámara): Es de noche, y nada se mueve. Esta isla pequeña, engarzada como una joya en el mar de Filipinas, tiene nada más que medio kilómetro de longitud. Y, aun así, hasta ayer más de mil personas vivían aquí, apretujados en viviendas destartaladas que se extendían por estas tierras bajas hasta la línea de altamar. Incluso hasta ayer los niños jugaban a lo largo de esta playa.

Ahora, nada queda. Ni siquiera el cuerpo de los niños. El huracán Antony, el más reciente en desprenderse de la, en apariencia,

permanente tormenta de El Niño, que sigue sembrando estragos alrededor de la costa del Pacífico, tocó este sitio brevemente, pero fue tiempo suficiente como para destruir todo lo que esta gente había construido en el transcurso de generaciones.

El Sol todavía se tiene que alzar sobre esta devastación. Ni siquiera las partidas de rescate han arribado aún. Estas imágenes llegan a ustedes de manera exclusiva por medio de una unidad remota transmisora de noticias perteneciente a Nuestro Mundo que, una vez más, dice presente en la tarea de dar a conocer las noticias antes que el resto de las cadenas informativas.

Regresaremos a estas escenas cuando lleguen los primeros helicópteros de auxilio, que se espera arriben desde el continente, de un momento a otro; y, mientras tanto, les vamos a mostrar un panorama submarino del arrecife de coral. Éste era el último remanente de una gran comunidad de arrecifes que tapizaba el estrecho de Tanon y el austral de Negros, que fue destruido hace tiempo ya, en su mayoría por la actividad pesquera mediante el empleo de dinamita. Ahora este último sobreviviente, conservado por una generación de dedicados expertos, ha sido arrasado…

Willoughby Cott (fuera de cámara) …ahora podemos ver ese gol otra vez, mientras viajamos sobre el hombro de Staedler con el dispositivo Tal-Como-Lo-Ve-El-Deportista, exclusivo de Nuestro Mundo.

Se puede ver la línea de defensores que está frente a Staedler, empujando hacia adelante a medida que él se aproxima, en espera de que este jugador haga un pase que lo dejaría a Cramer descolocado. Pero, en vez de eso, Staedler se aleja del jugador de ala y enfila hacia lo profundo del medio campo, esquiva a uno de los defensores, después al segundo, el arquero no sabe qué amenaza contrarrestar, si la de Staedler o la de Cramer, y *aquí* ustedes pueden ver la brecha que Staedler divisó, abriéndose en el poste cercano, imprime una súbita descarga de energía para acelerar, y… *¡dispara!* Y ahora, gracias a la tecnología exclusiva de Nuestro Mundo para la obtención de imágenes desde el campo de juego, estamos viajando con la pelota, cuando ésta describe un arco hacia el interior de esa esquina superior, y la multitud de Beijing está en éxtasis…

Simón Alcalá (fuera de cámara)… en los bloques siguientes les traemos más imágenes exclusivas, detrás del escenario, de la visita de la zarina rusa Irina a una importante boutique de Johannesburgo… ¿Y qué *estaba* haciendo la hija de Madonna, después de haberse modificado la nariz en esta exclusiva clínica de cirugía cosmética de Los Angeles ? Los *paparazzi* de Nuestro Mundo: ¡Los llevamos hasta el interior de la vida de los famosos… con o sin su permiso! Pero primero: ¡He aquí una Asamblea General de la que nos gustaría ver

más! Ayer, a la hora del almuerzo, la secretaria general Halliwell de las Naciones Unidas se tomó un respiro de la conferencia que se realiza en Cuba sobre la Iniciativa de la unesco para la Hidrología del Mundo. Halliwell creyó que este jardín en una terraza era seguro, y tuvo razón… bueno, casi la tuvo. El techo está cubierto por un espejo que permite ver desde sólo uno de los lados: deja pasar los rayos calmantes del sol, pero evita las miradas fisgoneantes… ¡Es decir, las miradas de todos, pero no las nuestras! Bajemos ahora a través del techo —sí, *a través* del techo— y ahí está ella, y por cierto que es un espectáculo muy agradable ver a la secretaria mientras disfruta sin ropa alguna de la filtrada luz del Sol caribeño. A pesar del techo espejado, Halliwell es cautelosa, ustedes pueden ver que se está cubriendo cuando un avión liviano pasa por encima… ¡Pero debió haber sabido que no se puede ocultar de Nuestro Mundo! Como podrán apreciar, el Señor Gravedad ha sido amable con nuestra secretaria general: Halliwell sigue teniendo una belleza tan deslumbrante como la que ostentaba cuando paseaba su ondulante figura por los escenarios del mundo hace cuarenta años… pero la pregunta es: ¿Es ella la Halliwell original o ha aceptado un poquito de ayuda…?

9. EL AGENTE

Cuando elfbi se puso al día con los asuntos de Hiram, Kate sintió que la inundaba el alivio.

Se había sentido más que feliz de dar las primicias sensacionales del mundo… pero habría estado haciendo eso de todos modos, con las cámaras Gusano o sin ellas. Y le producía una incomodidad cada vez mayor la idea de que una tecnología así de poderosa estuviera, de manera exclusiva, en las manos de un ruin capitalista megalómano como Hiram Patterson.

Dio la casualidad de que Kate estuviera en la oficina de Hiram el día que todo hizo crisis. Pero no resultó de la manera que la joven había esperado.

Kate estaba caminando de un lado para otro de la oficina, como una fiera enjaulada. Estaba discutiendo con Hiram, como siempre.

—¡Por el amor de Dios, Hiram!; ¿cuan poca cosa puede llegar usted a ser?

Hiram se reclinó en su sillón tapizado en imitación cuero y contempló por la ventana el centro comercial de Seattle, sopesando su respuesta.

Otrora, y eso Kate lo sabía, ésta había sido la suite presidencial de uno de los mejores hoteles de la ciudad. Aunque aún subsistía la gran ventana panorámica, Hiram no había retenido en absoluto los suntuosos adornos de esta habitación. Independientemente de cuáles fueran sus defectos, ser pretencioso no era uno de los que afectaban a Hiram Patterson. Ahora, la habitación era una oficina común y corriente de trabajo; el único mobiliario era la gran mesa de conferencias y su juego de sillas de respaldo vertical, una máquina para preparar café y un surtidor de agua. Corría el rumor de que Hiram tenía ahí una cama, enrollada en un compartimiento embutido en las paredes. Y, aun así, faltaba el toque de un ser humano, pensó Kate: ni siquiera había una sola imagen de un miembro de la familia… de los dos hijos, por ejemplo.

Pero quizá no necesita imágenes, pensó Kate con amargura. Quizá sus dos hijos eran suficiente trofeo.

—Así que —dijo Hiram con lentitud— ahora usted se auto designó como mi remaldita conciencia, *Ms.* Manzoni.

—Oh, vamos, Hiram. No es cuestión de conciencia. Mire, usted tiene un monopolio tecnológico que es la envidia de todas las demás empresas noticieras del planeta. ¿No puede ver cómo lo está desperdiciando? Chismes sobre la realeza rusa, programas con cámara oculta y tomas en la cancha de juegos de fútbol… No entré en esta profesión para fotografiar las tetas de la secretaria general de las

Naciones Unidas.

—Esas tetas, como dice usted —contestó él secamente—, atrajeron a mil millones de personas. Mi preocupación primordial es derrotar a los competidores… y eso es lo que estoy haciendo.

—Pero se está convirtiendo en *el paparazzi* máximo. ¿Es ése el límite de su visión? Usted tiene *tú*… *poder*… para hacer el bien.

Hiram sonrió.

—¿El bien? ¿Qué tiene que ver el bien conmigo? Tengo que darle al público lo que el público quiere, Manzoni. Si no lo hago, algún otro bastardo lo hará. Sea como fuere, no entiendo de qué se está quejando: presenté su nota sobre la invasión de Escocia por Inglaterra. Eso fue una verdadera noticia por derecho propio.

—¡Pero usted la volvió insignificante al incluirla con basura de pasquín! Del mismo modo que usted hace que pierda importancia toda la cuestión de la guerra por el agua. Mire, la convención de las Naciones Unidas sobre hidrología fue un chiste…

—No necesito otro sermón sobre los temas acuciantes de actualidad, Manzoni. Sabe, usted es tan pomposa… pero entiende tan poco. ¿No se da cuenta?, a la gente no le interesa saber sobre *los temas acuciantes*. Debido a usted y su remaldito Ajenjo, la gente entiende que *los temas acuciantes* sencillamente no cuentan. No importa cómo bombeemos agua por todo el planeta ni lo que reste decir de eso, porque, de todos modos, el Ajenjo va a arrancar todas las cosas de cuajo. Todo lo que el público quiere es entretenimiento, distracción.

—¿Y ése es el límite de lo que usted ambiciona?

Hiram se encogió de hombros.

—¿Qué más se puede hacer?

Kate resopló para liberar su repugnancia:

—Sabe, su monopolio no va a durar para siempre. En la industria y en la prensa se especula mucho respecto de cómo consigue usted todas las noticias sensacionales. No podrá pasar mucho tiempo antes de que alguien descubra el porqué y repita las investigaciones que usted hizo.

—Tengo patentes…

—Ah, sí, claro, *eso* lo protegerá. Si usted persiste en su actitud, no le va a quedar cosa alguna para dejarle a Bobby.

Los ojos del hombre se achicaron hasta convertirse en ranuras.

—Ni se atreva a hablar de mi hijo. Sabe, cada día que pasa lamento más haberla traído acá, Manzoni. Sí, aportó algunos artículos buenos, pero no tiene sentido del equilibrio, no lo tiene en absoluto.

—¿Equilibrio? ¿Ése es el nombre que le da? ¿Usar la cámara Gusano nada más que para tomas de celebridades en ropa interior?…

Sonó el tono suave de una campanilla. Hiram alzó la cabeza, dirigiéndose hacia el aire y dijo:

—Dije que no quería que se me interrumpiera.

El tono de voz inofensivo del motor de búsqueda sonó desde el aire.

—Temo que tengo una superposición, señor Patterson.

—¿Qué clase de superposición?

—Acá está un tal Michael Mavens que viene a verlo a usted. A usted también, *Ms.* Manzoni.

—¿Mavens? No conozco a alguien de…

—Pertenece al FBI, señor Patterson. El Organismo Federal de…

—Sé qué es el FBI. —Hiram dio un golpe sobre el escritorio, frustrado. —Una maldita cosa después de otra.

Por fin, pensó Kate.

Hiram la miró fijamente.

—Tan sólo cuídese de lo que le dice a este imbécil.

Kate frunció el entrecejo.

—¿Es a este imbécil-encargado-de-hacer-cumplir la-ley, nombrado-por-el-Estado-y-que-proviene-del-FBI al que se está refiriendo? Incluso usted tiene que responder ante la ley, Hiram. Diré lo que me parezca mejor.

Hiram apretó un puño, pareció estar pronto a decir más; despues se limitó a sacudir la cabeza. Avanzó de una zancada hacia la ventana panorámica y la luz azul del cielo, filtrada al pasar por el vidrio coloreado, arrancó brillos de su calva coronilla. —Remaldición —dijo —. Mil veces remaldición.

Michael Mavens, agente especial del FBI, llevaba el traje gris carbón, la camisa sin cuello y la corbata de cordón propios de la repartición. Era rubio, delgado como un alambre y parecía como si hubiese jugado mucho al tenis de gimnasio, sin duda que en alguna academia ultracompetitiva del FBI.

A Kate le pareció notablemente joven, alrededor de los veinte años. Y estaba nervioso: arrastró con torpeza la silla que Hiram le ofreció; manejó de manera desmañada su maletín cuando lo abrió y pescó de adentro una pantalla flexible.

Kate miró a Hiram: vio el gesto calculador en su cara oscura y ancha. También Hiram había descubierto la sorprendente incomodidad de este agente.

Después de mostrarles su insignia, Mavens dijo:

—Me agrada encontrarlos a ambos acá, señor Patterson, *Ms.* Manzoni. Estoy investigando lo que aparenta ser una violación de la seguridad…

Hiram fue al ataque.

—¿Qué autorización tiene usted?

Mavens vaciló.

—Señor Patterson, conservo la esperanza de que todos podamos

aportar algo más constructivo que eso.

—¿Constructivo? —repitió Hiram con brusquedad. —¿Qué clase de respuesta es ésa? ¿Está usted actuando sin autorización? — Extendió el brazo para tocar el icono de un teléfono que tenía en la mesa del escritorio.

Mavens repuso con calma:

—Conozco su secreto.

La mano de Hiram quedó suspendida sobre el destellante símbolo; después la retiró.

Mavens sonrió.

—Motor de búsqueda. Cubierta de seguridad defbi nivel tres cuatro, autorización Mavens, M. K. Confirmar, por favor.

Al cabo de unos segundos, el motor de búsqueda informó de nuevo:

—Cubierta en su sitio, agente especial Mavens.

Mavens asintió con leve inclinación de cabeza.

—Podemos hablar sin ambages.

Kate se sentó frente a Mavens, presa de la curiosidad, perpleja nerviosa.

Mavens extendió por completo su pantalla flexible sobre el escritorio: mostraba la imagen de un helicóptero militar grande cuyos morros estaban pintados de blanco. Mavens preguntó:

—¿Reconoce esto?

Hiram se inclinó para acercarse más.

—Es un Sikorsky, creo.

—En realidad, un VH-3D —corrigió Mavens.

—Es el *Infante de Marina Uno* —dijo Kate—, el helicóptero de la presidenta.

Mavens observó a Kate.

—Así es. Estoy seguro de que ambos saben que la presidenta y su marido han pasado estos últimos días en Cuba, en la conferencia sobre hidrología de la ONU. Allá estuvieron utilizando el *Infante d? Marina Uno.* Ayer, durante un vuelo corto, tuvo lugar una conversación breve y privada entre la presidenta Juárez y el primer ministro inglés Huxtable. —Tocó con suavidad la pantalla flexible, que reveló un diagrama esquemático en bloques del interior del helicóptero. —El Sikorsky es un pájaro grande para ser una antigualla, pero está atiborrado con equipo de comunicaciones. Solamente tiene diez asientos: cinco los ocupan los agentes del servicio secreto, un médico, y asistentes militares y personales de la presidenta.

Hiram parecía sentir curiosidad.

—Creo que uno de esos asistentes tiene *la pelota de rugby*[4].

Mavens pareció estar apenado.

—Ya no usamos más *la. pelota de rugby*, señor Patterson. En esa

ocasión, los demás pasajeros, además de la presidenta Juárez en sí, fueron el señor Juárez, el jefe de estado mayor, el primer ministro Huxtable y un agente inglés de seguridad.

"Toda esta gente, así como los pilotos, tienen la aprobación más alta posible de seguridad que, en el caso de los agentes y de otros miembros del personal, se comprueba todos los días. El señor Huxtable, por supuesto, a pesar de su título a la antigua, ocupa un cargo equivalente al de gobernador de Estado. Al mismo *Infante de Marina Uno* se lo revisa varias veces por día. A pesar de sus melodramas virtuales sobre espías y agentes dobles, señor Patterson, las medidas modernas contra espionaje electrónico son sumamente resistentes a los errores de maniobra. Además, la presidenta y el señor Huxtable estaban aislados dentro de una cortina de seguridad, inclusive dentro del Sikorsky. No sabemos que exista manera alguna por la que se pudiera violar esos diversos niveles de seguridad. —Volvió sus ojos castaños hacia Kate. —Y, sin embargo, aparentemente se pudo.

"La noticia que usted dio fue exacta, *Ms.* Manzoni: Juárez y Huxtable sí mantuvieron una conversación sobre la posibilidad de una solución militar para la disputa de Inglaterra con Escocia por la provisión de agua.

"Pero tenemos el testimonio del señor Huxtable de que sus especulaciones respecto de invadir Escocia son—fueron— privadas y personales. La noción es de él, no la había puesto en papel ni confiado al almacenamiento electrónico ni discurrido sobre ella con alguien, ni con su gabinete, ni siquiera con su compañera. Sus conversaciones con la presidenta Juárez fueron, en realidad, la primera vez que daba a conocer la idea en voz alta, para medir el grado de apoyo de la presidenta a una propuesta así, si se la formulaba de manera oficial.

"Y en el momento en que usted reveló el suceso, ni el primer ministro ni la presidenta habían discurrido sobre eso con alguien más. —Miró con ferocidad a Kate. —*Ms.* Manzoni, ya entiende cuál es la situación: *la única fuente posible para su noticia es la conversación Juárez-Huxtable en sí.*

Hiram se paró al lado de Kate.

—Ella no va a revelar sus fuentes a un imbécil como usted.

Mavens se pasó la mano por la cara y se reacomodó en la silla.

—Tengo que decirle, señor, que haber intervenido las conversaciones de la presidenta hará que le caiga encima una lista de acusaciones federales larga como su brazo. Un equipo de interorganismos de seguridad está investigando este asunto. Y la presidenta misma está sumamente enojada. A Nuestro Mundo se lo podría clausurar… y usted y *Ms.* Manzoni se podrán considerar afortunados si esquivan la prisión.

—Primero tendrá que demostrarlo —rugió, jactancioso, Hiram—. Puedo atestiguar que ninguna de las operaciones de Nuestro Mundo estuvo siquiera cerca del *Infante de Marina Uno*, como para plantarle un micrófono oculto o alguna otra cosa más. Este equipo de investigación interorganismos que usted dirige…

Mavens tosió.

—Yo no lo dirijo. Soy parte de él. De hecho, el jefe mismo del FBI…

La mandíbula de Hiram cayó, abierta por la sorpresa.

—¿Y sabe él que usted está aquí?¿No? Entonces, ¿qué está usted *tratando* de hacer acá? ¿Entrometerse conmigo… o chantajearme? ¿Se trata de eso?

Mavens parecía estar cada vez más incómodo, pero se mantenía recto en su silla.

Kate tocó el brazo de Hiram.

—Creo que mejor es que lo escuchemos, Hiram.

Hiram sacudió el brazo para que Kate lo suelte. Se volvió hacia la ventana, las manos fuertemente apretadas a la espalda, los hombros subiendo y bajando por la furia.

Kate se inclinó hacia Mavens.

—Usted dijo que conocía el secreto de Hiram. ¿Qué quiso dar a entender con eso?

Y Michael Mavens empezó a hablar sobre agujeros de gusano.

El mapa que hizo aparecer de dentro de su maletín y que extendió sobre la mesa estaba trazado a mano sobre papel sin membrete. Evidentemente, pensó Kate, Mavens estaba perdido en especulaciones que no había querido compartir con sus colegas delfbi ni confiar, siquiera, a la dudosa seguridad de una pantalla flexible.

El agente dijo:

—Éste es un mapa de la ruta que el *Infante de Marina Uno* recorrió ayer sobre los suburbios de La Habana. Marqué los puntos de tiempo con estas cruces. Se puede observar que cuando la conversación clave a bordo entre Juárez y Huxtable tuvo lugar —sólo duró unos minutos —, el helicóptero estaba *acá.*

Hiram frunció el entrecejo y con el dedo tocó una casilla que aparecía sombreada para que se destacara en el mapa y que estaba inmediatamente por debajo de la posición del Sikorsky cuando comenzó la conversación.

—¿Y esto qué es?

Mavens sonrió de oreja a oreja.

—Es suyo, señor Patterson: ésta es una terminal de Datos de Nuestro Mundo. La boca de un agujero de gusano, que establece la conexión con sus instalaciones centrales aquí, en Seattle. Estoy convencido de que la terminal Cadena de Datos que está debajo del

Infante de Marina. Uno es el mecanismo que ustedes usaron para obtener la información proveniente de esa charla.

Los ojos de Hiram se achicaron hasta convertirse en dos ranuras.

Kate escuchaba, pero con una abstracción cada vez mayor, mientras Mavens hacía especulaciones, un tanto alocadamente, sobre micrófonos direccionales y los efectos de ampliación de los campos gravitacionales de la boca de los agujeros de gusano. La teoría que esgrimía el agente, tal como la estaba planteando, era que Hiram estaría utilizando como base la Cadena de Datos para llevar a cabo la escucha clandestina.

Era evidente que Mavens había descubierto sólo algunos aspectos de la verdad.

—Todo eso es basura —dijo Hiram con tranquilidad—. En su teoría hay agujeros por los que yo podría hacer pasar un 7a7.

—Exacto —agregó Kate con delicadeza—. Tal es la capacidad de Nuestro Mundo para instalar cámaras en sitios en los que *no* hay una terminal agujero de gusano para la Cadena de Datos. Como es el caso de aquellas islas filipinas arrasadas por un huracán o los pechos de la secretaria general Halliwell.

Hiram le lanzó una mirada asesina a Kate, advirtiéhdole que cerrara la boca.

Mavens parecía estar confundido, pero no cejó.

—Señor Patterson, no soy físico. Todavía no resolví todos los detalles, pero estoy convencido de que así como su tecnología de los agujeros de gusano es lo que le brinda la ventaja sobre sus competidores en la transmisión de datos, así también debe de hacerlo en sus operaciones de consecución de noticias.

—¡Oh, vamos, Hiram! —dijo Kate—. Él ya sabe la mayor parte de los hechos.

Hiram gruñó:

—¡Maldición, Manzoni! Le dije a usted que quería plausible negabilidad en cada una de las etapas.

Mavens miró a Kate con gesto de no entender de qué se hablaba.

Ella explicó:

—Lo que quiere decir es “tapar la existencia de las cámaras Gusano”.

Mavens sonrió levemente.

—*Cámaras Gusano.* Puedo imaginar qué quiere decir eso. Lo sabía.

Kate prosiguió:

—Pero la negabilidad no siempre fue posible. Y no en este caso. Usted lo sabía, Hiram, antes de dar su aprobación al artículo. Lo que pasó es que era una noticia importante demasiado buena para dejarla pasar. Creo que le debería decir a Mavens lo que él quiere saber.

Hiram la masacró con la mirada.

—¿¡Por qué demonios debería hacerlo!?

—Porque —intervino Mavens— creo que lo puedo ayudar.

Mavens contempló atónito la primera boca de agujero de gusano de David, que ya era una pieza de museo: la perla de espacio-tiempo todavía embebida en su bloque de vidrio.

—Y no se necesitan anclajes. Se puede poner el ojo de una cámara Gusano *en cualquier parte*, observar *cualquier cosa*… ¿Y puede recibir sonidos también?

—Aún no —dijo Hiram—. Pero el motor de búsqueda es un muy buen lector de labios. Y tenemos expertos humanos para respaldarlo. Y ahora, agente especial, dígame de qué manera me puede ayudar.

Con renuencia, Mavens volvió a depositar el bloque de vidrio sobre la mesa.

—Tal como *Ms.* Manzoni dedujo, el resto de mi equipo está nada más que unos pasos detrás de mí. Es probable que mañana se haga un allanamiento de estas instalaciones.

Kate frunció el entrecejo.

—Pues entonces usted, ciertamente, no debería estar acá dándonos el soplo.

—No, no debería —dijo Mavens con seriedad—. Miren, señor Patterson, *Ms.* Manzoni, seré franco. Tengo la suficiente arrogancia como para creer que en este asunto puedo ver con un poco más de claridad que mis superiores, que es la causa por la que me estoy extralimitando. La tecnología de cámara Gusano de ustedes, aún con lo poco que he podido deducir, es fantásticamente poderosa. Y podría hacer una inmensa cantidad de bien: llevar delincuentes ante la justicia, hacer contraespionaje, vigilancia…

—Si estuviera en las manos adecuadas —dijo Hiram con pesadumbre.

—Si estuviera en las manos adecuadas.

—Y eso quiere decir las de ustedes. Las del fbi.

—No sólo nosotros. Pero, en el dominio público, sí. No puedo estar de acuerdo con que ustedes hayan dado a conocer la conversación Juárez-Huxtable. Pero que hubieran expuesto la maniobra dolosa existente detrás del proyecto de desalinización Galveston, por ejemplo, fue una obra maestra de periodismo. Al dejar al descubierto ese plan fraudulento en particular, tan sólo al Tesoro le ahorraron miles de millones de dólares. Pero yo *soy* un servidor público y para la gente, *para nosotros*, también es necesaria esa tecnología, señor Patterson.

—¿Para invadir la vida privada de los ciudadanos? —preguntó Kate.

Mavens negó moviendo la cabeza.

—Toda tecnología está expuesta a que se haga mal uso de ella.

Tendría que haber controles. Pero, y esto puede ser que usted no lo crea, *Ms.* Manzoni, en la mayoría de los casos nosotros, los servidores públicos, somos muy honestos. Y necesitamos toda la ayuda que podamos obtener. Éstos son tiempos cada vez más difíciles; como usted bien sabrá, *Ms.* Manzoni.

—El Ajenjo.

—Sí. —Mavens frunció el entrecejo, y pareció estar muy preocupado. —La gente parece ser reacia a asumir la responsabilidad que le toca, y ni qué hablar de la responsabilidad de los demás por su comunidad. El aumento de la criminalidad va acorde con el aumento de la apatía ante esa criminalidad. Es de suponerse que esto habrá de empeorar a medida que transcurran los años, a medida que el Ajenjo se aproxime más.

A Hiram parecía habérsele despertado la curiosidad.

—¿Pero cuál es la diferencia, si el Ajenjo nos hará puré a todos de cualquier manera? Cuando yo era niño, en Inglaterra, crecimos con la convicción de que cuando se desatara la guerra termonuclear íbamos a tener nada más que cuatro minutos de advertencia. Solíamos hablar sobre eso: ¿Qué harías tú con *tus* cuatro minutos? Yo me emborracharía como una cuba y…

—Nosotros tenemos siglos —dijo Mavens—, no minutos apenas. Tenemos el deber de mantener a la sociedad funcionando lo mejor que podamos, durante tanto tiempo como podamos. ¿Qué más podemos hacer? Y, entretanto, y tal como ha sido la norma durante décadas, este país tiene más enemigos que cualquier otra nación de la Tierra. La seguridad nacional puede tener una prioridad superior que los asuntos relativos a los derechos individuales.

—Díganos cuál es su propuesta —dijo Kate.

Mavens hizo una inspiración profunda.

—Quiero tratar de llegar a un acuerdo. Señor Patterson, ésta es su tecnología; tiene usted todo el derecho de obtener réditos de ella. Yo le propondría que conserve las patentes y el monopolio de la industria, pero si fuera usted le cedería la licencia al Estado, para que se la emplee en beneficio público bajo una legislación adecuadamente redactada.

Hiram contestó con brusquedad:

—Usted carece de autoridad para ofrecer un trato así.

Mavens se encogió de hombros.

—Por supuesto que no. Pero resulta evidente que éste sería un arreglo sensato, una situación de triunfo, triunfo para todas las partes intervinientes; entre ellas el pueblo de este país. Creo que se podría convencer a mi superior inmediato y entonces…

Kate sonrió.

—En verdad usted se jugó el todo por el todo en esto, ¿no? ¿Es

tan importante?

—Sí, señorita, estoy convencido de que lo es.

Hiram sacudió la cabeza, dubitativo.

—Ustedes, malditos niños y su idealismo sentimental.

Mavens lo estaba observando.

—Entonces, ¿qué dice, señor Patterson? ¿Quiere ayudarme a convencer a mi gente para que acepte esto… o esperará el allanamiento de mañana?

Kate dijo:

—Estarán agradecidos, Hiram. En público, por lo menos. Quizás el *Infante de Marina Uno* venga a recogerlo del helipuerto que hay en su parque, para que la presidenta le ponga una medalla en el pecho. Es un paso que lo acerca más al centro del poder.

—Para mí y mis hijos —dijo Hiram.

—Sí.

—¿Y yo conservaría el monopolio comercial?

—Sí, señor.

Bruscamente, Hiram sonrió mostrando todos los dientes. Su actitud cambió de inmediato cuando aceptó esta derrota y empezó a rever sus planes.

—Hagámoslo, agente especial. —Extendió el brazo hacia el otro lado de la mesa y estrechó la mano de Mavens.

Así que el secreto había terminado; el poder que la cámara Gusano le había concedido a Hiram quedaría contrapesado. Kate sintió un inmenso alivio.

Pero después Hiram se volvió hacia Kate y, lanzándole una mirada llena de odio, le dijo:

—Ésta fue su metida de pata, Manzoni. Su traición. No lo olvidaré.

Y Kate, sobresaltada e inquieta, supo que ese hombre hablaba en serio.

10. LOS CUSTODIOS

Extractado del periódico diario de la Inteligencia Nacional, que produce la Agencia Central de Inteligencia; destinatarios con Aprobación para lectura de Material Estrictamente Confidencial y Superior; 12 de diciembre de 2036:

…La tecnología de la cámara Gusano demostró tener la capacidad de penetrar en ambientes en los que es impráctico o imposible enviar observadores humanos o, inclusive, cámaras reboticas móviles. Por ejemplo, los puntos de vista de la cámara Gusano le dieron a los científicos una forma completamente segura de inspeccionar el interior de depósitos de desechos de la reserva de material radiactivo de Hanford, en la que, durante décadas, se estuvo derramando plutonio en el suelo, el aire y el río. A las cámaras Gusano (operadas bajo estricta supervisión federal y operativa) también se las está usando para inspeccionar emplazamientos profundos de desechos radiactivos que están frente a la costa de Escocia y para estudiar el núcleo de los reactores sepultados de la épo^ ca de Chernobyl que, si bien están fuera de servicio desde hace tiempo, todavía contaminan las tierras de la antigua Unión Soviética, según inspecciones que han arrojado algunos resultados alarmantes (Apéndices F-H)… …Los científicos están solicitando la aprobación para emplear una cámara Gusano con el objeto de explorar sin intrusión un nuevo lago gigante de agua dulce que se halló congelado en lo profundo del hielo antartico. Flora y fauna antiguas y frágiles quedaron sepultadas en lagos así durante millones de años.

En condiciones de completa oscuridad, en el agua que se mantuvo líquida por la presión de centenares de metros de hielo, las especies atrapadas siguieron su propia trayectoria evolutiva, completamente distinta de la que siguieron las formas de la superficie. El argumento de los científicos parece ser sólido; quizás esta investigación demostrará ser verdaderamente no invasiva, y evitará la inmediata destrucción de esas formas antiguas y frágiles de vida, aun cuando se viole su habitat, como sí ocurrió a comienzos de este siglo, y según es de público conocimiento con el lago Vostok. En la ocasión científicos entusiastas en exceso persuadieron a comisiones internacionales para que abrieran el lago Vostok, el primero de esos mundos congelados que se descubriera. Una comisión subordinada al asesor científico de la presidenta está considerando si se puede ir más allá en esta cuestión y hacer que a los resultados se los ponga a disposición del mundo científico, para que los investigadores independientes realicen el adecuado análisis del trabajado hecho por sus pares, pero *sin* dar a conocer la existencia de la cámara Gusano fuera de los actuales

círculos restringidos… …El rescate ocurrido hace poco del rey de Australia, Harry, y de su familia, del naufragio de su yate durante las tormentas que ocurrieron en el golfo de Carpentaria, demostró la promesa que la cámara Gusano significa para transformar la eficiencia de los servicios de emergencia. Las operaciones de búsqueda y rescate en alta mar, por ejemplo, ya no necesitarán de flotas de helicópteros que patrullen grandes superficies de agua gris y tormentosa, con gran riesgo para las tripulaciones intervinientes. Los operadores de BR, trabajando en la seguridad de centros de vigilancia ubicados en tierra firme, podrán localizar a las víctimas de accidentes con gran exactitud y en pocos minutos, concentrando de inmediato los esfuerzos del rescate allí donde se los precise; sin exponerlos a los inevitables riesgos inherentes al operativo. …Esta secta cristiana fundamentalista pretendía "conmemorar" el bimilésimo aniversario (según lo que habían calculado en la secta) del ataque de Cristo contra los mercaderes que estaban en el Templo. Para eso pensaban hacer detonar una ojiva termonuclear generadora de un impulso electro-magnético, en el corazón de cada uno de los principales barrios financieros del planeta, entre ellos Nueva York, Londres, Frankfurt y Tokio. Los analistas de la Agencia coinciden con los redactores de titulares periodísticos en que, de haber resultado bien, el ataque habría sido un Pearl Harbor electrónico. El caos financiero consecuente, con todas las redes de transferencia bancaria, mercados de valores, mercados de títulos, sistemas de compra y venta, redes de créditos, líneas para comunicación de datos sumamente desorganizados o destruidos, podría haber causado, según los analistas, una conmoción suficientemente poderosa como para disparar una recesión de alcance mundial. Gracias en gran parte al empleo de información estratégica y táctica obtenida con cámaras Gusano, ese desastre se evitó. Nada más que con este único triunfo, el despliegue de la cámara Gusano en bien del interés público ahorró lo que se estima en billones de dólares y evitó indescriptibles sufrimientos: la pobreza, el hambre inclusive…

Extractado de "Gusinf: La Cámara Gusano Patterson como Herramienta para Aplicaciones de Precisión en Recolección de Información Personal y Otras Aplicaciones", por Michael Mavens, FBI; publicado en Actas de las Sesiones del Grupo de Dirección del Procesamiento y del Análisis Avanzados de Información (Comunidad de Captación de Información Táctica y Estratégica), Tyson's Córner, Virginia, 12-14 de diciembre de 2036:

Las cámaras Gusano fueron presentadas oficialmente a los organismos federales en carácter de material de ensayo, bajo la cobertura general de un grupo de interorganismos para dirección y evaluación en el que yo presté servicios. El grupo de dirección

comprendía representantes de la Administración Federal para Contralor de Alimentos y Medicamentos, el FBI, la CÍA, la Comisión Federal de Comunicaciones, la Dirección General Impositiva y el ministerio de Salud Pública Nacional. La potencia de esa tecnología prontamente se volvió evidente, empero, en el término de seis meses. Antes de la conclusión del ensayo piloto formal, las facultades de la cámara Gusano se habían ya desplegado hacia todos los pilares principales de nuestra comunidad recopiladora de información táctica y estratégica, esto es, el Organismo Federal de Investigaciones, la Agencia Central de Inteligencia, la Agencia de Inteligencia para la Defensa, la Agencia de Seguridad Nacional y la Oficina Nacional de Reconocimiento Militar. ¿Qué significa para nosotros la cámara Gusano? La cámara Gusano es una tecnología de vigilancia a la que no se puede interceptar ni perturbar, y que vence ampliamente en toda la carrera de armas de vigilancia y criptografía que hemos estado librando desde, por lo menos, los años cuarenta. En esencia, la cámara Gusano establece un puente directo a través del espacio hacia su objetivo y tiene la capacidad de proporcionar imágenes de incuestionable autenticidad, imágenes que, por ejemplo, se podrían reproducir en un tribunal. En comparación, ninguna imagen fotográfica, no importa lo pertinente que pudiese ser, se consideró admisible como elemento probatorio en un tribunal estadounidense desde 2010, de tal magnitud fue la facilidad con que se falsificaba esas imágenes.

Dentro de las fronteras de nuestro país, a las cámaras Gusano se las utilizó para aduana e inmigración, exámenes e investigación de alimentos y medicamentos, verificación de solicitudes de empleo en organismos federales, y para otros diversos propósitos. En lo que se refiere a la justicia penal, aunque aún sigue pendiente la elaboración de un marco jurídico que se refiera a los derechos de empleo de la cámara Gusano en investigaciones penales, equipos delfbi y de la Policía ya han podido lograr varias acciones espectaculares como, por ejemplo, descubrir los planes del anarquista solitario Subiru, F. (quien afirmaba ser un clon de segunda generación del músico del siglo veinte Michael Jackson) para hacer estallar el monumento a Washington.

Permítanme señalar que en 2035 se denunció nada más que lo que se estima era un tercio de todos los delitos mayores punibles con la muerte; y, de ese tercio, nada más que a un quinto se le dio vía libre para que se procediera al arresto y a la presentación de una acusación. Un quinto de un tercio:

eso es alrededor de siete por ciento. El balance de la ecuación de prevención del delito estaba inclinado hacia la ineficacia. Ahora, aunque todavía no se cuenta con las cifras completas provenientes del

período de prueba, ya podemos decir que los índices de aprensión mejorarán en una relación de órdenes de magnitud. Señoras y señores, bien puede ser que nos estemos aproximando a una era en la que, por primera vez en la historia humana, verdaderamente podamos decir que el delito no es redituable…

Ahora, respecto de las actividades en el extranjero en 2035 la reunión y el análisis de información estratégica y táctica del exterior costó setenta y cinco mil millones de dólares. Pero la mayoría de esta información era de escaso valor. Nuestros sistemas de reunión de datos, eran sistemas electrónicos de succión, que recogían datos sin distinguir en realidad demasiado la calidad de éstos. En una era en la cual las amenazas que enfrentamos, que, en general, provienen de estados delincuentes o células terroristas, son precisas en los blancos que eligen. Desde hace tiempo es evidente que nuestras necesidades de información también tienen que contar con precisión en los blancos. El establecer la capacidad militar de un enemigo, por ejemplo, nada nos dice sobre cómo piensa elaborar su estrategia y menos aún sobre sus intenciones. Una gran parte de nuestros adversarios posee tecnología tan compleja como la que tenemos nosotros; y se demostró que resulta difícil, o imposible, penetrar en el corazón de las operaciones del enemigo con medios electrónicos convencionales. La solución para esto fue una renovada dependencia de la *humint*, la obtención de información táctica y estratégica por medios humanos, el empleo de espías humanos. Pero estos espías, claro está, son difíciles de colocar; como es bien sabido, no son confiables y son vulnerables en extremo. Pero ahora tenemos la cámara Gusano. En lo esencial, una cámara Gusano nos permite instalar un visor a distancia (en términos técnicos, un "punto de vista"), *en cualquier parte*, sin necesidad de intervención física. La información táctica y estratégica que brinda la cámara Gusano, llamada "gusinf" por los miembros de la comunidad de información, está demostrando ser tan valiosa que se han instalado puestos de cámara Gusano para la segundad de la mayoría de los líderes políticos del mundo, y de los representantes de grupos religiosos y fanáticos diversos, y de las sociedades comerciales más poderosas del mundo, y así sucesivamente.

La tecnología de la cámara Gusano es íntima y personal. Podemos observar a un adversario en el más privado de sus actos, si eso fuese necesario. El potencial para la revelación de actividades ilícitas, incluso el chantaje si decidiéramos hacerlo, resulta obvio. Pero más importante es el cuadro que ahora podemos formarnos de las intenciones de un enemigo. La cámara Gusano nos da información sobre los contactos de un adversario, por ejemplo, los proveedores de armas; y podemos evaluar factores de conocimiento tales como sus

puntos de vista en cuanto a religión, cultura, nivel de educación y de adiestramiento, fuentes de información, las agencias de prensa que usa.

Señoras y señores, en lo pasado la geografía del campo físico de batalla era nuestro objetivo crucial para el acopiamiento de información. Con la cámara Gusano lo que se abre es la geografía de la mente de nuestros enemigos… Antes de pasar a algunos de los primeros triunfos específicos que los equipos que usaban cámaras Gusano obtuvieron, deseo referirme al futuro.

La tecnología actual nos ofrece una cámara Gusano que cuenta con la capacidad de generar imágenes de alta resolución dentro del espectro visual. Nuestros científicos están trabajando con la gente de Nuestro Mundo para mejorar esta tecnología de manera tal de permitir la captura de datos que se hallan en el espectro no visible, en particular, en el infrarrojo, para las operaciones nocturnas, y de sonidos, al hacer que el punto de vista de la cámara Gusano sea sensible a los subproductos físicos de las ondas de sonido, reduciendo de ese modo nuestra dependencia actual de la lectura de labios. Además, nos proponemos hacer que los puntos de vista distantes sean totalmente móviles, de modo que podamos seguir en secreto un blanco en movimiento.

Los puntos de vista de la cámara Gusano son detectables en principio y equipos federales y de Nuestro Mundo están investigando "anticámaras" hipotéticas: las maneras en que un enemigo podría descubrir y, quizá, cegar una cámara Gusano. Esto es concebible que se pueda hacer, por ejemplo, inyectando partículas de alta energía dentro de un punto de vista, lo que haría que el agujero de gusano implosione. Pero no creemos que éste sea un obstáculo grave: recuerden, la colocación de una cámara Gusano no es un suceso que se realiza una sola vez y se pierde con la detección: en vez de eso, en un sitio dado podemos colocar tantos puntos de vista de cámara Gusano como queramos, sean detectados o no. Asimismo, los organismos actuales estadounidenses tienen el monopolio de esta tecnología. Nuestros adversarios saben que hemos alcanzado un perfeccionamiento notable en nuestra capacidad de almacenar información táctica y estratégica, pero ni siquiera saben cómo lo estamos haciendo. Lejos de desarrollar capacidades para obstruir una cámara Gusano, todavía no saben qué están buscando. Pero, por supuesto, nuestro puesto de avanzada en la tecnología de la cámara Gusano no puede durar para siempre, ni la tecnología puede mantenerse oculta. Tenemos que empezar a elaborar planes para un futuro transformado donde la cámara Gusano sea de público conocimiento, y nuestros propios centros de poder y mando estén tan expuestos a nuestros adversarios como los de ellos ahora lo están a

nosotros…

De Hora de Noticias Internacionales Nuestro Mundo, *28 de enero de 2037: Kate Manzoni (en cámara)*.

En un pavoroso retorno al escándalo de Watergate, sesenta años atrás; al personal de la Casa Blanca que depende directamente de la presidenta María Juárez se lo acusó ante la opinión pública de haber ingresado en forma ilegal al centro de operaciones del Partido Republicano, considerado el principal oponente de la presidenta Juárez en la próxima elección de 2040.

Los republicanos afirmaron que revelaciones que hiciera la gente de Juárez relativas a posibles vínculos ilegales de suministro de fondos entre el Partido Republicano y diversos personajes muy importantes de las altas finanzas, únicamente se podrían basar sobre información reunida con medios ilegales, tales como la intervención telefónica o el escalamiento de propiedad inmueble privada.

Como respuesta, la Casa Blanca desafió a los republicanos a que presenten pruebas sólidas de una intrusión así… lo que, hasta ahora, el Partido Republicano no ha conseguido hacer…

11. EL BORNE CEREBRAL

Mientras Kate miraba, John Collins llegaba en avión hasta el aeropuerto de Moscú.

En el aeropuerto, Collins se encontró con un hombre más joven. El motor de búsqueda lo identificó con rapidez, por el registro, como Andrei Popov. Popov, ciudadano ruso, tenía vínculos con grupos de la insurgencia armada que operaban en los cinco países lindantes con el mar de Aral: Kazajstán, Uzbekistán, Turkmenistán, Tayikistán y Kirguishtán.

Kate se estaba acercando.

Con una sensación cada vez mayor de alborozo, hizo que el punto de vista de la cámara Gusano volara al lado de Collins y Popov mientras los dos hombres viajaban por Moscú en autobús, en tren subterráneo, en autos y a pie, e inclusive a través de una tormenta de nieve. La joven alcanzó a ver el Kremlin y el antiguo y desagradable edificio de la KGB, como si ésa hubiera sido una aventura virtual para turistas.

La pobreza que imperaba en el lugar era impresionante. A pesar de la profesión que había elegido, Collins era el arquetipo del estadounidense que viaja al exterior. Kate veía la frustración cada vez mayor que lo invadía cuando perdían la comunicación los teléfonos móviles, la sorpresa que experimentaba al ver vendedores de pasajes de subterráneo que empleaban abacos para hacer el cálculo para dar el vuelto, su repugnancia ante la suciedad con que se topaba en los baños públicos, su impaciencia llena de escepticismo cuando trataba de llamar al motor de búsqueda y no recibía respuesta alguna.

Kate sintió profundo alivio cuando Collins llegó a un pequeño aeropuerto suburbano de Moscú y subió a una avioneta, entonces ella pudo poner en acción el sistema considerado como un piloto automático.

En medio de las penumbras de la Fábrica de Gusanos, sentada ante una pantalla flexible estaba haciendo volar el punto de vista mediante el empleo de una palanca de mando y un soporte lógico inteligente de apoyo. Ingenioso como era el sistema, seguir con exactitud los desplazamientos de una persona por una ciudad extranjera era una tarea intensa e impiadosa; un único error de concentración podría arruinar horas de duro trabajo.

Pero la tecnología de seguimiento de las cámaras Gusano había evolucionado hasta poder enlazar el punto de vista remoto con diversos diagramas electrónicos característicos, por ejemplo, la aeronave de Collms. Por eso ahora el punto de vista de la cámara Gusano flotaba total y absolutamente invisible en la cabina, aún junto

al hombro de Collins, cuando el avión se elevaba penetrando en el cada vez más intenso crepúsculo ruso, siguiéndole el rastro a la presa sin necesidad de la intervención de Kate.

Esto debería ser más fácil. Los técnicos de la Fábrica de Gusanos estaban trabajando en las maneras de conseguir que un punto de vista hiciera el seguimiento de una persona sin necesidad de guía humana… Pero esto para un futuro.

Kate empujó su asiento hacia atrás, se paró y estiró los músculos. Estaba más cansada que lo que supuso; no podía recordar cuándo se había tomado el último descanso.

Distraídamente recorrió las imágenes que la cámara Gusano enviaba de manera continua: la noche estaba cayendo sobre Asia central y, a través de las ventanillas del avión, pudo ver cómo el paisaje estaba lleno de cicatrices, fajas enteras de él constituidas por páramos marrones, todavía inhabitables cuatro décadas después de la caída de la Unión Soviética, con su terrible desprecio por el paisaje y la gente que lo habitaba…

Sintió una mano sobre el hombro, dedos fuertes que le masajeaban un nudo de músculos que allí se le había formado. Se sobresaltó, pero el toque era familiar y no pudo evitar relajarse y dejar que continuara.

Bobby la besó en la coronilla.

—Sabía que te iba a encontrar acá. ¿Sabes qué hora es?

Kate echó una rápida mirada a un reloj que aparecía en la pantalla flexible.

—¿Tarde en la tarde temprana?

Bobby rió.

—Sí… hora de Moscú. Pero esto es Seattle, Washington, hemisferio occidental, y de este lado del planeta acaba de dar poco más de las diez de la mañana: estuviste trabajando toda la noche. Una vez más. Tengo la sensación de que me estás evitando.

Kate contestó con irritación:

—Bobby, tú no entiendes. Estoy siguiéndole el rastro a este tipo. Es un trabajo de veinticuatro horas seguidas. Collins es un agente secreto de la CÍA que parece estar abriendo líneas de comunicación entre nuestro gobierno y diversos insurrectos tenebrosos de la zona del mar de Aral. Acá está pasando algo y nuestros mandatarios no nos quieren decir de qué se trata.

—Pero —dijo Bobby con burlona solemnidad— la cámara Gusano todo lo ve…

Estaba vestido con ropas informales de esquiar, coloridas, brillantes, con adaptación térmica, muy costosas. En la calidez de este rincón de la Fábrica de Gusanos, Kate pudo ver cómo los poros artificiales de la tela se habían abierto, revelando un lustre marrón

tenue de piel tostada por el sol. Bobby se inclinó hacia la pantalla flexible, estudió la imagen y garrapateó notas.

—¿Cuánto tiempo va a durar el vuelo de Collins?

—Difícil de decir. Horas.

Se irguió.

—Pues entonces tómate un recreo: tu blanco está trabado en ese avión hasta que aterrice, o se estrelle, y la cámara Gusano alegremente puede hacer su seguimiento por sí misma. Y, además, el hombre está durmiendo.

—Pero está con Popov. Si se despierta…

—Entonces el sistema de grabación recogerá cualquier cosa que él diga y haga. Vamos. Concédete un respiro… y concédemelo a mí.

…*Pero no quiero estar contigo, Bobby*, pensó Kate, *porque hay cosas sobre las que prefiero no discutir.*

Y sin embargo…

Y, sin embargo, todavía se sentía atraída por Bobby, a pesar de lo que sabía sobre él.

Te estás volviendo demasiado complicada, Kate, demasiado introvertida. Un descanso de este sitio frío y desprovisto de vida en verdad te hará bien.

Al tiempo que hacía un esfuerzo por sonreír, tomó la mano de Bobby.

* * *

Era un día agradable, tranquilo, un bienvenido intervalo entre dos de los sistemas de tormenta sucesivos que ahora castigaban en forma habitual la costa del Pacífico.

Con sendos tazones de café con leche que sostenían en ambas manos, la pareja caminaba por las zonas parquizadas que Hiram había construido en torno a su Fábrica de Gusanos: eran obras de tierra, estanques, puentes sobre arroyos y árboles inadecuadamente grandes y antiguos, todo ello importado e instalado según el típico estilo de Hiram, pensó Kate, con abundancia de gastos y carencia de distinción o buen gusto. Pero el cielo lucía un azul límpido y brillante, el sol de invierno realmente brindaba un poco de calor en las caras y los dos jóvenes estaban dejando un rastro de pisadas oscuras en la espesa capa plateada de rocío que aún no se había evaporado.

Encontraron un banco. Tenía un sistema para reconocimiento de temperaturas y se había autocalentado lo suficiente como para hacer que el rocío despareciera. Se sentaron, bebiendo el café.

—Sigo creyendo que te has estado ocultando de mí—dijo Bobby con tono apacible. Kate notó que los implantes retiñíanos de él se habían polarizado ante la luz del sol, adquiriendo un brillo plateado, parecido al de un insecto—. Se trata de la cámara Gusano, ¿no? Todas las consecuencias éticas que encuentras tan perturbadoras.

Con una vehemencia que la hizo avergonzarse de sí misma, se apresuró a utilizar el pie involuntario que Bobby le había dado.

—Por supuesto que es perturbadora. Una tecnología de un poder tal…

—Pero estabas ahí cuando llegamos a un acuerdo con el FBI. Acuerdo que puso la cámara Gusano en manos de la gente.

—Oh, Bobby… *La gente* ni siquiera sabe de la existencia de esa maldita cosa y ni qué hablar de que no tiene la más remota idea de que los organismos del Estado la están usando contra ella. Mira todos los evasores de impuestos a los que súbitamente se atrapa, a los padres divorciados que mienten cuando tienen que pasar alimentos para los hijos, los controles de la ley Brady sobre los compradores de armas, los agresores sexuales en serie.

—Pero todo eso es para bien, ¿no? ¿Qué estás diciendo, que no confías en el Estado? Éste no es el siglo XX.

Kate gruñó:

—Recuerda lo que dijo Jefferson: "Todo gobierno degenera cuando se lo confía nada más que a las manos de los gobernantes del pueblo. En consecuencia, solamente es el pueblo mismo su único depositario seguro"… ¿Y qué pasa con el allanamiento ilegal de los republicanos? ¿Cómo puede ser *eso* bueno para los intereses del pueblo?

—No sabes con absoluta certeza si la Casa Blanca usó la cámara Gusano para eso.

—¿ Y de qué otra manera si no? —Kate negó con enérgico movimiento de cabeza. —Quise que Hiram me dejara investigar al respecto: me echó del caso de inmediato. Hicimos un arreglo como el de Fausto, Bobby. Los tipos del gobierno y los organismos del Estado no son necesariamente delincuentes, pero son nada más que seres humanos y al darles un arma tan poderosa y secreta… Bobby, no confiaría en *mí misma* con un poder así. El incidente de espionaje con el Partido Republicano no es más que el comienzo de la pesadilla orwelliana que estamos a punto de soportar.

"Y en cuanto a Hiram… ¿Tienes *alguna* idea de cómo trata a sus empleados aquí, en Nuestro Mundo? A la gente que viene a solicitar empleo la hace pasar por tamices que llegan hasta la obtención de su secuencia de adn. Obtiene el perfil de todos los empleados mediante la investigación de bases de datos sobre créditos, antecedentes policiales, hasta antecedentes federales. Ya cuenta con cien maneras para medir

la productividad, el rendimiento y para controlar a su personal. Ahora que tiene la cámara Gusano, Hiram puede mantenernos vigilados veinticuatro horas por día, si así se le ocurriera… y no hay una sola remaldita cosa que podamos hacer al respecto. Hubo toda una serie de fallos judiciales que establecieron que los empleados carecen de protección constitucional contra la vigilancia sin permiso por parte de los empleadores.

—Pero Hiram necesita todo eso para hacer que su personal siga trabajando —dijo Bobby con frialdad—. Desde que diste a conocer lo del Ajenjo, el ausentismo ascendió de manera increíble, y el uso de alcohol y otros estupefacientes en el lugar de trabajo, y…

—Eso nada tiene que ver con el Ajenjo —interrumpió Kate con severidad—, eso es una cuestión de derechos básicos. Bobby, ¿no te das cuenta? *Nuestro Mundo es una visión del futuro para todos nosotros…* si monstruos como Hiram consiguen conservar la cámara Gusano. Y es por *eso* importante que la tecnología se disemine, y tan lejos y tan rápido como pudiese ser posible. Reciprocidad: por lo menos estaríamos en condiciones de observarlos cuando nos ob servan… — Kate buscó la mirada plateada parecida a la de un insecto que ahora tenía él.

Bobby contestó con tono calmo:

—Gracias por el sermón. ¿Y es por eso que me estás abandonando?

Ella desvió la mirada.

—No tiene que ver con la cámara Gusano, ¿no? —Bobby se inclinó hacia adelante, desafiándola. —Hay algo que no me quieres decir. Has estado así desde hace días. Semanas, inclusive. ¿Qué es, Kate? No tengas miedo de herirme. No podrás.

Es probable que así sea, pensó ella. Y ése, mi pobre, mi querido Bobby, es el meollo del problema.

Se volvió para mirarlo.

—Bobby, el borne. El implante que Hiram puso en tu cabeza cuando eras niño…

—¿Sí?…

—Descubrí para qué es. Para qué es *en realidad.*

El instante se prolongó y Kate sintió la luz de la mañana rozando su cara recubierta con protector solar factor ultravioleta aun en época tan temprana del año.

—Dímelo —dijo él con calma.

Las rutinas especializadas del motor de búsqueda le habían explicado a ella todo de manera sucinta. Era un clásico ejemplo de manoseo neurobiológico de la mente, propio de comienzos del siglo XXI.

Y para nada tenía que ver con la dislexia o la hiperactividad,

como había dicho Hiram.

En primera instancia había suprimido la estimulación nerviosa de zonas del lóbulo temporal del cerebro de Bobby. Esas zonas estaban relacionadas con sentimientos de trascendencia espiritual y de presencia mística. Además, los médicos habían actuado con prisa sobre la región para asegurarse de que Bobby no sufriera síntomas relacionados con trastornos obsesocompulsivos que llevaban a algunas personas a sentir la necesidad de tener excesiva seguridad, orden, predecibilidad de sus actos y ritualismos; necesidad que, en algunas circunstancias, se satisface cuando se es miembro de una comunidad religiosa.

Era evidente que Hiram había intentado proteger a Bobby de los impulsos religiosos que tanto habían perturbado a su hermano. El mundo de Bobby iba a ser hedonista, sin inhibiciones, despojado de todo lo trascendente y espiritual. Y todo esto sin siquiera percibirlo. Había sido —pensó Kate con amargura— una *Diosectomía*.

El implante de Hiram también entorpecía la compleja interacción de las hormonas, los neurotransmisores y las regiones cerebrales que se estimulaban cuando Bobby hacía el amor: el implante, por ejemplo, suprimía la hormona de efectos parecidos al de los opiatos, la oxitocina, que era generada por el hipotálamo e inundaba el cerebro durante el orgasmo y producía las sensaciones placenteras, como la de flotar y también las generadoras de vínculos emotivos que se sucedían después del acto sexual.

Gracias a una serie de amoríos con figuras famosas, que Hiram discretamente había arreglado y alentado, y con certeza, dado a publicidad, Bobby se había convertido en algo así como un atleta sexual y obtenía gran placer físico del acto en sí. Pero su padre lo había hecho incapaz de amar… y, de ese modo, según lo planeado por Hiram, había conseguido que Bobby no sintiera lealtad para con nadie, a excepción de su padre.

Y había más. Por ejemplo, un enlace con la parte profunda del cerebro de Bobby, denominada núcleo amigdalmo, pudo haber sido un intento por controlar la propensión del joven al enojo. Una misteriosa manipulación en la corteza orbitofrontal hasta pudo haberse tratado de un esfuerzo por reducir su poder de decisión. Y así todo el tiempo.

Hiram había reaccionado ante su decepción con David, convirtiéndolo a Bobby en el hijo perfecto… perfecto, claro está, para cumplir las metas prefijadas por Hiram. Pero, al hacer eso, le había arrebatado a su hijo mucho de aquello que lo convertía en ser humano.

Hasta que Kate Manzoni le descubrió el interruptor en la cabeza.

Llevó a Bobby de vuelta al pequeño departamento que había alquilado en el centro de Seattle. Allá hicieron el amor, por primera

vez después de semanas.

Luego, Bobby se recostó en los brazos de ella, acalorado, la piel húmeda debajo de la de ella en los sitios que estaban en contacto: estaba lo más cerca que a él le era posible estar y, sin embargo, todavía estaba lejos. Era como tratar de hacer el amor con un extraño.

Pero, por lo menos, ahora Kate entendía el porqué.

Extendió la mano y tocó la parte de atrás de la cabeza de Bobby, los bordes duros del implante que tenía debajo de la piel.

—¿Estás seguro de que deseas hacerlo?

Bobby vaciló.

—Lo que me preocupa es que no sé cómo me sentiré después… ¿Seguiré siendo yo?

Kate le susurró al oído:

—Te sentirás vivo. Te sentirás *humano*.

Bobby contuvo el aliento; después dijo, en voz tan baja que Kate apenas pudo entenderlo.

—Hazlo.

Kate giró la cabeza.

—Motor de búsqueda.

—Sí, Kate.

—Apágalo.

…y para Bobby, todavía con la temperatura elevada por el resplandor crepuscular del orgasmo, fue como si, de pronto, la mujer que tenía en los brazos se hubiese vuelto tridimensional, concreta y completa; como si hubiera cobrado vida. Todo lo que él podía ver, palpar, oler: el tibio aroma de cenizas del cabello de ella, el contorno exquisito de su mejilla allá donde le daba la luz tenue, la suavidad sin defectos de su vientre… Todo era tal y como había sido antes, pero ahora parecía como si hubiera logrado ir más allá de la textura de la superficie y penetrar en la calidez de Kate misma: vio los ojos de ella, atentos, llenos de preocupación… preocupación por *él*, según se dio cuenta con un desconcierto que experimentaba por vez primera. Ya no estaba solo. Y antes, ni siquiera se había dado cuenta de que lo estaba.

Quiso sumergirse en la cálida vastedad oceánica de Kate.

Ella le tocó la mejilla, él pudo ver que sus dedos se alejaban húmedos.

Y ahora pudo sentir los intensos sollozos espasmódicos que le torturaban el cuerpo; una incontrolable tormenta de llanto. El amor y el dolor lo atravesaron, exquisitos, ardientes, insoportables.

12. ESPACIO-TIEMPO

El caos interior no amainaba.

Bobby trató de distraerse. Retomó actividades en las que antes se había deleitado. Pero incluso la aventura virtual más extravagante parecía superficial, evidentemente artificial, predecible, incapaz de atrapar su interés.

Parecía necesitar gente, aun cuando escapara con miedo de quienes estaban cerca de él. Era una polilla que temía la llama de la vela, pensó, carente de la capacidad de soportar el fulgor que las emociones entrañaban. Así aceptaba invitaciones que tal vez de otro modo ni habría considerado; hablaba con gente que nunca antes había necesitado.

El trabajo ayudaba, con sus exigencias constantes *y* rutinarias que la atención demanda, con su implacable lógica de reuniones y horarios y asignaciones de recursos.

Y era un momento de ajetreo. Las bandas cefálicas para rv de Ojo de la Mente estaban saliendo de los laboratorios de ensayo y se acercaban al estatus de producción en masa. El equipo de técnicos de Bobby había resuelto, de modo repentino, un último defecto técnico: la tendencia de las bandas a causar sinestesia en los usuarios; una confusión en el ingreso de información sensorial debido a la diafonía entre los centros cerebrales. Eso era motivo de una larga celebración: sabían que el renombrado laboratorio de investigaciones Watson, de IBM, había estado trabajando en exactamente el mismo problema. Quien primero resolviese la cuestión de la sinestesia sería también el primero en llegar al mercado, y llevaría una neta ventaja que se prolongaría mucho tiempo. En ese momento parecía que Nuestro Mundo había ganado esa carrera en particular.

Por lo tanto el trabajo era absorbente. Pero Bobby no podía trabajar veinticuatro horas por día, pero tampoco podía dedicar su tiempo a dormir, ya que cuando estaba despierto, su mente, libre de cadenas por primera vez, corría tumultuosa y sin control.

Cuando su auto guiado por inteligencia artificial lo llevaba a la Fábrica de Gusanos, Bobby se encogía de miedo ante el tráfico que avanzaba veloz. Un artículo de un diario insignificante, sobre perversos asesinatos y violaciones en la recién desatada guerra por el agua en el mar de Aral, lo conmovía hasta hacerlo derramar amargas lágrimas. Una puesta del Sol en el golfo de Puget, percibida a través de una capa interrumpida de esponjosas nubes negras, lo colmaba de admiración reverencial ante el simple hecho de estar vivo.

Cuando se encontró con su padre, el miedo, el aborrecimiento, el amor, la admiración, tironearon de él. Todos los sentimientos por

sobre el vínculo más profundo e indestructible.

Pero a Hiram lo podía enfrentar. Kate era diferente. La necesidad que sentía y que surgía como una oleada imparable, de acariciarla, de poseerla, de devorarla de algún modo, era completamente avasalladora. En compañía de ella quedaba sin habla, tan despojado del control de su mente como de su cuerpo.

De un modo o de otro Kate sabía cómo se sentía él y, en silencio, lo dejaba solo. Bobby sabía que ella iba a estar esperándolo cuando estuviera listo para enfrentarla y reanudar la relación.

Pero, al menos, con Hiram y Kate podía entender *por qué* se sentía como se sentía, podía investigar una relación causal, podía poner rótulos provisorios a las violentas emociones que lo sacudían. Lo peor de todo eran los cambios de humor que parecía padecer sin causa discernible alguna.

Solía despertar llorando sin motivo. O si no, en medio de un día de placeres mundanos, se descubría lleno de un alborozo indescriptible, como si repentinamente todo tuviera sentido.

Su vida *de antes* parecía lejana, carente de textura, como un boceto plano y sin colores hecho a lápiz. Ahora estaba inmerso en un nuevo mundo de color y textura y de luz y sensaciones, en el que las cosas más simples como el brotar de una hoja al comenzar la primavera, el destello de la luz matutina sobre el agua, la curva suave de la mejilla de Kate, podían estar envueltas por una belleza que jamás había sabido que existiera.

Y Bobby, el frágil yo que navegaba por la superficie de este oscuro océano interior, iba a tener que aprender a vivir con la nueva, compleja y desconcertante persona en la que se había transformado de pronto.

Ése fue el motivo por el que fue a buscarlo a su hermano.

Obtenía un gran bienestar de la presencia impasible y paciente de David: esa figura parecida a la de un oso, con su espeso cabello rubio, encorvada sobre sus pantallas flexibles, sumergida en su trabajo, satisfecha con su lógica y su coherencia interna, garrapateando notas con sorprendente delicadeza. La personalidad de David era tan maciza y sólida como su cuerpo; al lado de él, Bobby se sentía evanescente, una voluta de humo y, no obstante, sutilmente calmo.

Una tarde de un frío inoportuno estaban sentados, con sendas tazas de café sostenidas por las manos ahuecadas para calentarse con el calor de la bebida, aguardando los resultados de otro ciclo de ensayos de rutina: un nuevo agujero de gusano había tironeado de la espuma cuántica, extendiéndose más lejos que cualquier otro antes de él.

—Puedo entender a un teórico que desea estudiar los límites de la tecnología de los agujeros de gusano —dijo Bobby—. Llevar los

conocimientos tan lejos como se pueda. Pero ya hemos logrado el gran descubrimiento. Con seguridad lo que es importante ahora es la aplicación.

—Por supuesto —dijo David con tono apacible—. De hecho, la aplicación lo es todo. Hiram tiene la meta de hacer que la generación de agujeros de gusanos pase de ser un acto de magia de la física de alta energía, que sólo se pueden permitir los Estados y las corporaciones, a algo mucho más pequeño, de fácil fabricación y con un volumen físico reducido al nivel de miniatura.

—Como las computadoras —resumió Bobby.

—Exactamente. No fue sino hasta que la miniaturización y el desarrollo de la PC que las computadoras estuvieron en condiciones de saturar el mundo, hallando nuevas aplicaciones, creando nuevos mercados… transformando nuestra vida, en suma. Hiram sabe que no mantendremos el monopolio para siempre, tarde o temprano alguien más va a presentar un diseño independiente de cámara Gusano. Quizás, hasta uno mejor. Y la miniaturización y la reducción de costos es algo que indudablemente va a venir a continuación.

—Y el futuro de Nuestro Mundo —dijo Bobby— es, sin duda, ser el líder del mercado, de todos esos generadores pequeños de agujeros de gusano.

—Ésa es la estrategia de Hiram —dijo David—. Tiene la visión de que la cámara Gusano habrá de reemplazar *todos* los demás instrumentos de recolección de datos: cámaras, micrófonos, sensores científicos, hasta sondas médicas. Si bien no puedo decir que estoy esperando con ansia el advenimiento de la endoscopia por agujero de gusano…

"Pero tal como te dije, estudié un poco de administración de empresas, Bobby: las cámaras Gusano producidas en masa serán un bien de consumo y podremos competir nada más que en el precio. Pero estoy convencido de que con la delantera técnica que llevamos, Hiram puede abrir infinitas oportunidades para sí a través de la diferenciación; presentando aplicaciones que nadie más en el mercado pueda ofrecer. Y eso es lo que estoy interesado en explorar. —Sonrió ampliamente. —Es en eso que le digo a Hiram que se está invirtiendo su dinero aquí.

Bobby estudió a su hermano, tratando de concentrarse en él, en Hiram, en la cámara Gusano, tratando de entender.

—Tan sólo quieres saber, ¿no? Eso es lo máximo para ti.

David asintió con la cabeza.

—Eso supongo. La mayor parte de la ciencia no es más que trabajo de gruñones: trabajo tenaz y reiterativo, realización interminable de ensayos y comprobaciones. Y debido a que se deben eliminar las hipótesis falsas, en ese momento el trabajo es, en realidad,

más destructivo que constructivo. Pero, en ocasiones, sólo unas pocas veces, en el caso de una vida afortunada, es probable que exista un momento de trascendencia.

—¿Trascendencia?

—No toda la gente lo expresaría así, pero así es como yo lo siento.

—¿Y no importa que dentro de quinientos años nadie leyera tus trabajos de investigación?

—Preferiría que eso no fuera cierto. Quizá no lo sea. Pero la revelación en sí es lo importante, Bobby. Siempre fue así.

En la pantalla flexible que tenían a sus espaldas se produjo una ráfaga cromática de píxels en forma de estrella, acompañada por un tono suave parecido a un leve tintineo.

David suspiró.

—Pero hoy no, parece.

Bobby atisbo por encima del hombro de su hermano que en uno de los extremos de la pantalla se veía una rápida sucesión de números.

—¿Otra inestabilidad? Es como en los primeros tiempos de los agujeros de gusano.

David pulsó un teclado, disponiendo la realización de otro ensayo.

—Pues esta vez somos algo más ambiciosos. Nuestras cámaras Gusano ya pueden alcanzar cada rincón de la Tierra, cruzando distancias de miles de kilómetros. Lo que ahora estoy intentando es extraer y estabilizar agujeros de gusano, que se extiendan intervalos significativos en el espacio-tiempo de Minkowski; de hecho, decenas de minutos luz.

Bobby alzó la mano, pidiendo un respiro.

—Ya conseguiste que me perdiera. Un minuto luz es la distancia que recorre la luz en un minuto, ¿no es así?

—Sí. Por ejemplo, el planeta Saturno se encuentra a unos mil millones y medio de kilómetros de nosotros. Eso significa alrededor de ochenta minutos luz.

—¿Y queremos ver Saturno?

—Por supuesto que queremos. ¿No sería maravilloso tener una cámara Gusano que explorara el espacio profundo? No más sondas defectuosas, no más misiones de años de duración. Pero la dificultad radica en que los agujeros de gusano que abarcan intervalos tan grandes son extremadamente raros en la efervescencia probabilística de la espuma cuántica. Y estabilizarlos plantea un desafío, en un orden de magnitud más complicado que antes… Pero no imposible.

—¿Por qué *intervalos* y no *distancias*?

—Jerga de los físicos. Lo siento. Un intervalo es como una distancia, pero en el *espacio-tiempo*, que es espacio más tiempo. En realidad no es más que el teorema de Pitágoras. —Tomó un block de

hojas tamaño oficio y empezó a garrapatear: —Supon que vas al centro comercial y caminas unas cuadras hacia el este y otras hacia el norte. Después puedes calcular la distancia que recorriste de esta manera: —Sostuvo el block en alto:

(distancia) al cuadrado = (este) al cuadrado + (norte) al cuadrado

—Caminaste describiendo un triángulo rectángulo. El cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de… —Hasta ahí sé. —Pero los físicos piensan en el espacio *y* el tiempo como en una sola entidad, en la que el tiempo es una cuarta coordenada, además de las tres del espacio. —Escribió en su block una vez más:

(intervalo) al cuadrado = (separación del tiempo) al cuadrado-Reparación del espacio) al cuadrado

—A esto se lo denomina la métrica correspondiente a un espacio-tiempo de Minkowski. Y…

—¿Cómo puedes hablar de una separación en el *tiempo* del mismo modo en que hablas de una separación en el *espacio*? Mides el tiempo en minutos, pero el espacio en kilómetros.

David movió la cabeza con un gesto de aprobación.

—Buena pregunta. Hay que usar unidades en las que a tiempo y espacio se los haga equivalentes. —Estudió a Bobby, para ver si su hermano lo entendía. —Basta decir que si se mide el tiempo en minutos y el espacio en minutos luz, todo funciona de maravillas.

—Pero en esto hay algo más que no está tan bien. ¿Por qué éste es un signo menos en vez de uno más?

David se acarició la carnosa nariz.

—Un mapa del espacio-tiempo no funciona exactamente igual que un mapa del centro de Seattle. A la métrica se la diseñó de modo que la trayectoria de un fotón, una partícula que se desplaza a la velocidad de la luz, sea un intervalo nulo. El intervalo es cero, porque los términos espacio y tiempo se cancelan entre sí.

—Esto es relatividad. Tiene algo que ver con la dilatación del tiempo y con reglas que se contraen, y…

—Sí —David palmeó el hombro de Bobby—, es exactamente eso. Esta métrica es invariante según la transformación de Lorentz. No importa. El asunto es, Bobby, que esta clase de ecuación debo usarla cuando trabajo en un universo relativista, y por cierto que así lo hago

si estoy tratando de construir un agujero de gusano que llegue hasta Saturno y más allá.

Bobby meditó sobre la sencilla ecuación manuscrita. Con su propio remolino emocional todavía agitándose a su alrededor. Sentía una lógica fría que lo recorría, con números, ecuaciones e imágenes evolucionando, como si su mente hubiera estado padeciendo alguna clase de sinestesia intelectual. Dijo lentamente:

—David, me estás diciendo que las distancias en el espacio y en el tiempo son equivalentes de algún modo, ¿no es así? Tus agujeros de gusano se extienden por intervalos de espacio-tiempo, en lugar de sólo distancias. Y eso quiere decir que si logras estabilizar un agujero de gusano lo suficientemente grande como para llegar a Saturno, a través de ochenta minutos luz…

—¿Sí?…

—Entonces podría extenderse a través de ocho *minutos*: es decir, a través del tiempo.—Se quedó mirando fijamente a David. —¿Lo que digo es muy tonto?

David se sentó en silencio durante varios segundos.

—Dios santo —dijo con lentitud—. Ni siquiera tomé en cuenta esa posibilidad. He estado configurando el agujero de gusano para que se extienda un intervalo parecido al espacio, sin siquiera pensar en eso. —De modo febril empezó a pulsar su pantalla flexible. —Puedo volver a configurarlo desde acá mismo. Si restrinjo el intervalo parecido al espacio hasta unos metros, entonces el resto de la distancia del agujero de gusano está forzado a volverse parecido al tiempo…

—¿Qué querría decir eso?¿David?

Sonó una chicharra dolorosamente fuerte y habló el motor de búsqueda.

—Hiram te querría ver, Bobby.

Bobby miró rápidamente a David, inundado por un miedo súbito y absurdo.

David asintió con una breve inclinación de cabeza, ya absorbido en la nueva dirección de su trabajo.

—Te llamo más tarde, Bobby. Esto podría ser importante. Muy importante.

No había motivos para permanecer ahí. Bobby salió hacia la oscuridad de la Fábrica de Gusanos.

Hiram estaba midiendo a zancadas su oficina en el centro de la ciudad. Estaba visiblemente enojado; tenía los puños apretados. Kate estaba sentada a la gran mesa de conferencias. Se la veía apocada, encogida de miedo.

Bobby vaciló al llegar a la puerta, respiraba agitado, se sentía físicamente incapaz de forzarse a ingresar al salón, por la intensidad de las emociones que bullían allí. Pero Kate lo estaba mirando e

intentando una sonrisa.

Entró al salón. Buscó la seguridad de un asiento, del lado de la mesa opuesto a aquél donde estaba Kate.

Bobby se amilanó, incapaz de hablar.

Hiram descargó una mirada llena de furia.

—Me decepcionaste, basura!

Kate intervino con tono airado.

—¡Por el amor de Dios, Hiram!

—¡Usted manténgase fuera de esto! —Hiram descargó un golpe sobre la mesa y una pantalla flexible que había sobre la superficie de plástico se encendió delante de Bobby, empezó a pasar fragmentos de un artículo periodístico, imágenes de Bobby, de un Hiram más joven, de una muchacha bonita, de aspecto tímido, vestida con ropa pasada de moda, sin colores y en tela deslucida; y luego, la imagen de la misma mujer dos décadas después, inteligente, cansada, donosa. El logotipo de Noticias en Línea de la Tierra estaba impreso en cada imagen.

—La encontraron, Bobby—dijo Hiram—. Gracias a ti. Porque no pudiste mantener tu maldita boca cerrada, ¿no es así?

—¿Encontraron a quién?

—A tu madre.

Kate estaba operando la pantalla flexible que tenía delante de sí, leyendo con rapidez la información que iba apareciendo como si fuera un papiro que se desenrollaba.

—*Heather Mays.* ¿Es ése su nombre? Se volvió a casar. Tiene una hija… tienes una medio hermana, Bobby.

La voz de Hiram era un gruñido.

—Manténgase fuera, pedazo de puta manipuladora. Sin usted nada de esto habría ocurrido.

Bobby, luchando por recuperar el control, preguntó.

—¿Nada de qué?

—Tu implante habría seguido manteniéndote juicioso y feliz. ¡Dios! Ojalá alguien hubiese puesto una cosa así en mi cabeza cuando yo tenía tu edad: me habría ahorrado un montón de problemas… y tú no habrías abierto la bocaza delante de Dan Schirra!

—¿Schirra? ¿De NET?

—Con la diferencia de que no se llamaba así cuando te conoció la semana pasada. ¿Qué hizo, ponerte borracho y lloroso para que en un mar de lágrimas te dedicaras a hablar sobre tu malvado padre, y una madre, a la que habías perdido hacía mucho?

—Ya recuerdo —dijo Bobby—, se hace llamar Mervyn, Mervyn Costa. Lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Claro que lo conoces. Ha estado cultivando tu amistad en nombre de NET para llegar hasta *mí.* No sabías quién era él, pero te

mantuviste reservado… *antes*, cuando tenías el implante que te ayudaba a mantener las ideas claras. Y ahora esto: se inauguró la temporada de caza de Hiram Patterson. Y todo es su maldita culpa, Manzoni.

Kate todavía estaba recorriendo la noticia y sus hipervínculos.

—Yo no embaracé y abandoné a esta mujer hace dos décadas. —Pulsó la pantalla flexible y se iluminó una zona de la mesa que estaba delante de Hiram:

—Schirra tiene pruebas que lo corroboran. Mira.

Bobby miró por encima del hombro de su padre, la pantalla mostraba a Hiram sentado a una mesa, esta mesa, reconoció Bobby con un estremecimiento, esta sala; e iba abriéndose camino entre una montaña de papeles, corrigiendo y firmando. La imagen tenía cantidad de granos, era inestable pero suficientemente clara. Hiram llegó hasta un documento en particular, sacudió la cabeza como si hubiera sentido disgusto y con premura lo firmó, poniéndolo boca abajo sobre una pila de papeles que tenía a su derecha.

Después de eso, la imagen volvió a pasar en cámara lenta y el punto de vista hizo un acercamiento rápido al documento: después de precisar el enfoque y de un mejoramiento de la imagen fue posible leer parte del texto.

—¿Ve? —dijo Kate—. Hiram, lo atraparon firmando una puesta al día del acuerdo de pago que usted celebró con Heather hace más de veinte años.

Hiram lo miró a Bobby, casi como si le suplicara.

—Fue hace mucho tiempo. Arribamos a una conciliación. La ayudé a desarrollar su carrera: hace películas documentales. Ha tenido suceso.

—Era una yegua reproductora, Bobby —dijo Kate con frialdad—. Siguió pagándole para mantenerla callada… y para asegurarse de que nunca tratara de acercarse a ti.

Hiram daba vueltas por el salón, pegando mazazos en las paredes y lanzando miradas de odio hacia el cielo raso.

—Hago que a esta suite se la revise tres veces por día. ¿Cómo consiguieron esas imágenes? ¡Esos imbéciles incompetentes de seguridad de edificios volvieron a meter la pata!

—Vamos, Hiram —dijo Kate con tono calmo, aunque era evidente que estaba disfrutando esto—. Piénselo: no existe manera alguna por la que NET pudiera colocar micrófonos clandestinos en su oficina central. Del mismo modo que usted no podría colocarlos en la de ellos.

—Pero yo no necesitaría micrófonos —dijo Hiram lentamente—, tengo la cámara Gusano… *Oh.*

—Buen trabajo —Kate sonreía de oreja a oreja—. Ya lo descubrió: NET *también debe de tener una cámara Gusano.* Es el único modo en

que pudieron haber obtenido esta noticia de primera plana. Perdió el monopolio que tenía, Hiram. Y lo primero que hicieron con la cámara Gusano de ellos fue volverla contra usted. —Tiró la cabeza hacia atrás y lanzó una fuerte carcajada.

—¡Dios mío! —dijo Bobby—. ¡Qué desastre!

—Ah, eso es basura —contestó secamente Kate—. Vamos, Bobby, muy pronto todo el mundo sabrá que la cámara Gusano existe; ya no va a ser posible mantener esa información oculta. ¡Por Dios, qué bueno será si a la cámara Gusano se la arrebatan de las manos de este duopolio de enfermos, Hiram Patterson y el gobierno federal!

Hiram dijo con tono gélido:

—Si Noticias de la Tierra posee la tecnología de la cámara Gusano, es evidente que alguien se la dio.

Kate parecía estar perpleja.

—¿Está dando a entender que yo…?

—¿Y quién si no?

—Soy periodista —repuso Kate con furia—, no espía. ¡Vayase al demonio, Hiram! Es obvio lo que ocurrió: NET sencillamente dedujo que usted debía de haber descubierto la manera de adaptar los agujeros de gusano para que actuaran como visores a distancia. Con esa comprensión básica duplicaron sus propias investigaciones. No sería difícil: la mayor parte de la información es del dominio público. Hiram, su poder sobre la cámara Gusano siempre fue frágil, se necesitó nada más que una persona para deducir en forma independiente cómo funciona.

Pero Hiram no parecía estar oyéndola.

—La perdoné; la contraté. Usted tomó mi dinero. Usted traicionó mi confianza. Usted dañó la mente de mi hijo y lo envenenó contra mí.

Kate se puso de pie y encaró a Hiram.

—Si realmente cree eso, es más retorcido de lo que yo creía.

El motor de búsqueda llamó con tono suave.

—Discúlpeme, Hiram, Michael Mavens está aquí y pide verlo. El agente especial Mavens de…

—¡Dile que espere!

—Temo que ésa no es una opción factible, Hiram. Y tengo una llamada de David, dice que es urgente.

Bobby miró a uno y a otra, asustado, confundido, mientras la vida se le hacía pedazos a su alrededor.

Mavens tomó un asiento y abrió un maletín.

Hiram preguntó, irritado:

—¿Qué quiere, Mavens? No esperaba volver a verlo. Creía que el convenio que habíamos celebrado abarcaba todo.

—Yo también lo creí así, señor Patterson —Mavens parecía estar

sinceramente decepcionado—, pero el problema es que usted no cumplió su parte. Nuestro Mundo como sociedad por acciones. Uno de sus empleados, para ser específico. Y ésa es la razón por la que estoy acá. Cuando me enteré de que había surgido este caso pregunté si yo podría quedar implicado. Supongo que tengo un interés especial.

Hiram preguntó con tono lúgubre:

—¿Qué caso?

Mavens sacó de su maletín lo que parecía ser una orden de enjuiciamiento.

—Para resumir lo que dice acá, se trata de una acusación que, por apropiación indebida de información reservada sobre secretos industriales según la ley de 1996 sobre Espionaje Económico, presentaraibm contra Nuestro Mundo; específicamente, la presentó el director del laboratorio de investigaciones de esa empresa, Thomas J. Watson. Señor Patterson, tenemos la convicción de que a la cámara Gusano se la utilizó para conseguir el acceso ilegal a resultados de investigaciones sobre los que ibm tiene derechos exclusivos. Algo que se llama conjunto de paneles de control del soporte lógico para la supresión de la sinestesia, que se relaciona con la tecnología de la realidad virtual. —Dejó de leer y alzó la vista.

—¿Todo esto tiene sentido para usted?

Hiram miró a Bobby.

Bobby estaba sentado sin moverse en absoluto, abrumado por emociones en conflicto, sin tener una idea real de cómo debería reaccionar, de qué debería decir.

Kate dijo:

—¿Y usted ya sospecha de alguien, no, agente especial?

El hombre delfbi la miró fijamente, con tristeza.

—Creo que usted ya sabe la respuesta a esa pregunta, *Ms.* Manzoni.

Kate pareció estar confundida.

Bobby contestó con dureza.

—¿Quiere decir Kate? Eso es ridículo.

Hiram se golpeó la palma de una mano con el otro puño.

—Lo sabía. Sabía que esta mujer representaba problemas. Pero no pensé que iría tan lejos.

Mavens suspiró.

—Temo que existe un conjunto de pruebas muy claras que conducen hacia usted, *Ms.* Manzoni.

Kate se enfureció.

—Si esas pruebas están ahí, es porque alguien las plantó.

Mavens respondió.

—Se la va a poner bajo arresto. Espero que no haya problemas. Si usted se sienta con calma, el motor de búsqueda le leerá sus derechos.

Kate pareció sobresaltarse cuando una voz —inaudible para el resto de los presentes— empezó a sonar en sus oídos.

Hiram se puso al lado de Bobby.

—Tómalo con calma, hijo. Saldremos juntos de toda esta mierda. ¿Qué estaba tratando de hacer, Manzoni? ¿Encontrar otro modo de llegar hasta Bobby?¿Es por eso que hizo todo esto? —La cara de Hiram era una máscara torva, desprovista de emociones: no había indicios de ira o piedad o alivio… o de triunfo.

Y la puerta se abrió violentamente: David estaba parado en ella con una sonrisa muy amplia, su corpachón parecido al de un oso llenando el vano. En una de las manos llevaba enrollada una pantalla flexible.

—¡Lo hice! —dijo—. ¡Por Dios, lo logré!… ¿Qué está pasando acá?

Mavens le respondió.

—Doctor Curzon, sería mejor que usted…

—No importa. Lo que fuere que estén haciendo, no importa… no en comparación con *esto.* —Extendió la pantalla flexible sobre la mesa. —No bien lo logré vine de inmediato para acá. Miren esto.

La pantalla flexible mostraba lo que, tomado de manera superficial, parecía ser un arco iris reducido a negro, blanco y gris; bandas desparejas de luz que formaban arcos y estaban distorsionadas, recortadas contra un fondo negro.

—Por supuesto que se ve mucho el grano —dijo David— pero, así y todo, esta primera imagen es equivalente a la calidad de las imágenes que mandaran de vuelta las primeras sondas de la NASA que hicieron vuelos de circunvalación, allá por la década de 1970.

—Eso es Saturno —dijo Mavens, extrañado—. El planeta Saturno.

—Sí. Lo que estamos mirando son los anillos. —David sonrió mostrando todos los dientes. —Establecí el punto de vista de una cámara Gusano a no menos de mil millones y medio de kilómetros de distancia. No está mal, ¿eh? Si miran de cerca hasta pueden ver un par de las lunas aquí, en el plano de los anillos.

Hiram lanzó una risa estentórea y abrazó con fuerza el corpacho de David.

—Dios mío, eso es tremendamente magnífico.

—Sí, sí lo es. Pero no es eso lo importante… ya no más.

—¿¡No es importante!? ¿Estás bromeando?

Con actividad febril, David empezó a pulsar su pantalla flexible; la imagen de los anillos de Saturno se disolvió.

—Puedo reconfigurarlo desde acá. Es así de fácil. Fue Bobby quien me dio la pista. A mí simplemente ni se me había ocurrido, como sí se le ocurrió a él. Si restrinjo el intervalo parecido al espacio a algunos metros, entonces el resto de la amplitud del agujero de gusano

se vuelve parecido al tiempo…

Bobby se inclinó hacia adelante para ver. Ahora, la pantalla mostraba una imagen igualmente granosa de una escena mucho más terrena. Bobby la reconoció de inmediato: era el cubículo de trabajo de David en la Fábrica de Gusanos. David estaba sentado allí, la espalda hacia el punto de vista y Bobby parado al lado de su hermano, mirando por encima de su hombro.

—Es así de fácil —volvió a decir David, esta vez con un hilo de voz y temor reverencial—. Claro que tendremos que llevar a cabo ensayos repetibles, en los que habrá que medir adecuadamente los tiempos…

Hiram dijo:

—Eso es la Fábrica de Gusanos precisamente. ¿Y con eso qué?

—No lo entiendes. Este nuevo agujero de gusano tiene la misma… mmm… *longitud* que el otro.

—El que llegó hasta Saturno.

—Sí. Pero en vez de abarcar ochenta minutos luz…

Mavens completó la oración por David.

—Ya entiendo: este agujero de gusano abarca ochenta minutos.

—Sí —dijo David—, *ochenta minutos hacia el pasado.* Mira, padre. Nos estás viendo a mí y a Bobby justamente antes de que lo llamaras a tu oficina.

La boca de Hiram estaba completamente abierta.

Bobby sintió como si el mundo hubiera estado nadando alrededor de él, cambiando, configurándose y adoptando un cierto patrón extraño y desconocido, como si le hubieran apagado otro micro-procesador más de su cabeza. Miró a Kate, que se veía diminuta, aterrorizada, perdida por la conmoción.

Pero Hiram, al haberse disipado sus problemas, de inmediato comprendió las consecuencias. Lanzó una mirada feroz hacia el aire.

—Me pregunto cuántos de ellos nos están observando en este preciso instante.

Mavens preguntó:

—¿Quiénes?

—En el futuro. ¿No se da cuenta? Si David tiene razón, éste es un momento crucial en la historia: este momento, aquí y ahora, la invención de este, este *visor del pasado.* Es probable que el aire que nos rodea esté efervescente con puntos de vista de cámaras Gusano a las que enviaron a esta época historiadores del futuro. Biógrafos. Hagiógrafos. —Levantó la cabeza y desnudó los dientes. —¿Me están mirando? ¿Lo están?

—¿Recuerdan mi nombre? Soy Hiram Patterson. ¡Ja! ¡Vean lo que yo hice, pedazo de imbéciles!

Y en los corredores del futuro, innumerables observadores se

enfrentaron con la desafiante mirada de Hiram Patterson.

DOS
LOS OJOS DE DIOS

La Historia… es, en verdad, poco más que una crónica de los crímenes, insensateces y desgracias de la humanidad.

—Edward Gibbon (1737–1794)

13. PAREDES DE VIDRIO

Kate estaba bajo custodia, aguardando su juicio. Llevar el caso a los tribunales estaba tomando bastante tiempo, ya que era uno bastante complejo. Los abogados de Hiram habían sostenido, en comunicación reservada a través del FBI, que el juicio se debía demorar sea como fuere, mientras se estabilizaban las nuevas facultades de ver lo pasado con que ahora contaba la tecnología de las cámaras Gusano.

De hecho, tanta había sido la vasta publicidad que rodeó al caso de Kate, que se consideraba que el fallo iba a sentar jurisprudencia. Aun antes de que hubiera un conocimiento amplio de sus posibilidades de visión retrospectiva, de la cámara Gusano se esperaba que ejerciera influencia inmediata sobre casi todos los casos penales que fueran objeto de controversia. A muchos de los juicios más importantes se los había demorado o pasado a cuarto intermedio en espera de nuevas pruebas y, en general, únicamente los casos leves o los no controvertidos se los estaba procesando a través de los tribunales.

Durante mucho tiempo, cualquiera que fuese el resultado del caso, Kate no iría a ninguna parte.

En tanto, Bobby decidió encontrar a su madre.

Heather Mays vivía en un sitio llamado Thomas City, próximo al límite entre los estados de Utah y Arizona. Bobby voló hasta Cedar City y desde ahí se desplazó en auto. En Thomas detuvo el coche unas cuadras antes de la casa de Heather y fue caminando.

Un patrullero estaba haciendo su recorrida en silencio y un policía rollizo fijó la mirada en Bobby. La cara del hombre era una luna ancha y hostil que estaba toda picada con los hoyos de múltipies carcinomas de células básales. Pero su mirada llena de ferocidad se ablandó cuando reconoció de quién se trataba. Bobby le pudo leer los labios: *Buen día, señor Patterson.*

Cuando el patrullero siguió su recorrido, Bobby sintió un escalofrío de timidez. La cámara Gusano había convertido a Hiram en la persona más famosa del planeta y, ante el omnividente ojo público, Bobby siempre aparecía al lado de él.

De hecho sabía que mientras se acercaba a la casa de su madre, centenares de puntos de vista de cámaras Gusano debían de estar revoloteando junto a su hombro en ese mismo instante, observando •con fijeza su cara en este difícil momento, como vampiros invisibles de las emociones.

Trató de no pensar en ello: era ésa la única defensa posible contra la cámara Gusano. Pasó caminando a través del corazón del pueblo.

Nieve de abril que caía fuera de estación descendía sobre los techos y jardines de casas de listones de madera barata, que se podrían haber conservado durante cien años. Pasó ante un pequeño estanque en el que había niños patinando, girando sin cesar y describiendo círculos apretados, riendo a carcajadas. Aun bajo el pálido sol invernal, los niños llevaban anteojos para sol y manchas de pomada con pantalla solar plateada y reflectora.

Thomas era un sitio anónimo, pacífico y arraigado, uno más en centenares iguales a él, según suponía Bobby, aquí, en el enorme corazón vacío de Estados Unidos. Era un sitio al que tres meses atrás habría considerado aburrido a muerte; si es que alguna vez se hubiera encontrado acá, es probable que se habría ido más que rápido hacia Las Vegas no bien se le hubiese dado la oportunidad. Y, sin embargo, ahora se encontraba preguntándose qué tal habría sido crecer en este lugar.

Mientras miraba el patrullero alejarse con lentitud por la calle, advirtió que inmediatamente después que el vehículo se alejara se producía una extraña actividad súbita de quebrantamientos triviales de la ley: un hombre, que había salido de una tienda donde se vendían hamburguesas de *sushi*, hizo un bollo con el papel en que venía envuelta su comida y lo dejó caer en el piso, directamente debajo de la nariz de los policías. En una intersección, una anciana imprudentemente cruzó una de las calles por el medio, no por la esquina, al tiempo que, a través del parabrisas del patrullero, lanzaba una mirada desafiante llena de cólera a los policías. Y así todo el tiempo. Los policías miraban con gesto tolerante y, no bien el patrullero había pasado, la gente, ya satisfecha con haber restregado su desprecio por la nariz de las autoridades, retomaba su vida aparentemente respetuosa de la ley.

Éste era un fenómeno muy difundido. Se había producido una rebelión de vasto alcance, si bien sorda, contra el nuevo régimen de invisibles vigiladores que usaban la cámara Gusano. La idea de que las autoridades dispusieran de tan inmensos poderes de inspección no parecía caer muy bien al instinto de muchos estadounidenses, y por todo el ámbito del país había tenido lugar un ascenso en la tasa de delitos leves. En otro aspecto, parecía como si a los ciudadanos respetuosos de las leyes súbitamente se les hubiera despertado el deseo de realizar pequeños actos de ilegalidad, como arrojar desperdicios en la vía pública, no cruzar la calle por las esquinas y demostrar que seguían siendo libres a pesar de la supuesta mirada escrutadora de las autoridades. Los policías locales estaban aprendiendo a ser tolerantes con esta conducta.

No era más que una muestra de las libertades que se defendía. Pero Bobby supuso que eso era saludable.

Llegó a la calle principal. Imágenes con animación en máquinas expendedoras de diarios sensacionalistas lo instaban a enterarse de las últimas noticias, por sólo diez dólares la imagen. Bobby observó con interés los seductores titulares: había algunas noticias serias, tanto locales como nacionales e internacionales. Aparentemente, en el pueblo se estaba agravando un estallido de cólera relacionada con la tensión derivada del suministro de agua, y también había problemas con la asimilación del cupo de habitantes de la isla Galveston, a los que fue necesario reubicar como consecuencia del ascenso del nivel del mar. Pero los temas en serio quedaban mayormente eclipsados por notas por completo intrascendentes que sólo buscaban el escándalo.

A una miembro local del Congreso se la había obligado a renunciar a su cargo cuando una cámara Gusano dejó al descubierto sus devaneos: se la había atrapado queriendo obligar a un héroe futbolístico de la escuela secundaria, enviado a Washington en virtud de sus méritos deportivos, a que practicara otra forma de actividad atlética… pero el muchacho ya había pasado de la edad en que la ley le permitía dar consentimiento, por lo que, en lo que a Bobby concernía, el delito principal que la diputada había cometido, en esta época en que alboreaba la cámara Gusano, era el de estupidez.

Pero esa funcionaria no fue la única. Se decía que el veinte por ciento de los miembros del Congreso, y casi un tercio de los del Senado, había anunciado que no iba a buscar la reelección o, si no, que se iba a jubilar temprano o, lisa y llanamente, ya había renunciado. Algunos comentaristas estimaban que una buena mitad de todos los funcionarios electos de Estados Unidos se pudo haber visto forzada a abandonar su cargo antes de que la cámara Gusano se hiciera carne en la conciencia nacional y en la individual.

Estaban los que decían que esto era algo bueno, que a la gente se la asustaba para que se comportara con decencia. Otros señalaban que la mayoría de los seres humanos tenía instantes que preferiría no compartir con el resto de la humanidad. Quizá dentro de algunos ciclos electorales, los únicos sobrevivientes entre los funcionarios ya elegidos, o entre los que se aprontaran para postularse para un cargo, serían patológicamente estúpidos y directamente desprovistos de una vida personal de la que pudieran hablar.

No cabía duda de que, como siempre, la verdad habría de estar entre esos dos extremos.

Todavía había algo de cobertura de la gran noticia de la semana anterior: el intento de funcionarios inescrupulosos de la Casa Blanca por desacreditar a un oponente potencial de la presidenta Juárez en la próxima campaña presidencial; lo habían tomado con una cámara Gusano cuando el hombre estaba sentado en el inodoro con los pantalones bajados hasta los tobillos, mientras se hurgaba la nariz y se

extraía pelusa del ombligo.

Pero esto había hecho que a los fisgones les saliera el tiro por la culata y no había afectado en absoluto al gobernador Beauchamp. Después de todo, todo el mundo tenía que usar el inodoro y era probable que todos, sin importar cuan humilde fuese su lugar en la sociedad, lo hicieran sin preguntarse si había un punto de vista de cámara Gusano mirándolo hacia abajo (o, peor aún, hacia arriba).

Hasta Bobby había adquirido el hábito de usar el lavatorio en la oscuridad. No era sencillo, ni siquiera con las nuevas instalaciones sanitarias de fácil uso y con texturas para reconocimiento táctil que rápidamente se estaban volviendo cosa de todos los días. Y a veces se preguntaba si en el mundo civilizado había alguien que todavía mantenía relaciones sexuales con la luz encendida…

Dudaba de que aun los vendedores de diarios sensacionalistas en los supermercados insistieran con esas revelaciones que hacían los *paparazzi*, ya que el valor de ellas como elemento para llamar la atención se había desgastado. Una indicación de eso la daba el hecho de que esas imágenes, que apenas unos meses atrás habrían sido revelaciones conmocionantes, ahora, en medio de la tarde, desde puestos ubicados en la calle principal de esta comunidad mormona, trataban de atraer al público con imágenes en colores brillantes, y prácticamente ningún transeúnte les prestaba atención, así fueran jóvenes o viejos, niños o concurrentes a la iglesia.

A Bobby le daba la impresión de que la cámara Gusano estaba obligando a la especie humana a abandonar algunos tabúes, para poder crecer un poco.

Siguió caminando.

El hogar de los Mayse fue fácil de hallar. Delante de esta casa que, en todo otro aspecto, carecía de detalles distintivos, aquí, en medio del Estados Unidos clásico de pueblos pequeños, Bobby encontró el símbolo, de décadas de antigüedad, de la fama y la notoriedad: una docena, más o menos, de dotaciones de noticiosos congregadas delante de la verja de estacas puntiagudas pintadas de blanco que bordeaba el jardín. Con tecnología de acceso instantáneo por cámara Gusano o sin ella, iba a transcurrir mucho tiempo antes de que el público que miraba noticias se desacostumbrara a ver la presencia interpretante de una reportera interponiéndose ante alguna nota que constituyera primicia sensacional.

La llegada de Bobby era, por supuesto, todo un acontecimiento noticioso por sí mismo. En ese momento, los periodistas vinieron corriendo hacia él, sus cámaras teleguiadas flotando sobre su cabeza como globos metálicos y angulares, para dispararle preguntas: *Bobby, para acá, por favor… Bobby… Bobby, ¿ es cierto que ésta es la primera vez que ve a su madre desde que usted tenía tres años?… ¿Es cierto que su*

padre no quiere que usted esté aquí o esa escena en la sala de conferencias de Nuestro Mundo no fue más que algo preparado para las cámaras Gusano?… Bobby… Bobby…

Bobby sonrió con tanta tranquilidad como le fue posible mostrar. Los reporteros no intentaron seguirlo cuando abrió el pequeño portón y atravesó la verja. Después de todo no había necesidad: era indudable que en ese mismo momento mil puntos de vista de cámara Gusano lo estaban siguiendo.

Sabía que no tenía el menor sentido pedir que se respetara su vida privada. Aparentemente no había otra alternativa más que aguantar. Pero sentía esa mirada invisible como si hubiera sido una presión tangible sobre la nuca.

Y el pensamiento más pavoroso de todos era que entre esta multitud invisible que se juntaba como una manga de langostas podría haber observadores provenientes del futuro inimaginable, que a lo largo de los túneles del tiempo estaban atisbando de manera retrospectiva este momento. ¿Qué pasaría si *él mismo*, un Bobby futuro, se contara entre ellos?…

Pero tenía que vivir el resto de su vida, a pesar de esta supuesta mirada escrutadora.

Golpeó suavemente la puerta y esperó, sintiendo un nerviosismo que aumentaba a cada instante. Ninguna cámara Gusano, suponía, podría ver la manera en que estaba martillando su corazón pero, con seguridad, los millones que miraban podrían ver lo crispado de sus mandíbulas, las gotas de transpiración que él podía sentir en la frente a pesar del frío.

La puerta se abrió.

Se había necesitado un poco de trabajo de persuasión de Bobby para conseguir que Hiram le diera su aprobación a ese encuentro.

Hiram había estado sentado a solas ante el enorme escritorio imitación caoba, delante de una montaña de papeles y pantallas flexibles. Estaba con el torso inclinado hacia adelante, en postura defensiva. Había adquirido el hábito de mirar permanentemente en derredor, recorriendo el aire con mirada escudriñadora en busca de puntos de vista de cámara Gusano, como si fuera un ratón temeroso de un depredador.

—Quiero verla —le había dicho Bobby—. A Heather Mays. Mi madre. Quiero ir a encontrarme con ella.

Hiram parecía tener un agotamiento y una irresolución como Bobby jamás recordaba haberle visto antes:

—Sería un error. ¿Para qué te serviría hacerlo?

Bobby vaciló.

—No lo sé. No sé cómo es la sensación de tener una madre.

—Ella no es tu madre. No en el sentido real. No te conoce y no la

conoces.

—Me siento como si la conociera, la veo en toda exhibición de diarios sensacionalistas…

—Pues entonces sabes que tiene una familia nueva. Una familia nueva que nada tiene que ver contigo. —Hiram lo miró. —Y ya sabes respecto del suicidio.

Bobby frunció el entrecejo.

—Su marido.

—Se suicidó debido a la intromisión de los medios de prensa. Y todo porque tu novia reveló lo de la cámara Gusano a los reptiles periodísticos más detestables de todo el planeta. Ella es responsable…

—Papá…

—Sí, sí, lo sé. Ya tuvimos una discusión por eso. —Hiram se levantó de su silla, fue hacia el ventanal y se masajeó la nuca. —Dios, estoy cansado. Mira, Bobby, en el momento que se te ocurra que quieres volver al trabajo, me vendría muy bien algo de ayuda.

—No creo estar listo en este preciso momento…

—Todo se ha ido al demonio desde que se lanzara la cámara Gusano. Toda la seguridad adicional es una molestia permanente…

Bobby sabía que esto era cierto: la reacción, casi toda hostil, contra la existencia de la cámara Gusano había venido de todo el espectro de grupos de protesta, desde venerables militantes como del Centro de Distribución de los Derechos a la Vida Privada, hasta llegar a intentos de ataque a las casa matriz de la compañía, la Fábrica de Gusanos e, inclusive, a la casa privada de Hiram. Una cantidad enorme de gente, de ambos lados de la ley, se sentía lesionada por la inexorable revelación de la verdad que hacía la cámara Gusano. Mucha de esa gente parecía tener la necesidad de alguien a quien culpar por su congoja… ¿Y a quién mejor que a Hiram?

—Estamos perdiendo gran cantidad de gente útil, Bobby. Muchos de ellos no tienen el coraje de quedarse junto a mí ahora, cuando me he convertido en el enemigo público número uno, en el hombre que destruyó la vida privada. Y no puedo decir que los culpo, ellos no tienen nada que ver en esta pelea.

“Y aun aquellos que permanecieron a mi lado no pueden mantener las manos fuera de las cámaras Gusano. La utilización ilícita ha sido increíble… y ya te puedes imaginar para qué: espiar a los vecinos, a la esposa, a los compañeros de trabajo. Hemos tenido interminables trifulcas, peleas a puñetazos y un intento de tiroteo, cuando la gente descubre lo que los amigos piensan de ellos en realidad, lo que hacen a sus espaldas. Y ahora que se puede mirar lo pasado es imposible de esconder. Es adictivo. Supongo que esto es una muestra de lo que nos cabe esperar cuando la cámara Gusano de visión retrospectiva llegue al público en general. Vamos a despachar

millones de unidades, de eso no hay duda alguna pero, por ahora, es una molestia de la que no nos podemos deshacer. Tuve que prohibir el uso ilícito y poner las terminales bajo llave… —Miró a su hijo fijamente:

—Mira, hay mucho por hacer y el mundo no va a esperar hasta que las heridas de tu refinada alma hayan sanado.

—Pensaba que los negocios marchaban bien… aun cuando hubiéramos perdido el monopolio de la cámara Gusano.

—Todavía llevamos la delantera. —La voz de Hiram estaba adquiriendo fuerza; se estaba volviendo más fluida la manera de expresión, según observó Bobby, Hiram estaba hablando al público invisible que suponía que lo estaba vigilando aun ahora. —Ahora que podemos dar a conocer la existencia de la cámara Gusano, hay una de nuevas aplicaciones que podemos producir en nuestras instalaciones. Videófonos, por ejemplo: un par de agujeros de gusano en línea directa entre emisor y receptor; prevemos un mercado en el nivel de las empresas más importantes que se inaugurará de inmediato, a lo que han de seguir modelos para el público en general. Naturalmente que eso tendrá influencia sobre el negocio de la Cadena de Datos, pero aun así seguirá existiendo la necesidad de una tecnología de seguimiento e identificación… pero no es ahí donde radican mis problemas. Bobby, la semana que viene tenemos una asamblea de inversionistas y tengo que enfrentar a mis accionistas.

—No van a hacerte pasar un mal momento, las finanzas andan soberbias.

—No es eso. —Recorrió la sala con la mirada, con gesto temeroso. —¿Cómo lo puedo expresar? Antes del advenimiento de la cámara Gusano, este negocio era un coto cerrado de caza. Nadie conocía mis cartas, ni mis competidores, ni mis empleados, ni siquiera los inversionistas ni los accionistas, si yo quería que fuera de ese modo. Y eso me brindaba mucho poder para simular o actuar contra las simulaciones de los competidores.

—¿Mintiendo?

—Eso nunca —contestó Hiram con firmeza, tal como Bobby sabía que tenía que hacerlo—. Es una cuestión de postura: yo podía reducir al mínimo mis puntos débiles, dar a conocer mis puntos fuertes, sorprender a los competidores con una estrategia nueva, hacer cualquier cosa, en síntesis. Pero ahora las reglas cambiaron. Ahora el juego se parece más al ajedrez, y yo llegué a perro viejo jugando al poker. Ahora, por un precio, cualquier accionista o competidor, o regulador tal vez, puede venir a comprobar cualquier aspecto de mi operación. Pueden ver todas mis cartas, incluso antes de que las juegue. Y ésa no es una sensación confortable.

—Le puedes hacer lo mismo a tus competidores —dijo Bobby—.

Leí muchos artículos que dicen que la nueva administración de empresas a libro abierto será algo bueno: si estás abierto a las inspecciones, aun las de tus empleados, puedes explicar todo lo que haces, y es más probable que te lleguen críticas válidas, con lo que cometerás menos errores…

Los economistas argumentaban que la apertura había traído muchos beneficios a las empresas. Al no haber una sola de las partes que tuviera el monopolio de la información, se presentaba una oportunidad mejor de celebrar un acuerdo comercial dado: con la información sobre costos reales disponible para todo el mundo, sólo era admisible un margen razonable de obtención de utilidades. Un mejor flujo de la información llevaba a una competencia más perfeccionada; los monopolios y cárteles, y otros manipuladores del mercado, encontraban que les resultaba imposible mantener sus actividades. Al haber flujos abiertos y explicables de dinero, los delincuentes y los terroristas ya no podían ocultar dinero que hubiera escapado al registro. Y así sucesivamente.

—Por Dios —gruñó Hiram—. Cuando oigo pavadas como ésa desearía con todas mis fuerzas haberme dedicado a la venta de libros de texto sobre administración de empresas. En este preciso instante estaría ganando dinero a carradas. —Con un ademán abarcador señaló los edificios del centro de la ciudad que se veían más allá del ventanal. —Pero ahí afuera no hay un grupo de discusión de la facultad de ciencias económicas.

"Es parecido a lo que ocurrió con las leyes sobre los derechos de la propiedad intelectual, cuando se produjo el advenimiento de Internet. ¿Recuerdas eso?… No, eras demasiado joven. La Infraestructura Global de la Información, esa cosa que se suponía iba a reemplazar la Convención de Berna sobre derechos de la propiedad intelectual, volvió a caer estrepitosamente sobre todo aquello que no se podía hacer. De repente, la Red se vio inundada por basura que no se había preparado ni revisado para su publicación. Todas y cada una de las malditas editoriales se vieron forzadas a cerrar las puertas, y todos los escritores volvieron a ser programadores de computadora, y todo porque alguien estaba dando a conocer, gratis, el material que editoriales y autores solían vender para ganarse el pan.

"Ahora estamos volviendo a pasar otra vez por lo mismo: hay una tecnología poderosa que conduce a una revolución en la información, a una nueva apertura. Pero eso entra en conflicto con el interés de la gente que originó, o añadió, valor a esa información en primer lugar. Únicamente puedo obtener un rédito en lo creado por Nuestro Mundo y eso deriva, en gran medida, de la titularidad de las ideas. Pero pronto no va a ser posible obligar al cumplimiento de las leyes sobre titularidad de la propiedad intelectual.

—Papá, eso es lo mismo para todos.

Hiram resopló.

—Puede ser. Pero no todos van a prosperar. En cada una de las salas donde se reúne la junta directiva de cada empresa de esta ciudad hay revoluciones y pugnas por el poder. Lo sé, observé la mayoría de ellas… del mismo modo que *ellas* observaron las mías. Lo que te estoy diciendo es que me hallo en un mundo totalmente nuevo. Y necesito que estés a mi lado.

—Papá, tengo que ordenar mi mente.

—Olvídate de Heather. Estoy tratando de advertirte que vas a salir lastimado.

Bobby negó moviendo la cabeza.

—Si estuvieras en mi lugar, ¿no querrías conocerla? ¿No tendrías curiosidad?

—No —dijo de modo contundente—. Nunca regresé a Uganda para buscar a la familia de mi padre. Nunca lo lamenté. Ni siquiera una vez. ¿Para qué habría servido? Tenía que construir mi propia vida. Lo pasado, pisado; no hace el menor bien examinarlo demasiado de cerca. —Miró hacia el aire con gesto desafiante. —Y todos ustedes, sanguijuelas que están trabajando para poner al desnudo más defectos de Hiram Patterson, pueden escribir eso también.

Bobby se puso de pie.

—Pues si duele tanto, siempre puedo encender la llave que pusiste en mi cabeza, ¿no?

Hiram lo miró con tristeza.

—Tan sólo no olvides dónde está tu verdadera familia, hijo.

En la puerta estaba parada una muchacha esbelta, no más alta que el hombro de Bobby, llevaba un vestido recto y suelto, en color azul eléctrico chillón que tenía un estampado refulgente Lincoln rosado. Miró a Bobby con gesto severo.

—Sé quién eres —comenzó él—, eres Mary. —La hija del segundo matrimonio de Heather.

Otra media hermana de cuya existencia recién se había enterado. La muchacha aparentaba menos de los quince años que tenía.

Llevaba el cabello cortado de manera brutalmente corta y en la mejilla apareció un morfotatuaje liso. Era bonita, tenía pómulos altos y ojos de mirada cálida, pero su cara estaba contraída en un gesto de disgusto que parecía habitual.

Bobby forzó una sonrisa.

—Tu madre está…

—Esperándote, lo sé. —Miró más allá de él al nido de reporteros. —Es mejor que entres.

Bobby se preguntó si debía decir algo sobre el padre de la muchacha, expresar sus condolencias. Pero no pudo hallar las palabras

y la cara de ella era dura y desprovista de expresión. Había pasado el momento.

Pasó al lado de su media hermana y entró en la casa. Estaba en un vestíbulo estrecho atestado con botas y abrigos de invierno; alcanzó a ver una cocina de aspecto cálido, una sala de estar con grandes pantallas flexibles que colgaban de las paredes, parecía ser un estudio casero.

Mary le golpeó el brazo.

—Observa esto. —Avanzó un paso, encaró a los reporteros y se levantó el vestido por encima de la *cabeza*, llevaba bombacha pero sus pequeños pechos estaban desnudos. Se bajó el vestido y cerró la puerta de un golpe. Bobby pudo ver que tenía puntos de sonrojo en las mejillas. ¿Ira, vergüenza?

—¿Por qué hiciste eso?

—De todos modos, me miran todo el tiempo. —Y giró sobre los talones y corrió al piso de arriba, los zapatos taconeando sobre las tablas de madera desnuda, dejando a Bobby varado en el vestíbulo.

—…Lamento lo que pasó. Mary no se está adaptando muy bien.

Y aquí, por fin, estaba Heather, caminando lentamente por el vestíbulo hacia él. Era más menuda de lo que había esperado. Parecía esbelta, incluso muy delgada pero fuerte, si bien un tanto cargada de hombros. Su cara alguna vez pudo haber compartido la apariencia de niña traviesa de Mary, pero ahora esos pómulos eran sobresalientes bajo una piel envejecida por la exposición al sol, y esos ojos pardos, hundidos en lo profundo de pozos formados por el entrecruzamiento de arrugas, se veían cansados. El cabello, con vetas de gris, estaba recogido formando un rodete apretado.

Lo miraba con curiosidad.

—¿Estás bien?

Durante el lapso de varios latidos, Bobby no confió en sí mismo para hablar.

—…Sí …No estoy seguro de cómo te debo llamar.

Ella sonrió.

—¿Qué te parece Heather? Esto ya es bastante complicado tal como está.

Y, sin advertencia alguna, dio un paso hacia él y le envolvió el pecho con los brazos.

Bobby había tratado de ensayar qué decir y hacer cuando sobreviniera este momento; trató de imaginar cómo iba a manejar la tormenta de emoción que esperaba que se produjera. Pero ahora el momento había llegado y él se sentía…

Vacío.

Y todo el tiempo estaba consciente, dolorosamente consciente, de que millones de ojos estaban sobre él, sobre cada gesto y expresión

que hacía.

Heather dejó de abrazarlo y se alejó de él.

—No te veía desde que tenías cinco años y ahora que te veo tiene que ser así. Bueno, creo que hemos dado suficiente espectáculo.

Lo condujo a la sala que Bobby provisoriamente había identificado como estudio. En una mesa de trabajo había una gigantesca pantalla flexible, del tipo de grano fino que empleaban los dibujantes y los diseñadores gráficos. Las paredes estaban cubiertas con listas, imágenes de gente y de lugares, trozos de papel amarillo cubiertos con escritura de trazos muy finos, escritura incomprensible. Sobre cada superficie, y eso incluía el piso, había guiones cinematográficos y libros de referencia abiertos. Con brusquedad, Heather tomó una masa de papeles apilados sobre una silla giratoria y la dejó caer al suelo. Bobby aceptó la invitación implícita, sentándose.

Ella le sonrió.

—Cuando eras pequeño te gustaba el té.

—¿De veras?

—No bebías otra cosa. Ni siquiera gaseosas. Así que… ¿Querrías?

Iba a rehusarse, pero era probable que ella lo hubiera comprado especialmente. ¡Y ésta es tu madre, pedazo de imbécil!

—Claro que sí —mintió—. Gracias.

Heather fue a la cocina y volvió con una tetera humeante de lo que resultó ser té de jazmín. Se inclinó hacia él para servírselo.

—No me puedes engañar —susurró— …pero gracias por ser indulgente conmigo.

Silencio embarazoso. Bobby sorbió el té.

Señaló la gran pantalla flexible y la parva de papel.

—Eres cineasta, ¿no es así?

Ella suspiró.

—Solía serlo. Documentales. Me considero a mí misma como periodista de investigación. —Sonrió. —Gané premios. Deberías estar orgulloso. No es que a alguien le importe más ese costado de mi vida, en comparación con el hecho de que una vez me acosté con el grandioso Hiram Patterson.

Bobby preguntó.

—¿Todavía trabajas? ¿Aun cuando…

—¿Aun cuando mi vida está deshecha? Estoy tratando de trabajar. ¿Qué otra cosa puedo hacer? No quiero que se me defina en función de Hiram. Y no es que eso resulte fácil. Todo ha cambiado con tanta rapidez.

—¿La cámara Gusano?

—¿Qué otra cosa?… Ya nadie quiere pedazos de película elegidos por un director. Y al género dramático se lo borró por completo del mapa. Todos estamos fascinados por este nuevo poder que tenemos de

observarnos los unos a los otros, así que ya no queda trabajo, con la excepción de las novelas documentales, seguir gente real en el transcurso de su vida real… con el consentimiento y la aprobación de esa gente, claro está. Eso es irónico, si se tiene en cuenta mi propia posición, ¿no crees? Mira —hizo aparecer una imagen en la pantalla flexible, una joven en uniforme.

—Anna Petersen. Recién salida de la escuela de la Armada en Annapolis.

Bobby sonrió.

—¿Anna de Annapolis?

—Ya puedes ver por qué se la eligió. Tenemos dotaciones rotativas para hacer el seguimiento de Anna veinticuatro horas por día. Seguiremos su carrera en los primeros destinos que le asigne la Fuerza, durante sus triunfos y desastres, sus amores y pérdidas. Según se rumorea se la ha de enviar con la fuerza de tareas a los puntos candentes de la guerra por el agua que se está librando en el mar de Aral, así que estamos esperando algo de buen material. Por supuesto, la Armada sabe que estamos haciendo el seguimiento de Anna. —Heather miró hacia el aire vacío. —¿No es así, muchachos? De modo que tal vez no sería una sorpresa que ya se le haya dado una misión así; y no cabe la menor duda de que tendremos abundancia de metraje de película de guerra apto para que lo puedan ver las mamitas de los combatientes y que les muestre lo bien que sus hijos lo están pasando.

—Eres cínica.

—Pues espero que no. Pero no es fácil. La cámara Gusano está destrozando mi carrera. Ah sí, por el momento hay demanda por gente que sepa interpretar su información —analistas, editores, comentadores—, pero aun eso va a desaparecer cuando las enormes masas humanas de clase baja que están ahí afuera puedan apuntar sus propias cámaras Gusano a quien mejor les plazca.

—¿Crees que eso va a ocurrir?

La mujer resopló.

—Oh, pero naturalmente que sí. Esto ya nos pasó antes con las computadoras personales. Sólo es cuestión de cuan rápido vaya a ocurrir ahora. Empujadas por la presión de la competencia y por las fuerzas sociales, las cámaras Gusano van a volverse más baratas y más poderosas y de más amplia asequibilidad, hasta que toda la gente tenga una.

Y quizá —pensó Bobby con inquietud, recordando los experimentos de David con la visión a través del tiempo— más poderosas que lo que ya conoces.

—…Háblame sobre ti y Hiram —disparó de pronto Bobby.

Heather sonrió, dando la impresión de sentirse cansada.

—¿Estás seguro de querer eso? ¿Acá, en el planeta de la Cámara

Indiscreta?

—Por favor.

—¿Qué te dijo Hiram sobre mí?

Con lentitud, vacilante en ocasiones, repitió la narración de Hiram.

Heather asintió con la cabeza.

—Entonces eso es lo que ocurrió. —Y ella sostuvo la mirada de Bobby durante muchos segundos. —Escúchame, soy más que un apéndice de Hiram, que una especie de anexo de tu vida. Lo mismo vale para Mary. Somos gente, Bobby. ¿Sabías que perdí un hijo y Mary, un hermano menor?

—No, Hiram no me lo dijo.

—Estoy segura de que no lo hizo porque eso nada tenía que ver con él. Gracias a Dios que nadie puede mirar *eso*, No aún, pensó Bobby sombríamente.

—…Quiero que entiendas esto, Bobby. —Miró al aire. —Quiero que todos entiendan. Mi vida se está destruyendo, pedazo por pedazo, porque se la está *observando.* Cuando perdí a mi hijo *me* escondí. Cerré las puertas con llave, cerré las cortinas, hasta me escondí debajo de la cama. Por lo menos había *momentos* en los que podía estar en privado. No ahora. Ahora es como si cada pared de mi casa se hubiera convertido en un espejo que permite ver desde el otro lado. ¿Puedes imaginar la *sensación* que eso produce?

—Creo que sí —contestó con gentileza.

—Dentro de unos días el centro de atención se va a desplazar, a quemar a alguna otra persona. Pero nunca sabré cuándo algún obseso, en alguna parte del mundo, estará fisgando en mi alcoba, todavía curioso, aun cuando hubieran transcurrido años desde hoy. E incluso si la cámara Gusano desapareciera mañana, nunca podría traer de vuelta a Desmond.

“Mira, las cosas ya han ido bastante mal para mí pero, por lo menos, sé que todo eso se debe a algo quejo hice, hace mucho tiempo. Mi esposo y mi hija nada tuvieron que ver con eso. Y, aun así, se vieron sometidos a la misma mirada escrutadora e inmisericorde. Y Desmond…

—Lo siento.

Heather bajó la mirada. Su taza estaba temblando, produciendo un delicado tintineo de porcelana en el platillo.

—Yo lo siento también. No acepté verte para hacer que te sientas mal.

—No te preocupes. Ya me sentía mal desde antes. Y traje al público. He sido egoísta.

Su madre sonrió con esfuerzo.

—Estaban aquí de todas maneras. —Blandió la mano por el aire,

alrededor de la cabeza. —A veces imagino que puedo dispersar a los fisgones como quien ahuyenta insectos. Pero no supongo que eso sirva para algo. Me agrada que vinieras, cualesquiera que fuesen las circunstancias… ¿Querrías más té?

"…Ella tenía ojos pardos.

No fue sino hasta que soportó el largo viaje de regreso a Cedar City que ese simple detalle se le ocurrió de pronto a Bobby.

Llamó.

—Motor de búsqueda. Genética Básica. Genes dominantes y recesivos. Por ejemplo, los ojos azules son recesivos; los pardos, dominantes. Así que si un padre tiene ojos azules y la madre los tiene pardos, los hijos deberían tener…

—¿Ojos pardos? No es así de sencillo, Bobby. Si los cromosomas de la madre llevan un gen para ojos azules, entonces algunos de los hijos tendrán ojos azules también.

—Azul-azul proveniente del padre; azul-pardo proveniente de la madre. Cuatro combinaciones…

—Sí. Así que uno de cuatro hijos tendrá ojos azules.

"…Hmmm, tengo ojos azules, pensó. Heather los tiene pardos.

El motor de búsqueda era lo suficientemente sagaz como para interpolar la verdadera pregunta de Bobby.

—No tengo información sobre los antecedentes genéticos de Heather, Bobby. Si lo deseas puedo averiguarlo…

—No importa. Gracias.

Se arrellanó en su asiento. Sin duda era una pregunta estúpida. Heather debía de tener ojos azules en los antecedentes de su familia.

Sin duda.

El auto avanzó velozmente a través de la vasta noche que cada vez se iba haciendo más oscura.

14. AÑOS LUZ

Con fuerte golpeteo de los tacos, Hiram caminaba de un lado para otro de la pequeña habitación de David, su silueta recortándose contra la ventana panorámica que dejaba ver el cielo nocturno de Seattle. Levantó un papel al azar, una fotocopia cuyo texto ya estaba muy desvaído y leyó el título:

—"Agujeros Lorentzianos de Gusano Provenientes del Vacío Comprimido por la Gravedad". ¿Más teoría revientacerebros?

David estaba sentado en el sofá, irritado y molesto por la visita no anunciada de su padre. Entendía la necesidad de Hiram por tener compañía, por gastar su adrenalina, por escapar de la intensamente escudriñada pecera de pececillos dorados en que se había convertido su vida… Simplemente pasaba que habría preferido que Hiram no lo hubiera hecho en su espacio privado.

—Hiram, ¿quieres tomar algo? Café o…

—Una copa de vino vendría bien. *No* francés.

David fue a la heladera.

—Guardo un Chardonnay. Pocos de los viñedos californianos son casi aceptables. —Trajo las copas de vuelta al sofá.

—¿Así que —retomó Hiram— agujeros lorentzianos de gusano?

David se reclinó en el sofá y se rascó la cabeza.

—A decir verdad, nos estamos acercando a un callejón sin salida. La tecnología de Casimir parece tener limitaciones intrínsecas. El equilibro de las dos placas superconductoras del condensador, equilibrio entre las fuerzas de Casimir y la repulsión eléctrica, es inestable y se pierde con facilidad. Y las cargas eléctricas que tenemos que transportar son tan grandes que en los alrededores hay frecuentes descargas violentas. Tres personas ya han muerto en las operaciones de la cámara Gusano, Hiram, como ya sabes por las demandas de pago del seguro. La próxima generación de cámaras Gusano va a necesitar algo más robusto y, si tuviéramos *eso*, podríamos fabricar instalaciones para cámaras Gusano mucho más pequeñas y baratas, y propagar la tecnología mucho más allá.

—¿Y existe esa manera?

—Pues, quizá sí. Los inyectores de Casimir son una manera bastante aparatosa, propia del siglo XIX, de obtener energía negativa. Pero sucede que esas regiones pueden ocurrir en forma natural. Si al espacio se lo distorsiona suficientemente fuerte, al vacío cuántico y a otras fluctuaciones se las puede amplificar hasta… Bueno. Este es un efecto cuántico sutil. Se lo denomina *vacío comprimido*. El problema es que la mejor teoría que tenemos dice que se necesita un agujero negro cuántico para que dé un campo suficientemente fuerte de gravedad. Y,

por eso…

—Y, por eso, estás buscando una teoría mejor. —Hiram hojeó los papeles y quedó con la mirada fija en las notas manuscritas de David, las ecuaciones a las que unían flechas que formaban circuitos cerrados. Lanzó una mirada furibunda por toda la habitación.

—Y ni una sola pantalla flexible a la vista. ¿Sales mucho? ¿Alguna vez? ¿O te dejas llevar por el auto con control inteligente hacia el trabajo y de vuelta de él, con la cabeza puesta en un papel polvoriento o en otro? Desde el momento en que llegaste te metiste esa cabeza francoestadounidense que tienes en lo profundo de tu amplio y generoso culo, y es ahí donde quedó.

David se encrespó.

—¿Es eso un problema para ti, Hiram?

—Ya sabes cuánto dependo de tu trabajo. Pero no puedo dejar de sentir que no comprendes el verdadero sentido de lo que está pasando aquí.

—¿Sentido? ¿El sentido de qué?

—De la cámara Gusano. Que lo que es realmente importante de ella es lo que está haciendo ahí afuera. —Hizo un gesto señalando la ventana.

—¿En Seattle?

Hiram rió.

—En todas partes. Y esto antes de que ese asunto de la visión retrospectiva empiece en verdad a hacer sentir su influencia. —Pareció haber tomado una decisión. Depositó la copa. —Escucha: ven a hacer un viaje conmigo mañana.

—¿Adonde?

—A la planta Boeing. —Le dio a David una tarjeta: mostraba un código de barras para conducción de vehículos por inteligencia artificial. —¿A las diez de la mañana, en punto?

—Está bien. Pero…

Hiram se puso de pie.

—Me considero responsable de completar tu educación, hijo. Te mostraré la diferencia que representa la cámara Gusano.

Bobby trajo a Mary, su media hermana, al cubículo abandonado de Kate en la Fábrica de Gusanos.

Mary caminó alrededor del escritorio, tocando la pantalla flexible en blanco que estaba tendida ahí, los tabiques acústicos circundantes. Todo estaba clínicamente limpio, impoluto, monótono.

—¿Esto es todo?

—Se han sacado sus pertenencias personales. La Policía se llevó algunos objetos, material de trabajo. Al resto lo hemos empaquetado para mandárselo a su familia. Y, desde entonces, el personal del laboratorio forense estuvo arrastrándose por todas partes.

—Es como una calavera a la que los animales carroñeros hubieran lamido hasta dejarla monda.

Bobby hizo la mueca de una sonrisa.

—Agradable imagen.

—Tengo razón,¿no?

—Sí, pero…

Pero, pensó, todavía permanecía un algo inefable de Kate en este escritorio anónimo, en esta silla, como si en los meses que ella había pasado aquí, de alguna manera hubiera dejado su impronta en este monótono trozo de espacio-tiempo. Se preguntaba cuánto tiempo tendría que transcurrir para que se desvaneciera esta sensación.

Mary lo estaba contemplando.

—Estar acá te está molestando, ¿no?

—Eres perceptiva… y franca hasta más no poder.

Mary sonrió de oreja a oreja, mostrando diamantes —supuestamente falsos— engarzados en los dientes de adelante.

—Tengo quince años. Ese es mi trabajo. ¿Es cierto que las cámaras Gusano pueden mirar hacia el pasado?

—¿Dónde oíste eso?

—¿Lo es o no lo es?

—…Sí.

—Muéstrame a la mujer.

—¿A quién?

—A Kate Manzoni. Nunca la conocí. Muéstramela. Tienes cámaras Gusano acá, ¿no?

—Por supuesto. Esta es la Fábrica de Gusanos.

—Todo el mundo sabe que se puede ver el pasado con una de estas cámaras. Y tú sí sabes cómo operarlas… ¿o tienes miedo? Igual que como tuviste miedo de venir acá…

—Vete, si se me permite decirlo, a cagar. Sígueme.

Irritado ahora, condujo a su media hermana hasta el ascensor jaula que los habría de llevar hasta el puesto de trabajo, unos niveles más abajo.

David no estaba ahí ese día. El técnico que supervisaba le dio la bienvenida a Bobby y le ofreció ayuda. Bobby se aseguró de que el equipo estuviera en línea y no aceptó más colaboración. Se sentó en la silla giratoria que estaba delante del escritorio de David y empezó a preparar la ejecución del ciclo; sus dedos pulsaban con torpeza las poco conocidas teclas manuales que brillaban en la pantalla flexible.

Mary había sacado un taburete y se había sentado al lado de Bobby.

—Esa interfaz es repugnante. Este David debe de ser una especie de engendro que adora lo antiguo.

—Deberías hablar con más respeto, es mi medio hermano.

La muchacha resopló:

—¿Por qué debo tener respeto, nada más que porque el viejo Hiram no pudo dejar de tirar el chorro? De todos modos, ¿qué hace David todo el día?

—David está trabajando en una nueva generación de cámaras Gusano. Es algo que se llama tecnología de vacío comprimido. Acá está. —Tomó un par de referencias del escritorio de David y se las mostró a la muchacha, que hojeó las páginas con ecuaciones escritas en letra muy apretada.

—El sueño es que pronto podamos abrir agujeros de gusano sin necesidad de una fábrica llena de imanes superconductores. Mucho más baratos y pequeños…

—Pero seguirán estando en manos del Estado y de las empresas importantes, ¿no es así?

La pantalla flexible grande fijada en el tabique que tenían frente a ellos se encendió con un siseo de píxels. Bobby podía oír el gemido de los generadores que alimentaban los enormes y torpes inyectores de Casimir, en la fosa de abajo; percibir el olor penetrante del ozono, proveniente de los poderosos campos eléctricos y, a medida que las máquinas acumulaban su ingente energía, sentir, como siempre le ocurría, una oleada de excitación, de expectativa.

Y, para alivio de Bobby, Mary estaba en silencio, por lo menos en forma temporaria.

La tormenta estática de nieve se despejó y una imagen —un tanto fraccionada, pero reconocible de inmediato— llenó la pantalla flexible.

Estaban mirando desde arriba el lugar de trabajo de Kate, que se hallaba un par de pisos por encima de ellos ahí, en la Fábrica de Gusanos. Pero lo que veían ahora no era una cáscara que había quedado vacía, ahora. Una pantalla flexible estaba sesgada en ángulo de un lado al otro del escritorio y había datos que iban apareciendo por uno de sus extremos y desapareciendo por el otro, sin que nadie reparara en ellos. En uno de los rincones, un cuadro representaba lo que parecía ser una emisión noticiosa: una cabeza parlante con gráficos en miniatura. Había más señales de trabajo en proceso: una lata de gaseosa adaptada como portalápices, lápices y lapiceras desparramados sobre el escritorio con grandes blocks de papel oficio amarillo, un par de periódicos en papel doblados sobre sí y mantenidos en posición de lectura con un sostén.

Pero lo que era más revelador —y desgarrador— era el ambiente del lugar, las cosas y el desorden personales que definían a éste como el espacio de Kate y de ninguna otra persona: el café humeante en una taza con autocontrol de la temperatura, envolturas de papel estrujadas, un almanaque con pata de sostén, un reloj digital angular,

feo, estilo década de 1990, un retrato con una foto personal (Bobby y Kate con el exótico fondo de Tierra de la Revelación), irónicamente unido con tachuelas a uno de los tabiques.

La silla estaba apartada del escritorio y todavía estaba girando con lentitud.

La perdimos por segundos, pensó Bobby.

Mary contemplaba la imagen sin quitarle los ojos de encima; estaba boquiabierta, fascinada por esa ventana hacia el pasado, como lo estaba todo el que miraba por primera vez.

—Estuvimos precisamente ahí. Es tan diferente. Es increíble.

…Y ahora Kate hizo su entrada desde bastidores a la imagen, tal como Bobby sabía que haría. Llevaba puesta una camisa larga sencilla y práctica, y un mechón de cabello colgaba sobre la frente, molestándole los ojos. Estaba con el entrecejo fruncido, concentrada, los dedos sobre el teclado aun antes de haberse sentado.

A Bobby le resultaba difícil hablar.

—Ya lo sé.

Las instalaciones de rv de Boeing resultaron ser una cámara equipada con hilera tras hilera de jaulas abiertas de acero. *Quizá, casi un centenar*, pensó David. Más allá de las paredes de vidrio, ingenieros vestidos con guardapolvo blanco se desplazaban entre bancos brillantemente iluminados de equipo de procesamiento electrónico de datos.

Las jaulas tenían suspensión cardánica para desplazarse en tres dimensiones, y en cada una de ellas había un traje parecido a un esqueleto, hecho de caucho y acero y provisto de censores y manipuladores. A David se lo sujetó con correas apretadas dentro de uno de esos trajes y tuvo que luchar contra la sensación de claustrofobia cuando los técnicos le pusieron los brazos y piernas en posición, pero sin posibilidad de moverlos. Con un ademán rechazó el aditamento genital, que era absurdamente enorme, con forma de matraz para destilación al vacío.

—No creo necesitar *eso* en este viaje…

Una técnica sostuvo en alto un casco delante de la cabeza de David. Era una masa de equipo electrónico con una oquedad. Antes de que se lo colocaran buscó con la mirada a Hiram, su padre estaba en una jaula del otro extremo, en una hilera a unas pocas filas por delante.

—Pareces estar muy alejado.

Hiram alzó una mano enguantada, dobló y estiró los dedos.

—No habrá diferencia alguna una vez que estés inmerso. —Su voz retumbó en el cavernoso salón. —¿Qué opinas de esta instalación? Impresiona bastante, ¿eh? —Y guiñó un ojo.

David pensó en el Ojo de la Mente, el sencillo aparato por banda

cefálica de Bobby: unos pocos centenares de gramos de metal que, al ponerse en interfaz directa con el sistema nervioso central, podía reemplazar todo estos aparatitos de Boeing para envolvimiento-contacto-total. Una vez más, según parecía, Hiram tenía un producto mejor.

Dejó que la técnica hiciera caer el casco sobre su cabeza y quedó suspendido en la oscuridad…

… que se fue aclarando con lentitud, como una bruma disipándose.

—Primeras impresiones —dijo Hiram secamente. Dio un paso hacia atrás, revelando un paisaje.

David miró en derredor: agua, un terreno en pendiente cubierto de guijarros, un cielo rojo. Cuando movía la cabeza con demasiada rapidez, la imagen se hacía añicos y centelleaba hasta convertirse en píxels, y podía sentir el momento difícil del casco.

El horizonte se curvó de manera bastante abrupta, como si se lo hubiera estado viendo desde una gran altura. En ese horizonte había colinas bajas, erosionadas, cuyas laderas podían verse reflejadas en el agua.

El aire parecía ser tenue y David sintió frío. Dijo:

—¿ Primeras impresiones ? Una playa en el momento de una puesta de sol… pero ése no es un sol que yo haya visto alguna vez.

El "Sol" era una bola de luz roja que iba descolorando hasta adoptar un color amarillo anaranjado en el centro. Estaba posado sobre un horizonte abrupto, libre de bruma, y estaba aplanado hasta adquirir la forma de una lente, posiblemente por la refracción. Pero era inmenso, mucho más grande que el Sol de la Tierra; se trataba de una cúpula al rojo vivo que cubría un décimo del cielo quizás. A lo mejor se trataba de una gigante, reflexionó, una estrella dilatada que está envejeciendo.

También el cielo era de un tono más fuerte que un cielo de puesta de sol: carmesí intenso en lo alto, escarlata alrededor de ese sol voluminoso, negro más allá. Pero incluso alrededor del sol, las estrellas brillaban: de hecho, según podía advertir David, se distinguían estrellas de brillo tenue *a, través*, del difuso limbo del sol en sí.

Precisamente a la derecha de ese sol había una constelación compacta que era perturbadoramente familiar: esa forma de W, sin duda alguna, era Casiopea, una de las figuras estelares de más fácil reconocimiento; lástima que había una estrella adicional a la izquierda de esa configuración que convertía la constelación en un burdo zigzag.

David dio un paso hacia adelante. Los guijarros crujían de manera convincente y podía sentir piedras agudas debajo de los pies; aunque se preguntaba si los puntos de presión que tenía en la planta de los

pies coincidían con lo que veía en el suelo.

Dio unos pasos hasta el borde del agua. Sobre las rocas brillaba hielo y había témpanos de hielo en miniatura que se extendían hacia adentro del agua, aproximadamente a una distancia de un metro. El agua era plana, casi inmóvil y subía y bajaba con movimiento suave, con lentitud. Se inclinó e inspeccionó un guijarro: era duro, negro y estaba sumamente desgastado. ¿Basalto? Por debajo se veía el brillo de un depósito cristalino: sal quizás. Alguna estrella brillante que estaba detrás de David arrancó destellos amarillos blancos de la piedra, que hasta proyectaba una sombra.

Se irguió y lanzó la roca al agua, voló a mucha distancia, pero con lentitud. ¿Escasa gravedad? Finalmente chocó con el agua produciendo un débil chapoteo; gruesas ondas se extendieron en círculos lánguidos con centro en el punto de impacto.

Hiram estaba parado a su lado. Llevaba un sencillo traje enterizo de ingeniero con el logo redondo de Boeing en la espalda.

—¿Ya descubriste dónde te encuentras?

—Es una escena de una novela de ciencia ficción que una vez leí. Una visión del fin del mundo.

—No —dijo Hiram—. No es ciencia ficción. Tampoco es un juego. Esto es real… el escenario lo es, por lo menos.

—¿Una visión de la cámara Gusano?

—Sí. Con un montón de mejoramiento e interpolación de rv, al que la escena responde de manera convincente si tratas de interactuar con ella como, por ejemplo, cuando recogiste esa piedra.

—Infiero que ya no estamos en el Sistema Solar. ¿Puedo respirar este aire?

—No, en su mayor parte es dióxido de carbono. —Hiram señaló las colinas redondeadas. —Todavía hay algo de vulcanismo aquí.

—Pero éste es un planeta pequeño: lo puedo ver por el modo en que se curva el horizonte. Y la gravedad es baja: la piedra que tiré… Entonces, ¿por qué este pequeño planeta no perdió todo su calor interno, como la Luna? …Ah, la estrella. —Señaló la cáscara incandescente que se alzaba sobre el horizonte. —Debemos de estar lo suficientemente cerca como para que las mareas mantengan fundido el núcleo de este mundito. Como lo, que está en órbita alrededor de Júpiter. De hecho, eso tiene que significar que la estrella no es la gigante que yo creí que era: es una enana, y estamos cerca de ella, lo suficientemente cerca como para que persista el agua en estado líquido… si es que ese lago o mar que hay allí *es* agua.

—Oh, *sí*, aunque no te recomiendo bebería. Y te confirmo: estamos en un planeta pequeño que está en órbita alrededor de una estrella enana roja. Aquí, el *año* sólo dura alrededor de nueve de nuestros días.

—¿Hay vida?

—Los científicos que están estudiando este sitio no han encontrado que hubiera vestigios del pasado. Una pena. —Hiram se inclinó y levantó otro guijarro de basalto: proyectaba dos sombras en la palma de su mano, una color gris y difusa, proveniente de la gorda estrella roja que estaba delante de ellos; y otra, más tenue pero más definida, proveniente de la fuente de luz que estaba detrás de ellos.

David se dio vuelta siguiendo con su vista este último haz de luz. En el cielo había una estrella doble, más rutilante que cualquier otra estrella, u otro planeta, que se viera desde la Tierra y, sin embargo, todavía reducida a puntos de luz debido a la distancia. Los puntos de luz le lastimaron los ojos y levantó la mano para protegerse la cara.

—Es bellísimo —comentó.

Volvió a darse vuelta y alzó la vista para mirar la constelación a la que provisoriamente había identificado como Casiopea, esa brillante estrella adicional acoplada sobre el extremo de la constelación.

—Sé dónde estamos. Las estrellas brillantes que hay detrás de nosotros son el par binario de Alfa del Centauro, las estrellas brillantes que están más cerca de nuestro Sol, a unos cuatro años luz de distancia…

—A cuatro coma tres, según se me dijo.

—Y entonces *éste* tiene que ser un planeta de Próxima del Centauro, la estrella más cercana de todas. Alguien hizo funcionar una cámara Gusano hasta tan lejos como Próxima del Centauro. *A través de cuatro años luz.* Es increíble.

—Excelente deducción. Te lo dije, no estás al corriente de las cosas, éste es el frente de vanguardia de la tecnología de la cámara Gusano. Este poder. Por supuesto, las constelaciones no han cambiado demasiado: cuatro años luz es muy poca cosa en la escala interestelar. Pero ese rutilante intruso que hay hacia arriba de Casiopea es un sol. Nuestro Sol.

David contempló el Sol, nada más que un punto de luz amarillo pálido, brillante pero no en grado excepcional… y, aun así, esa chispa de luz era la fuente de toda la vida que hay sobre la Tierra. Y el Sol, la Tierra y todos los planetas, y todo lugar que algún ser humano hubiera visitado, se podría haber eclipsado con un grano de arena.

* * *

—Es bonita —dijo Mary.

Bobby no contestó.

—Realmente es una ventana hacia el pasado.

—No es tan mágica —dijo Bobby—. Cada vez que miras una película estás mirando el pasado.

—Oh, vamos —susurró la muchacha—, todo lo que puedes ver es lo que algún operador de cámara o editor decidió mostrarte. Y lo principal: incluso en un programa de noticias la gente a la que estás observando sabe que la cámara está ahí. Ahora, con esto, puedes mirar a cualquiera, en cualquier momento, en cualquier parte, ya fuere que una cámara estuviese o no presente. Tú miraste esta escena antes, ¿no?

—Tuve que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque éste es el momento en que se supone que Kate cometió el delito.

—¿Robar secretos sobre realidad virtual de IBM? No me da la impresión de que esté cometiendo delito alguno.

Eso molestó a Bobby.

—¿Y qué esperabas que hiciera, ponerse un antifaz negro?… Lo siento.

—No importa. Sé que esto es difícil. ¿Por qué habría de hacerlo? Sé que estaba trabajando para Hiram, pero no era exactamente amor lo que sentía por él… Ah. Ella te amaba a ti.

Bobby desvió la mirada.

—El caso que arguye elfbi es que Kate quería quedarse con parte del mérito ante los ojos de Hiram. Entonces, Hiram podría aceptar su relación conmigo. Ése era el motivo que ella tendría, según el fbi. Por eso, esto. En algún momento Kate iba a decirle lo que había hecho.

—¿Y tú no lo crees?

—Mary, no conoces a Kate, eso simplemente no corresponde a su manera de ser. —Sonrió. —Créeme, si quiere tenerme, simplemente me toma, no importa lo que Hiram pudiera sentir. Pero hay pruebas contra ella: los técnicos recorrieron minuciosamente todo el equipo que ella usó, restauraron archivos suprimidos que mostraban que datos sobre los ciclos de ensayo deibm habían estado presentes en la memoria que Kate usó.

Mary hizo un ademán amplio hacia la pantalla:

—Pero podemos mirar en el pasado.¿A quién le importan los vestigios que quedan en una computadora? ¿Existe alguien que realmente la haya visto abrir un archivo monstruo cargado de datos y con el logotipo de ibm?

—No. Pero eso no prueba cosa alguna, no a los ojos de la fiscalía, por lo menos. Kate sabía lo de la cámara Gusano. Quizás hasta conjeturó que, al final, la cámara iba a tener facultades de visión

retrospectiva y que, por eso, podía vigilar a Kate en forma retrospectiva, por lo que ella se cubrió.

Mary volvió a resoplar.

—Tendría que haber sido un genio desviado como para idear algo como eso.

—No conoces a Kate —repitió Bobby con frialdad.

—Y, de todos modos, todo esto son pruebas circunstanciales… ¿Es ésa la palabra correcta?

—Sí. De no ser por la cámara Gusano, en estos momentos ya estaría ante el tribunal. Pero ni siquiera pasó la instancia del juicio aún. La Corte Suprema se encuentra trabajando en un nuevo marco jurídico que rige la admisibilidad de las pruebas obtenidas con cámaras Gusano y, entre tanto, muchos casos, entre ellos el de Kate, se hallan en espera.

Con un teclear impulsivo, Bobby borró la pantalla.

—¿Esto no te preocupa? —preguntó entonces Mary—. ¿El modo en que todos ellos están usando la cámara Gusano?

—¿Todos ellos?

—Las grandes empresas, vigilándose unas a otras. El FBI, vigilándonos a todos nosotros. Tengo la convicción de que Kate es inocente. Pero es seguro que alguien de aquí sí espió aibm con una cámara Gusano. —Con la certeza de su juventud, afirmó: —O todos deben tener la cámara Gusano o nadie la debe tener.

Bobby respondió:

—Puede ser que tengas razón. Pero eso no va a ocurrir.

—Pero esas cosas que me mostraste, la próxima generación, el concepto del vacío comprimido…

—Tendrás que encontrar a alguien más con quien puedas debatir.

Quedaron sentados en silencio durante algún tiempo.

Después, Mary dijo:

—Si *yo* tuviera un visor en el tiempo, lo usaría en toda ocasión. Pero no lo usaría para mirar una y otra vez cosas de mierda. Yo miraría cosas buenas. ¿Por qué no mirar hacia atrás un poquito más, llegar hasta aquellos momentos en que fuiste feliz con ella?

Por algún motivo eso no se le había ocurrido a Bobby, y se sintió disgustado.

Mary insistió:

—Y bien, ¿por qué no?

—Porque eso se fue. Está en el pasado. ¿Qué sentido tiene mirar hacia atrás?

—Si el presente es una basura y el futuro es peor, el pasado es todo lo que te queda.

Bobby frunció el entrecejo. La cara de su medio hermana, al igual que la de su madre, era pálida, serena y sus ojos azules llenos de

franqueza miraban directamente a los ojos del interlocutor.

Bobby comprendió.

—Extrañas a tu padre.

—Por supuesto que lo extraño —dijo Mary con una chispa de enojo. —Quizá las cosas son diferentes en el planeta, cualquiera que fuere, del que vienes. —En ese momento se suavizó su mirada. —Me gustaría verlo. Nada más que un ratito.

No debí haberla traído acá, pensó Bobby.

—Quizá más tarde —contestó con delicadeza—. Vamos. El clima está agradable. Vayamos al golfo de Puget. ¿Alguna vez saliste a navegar?…

Le tomó varios minutos de persuasión conseguir que la muchacha saliera.

Más tarde, luego de recibir una llamada de David, se enteró de que algunas de las referencias y notas manuscritas sobre agujeros de gusano por vacío comprimido estaban faltando de la oficina de su hermano David.

—En realidad era Disney —dijo Hiram como al pasar, parado ahí, bajo la luz de Próxima. —En sociedad con Boeing instalaron una instalación gigantesca para cámaras Gusano en el antiguo edificio de armado de automóviles que está en Cabo Cañaveral. En otras épocas se armaban cohetes allí. Ahora envían cámaras espía a las estrellas. Todo un cambio, ¿no? Por supuesto, mayormente alquilan sus instalaciones virtuales a los científicos, pero la gerencia de Boeing permite que el personal juegue aquí durante la hora del almuerzo. Ya están divisando a todos los planetas y lunas del Sistema Solar, sin abandonar la calidez que les brinda el aire acondicionado que tienen en su laboratorio.

—Y Disney gana con todo eso. La Luna y Marte parecen ser sitios factibles para convertirse en parques temáticos a los que irán viajeros virtuales con cámaras Gusano. Me contaron que los emplazamientos de salida de las Apolo y Viking gozan de particular popularidad; y compiten con ellos los antiguos Lúnojod soviéticos que son una atracción por sí mismos.

Y, pensaba David, no hay duda de que Nuestro Mundo tiene que ver en todo esto.

Hiram sonrió.

—Estás muy callado, David.

David exploraba sus emociones, sentía una admiración entremezclada con cierto temor.

Levantó un puñado de rocas y lo dejó caer, su lento rebote en un ambiente de poca gravedad no era del todo auténtico.

—Esto es real. Debo de haber leído cien obras dramáticas de ficción, mil estudios teóricos, sobre las misiones a Próxima. Y ahora

estamos aquí. Es el sueño de un millón de años pararse aquí y ver esto. Es probable que sea un sueño lo suficientemente magnífico como para liquidar finalmente los vuelos espaciales. Qué lástima. Pero es todo lo que es: un sueño. Todavía nos hallamos en ese frío hangar de las afueras de Seattle. Al mostrarnos el destino del viaje, sin exigirnos el desgastante viaje, la cámara Gusano nos convertirá a todos en un planeta de seres perezosos cuya única actividad gimnástica será cambiar de canal de televisión con el control remoto.

—¿No crees que eres un tanto irritable?

—No, no lo creo. Hiram, antes de la cámara Gusano dedujimos la existencia de este planeta de Próxima, a partir de desplazamientos minúsculos de la trayectoria de la estrella. Calculamos cuáles debían de ser las condiciones de su superficie; leímos detenidamente los análisis espectroscópicos de su borrosa luz, para ver si podíamos deducir de qué estaba hecho; nos esforzamos por fabricar nuevas generaciones de telescopios que nos brindaran un mapa de su superficie. Hasta soñamos con fabricar naves que pudieran llegar hasta aquí. Ahora tenemos la cámara Gusano y ya no necesitamos hacer deducciones, ni esforzarnos, ni pensar siquiera.

—¿Y eso no es algo bueno?

—¡No! —contestó David con brusquedad—. Es como cuando un niño se apresura a buscar las respuestas en la parte de atrás de un libro de ejercicios. La cuestión, ¿ves?, no son las respuestas en sí, sino el desarrollo mental de que disfrutamos al esforzarnos por obtener esas respuestas. La cámara Gusano va a liquidar toda una gama de ciencias, como la planetología, la geología, la astronomía. En las generaciones venideras nuestros científicos se limitarán a contar y clasificar, igual que como lo hacía un coleccionista de mariposas del siglo xviii. La ciencia se habrá de transformar en taxonomía.

—Te olvidaste de la historia.

—¿La historia?

—Tú fuiste quien descubrió que una cámara Gusano puede extenderse cuatro años luz, así como, con la misma facilidad, extenderse cuatro años en el pasado. Nuestra comprensión del tiempo es insignificante en comparación con la que tenemos del espacio, pero es seguro que se habrá de desarrollar. Y entonces sí que todo se va a ir al demonio.

“Piensa en ello. Hasta ahora podemos retroceder días, semanas, meses. Podemos espiar a nuestra esposa, vernos a nosotros mismos en el retrete, los policías pueden hacer el seguimiento de delincuentes en el momento de cometer el hecho. Pero todo esto es nada, trivialidades personales. Cuando podamos retroceder años, entonces estaremos hablando de abrir la Historia… ¡Y eso será la lata de gusanos!

“Hay gente ahí afuera que ya está preparando el terreno. Debes

de haber oído sobre los Doce Mil Días, un proyecto jesuíta bajo las órdenes del Vaticano: completar la historia del desarrollo de la Iglesia, de primera mano; remontándose hasta Cristo mismo. —Hiram hizo una mueca a modo de sonrisa. —Gran parte de los sucesos no serán agradables de ver. Pero el Papa es astuto: es mejor que la Iglesia encare este proyecto en primer lugar antes que algún otro. Aun así, hará que el cristianismo se deshaga como un castillo de arena, al que seguirán las demás religiones.

—¿Estás seguro?

—Maldición, sí. —Los ojos de Hiram refulgían bajo la luz roja.— ¿Acaso Bobby no denunció que Tierra de la Revelación era un fraude ideado por un delincuente?

En realidad, pensó David, aunque Bobby ayudó, fue un triunfo de Kate Manzoni.

—Hiram, Cristo no era Billybob Meeks.

—¿Estás seguro? ¿Crees que podrías soportar averiguarlo? ¿Podría tu Iglesia sobreponerse a eso?

…Quizá no, pensó David. Pero debemos esperar fervientemente a que sí pueda.

David se dio cuenta de que Hiram había tenido razón al obligarlo a salir de su celda académica, casi monástica, para ver todo esto. Había sido un error suyo esconderse, trabajar en la cámara Gusano sin tener la menor percepción de sus consecuencias ulteriores. Tomó la firme resolución de sumergirse en la aplicación de la cámara, así como en su teoría.

Hiram miró lo poco que quedaba del sol que se ocultaba.

—Creo que está haciendo frío. A veces nieva aquí. Vamos. — Empezó a operar los invisibles botones de abortamiento que había en su casco.

David atisbo la astilla de luz que era el distante Sol e imaginó a su alma regresando a casa, volando desde esta desolada playa hasta aquella calidez primordial.

15. CONFABULACIÓN

Bobby encontró la sala de entrevistas, ubicada en las entrañas de este antiguo edificio de tribunales, deprimente en extremo. Las paredes deslucidas daban la impresión de que no se las hubiera pintado desde principios de siglo y aun se distinguía el verde pálido propio de las reparticiones del Estado.

Y sería en esa sala que se habría de desollar, pedazo por pedazo, la vida privada de Kate.

Kate y su asesora letrada, una mujer excedida de peso y que no sonreía, estaban sentadas en duras sillas de plástico, detrás de una deslucida mesa de madera, sobre la que se agrupaban distintos dispositivos de grabación. A solicitud de Kate, Bobby mismo estaba sentado en una posición algo más elevada sobre un banco duro, en la de atrás de la sala, como único testigo de esta extraña representación teatral.

Clive Manning, el psicólogo designado por el tribunal que oficiaría de perito en el caso de Kate, se hallaba parado en el frente de la sala, pulsando una pantalla flexible que estaba fijada en la pared. Las imágenes de la cámara Gusano, tenuemente iluminadas y padeciendo de una distorsión tipo ojo de pescado, parpadearon cuando Manning buscó el punto de iniciación. Al final encontró el lugar que deseaba: era la imagen congelada de Kate con un hombre; estaban parados en una sala de estar atiborrada de objetos, evidentemente en medio de una acalorada discusión, gritándose entre sí.

Mannmg, alto, delgado, calvo, rondando la cincuentena, se quitó los lentes de metálico y con él se dio leves golpecitos rítmicos en los dientes: una pose que Bobby ya estaba encontrando irritante por el sonido molesto que producía, además de que los anteojos en sí eran ya una afectación anticuada.

—¿Qué es la memoria humana? —preguntó Manning. Miraba con fijeza el aire, como si hubiera estado dando una conferencia a un público invisible. Y quizá sí lo estaba haciendo. —Por cierto que no es un mecanismo pasivo de grabación, como un disco digital o una cinta. Es más que una máquina que narra cuentos. La información que proviene de los sentidos se descompone en trozos de percepción, los que se vuelven a descomponer para que se los almacene como fragmentos de memoria. Y a la noche, cuando el cuerpo descansa, a estos fragmentos se los extrae de su almacenamiento, se los rearma y se los vuelve a mostrar. Cada nueva lectura los graba con más profundidad en la estructura nerviosa del cerebro.

“Y cada vez que a un recuerdo se lo repasa o se lo vuelve a traer a

la memoria, se lo modifica, le podemos agregar un poco de algo, quitar un poco de algo, manipular la lógica, llenar secciones que están borrosas, quizás hasta combinar sucesos esencialmente diferentes.

"En los casos extremos, nos referimos a esto denominándolo confabulación. El cerebro crea y vuelve a crear lo pasado, produciendo al final una versión de los sucesos que puede tener muy poco que ver con lo ocurrido en realidad. En primera instancia tengo la convicción de que es válido decir que todo lo que recuerdo es falso. —Bobby creyó oír una nota de temor reverencial que vibraba en la voz de Manning…

—Esto lo asusta —le dijo Kate con curiosidad.

—Yo sería un tonto si no estuviera asustado. Todos somos seres complejos, llenos de defectos, Kate, seres que caminan a los tropezones por la oscuridad. Quizá nuestra mente, diminuta burbuja transitoria de conciencia que se mueve a la deriva en este universo hostil y avasallante, necesita una sensación ampulosa de su propia importancia, de la lógica del universo, con el objeto de reunir la voluntad de sobrevivir. Pero ahora la cámara Gusano, sin piedad, ya nunca más nos permitirá eludir la verdad. —Quedó en silencio un instante; después le sonrió a Kate. —Quizá todos nos volveremos locos por la verdad. O, quizá, todos, despojados de lo ilusorio por fin, nos volveremos cuerdos y yo me quedaré sin trabajo. ¿Qué opina usted?

Kate, que llevaba un vestido negro de una sola pieza sin el menor adorno y estaba sentada con las manos apretujadas entre los muslos, los hombros encorvados, contestó:

—Opino que usted debe continuar con su espectáculo de "Desnudemos la Verdad".

Manning suspiró y se volvió a poner los lentes. Pulsó la esquina de la pantalla flexible y un fragmento del pasado de Kate empezó a representarse.

En la pantalla, Kate le había arrojado algo al tipo, que lo esquivó; el objeto chocó contra la pared y estalló produciendo salpicaduras.

—¿Qué había sido eso? ¿Un durazno?

—Según recuerdo —contestó Kate— fue un quinoto. Un poco pasado de maduro.

—Buena elección —murmuró Manning—. Necesita mejorar un poco la puntería, empero.

…imbécil. Todavía te estás viendo con ella, ¿no?

¿ Y eso qué tiene que ver contigo?

Tiene todo que ver conmigo, pedazo de mierda. Por qué crees que voy a tolerar esto, es algo que no sé…

El hombre que aparecía en la pantalla se llamaba Kingsley, según se enteró Bobby. Él y Kate habían sido amantes durante varios años y habían vivido en pareja durante tres… hasta ese punto, el momento

en que Kate finalmente lo había echado.

Mirar era difícil para Bobby. Sentía que estaba tomando parte del fisgoneo en la vida de esta mujer diferente, más joven, que en aquel entonces ni siquiera sabía que él existía y que tampoco le había contado los sucesos de aquella etapa de su existencia. En su mayoría los pasajes de la vida de Kate que registraba la cámara Gusano resultaban difíciles de seguir; la conversación era ilógica, tortuosa y reiterativa y las palabras estaban diseñadas para expresar las emociones de quien las empleaba, en vez de hacerlo para avanzar hacia el encuentro de una manera racional.

Más de un siglo de televisión y cine producidos sobre un guión habían sido una mala preparación para la realidad de la cámara Gusano. Pero este drama real era típico de la vida humana: desordenado, carente de estructura, confuso; donde los participantes andaban a tientas, como personas en una habitación a oscuras que buscaran la comprensión de lo que les estaba ocurriendo, de cómo se estaban sintiendo.

La acción se desplazó desde la sala de estar hasta un dormitorio catastróficamente desarreglado. Ahora Kingsley estaba metiendo ropa sin orden ni método en un bolso de cuero y Kate estaba agarrando más de las pertenencias de él y arrojándolas fuera de la habitación. Todo el tiempo sostenían un diálogo a los gritos.

Por fin, Kingsley salió con furia del departamento. Kate cerró la puerta violentamente detrás de él. Quedó rígida por un instante, con la mirada fija en la puerta cerrada, antes de hundir la cara en las manos.

Manning extendió la mano y pulsó la pantalla: la imagen se congeló en un acercamiento de la cara de Kate, oculta por las manos, aunque eran visibles las lágrimas que se escapaban por entre los dedos, el cabello en mechones enredados alrededor de la frente, el todo rodeado por una débil distorsión tipo ojo de pescado.

Manning dijo:

—Tengo la idea de que este incidente es la clave de su historia, Kate. De la historia de su vida, de quién es usted.

La verdadera Kate, sombría y sometida, miró a la joven de la pantalla con gesto inexpresivo.

—Me tendieron una trampa —dijo con tono tranquilo—, respecto de lo del espionaje a ibm. Fue sutil, más allá del alcance de la cámara Gusano inclusive. Pero de todos modos es cierto. Y es en eso en lo que nos deberíamos estar concentrando, y no en este psicoanálisis de mesa de café.

Manning retrocedió.

—Puede que eso sea así… pero los temas de probatoria trascienden mi esfera de competencia. El juez me solicitó que

presentara un marco para su estado psíquico en el momento del delito en sí. Motivo e intención: una verdad más profunda, incluso, que la que nos puede brindar la cámara Gusano. Y —dijo con tono acerado— recordemos que usted no tiene otra alternativa más que cooperar.

—Pero eso no altera mi opinión —dijo Kate.

—¿Qué opinión?

—La de que, al igual que todos los demás reducidores de cabezas que he conocido, usted es un imbécil.

La asesora letrada tocó el brazo de Kate, pero ésta se lo sacó de encima con un gesto brusco.

Los ojos de Manning brillaron, un fulgor duro, detrás de sus espejuelos. Bobby se dio cuenta de que ese hombre iba a disfrutar doblegando con su poder a esa mujer porfiada.

El psicólogo se volvió hacia su pantalla flexible y volvió a recorrer la breve escena de la ruptura.

—Permítame recordar lo que usted me dijo respecto de este período de su vida: había estado viviendo con Kingsley Román durante tres años, cuando usted decidió que trataran de tener un hijo. Usted sufrió un aborto espontáneo tardío.

—Estoy segura de que disfrutó mirando eso —dijo Kate con tono lúgubre.

—Por favor —dijo Manning, dolorido—. Usted manifestó que según lo acordado con Kingsley habrían de intentarlo otra vez.

—Nunca decidimos eso. Nunca lo discutimos de esa manera.

Manning parpadeó como un búho, mientras leía lo que tenía escrito en un anotador:

—Pero es que sí lo hicieron: el 24 de febrero de 2032 es el ejemplo más claro. Se lo puedo mostrar si quiere. —La miró por encima de los lentes. —No se alarme si sus recuerdos difieren de los del registro de la cámara Gusano. Es algo común. De hecho, hasta me atrevería a decir que es normal. La confabulación, ¿recuerda? ¿Puedo continuar?

"A pesar de la decisión manifestada, usted no queda embarazada. De hecho, regresa al empleo regular de anticonceptivos, por lo que la concepción es imposible de todos modos. Seis meses después del aborto, Kingsley comienza un amorío con una colega del trabajo. Una mujer llamada Jodie Morris. Y pocos meses después de eso, ese hombre es lo suficientemente descuidado como para dejar que usted lo descubra. —La volvió a estudiar. —¿Recuerda lo que me dijo respecto de eso?

Kate dijo con renuencia:

—Le conté la verdad. Creo que Kingsley había decidido, en algún nivel de su mente, que lo del bebé era mi culpa. Y entonces él se desentendió del tema. Además, después del aborto, el trabajo estaba

empezando a mejorar para mí. El Ajenjo… Creo que Kingsley estaba celoso.

—Y por eso él empezó a buscar en alguien más la atención que anhelaba.

—Algo así. Cuando descubrí lo que pasaba, lo eché.

—Él afirma que *se fue*.

—Pues entonces es un maldito mentiroso.

—Pero acabamos de ver el incidente —dijo Manning con gentileza—. No vi evidencia alguna de una clara toma de decisiones, de una acción unilateral por parte de cualquiera de ustedes dos.

—No importa qué muestra la cámara Gusano. Sé cuál es la verdad.

Manning asintió con la cabeza.

—No estoy negando que usted nos esté diciendo la verdad tal como la ve, Kate. —Le sonrió con su aire de búho, y se alzó ante ella con aire amenazador.

—Usted no está mintiendo. Ése no es el problema en absoluto. ¿No se da cuenta?

Kate fijó la mirada en sus manos, cuyos dedos estaban enlazados entre sí.

Pasaron a un cuarto intermedio. A Bobby no se le permitió estar con ella.

El tratamiento de Kate fue uno de los muchos experimentos que se llevaron a cabo mientras políticos, expertos en temas jurídicos, grupos de presión y ciudadanos preocupados trabajaban con ritmo febril para encontrar la manera de adaptar el pavoroso alcance histórico de la cámara Gusano —que todavía no era ampliamente conocido por el público— a algo que se asemejara al debido proceso jurídico existente y, lo que era aún más desafiante, a la justicia natural.

En esencia, de pronto se había vuelto drásticamente más fácil establecer la verdad física.

La conducción de los pleitos en los tribunales también parecía probable que se transformara de modo drástico. Con seguridad los juicios no iban a ser tanto una disputa entre dos partes: iban a ser más justos, a depender mucho menos del aspecto del sospechoso o de la calidad de sus asesores letrados. Cuando la cámara Gusano fue accesible en los niveles federal, estadual y condal, algunos comentadores preveían ahorros de miles de millones de dólares anuales: habría juicios más cortos, más aceptaciones de culpabilidad a cambio de penas más leves, más conciliaciones civiles.

Y los juicios importantes de lo futuro quizá se habrían de concentrar en lo que quedaba más allá de los hechos desnudos: motivo e intención. Por eso es que al caso de Kate se le había asignado un

psicólogo como Manning.

Entre tanto, mientras los servicios encargados de hacer cumplir la ley, armados con cámaras Gusano se ponían a trabajar diligentemente en casos no resueltos, una inmensa cantidad de casos nuevos se dirigía hacia los tribunales. Algunos miembros del Congreso habían propuesto que para acelerar la velocidad de esclarecimiento, se debía declarar una amnistía general para los delitos de menor gravedad que se hubiesen cometido hasta el último año calendario completo previo a la invención de la cámara Gusano: es decir, una amnistía a cambio de desistir de la protección que otorgaba la Quinta Enmienda[5] en el caso en cuestión. De hecho, gracias a la cámara Gusano se había vuelto tan poderosa la reunión de pruebas, que los derechos que tutelaban la quinta enmienda fueron susceptibles de discusión. Pero esto estaba demostrando ser sumamente controvertido: la mayoría de los estadounidenses no se sentía cómodo con la pérdida de la protección que les daba la Quinta Enmienda.

Las recusaciones por violación del derecho a tener vida privada eran aún más contenciosas, y el responsable de esto era que, incluso ahora, no existiese una definición del derecho a la vida privada que contase con aceptación generalizada, ni siquiera dentro de Estados Unidos.

El derecho a la vida privada no se mencionaba en la constitución. La Cuarta Enmienda de la Declaración de Derechos y Garantías hablaba de un derecho con respecto a la intrusión por parte del Estado… pero les dejaba un amplio margen de maniobra a aquellos funcionarios que deseaban investigar a los ciudadanos. Por cierto, a los ciudadanos virtualmente no les daba protección alguna contra otras instituciones, corporaciones, la prensa, e inclusive, contra otros ciudadanos. A partir de una verdadera confusión de leyes dispersas en los niveles estadual y federal, así como de una masa de casos en el derecho consuetudinario que sentaban precedente, lentamente había surgido una cierta aceptación en común del significado de vida privada: por ejemplo, el derecho de que a alguien se “lo dejara a solas”, de que ese alguien estuviera libre de interferencias, que no fueren las razonables, provenientes de fuerzas exteriores a ese alguien.

Pero a todo esto lo desafiaba la cámara Gusano.

A las salvaguardas jurídicas que rodeaban el uso de la cámara Gusano las estaban promoviendo los organismos encargados del cumplimiento de la ley y los de investigaciones, tales como elfbi y la Policía, como equilibrio compensatorio de la pérdida de vida privada y de otros derechos. Por ejemplo, a los registros hechos con cámara Gusano para ser destinados a fines de aplicación jurídica se los tendría que tomar en circunstancias controladas, y probablemente por observadores adiestrados y con la debida constancia otorgada por

escribano público. Eso no era probable que fuese a representar un problema, ya que cualquier observación que se hiciera con esa cámara siempre se podía repetir tantas veces como se precisara, nada más que con establecer un nuevo enlace de agujero de gusano con el incidente en cuestión.

Hasta había sugerencias de que la gente debía estar preparada para someterse a una forma de vida tipo documental, la que concedería a las autoridades, de manera efectiva, el acceso legal a cualquier incidente del pasado de una persona, sin necesidad de efectuar procedimientos formales de antemano. Asimismo, también constituiría un poderoso escudo contra las acusaciones falsas y la apropiación ilícita de la identidad.

Pero, a pesar de las protestas de los activistas por la pérdida de los derechos, toda la gente parecía aceptar que, en lo concerniente a su uso en la investigación de delitos y en el procesamiento, la cámara Gusano había venido y se iba a quedar, sencillamente era demasiado poderosa como para que no se la tomara en cuenta.

Algunos filósofos argumentaron que esto no estaba mal. Después de todo, los seres humanos habían evolucionado para vivir en pequeños grupos en los que todos conocían a todos y raramente se topaban con extraños. No fue sino hasta hace poco, en términos de evolución, que a la gente se la había forzado a vivir en comunidades más grandes, como las ciudades, donde tenían que vivir apretujados con amigos y extraños por igual. La cámara Gusano estaba brindando un regreso a las antiguas maneras de vivir, de pensar en otra gente y de interactuar con ella.

Pero eso representaba un escaso consuelo para quienes temían que la necesidad que sentían de tener su propiedad cercada, o sea, un espacio definido dentro del cual pudieran lograr privacidad, anonimato, vivir de manera reservada e íntima con los seres queridos, ya no podría ser posible jamás.

Y ahora, cuando se profundizaban las capacidades de visión histórica de la cámara Gusano, ni siquiera el pasado constituía un refugio.

A mucha gente la había lastimado, de un modo o de otro, la revelación de la verdad. Mucha de esa gente culpaba, no a la verdad o a sí mismos, sino a la cámara Gusano y a quienes la habían impuesto al mundo.

Hiram mismo seguía siendo el blanco más evidente.

Al principio, eso era lo que Bobby sospechaba. Hiram casi había gozado su mala reputación (cualquier forma de renombre era buena para los negocios). Pero la andanada de amenazas, intentos de asesinato y sabotaje lo habían desgastado. Hasta habían iniciado contra él acciones judiciales por difamación, ya que la gente afirmaba

que Hiram de alguna manera estaba adulterando lo que la cámara Gusano mostraba sobre esa gente, sobre sus seres queridos, sobre sus enemigos o sobre sus héroes.

Hiram había tomado la costumbre de vivir bajo la luz. Su mansión de la Costa Oeste estaba inundada con la luz proveniente de reflectores, a los que alimentaban importantes generadores. Hasta dormía bajo una brillante iluminación. Ningún sistema de seguridad era a prueba de errores de operación pero, por lo menos, Hiram podía asegurar que cualquier persona que lograra penetrar sería visible para las cámaras Gusano del futuro.

Así vivía Hiram, rodeado por cantidad de luces, solo, sometido a constantes cuestionamientos, aborrecido.

El horrendo proceso se reanudó.

Manning consultó su libreta.

—Permítame exponer algunos de los hechos: verdades históricas incontrovertibles, todas adecuadamente observadas y certificadas por escribano público. Primero, el amorío de Kingsley con *Ms.* Morris no fue el primero que tuvo durante el lapso que vivió con usted: hizo un intento de conquista, breve y en apariencia insatisfactorio, con otra mujer, que se inició un mes después de que usted y él se conociesen. Y luego otro, seis meses después…

—No.

—En total parece haber tenido seis relaciones consumadas con otras mujeres, antes de que usted le pidiera explicaciones por lo de Jodie. —Sonrió. —Si le sirve de consuelo, también engañó a otras parejas, antes y después. Este hombre parece ser algo así como un adúltero en serie.

—Eso es ridículo. Me habría enterado.

—Pero usted es un ser humano también. Puedo mostrarle incidentes en los que las pruebas de la infidelidad de Kingsley estaban claramente al alcance de usted y, sin embargo, usted miró para otro lado, tratando de darle una explicación racional sin siquiera estar consciente de lo que estaba haciendo. Confabulación…

Kate dijo con indiferencia:

—Ya le conté cómo fue: Kingsley empezó a engañarme; el aborto arruinó nuestra relación.

—Ah, el aborto, el gran suceso causal en su vida. Pero temo que no fue así en absoluto. Las pautas de conducta de Kingsley quedaron bien establecidas desde mucho antes de conocerla a usted y apenas se las alteró el incidente del aborto. Usted también ha dicho que está convencida de que el aborto le dio el incentivo para trabajar con más fuerza en el desarrollo de su propia carrera.

—Sí. Eso es obvio.

—Eso es un tanto más difícil de establecer pero, una vez más,

puedo demostrarle que la trayectoria ascendente de su carrera empezó algunos meses antes del aborto. Una vez más, usted estaba mejorando en su trabajo de todos modos; el aborto realmente no cambió cosa alguna. —La estudió. —Kate, usted fabricó una especie de cuento alrededor del aborto. Usted quería creer que eso era importante más allá de sí mismo. El aborto fue una prueba horrible que usted tuvo que soportar… pero, en realidad, no cambió demasiado las cosas. Percibo que usted no me cree.

Kate nada dijo.

Manning juntó las yemas de los dedos de una mano sobre su mentón.

—Pienso que usted ha estado acertada y errada a la vez acerca de sí misma. Pienso que el aborto que padeció sí le cambió la vida, pero no de la manera bastante superficial en que usted cree que se la cambió. No la obligó a trabajar con más intensidad ni produjo fisuras en su relación con Kingsley. Pero la muerte de su hijo sí la hirió profundamente. Y pienso que a usted ahora la impulsa el miedo de que eso pudiera suceder otra vez.

—¿Miedo?

—Por favor, créame que no la estoy juzgando. Tan sólo estoy tratando de explicar. Su actividad de compensación es su trabajo. Quizás este miedo más profundo la impulsó a conseguir mayores logros, mayor suceso. Pero también la ha vuelto obsesiva. Únicamente fue su trabajo lo que la ha distraído de lo que usted considera que es una terrible oscuridad en el centro de su ser. Y, por eso, se siente impulsada a llegar cada vez más lejos…

—Exacto. Y *ésa* es la razón por la que utilicé los agujeros de gusano de Hiram para espiar a sus competidores. —Sacudió la cabeza en gesto de negación. —¿Cuánto le pagan por todo esto, doctor?

Manning caminó con paso regular y lento delante de su pantalla flexible.

—Kate, usted es uno de los primeros seres humanos que tiene que soportar este… mmm…, este *choque* con la verdad… pero no habrá de ser el último. Todos vamos a tener que aprender sin las confortantes mentiras que nos musitamos a nosotros mismos en la oscuridad de nuestra mente…

—Soy capaz de establecer relaciones sentimentales, incluso duraderas y estables. ¿Cómo cuadra eso con el retrato que trazó de mí, una víctima del trauma producido por conmoción?

Manning frunció el entrecejo, como si la pregunta lo hubiera dejado perplejo.

—¿Se refiere al señor Patterson? Pero es que ahí no hay contradicción. —Fue hasta donde estaba Bobby y, con una disculpa susurrada, lo estudió.

—En muchos sentidos, Bobby Patterson es uno de los adultos con más rasgos infantiles que yo hubiera encontrado jamás. Él es, en consecuencia, el encaje perfecto para el… mmm… agujero en forma de niño que hay en el centro de su personalidad. —Se volvió hacia Kate. —¿Se da cuenta?

Kate se quedó mirándolo, la cara completamente sonrojada.

16. LA GUERRA POR EL AGUA

Heather estaba sentada ante la pantalla flexible de su casa. Ingresó parámetros nuevos de búsqueda. país: Uzbekistán. ciudad: Nukus…

No la sorprendió ver que delante de ella aparecía un atrayente bloqueo en turquesa: Nukus era, después de todo, zona de guerra.

Pero eso no iba a detener a Heather durante mucho tiempo. Ya antes, en sus tiempos, había encontrado razones para descubrir maneras de vulnerar los soportes lógicos de censura. Y ganar acceso a una cámara Gusano propia era una motivación poderosa.

Sonriente, se puso a trabajar.

Cuando las primeras corporaciones, debido a la intensa presión pública, empezaron a brindar el acceso a cámaras Gusano a ciudadanos privados a través de la Internet, Heather Mays fue rápida para suscribirse.

Hasta podía trabajar desde su casa. A partir de un menú directo y simple seleccionaba un sitio para ver. Este sitio podía hallarse en cualquier parte del mundo y se lo especificaba mediante coordenadas geográficas o la dirección postal, con la mayor precisión con que Heather podía circunscribir. El soporte lógico de intervención convertía la solicitud en coordenadas de latitud y longitud y le ofrecía a Heather opciones adicionales. La idea era circunscribir su selección hasta llegar a especificar un volumen del tamaño de una habitación, en alguna parte sobre, o cerca de, la superficie de la Tierra, donde se habría de establecer la boca de un agujero de gusano.

También permitía definir rasgos aleatorios, si es que no se tenía preferencias: por ejemplo, si Heather quería ver algún atolón coralino lejano en foto o postal, pero no le importaba cuál. Hasta se podía, con un costo adicional, seleccionar vistas intermedias con lo que, por ejemplo, se podía ver una calle y seleccionar una casa que *visitar*.

Una vez hecha la selección, se abría un agujero de gusano entre la localización central del servidor del proveedor y el sitio que el usuario hubiese elegido. Imágenes provenientes de la cámara Gusano se enviarían entonces, en forma directa, a la terminal de la casa de Heather, en este caso. Hasta se podía guiar el punto de vista, dentro de un volumen limitado.

La interfaz comercial de la cámara Gusano hacía que se la sintiera como juguete, cada una de las imágenes venía marcada de manera indeleble con los entrometidos logos y avisos de Nuestro Mundo. Pero Heather sabía que intrínsecamente la cámara Gusano era *mucho* más poderosa que lo que parecía, en esta primera aparición pública.

Cuando dominó el sistema por primera vez se sintió

excesivamente complacida y llamó a Mary para que viniera a ver.

—Mira —le dijo señalando la imagen de la cámara. Era la de una casa no identificada bajo la luz natural de un atardecer estival; el marco de la imagen estaba cubierto por completo con molestos logotipos de avisos—. Ésta es la casa en que nací; está en Boise, Idaho. En esa misma habitación, de hecho.

Mary se encogió de hombros.

—¿Vas a llevarme de excursión?

—Por supuesto. A decir verdad, lo conseguí para ti, en parte. Los deberes que te dieron como tarea en el colegio…

—Sí, sí.

—Escucha, esto no es un juguete. —Bruscamente, la pantalla se llenó con un bloqueo en color apaciguador.

Mary frunció el entrecejo.

—¿Qué pasa?… Ah, ya entiendo, viene con un filtro nodriza. De esa manera únicamente vemos lo que ellos nos permiten ver.

La idea era que a las cámaras Gusano no se las podía usar para fisgonear, para espiar a la gente en su casa o en otros lugares privados, ni para violar lo que había de confidencial en las grandes empresas, ni para ver edificios del Estado, instalaciones militares, estaciones de policía y otros lugares sensibles. Se suponía que el soporte lógico nodriza también vigilaba los patrones de utilización y, en el caso de conducta morbosa o excesiva, interrumpía el servicio y brindaba asesoramiento, ya fuere por parte de sistemas expertos o de un agente humano.

Y, por ahora, sólo se había puesto a disposición del público las facultades de visión a distancia de la cámara Gusano. A la visión retrospectiva, la mayoría de los expertos la consideraba *más que* peligrosa como para que se la pusiera en manos de la gente común. En verdad, según se argumentaba, ya era peligroso que se diera a conocer la existencia de la facultad de retrospección.

Pero, claro está, todo este cuidado primoroso únicamente habría de ser tan efectivo como el ingenio de los diseñadores humanos que estaban detrás de la cámara. Y alimentados por rumores en Internet, y por filtraciones y especulaciones en la industria, se extendía cada vez más fuerte el clamor para que al público se le diera un mayor acceso a toda la potencia de la cámara Gusano: a los observadores retrospectivos mismos.

Heather presentía que esta nueva tecnología iba a ser, por su misma naturaleza, difícil de contener…

Pero eso no era algo que estuviera por compartir con su hija de quince años de edad.

Heather puso claro el agujero de gusano y se preparó para iniciar una nueva búsqueda.

—Necesito trabajar. Ve. Puedes jugar más tarde. Una hora solamente.

Con una mirada de desprecio, Mary salió y Heather volvió su atención a Uzbekistán.

Anna Petersen, Armada de Estados Unidos, heroína de una telenovela documental por cámara Gusano de veintisiete por siete, se había destacado al participar en la intervención de las Naciones Unidas, dirigida por Norteamérica, en la guerra por el agua que rugía en la zona del mar de Aral. Una guerra de precisión es la que estaban librando los aliados contra el principal agresor, Uzbekistán, una agresión que había amenazado los intereses del Occidente en los depósitos de aceite y azufre y en diversos sitios de producción de minerales, comprendida una fuente fundamental de cobre. Brillante y técnica, Anna había trabajado mayormente en el comando y en operaciones de control y comunicaciones.

La tecnología de la cámara Gusano estaba cambiando la naturaleza de la actividad bélica, del mismo modo que lo había hecho con muchas cosas más. Estas cámaras ya habían reemplazado en gran medida la compleja tecnología de vigilancia —satélites, aviones de comprobación y centrales en tierra firme— que había regido los campos de batalla durante décadas. Si hubiese habido ojos con la capacidad de verlo, cada uno de los blancos principales de Uzbekistán habría destellado con bocas evanescentes de agujero de gusano. Bombas con guía de precisión, misiles crucero y otras armas, muchas de las cuales no eran más grandes que pájaros, habían llovido sobre los centros de defensa aérea sobre las instalaciones militares de comando y control, sobre casamatas que ocultaban tropas, y sobre tanques, plantas hidroeléctricas y cañerías de gas natural; y sobre todo blanco posible en ciudades tales como Samarkanda, Andiyán, Namangán y la capital, Tashkent.

La precisión no reconocía precedentes y, por primera vez en operaciones así, podían verificarse buenos resultados.

Por supuesto, por ahora las tropas aliadas tenían el dominio en el despliegue de cámaras Gusano. Pero las guerras futuras se iban a tener que librar sobre la base de la presunción de que ambos bandos tenían información perfecta y al día sobre la estrategia, los recursos y el despliegue del otro. Heather suponía que era demasiado esperar que semejante cambio en la naturaleza de la guerra pudiese llevar a su final definitivo, pero, por lo menos, le iba dando a los combatientes una pausa para la meditación, y eso podría conducir a evitar mayores pérdidas.

De todos modos, esta guerra, la guerra de Anna, la fría batalla de la información y la tecnología, era la guerra de la que el público estadounidense había sido testigo, en parte gracias al punto de vista

de la cámara Gusano que Heather misma había operado, volando junto al bien torneado hombro de Petersen mientras su dueña se desplazaba desde un libreto clínico, sin derramamiento de sangre, a otro.

Pero se habían oído rumores, la mayoría de los cuales circulaba en los rincones de la Internet que aún permanecían exentos de control, de que otra guerra, más primitiva, estaba teniendo lugar en el terreno, cuando las tropas iban a afianzar lo ganado mediante los ataques aéreos.

Entonces, un canal inglés de noticias dio a conocer un informe sobre un campamento de prisioneros que estaba en el campo de batalla, en el que a cautivos de las Naciones Unidas, entre ellos estadounidenses, los uzbecos mantenían en detención. También había rumores de que a las prisioneras, incluidas las de las tropas aliadas, las habían raptado de los campamentos para violarlas, o se las introducía en burdeles por la fuerza, en lo más profundo de la campiña.

Estaba claro que revelar todo beneficiaba a los fines de los Estados que estaban detrás de la alianza antiuzbeca. Los magos de la pluma que escribían los relatos para el gobierno de Juárez estaban de acuerdo en poner de relieve la perturbadora idea de que la muy saludable Anna de lowa estuviera en manos de atezados abusadores uzbecos.

Para Heather todo esto era la prueba de que se estaba librando un conflicto sucio, que distaba mucho del videojuego limpio y sin consecuencias con el que Anna Petersen estaba en connivencia. Los pelos de la nuca de Heather se habían erizado ante la idea de que ella podría estar desempeñando un papel en una inmensa máquina de propaganda. Pero cuando solicitó permiso de su empleador, Noticias En Línea de la Tierra, para descubrir la verdad de esa guerra, se lo rehusaron. Su acceso a las instalaciones de la empresa de la Fábrica de Gusanos sería revocado si ella intentaba investigar.

Mientras estaba en el centro de la atención pública, en su carácter de ex esposa de Hiram, tuvo que mantener la cabeza gacha.

Pero en aquel entonces la feroz atención del foco público se alejó de los Mayse… y ella pudo permitirse obtener su propio acceso a la cámara Gusano. Renunció a NET; consiguió un nuevo trabajo que le permitía pagar las facturas, trabajando en una biografía de Abraham Lincoln por cámara Gusano y puso manos a la obra.

Le tomó un par de días encontrar lo que estaba buscando.

Siguió a prisioneros uzbecos a los que estaban subiendo a un camión abierto de las Naciones Unidas e iban a trasladar bajo la lluvia. Pasaron a través de la ciudad de Nakus, controlada por tropas aliadas, y siguieron hacia la campiña que estaba más allá.

Ahí, según descubrió Heather, las tropas aliadas habían

establecido un campamento propio de prisioneros.

Era un complejo para la extracción de hierro, que estaba abandonado. A los prisioneros se los mantenía encerrados en jaulas de un metro de altura, de metal, y apiladas sobre un cargador de mineral. Los prisioneros estaban imposibilitados de estirar piernas o espalda. Se los mantenía sin condiciones de higiene, ni alimento adecuado, ni ejercicio ni acceso a la Cruz Roja o su equivalente musulmán, la Merjamet. A través del enrejado goteaba la mugre de las jaulas de arriba a las que estaban abajo.

Heather estimó que ahí debía de haber no menos de mil hombres. Sólo se les daba una taza de sopa aguachenta por día. La hepatitis era epidémica y se estaban difundiendo otras enfermedades.

Día por medio se elegían prisioneros, aparentemente al azar, y se los sacaba para golpearlos. Tres o cuatro soldados rodeaban a cada prisionero y le pegaban con barras de hierro, con bastones de madera para reprimir manifestaciones, o con bastones cortos de policía. Luego de un tiempo, la paliza cesaba. Si el prisionero podía caminar se lo volvía a arrojar al ruedo para someterlo a más de ese tratamiento, y los golpes continuaban. Después, los otros prisioneros los llevaban de vuelta a la correspondiente jaula.

Ésta era una pauta general de conducta. Existían tratamientos especiales, que los guardianes les infligían a los prisioneros casi con espíritu de experimentación, por ejemplo, no se les permitía defecar; o se los forzaba a comer arena; o bien a tragar sus propias heces.

Seis personas habían muerto en el lapso que Heather vigiló el campamento. Las muertes se produjeron como consecuencia de los castigados, de la exposición a las condiciones climáticas o por enfermedad. En ocasiones, se le disparaba a un prisionero si intentaba huir o devolver los golpes. Cuando se liberaba a un detenido era para que llevara a sus camaradas la noticia de la firmeza con que actuaban estas tropas de casco azul.

Heather observó que los guardias tenían sumo cuidado de utilizar nada más que armas capturadas al enemigo, como si hubieran estado decididos a no dejar rastros inequívocos de sus actividades. Era evidente, pensaba Heather, que la potencia de la cámara Gusano todavía no había hecho impacto en la imaginación de estos soldados, aún no se habían acostumbrado a la idea de que se los podía observar en cualquier lugar, en cualquier momento, incluso en forma retrospectiva desde el futuro.

Habría resultado casi imposible mirar esos sanguinarios hechos, invisibles para el público en general, tan sólo unos meses atrás.

Esto sería dinamita a punto de estallar en el culo de la presidenta Juárez que, en opinión de Heather, ya había dado pruebas suficientes de ser la peor y más ruin gobernante que hubiera contaminado jamás

la Casa Blanca desde que empezara el siglo, lo cual era decir demasiado, por no mencionar que, en su carácter de primera mujer Presidente, era el principal motivo de vergüenza para la mitad de la población.

Y quizá —Heather se permitió tener la esperanza— la conciencia de las masas se agitaría una vez más cuando la gente viera cómo era la guerra en realidad, en toda su sanguinaria belleza, tal como había podido apreciar brevemente cuando Vietnam se convirtió en la primera guerra transmitida por televisión, y antes de que quienes la comandaban hubieran vuelto a imponer el control sobre la cobertura que hacían los medios de prensa.

Hasta albergaba la esperanza de que el acercamiento del Ajenjo hiciera cambiar el modo en que la gente pensaba de su prójimo. Si todo iba a terminar dentro de nada más que unas pocas generaciones, ¿qué importaban los antiguos enconos? ¿Y era el propósito del tiempo que quedaba, de los días que le quedaban a la existencia humana, infligirse dolor y sufrimiento los unos a los otros?

Seguiría habiendo guerras justas, de eso no había dudas, pero ya no iba a ser posible despojar al adversario de su carácter de ser humano ni hacerlo aparecer como si fuera el Diablo en persona… no cuando cualquier persona podía pulsar una pantalla flexible y ver por sí misma a los ciudadanos de cualquiera nación a la que se considerase enemiga. Y no habría más mentiras de los que fomentaban las guerras, respecto de la capacidad, la intención y la resolución del adversario. Si la cultura del secreto finalmente se quebraba, ningún Estado se saldría con la suya con actos como éste, nunca más.

O, quizás, ella no era otra cosa que una idealista.

Insistió, decidida, motivada; no importaba qué intensamente objetiva trataba de ser, a esas escenas las hallaba insoportablemente desgarradoras: ver a esos hombres desnudos, lastimados, retorciéndose de agonía a los pies de soldados que llevaban casco azul y tenían la cara limpia, dura, de ciudadanos de Estados Unidos de Norteamérica.

Se tomó un respiro. Durmió un poco, se bañó, después se preparó algo para comer (el desayuno, a las tres de la tarde).

Sabía que no era el único ciudadano que le estaba dando esta clase de uso a los nuevos dispositivos.

Por todo el país, según había oído decir, se estaban formando escuadrones de la verdad que usaban cámaras Gusano y la Internet. Algunos de los escuadrones no eran más que proyectos de observación en los vecindarios. Pero una de las organizaciones, llamada Vigilancia de la Policía, estaba difundiendo instrucciones respecto de cómo seguir minuciosamente a los policías en su tarea, con el objeto de constituirse en testigos imparciales de cada actividad de esos funcionarios. Por lo que se decía, esta nueva situación —la de estar

sujetos a que se conociera con precisión lo que hacían— ya estaba teniendo un señalado efecto sobre la calidad de la actividad de los policías: los agentes perversos y corruptos que, por fortuna, eran escasos de todos modos, quedaban al descubierto casi de inmediato.

Los grupos de consumidores habían ganado poder de manera repentina, y todos los días se descubrían negocios fraudulentos, además de exponerse a sus artífices. En la mayoría de los estados de la Unión se daban a conocer análisis detallados de la información sobre financiamiento de campañas políticas, en algunos casos por primera vez. Se hacía gran hincapié sobre las actividades más tenebrosas del Pentágono y sobre su oscuro presupuesto. Y así todo el tiempo.

Heather se regodeaba con la idea de que ciudadanos comunes y corrientes, pero responsables, armados con cámaras Gusano y suspicacia, se apiñaran alrededor de los corruptos y delincuentes, como glóbulos blancos alrededor de una bacteria. En la mente de ella había una simple cadena de causalidad que subyacía a las libertades fundamentales: el aumento de la apertura aseguraba que hubiera responsabilidad ante la sociedad lo que, a su vez, mantenía la independencia. Y ahora un milagro tecnológico… o un accidente… parecía estar entregando en manos de los ciudadanos comunes la herramienta más poderosa, imaginable para la difusión abierta.

Jefferson y Franklin probablemente la habrían adorado, aun si eso hubiera significado el sacrificio de su propia vida privada…

Había ruido en su estudio, risitas entrecortadas apagadas.

Descalza, Heather avanzó con sigilo hasta la puerta semiabierta, Mary y una amiga estaban sentadas ante el escritorio de Heather:

—Mira a ese cretino —estaba diciendo Mary—, su mano sigue resbalándose de la punta.

Heather reconoció a la amiga: Sasha, estaba un curso por encima de Mary en la escuela secundaria; era conocida entre la mafia de los padres locales como una mala influencia. El aire estaba denso con el humo proveniente de un *porro*… probablemente uno de la propia reserva de Heather.

La imagen que daba la cámara Gusano era la de un adolescente. También a él lo tenía Heather como uno de los muchachos de la escuela… ¿Jack? ¿Jacques? Estaba en su dormitorio. Tenía los pantalones bajados hasta alrededor de las pantorrillas y, delante de una pantalla flexible, con más entusiasmo que aptitud se estaba masturbando.

Heather dijo con tono calmo:

—Felicitaciones. Así que lograste abrirte paso a través del bloqueo nodriza.

Tanto Mary como Sasha dieron un salto, asustadas. Sasha agitó inútilmente la mano en el aire, para esparcir la nube de humo de

marihuana.

Mary volvió a la pantalla.

—¿Por qué no? *Tú* lo hiciste.

—Yo lo hice por una razón válida.

—Así que está bien para ti, pero no para mí. Eres tan hipócrita, mamá.

Sasha se puso de pie.

—Yo me largo.

—Sí, es lo mejor que puedes hacer —le dijo Heather con tono cortante a la espalda de la muchacha en retirada—. ¿Mary, ésta eres tú? ¿Espiando a tus vecinos como una vil *voyeur*?

—¿Qué otra cosa hay para hacer? Admítelo, mamá: tú misma también te estás poniendo un poco húmeda…

—¡Lárgate de acá!

La carcajada de Mary se convirtió en una afectada risa despectiva, y salió de la habitación.

Heather, temblando, se sentó ante la pantalla y estudió al muchacho. La pantalla flexible en la que tenía fijada la vista mostraba otra toma de la cámara Gusano. Había una muchacha en la imagen, desnuda, que también se estaba masturbando, pero sonreía y en los labios modulaba palabras para el muchacho.

Heather se preguntó cuántos mirones más tenía esta pareja. Quizás estos dos no habían pensado en eso: a una cámara Gusano no se la podía intervenir, pero resultaba difícil recordar que la cámara Gusano significaba acceso global para toda la gente, cualquier persona podía mirar a esa parejita jugar.

Estaba lista para apostar a que en esos primeros meses, el noventa y nueve por ciento del uso que se habría de dar a las cámaras Gusano sería para esta clase de crudo voyeurismo. Quizás era como el súbito acceso libre a la pornografía desde el hogar, sin tener que entrar a una tienda sórdida, que Internet había hecho posible. De alguna forma, todo el mundo alguna vez quiso ser un voyeur; ése era el argumento que se esgrimía, y ahora podían serlo sin el peligro de que se los descubriera.

Por lo menos, ésa era la impresión que se tenía: la verdad era que cualquier persona podría estar mirando a los voyeur también, y a su vez alguien pudo haber estado observando a Mary y Sasha, dos bonitas adolescentes que gratamente se estaban excitando sexualmente. Y quizás hasta había una comunidad que podría obtener alguna clase de placer observándola a *ella*, a Heather, una mujer madura que contemplaba en forma analítica todo este tonto material.

Quizá, decían algunos de los comentaristas, fue la oportunidad del fisgoneo sexual lo que estaba impulsando las primeras ventas de este acceso a la cámara Gusano desde la casa, y que incluso estaba

impulsando su desarrollo tecnológico, del mismo modo en que los abastecedores de material pornográfico habían impulsado el desarrollo inicial de las instalaciones de la Internet. A Heather le habría agradado creer que sus congéneres eran un poco más profundos que eso. Pero, quizás, una vez más ella no era otra cosa más que una idealista.

Y, después de todo, no todo el fisgoneo era para producir una excitación agradable. Todos los días se leía titulares sobre gente que, por un motivo o por otro, había espiado a quienes tenía cerca, descubriendo secretos y traiciones y asquerosidades que se infiltraban de manera furtiva: eso había originado una oleada de divorcios, violencia doméstica, suicidios, guerras intestinas entre amigos, cónyuges, hermanos, hijos y sus padres; un montón de basura para resolver en un montón de relaciones personales, suponía Heather, antes de que toda la gente creciera un poco y se habituara a la idea de una apertura como la de quien vive en una casa con paredes de cristal.

Observó que en la pared de su dormitorio el muchacho tenía una imagen espectacular de los anillos de Saturno, obtenida por la sonda espacial *Cassini.* Naturalmente, en esos momentos no le prestaba la más mínima atención: estaba mucho más interesado en su pene. Heather recordó cómo su propia madre, por Dios, hacía casi cincuenta años, le contaba sobre la clase de futuro en el que *ella* había crecido, en años más optimistas y con ideas de expansión. En el año 2025, solía decir su madre, espacionaves impulsadas por energía atómica harían vuelos regulares entre los planetas colonizados, transportando agua y minerales preciosos extraídos de los asteroides. Quizá la primera sonda interestelar ya se habría lanzado. Y así todo el tiempo.

A lo mejor, a los adolescentes de ese mundo les pudo haber desviado su atención de las mutuas partes corporales. ¡Por lo menos, parte del tiempo!, el espectáculo de los exploradores que se hallaban en el Valle del Mariner, en Marte, o en la gran cuenca del Calor, en Mercurio o en los cambiantes campos de hielo en la luna Europa, de Júpiter.

Pero, pensó, en nuestro mundo todavía estamos atascados aquí, en la Tierra, e incluso lo futuro parece terminar en una negra muralla de roca contra la que nos estrellamos a toda velocidad, y pareciera que todo lo que nos interesa hacer es espiarnos los unos a los otros.

Cortó el enlace con el agujero de gusano y agregó nuevos protocolos de seguridad a su terminal: eso no impediría para siempre el acceso de Mary, pero sí haría que se moviera con un poco más de lentitud.

Una vez hecho eso, exhausta y deprimida, volvió al trabajo.

17. LA MÁQUINA DEL DESDORO

David y Heather se sentaron ante una parpadeante pantalla flexible, las caras iluminadas por la severa luz de sol de un día que se había ido hacía mucho.

Era un soldado raso, uno del Primero de Infantería de Maryland. Era uno de una línea que se extendía a la distancia, los rifles de chispa levantados. Se podía oír el redoble de un tambor, continuo y ominoso.

Todavía no se habían enterado del nombre del soldado.

Su cara estaba tiznada, manchada por el sudor; el uniforme, asqueroso, sucio por la lluvia y con parches por todas partes. Era visible que cada vez se estaba poniendo más nervioso a medida que se acercaba al frente.

El humo cubría las líneas a lo lejos. Pero David y Heather ya podían oír el crujir de las armas portátiles, el retumbar del cañón.

El soldado que observaban ahora pasó frente a un hospital de campaña: había tiendas montadas en el centro de un campo empantanado. Se veían hileras de cuerpos inmóviles, descubiertos, yaciendo afuera de la tienda más cercana y, algo que era más horroroso, una pila de brazos y piernas cortados, algunos todavía llevando jirones de ropa. Dos hombres estaban alimentando con esos miembros un brasero. El lamento de los heridos que estaban dentro de las tiendas era perturbador, lejano, agónico.

El soldado hurgó dentro de su guerrera y extrajo un mazo de barajas, percudidas y atadas con una piola, y una fotografía.

David, operando los controles de la cámara Gusano, congeló la imagen e hizo un acercamiento sobre la pequeña fotografía, muy ajada por el contacto repetido con los dedos, su imagen una granosidad tosca en blanco y negro.

—Es una mujer —dijo en tono pausado—. Y eso parece un burro. Y… Oh.

Heather estaba sonriendo.

—Tiene miedo. Piensa que éste podría ser el último día de su vida. No quiere que esas cosas tan privadas se envíen a casa junto con sus efectos personales.

David retomó la secuencia. El soldado dejó caer sus posesiones en el lodo y las hundió en él con el taco de la bota.

Heather dijo:

—Escucha. ¿Qué está cantando?

David ajustó los filtros de volumen y frecuencia. El acento del soldado raso era notablemente marcado, pero las palabras eran reconocibles.

—…*Dentro del pabellón de las limpias y blanqueadas salas / Donde*

los muertos duermen y los agonizantes yacen / Heridos por sables, bayonetas y balas / Un día fue transportado el amado de alguien…

Un oficial montado vino por detrás de la línea, su caballo negro y sudado visiblemente nervioso.

—*Cerrar filas. Alinearse, ahí… Cerrar filas.* —Su acento era afectado, extraño al oído de David…

Hubo una explosión, tierra que salía volando. Los cuerpos de unos soldados simplemente parecieron estallar en fragmentos grandes, sanguinolentos.

David se espantó. Había sido una granada de cañón. Repentinamente, la guerra estaba allí.

El nivel de ruido se elevó en forma abrupta: se oyeron vítores, imprecaciones, un martilleo de fusiles de chispa y de pistolas. El soldado raso levantó su rifle, disparó con rapidez y sacó otro cartucho de su canana. Lo mordió, dejando expuestas la pólvora y la bala esférica, y partículas de pólvora negra quedaron pegadas en sus labios.

Heather murmuró:

—Dicen que la pólvora tenía el gusto de la pimienta.

Otra granada cayó cerca de la rueda de una pieza de artillería. Un caballo que estaba cerca del cañón pareció explotar; sanguinolentos pedazos del animal volaron en todas direcciones. Un hombre que caminaba al lado cayó y se quedó mirando con evidente sorpresa el muñón en que ahora terminaba su pierna.

En estos momentos, todo alrededor del soldado raso era horror: humo, fuego, cuerpos mutilados, muchos hombres desparramados en el suelo, retorciéndose. Pero el soldado parecía estar cada vez más calmado. Continuó su avance.

David dijo:

—No lo entiendo, está en medio de una matanza en masa. ¿No sería una actitud racional que retrocediera, que se escondiera?

Heather contestó:

—Él mismo puede no entender siquiera de qué se trata la guerra. A los soldados les ocurre a menudo. En este preciso instante este hombre es responsable de sí mismo; su destino está en sus propias manos. Quizá siente alivio porque el momento ha llegado. Y, además, tiene una reputación, la estima de sus compañeros.

—Es una forma de locura —dijo David.

—Por supuesto que lo es…

No oyeron la bala de rifle que venía.

Pasó a través de la órbita de uno de los ojos y salió por la parte de atrás de la cabeza del soldado raso, llevándose consigo un pedazo de cráneo del tamaño de la palma de una mano. David pudo ver adentro materia roja y gris.

El soldado raso quedó unos segundos más de pie, todavía

portando su arma, pero el cuerpo se sacudía, las piernas entraron en convulsión. Después cayó hecho un guiñapo.

Otro soldado dejó caer el rifle y se arrodilló al lado del primero. Levantó la cabeza del soldado raso con delicadeza y parecía estar tratando de volver a meterle el cerebro adentro del cráneo destrozado…

David pulsó su control: la pantalla flexible quedó en blanco. Se arrancó los auriculares de los oídos.

Durante un instante quedó sentado sin moverse, permitiendo que las imágenes y los sonidos del horrendo campo de batalla de la Guerra Civil estadounidense se alejaran de su cabeza, para ser reemplazados por la serena calma científica de la Fábrica de Gusanos, el murmullo apaciguado de los investigadores.

En hileras de cabinas similares a la de ellos, a su alrededor la gente trabajaba afanosamente sobre poco claras imágenes de la cámara Gusano: pulsando en pantallas flexibles, escuchando en los auriculares el bisbiseo, tomando notas en blocks de hojas oficio amarillas. La mayor parte de esa gente había ganado su admisión a través de la presentación de propuestas de investigación que examinaba una comisión que había constituido David y, después, se seleccionaban por sorteo. A otros se los había traído en calidad de invitados de Hiram, como Heather y su hija. Eran periodistas, investigadores, académicos, que intentaban resolver disputas históricas; también estaban quienes tenían intereses especiales, entre ellos algunos teóricos de las conspiraciones, con algunos puntos por demostrar.

En alguna parte, alguien estaba silbando suavemente una canción infantil. La melodía hacía extraño contrapunto a los horrores que todavía restallaban alrededor de la cabeza de David… pero él supo la importancia de inmediato. Uno de los investigadores más entusiastas que allí estaba se había propuesto resolver la sencilla tonada que se decía constituyó la base de las variaciones *Enigma* de 1899, de Edward Elgar. Se había propuesto muchos candidatos, desde las tonadas religiosas de los negros del sur de Estados Unidos y éxitos de comedias musicales olvidadas, hasta la canción de cuna *Titila, Titila, Estrellita.* Ahora, empero, el sonido daba la impresión de que el investigador hubiera descubierto la verdad y David dejó que su mente le pusiera la letra a la delicada melodía: *Mary tenía un corderito…*

A los investigadores se los había traído hasta ahí porque Nuestro Mundo todavía estaba muy adelante de los competidores en cuanto a potencia de su tecnología de cámara Gusano. La profundidad del pasado que era accesible al análisis moderno estaba aumentando todo el tiempo; algunos investigadores ya habían logrado remontarse tan atrás como tres siglos. Pero, por el momento, para bien o para mal, el

empleo de las poderosas cámaras Gusano retrospectivas permanecía bajo rígido control y únicamente se lo ofrecía en instalaciones como éstas, en las que a los usuarios se los seleccionaba y se los disponía por orden de prioridad y se los mantenía bajo vigilancia; a los resultados que obtenían se los corregía con todo cuidado y se les aplicaba pruebas de interpretación, antes de ponerlos al alcance del público.

Pero Davis sabía que no importaba cuan atrás en el tiempo mirase, o qué fuese aquello a presenciar, o el modo en que a las imágenes se las analizara y discutiera: los quince minutos de la Guerra de Secesión que acababa de soportar permanecerían con él para siempre.

Heather le tocó el brazo.

—No tienes un estómago fuerte, ¿no? Tan sólo rasguñamos la superficie de esta guerra… apenas si hemos empezado a estudiar el pasado.

—Pero es una inmensa y desgastante carnicería.

—Por supuesto que sí. ¿No lo es siempre? De hecho, la Guerra Civil fue una de las primeras guerras verdaderamente modernas. Más de seiscientos mil muertos, casi un millón de heridos, en un país cuya población sólo era de treinta millones de personas. Es como si hoy perdiéramos cinco millones. Fue un triunfo peculiarmente estadounidense que un país tan joven organizara un conflicto tan vasto.

—Pero fue justa —dijo David. Heather estaba trabajando en el período de la Guerra Civil estadounidense, como parte de sus investigaciones para la primera biografía verdadera de Abraham Lincoln, compilada por cámaras Gusano, a la que financiaba una asociación de estudios históricos. —¿Ésa será tu conclusión? Después de todo, la guerra llevó a la erradicación de la esclavitud en Estados Unidos.

—Pero no era ése el objetivo de esa guerra. Estamos a punto de perder nuestras ilusiones románticas respecto de ella, a punto de enfrentar la verdad que los historiadores más valientes enfrentaron todo el tiempo: la guerra fue el choque de intereses económicos, del Norte contra el Sur. Los esclavos eran un bien de capital que valía miles de millones de dólares. Y fue un asunto sanguinario que hizo erupción desde una sociedad con desigualdades, dominada por las diferencias de clase. Tropas de Gettysburg se enviaron a Nueva York para sofocar disturbios por la oposición al reclutamiento obligatorio. Lincoln hizo encerrar alrededor de treinta mil presos políticos sin juicio…

David lanzó un silbido.

—¿Crees que la reputación de Lincoln podrá sobrevivir después que veamos todo eso? —Empezó a preparar un nuevo ciclo de trabajo.

Heather se encogió de hombros.

—Lincoln sigue siendo una figura impresionante… aun cuando no fuera homosexual.

Eso hizo estremecer a David.

—¿Qué? ¿Estás segura?

Heather sonrió.

—Ni siquiera bisexual.

Desde el cubículo vecino pudo oír el débil sonido de chillidos en tono alto.

Heather dirigió a David una sonrisa de cansancio.

—Mary. Está mirando a los Beatles otra vez.

—¿Los Beatles?

Heather escuchó un instante.

—El Top Ten Club de Hamburgo. Abril de 1961 probablemente. Actuaciones legendarias, en las que se cree que los Beatles tocaron mejor que lo que nunca volvieron a hacerlo. Nunca se las filmó y, claro está, nunca se las volvió a ver hasta ahora. Mary está repasando todas y cada una de las actuaciones, repitiéndolas noche tras noche.

—Hmmm. ¿Cómo andan las cosas entre ustedes dos?

Heather lanzó una rápida mirada hacia el tabique; después habló en tono quedo:

—Me preocupa que nuestra relación esté enfilada hacia un fracaso total y absoluto. David, no sé qué hace Mary la mitad del tiempo, ni adonde va, ni con quién se encuentra… Todo lo que recibo es ira. No fue sino el soborno de usar una cámara Gusano de Nuestro Tiempo lo que la trajo aquí hoy. Aparte de hacerlo para los Beatles, ni siquiera sé para qué está usando la cámara.

David vaciló.

—Tengo mis dudas respecto de cuan ético es lo que te ofrezco, pero… ¿querrías que lo averigüe?

Heather frunció el entrecejo y de los ojos se apartó cabellos que se estaban poniendo grises.

—¿Puedes hacer eso?

—Hablaré con ella.

La imagen de la pantalla flexible se estabilizó.

El mundo apenas si reparará en, ni recordará durante mucho tiempo, lo que decimos acá, pero nunca, podrá olvidar lo que ellos hicieron acá…

El auditorio de Lincoln —con esos rígidos sombreros de copa alta y abrigos negros, casi todos ellos hombres— tenía un aspecto por completo extraño, pensó David. Y Lincoln mismo se destacaba entre todos ellos, tan alto y enjuto que parecía casi grotesco; su voz tenía un tono lastimoso irritantemente alto y nasal. Y aun así…

—Y aun así —dijo David—, sus palabras todavía tienen el poder de conmover.

—Sí —dijo Heather—. Creo que Lincoln sobrevivirá al proceso de biografía verdadera. Era complejo, ambiguo, nunca era directo. Le decía a sus oyentes lo que querían oír, a veces era proabolición; a veces, no. Por cierto que no era el Abe de la leyenda. El viejo Abe, el honesto Abe, Abe el padre… Pero estaba viviendo en tiempos difíciles. Salió bien de una guerra, convirtiéndola en una cruzada. De no haber sido por Abe, quién sabe si la nación podría haber sobrevivido.

—Y no era homosexual.

—Nop.

—¿Y qué hay respecto del diario de Joshua Speed?

—Una astuta falsificación que, después de la muerte de Lincoln, armó una camarilla de simpatizantes confederados que estaba detrás del asesinato. Todo estaba diseñado para denigrar el carácter de Lincoln, aún después de que le quitaran la vida…

La vida sexual de Abraham Lincoln había caído bajo una inspección minuciosa después del descubrimiento de un diario supuestamente escrito por Joshua Speed, comerciante de Springfield, Illinois, con el cual Lincoln, cuando era un abogado joven y empobrecido, se había hospedado durante algunos años. Aunque tanto Speed como Lincoln más tarde se casaron —y, de hecho, ambos tuvieron fama de tenorios—, habían corrido rumores de que los dos habían vivido juntos una relación homosexual.

En los difíciles años de principios del siglo XXI, Lincoln había renacido como figura de permisividad y amplia atracción: “Lincoln Rosado”, un héroe dividido para una era dividida. En las Pascuas de 2015, el sesquicentenario del asesinato de Lincoln, esto había llegado a su climax con una celebración al aire libre que se hizo en torno al monumento a Lincoln en Washington, D.C.: durante una sola noche, a la gran figura de piedra se la había bañado con una luz rosado chillón proveniente de reflectores.

—…Hice certificar por escribano los registros de la cámara Gusano, para demostrarlo —dijo ahora Heather—. Hice que sistemas expertos recorrieran rápidamente todos y cada uno de los encuentros sexuales de Lincoln, desde los más antiguos hasta los últimos: ahí no existe el menor vestigio de conducta homo o bisexual.

—Pero Speed…

—El y Lincoln compartieron una cama en aquellos años en Illinois, pero eso no era algo fuera de lo común en aquellos tiempos: ¡Lincoln no tenía dinero para pagarse una cama propia!

David se rascó la coronilla.

—Esto —dijo— va a incomodar a todos.

Heather le contestó:

—Sabes, vamos a tener que habituarnos a eso. No más héroes, no más cuentos de hadas. Los líderes que logran suceso son pragmáticos.

Casi todas las elecciones que hacen son entre opciones malas; los más sagaces de ellos, como Lincoln, eligen el mal menor, y lo hacen de manera constante. Y eso es prácticamente todo lo que se les puede pedir.

David asintió con la cabeza.

—Quizá. Pero ustedes, los estadounidenses, tienen la suerte de que ya se les está acabando la historia. A nosotros, los europeos, nos quedan miles de años más para presenciar.

Quedaron en silencio y contemplaron las almidonadas imágenes de Lincoln y de sus oyentes, las voces agudas, el crujido de los aplausos de hombres que habían muerto hacía ya largo tiempo.

18. PERCEPCIÓN RETROSPECTIVA

Después de seis meses, el caso de Kate todavía estaba retenido.

Bobby hacía llamadas varias veces por semana para ver al agente especial Michael Mavens, del FBI. Mavens constantemente rehusaba verlo.

Entonces, de manera repentina y para sorpresa de Bobby, Mavens lo invitó a venir al Departamento Central delfbi en Washington, D. C. Bobby arregló apresuradamente la plaza en un vuelo.

Lo halló a Mavens en la oficina de éste: una pequeña caja anónima que carecía de ventanas y era sofocante. Mavens estaba sentado detrás de un escritorio atestado de papeles, con los pies apoyados sobre una pila de cajas con carpetas; se había quitado la chaqueta y llevaba la corbata suelta, mientras miraba un noticiario en una pequeña pantalla flexible. Con un ademán le indicó a Bobby que permaneciera en silencio.

La noticia que estaban pasando se refería al alcance de las actividades del escuadrón de la verdad de los ciudadanos, que llegaba hasta los rincones más sombríos del pasado ahora que, en respuesta a un clamor poderoso e inmediato, las facultades de retrospección de las cámaras Gusano por fin se habían hecho accesibles al uso privado.

En medio de la investigación del sucio pasado del prójimo, entre la contemplación con admiración o sorpresa o vergüenza de cómo habían sido ellos mismos cuando eran más jóvenes, las personas habían empezado a dirigir la mirada impía de las cámaras Gusano hacia los ricos y poderosos. Se había producido un aluvión nuevo de renuncias a cargos públicos y a instituciones y empresas prominentes, cuando se exhumaron diversos delitos cometidos en el pasado. Se estaba dando a conocer toda una serie de antiguos atropellos. Una vez más se revolvían las brasas del antiguo escándalo relativo al conocimiento que las compañías fabricantes de cigarrillos tenían —en verdad, más que conocimiento, manipulación— de los efectos tóxicos y adictivos de los productos que elaboraban. La complicidad y la obtención de utilidades que tuvieron las compañías más grandes del mundo en la Alemania nazi, habían sido aun más amplias de lo que se había imaginado; muchas compañías todavía seguían operando y algunas de ellas eran estadounidenses; la justificación de que se había dejado sin completar la desnazificación con el objeto de ayudar a la recuperación económica después de la guerra parecía ser, vista a la distancia, dudosa. La mayor parte de los fabricantes de computadoras en verdad habían tomado recaudos inadecuados para proteger a sus clientes, cuando los microprocesadores en frecuencia de microonda habían aparecido en el mercado durante la primera década del siglo,

lo que desembocó en una enorme cantidad de casos de cáncer…

Bobby dijo:

—Esto da por tierra con las predicciones agoreras respecto de cómo nosotros, la gente común y corriente, no íbamos a ser lo suficientemente maduros como para manejar una tecnología tan poderosa como la del visor retrospectivo: todo esto me parece una actitud bastante responsable.

Mavens gruñó:

—Puede ser. Aunque todos estamos usando las cámaras Gusanos para las cosas baladíes también. Por lo menos, esos ciudadanos que actúan como cruzados no se limitan a fustigar al Estado. Siempre pensé que las grandes empresas representaban una amenaza para la libertad mucho mayor que la que nosotros hubiéramos podido significar. De hecho, los del Estado somos los únicos que los mantenemos bajo control.

Bobby sonrió.

—En Nuestro Mundo tenemos una serie de denuncias por el conflicto de las microondas. Todavía se está fijando el monto de las demandas por compensación.

—Toda la gente se está disculpando con toda la gente. ¡Qué mundo!… Bobby, tengo que decirle que sigo sin creer que podamos lograr mucho progreso con el caso de *Ms.* Manzoni. Pero podemos hablar sobre ello, si usted lo prefiere. —Mavens daba la impresión de estar agotado y tenía ojeras, como si hubiera estado sin dormir.

—Si no hay progresos, ¿por qué estoy aquí?

Mavens parecía sentirse desdichado, incómodo, un tanto fuera de lugar. Había perdido la intrépida certeza juvenil que Bobby recordaba de él.

—Debido a que tengo tiempo a mi disposición, que me llegó en forma súbita. No, no estoy suspendido, en caso que usted lo piense. Digamos que es un período sabático. Uno de mis antiguos casos fue sometido a revisión. —Miró fijamente a Bobby. —Y…

—¿Qué?

—Quiero que vea lo que la cámara Gusano nos está haciendo realmente. Tan sólo una vez, un ejemplo. ¿Recuerda el asesinato de Wilson?

—¿Wilson?

—Ciudad de Nueva York, hace unos años. Un adolescente de Bangladesh… había quedado huérfano como consecuencia de las inundaciones de 2033.

—Lo recuerdo.

—La oficina de reubicación de las Naciones Unidas le había encontrado a este refugiado en particular, llamado Mían Shanf, un hogar adoptivo en Nueva York. Una pareja de edad madura, sin hijos,

que ya antes había hecho una adopción —una niña, Barbara—y la había criado muy bien… en apariencia.

El desarrollo de los hechos pareció ser simple: a Mian lo mataron en su hogar. Mutilado, antes y después de que se lo matara; en apariencia, se lo había violado. El padre fue el sospechoso principal. —Hizo una mueca que se parecía a una sonrisa. —Los miembros de la familia siempre lo son.

"Trabajé en el caso. El personal forense fue ambiguo en la expresión de sus hallazgos y los mapas psíquicos de Wilson no exhibían una propensión especial hacia la violencia, ya fuese sexual o de cualquier otra índole. Pero tuvimos suficientes pruebas como para que se lo declarara culpable. Philip George Wilson fue ejecutado mediante una inyección letal el 27 de noviembre de 2034.

—Pero ahora…

—Debido a la exigencia que se le impone al tiempo de uso de la cámara Gusano para casos nuevos e irresueltos, la revisión de casos cerrados como el de Wilson tuvo baja prioridad. Pero ahora el público, que se puso en línea con estas cámaras, está buscando por sí mismo y está empezando a promover agitación para que se vuelva a abrir casos antiguos: los amigos, la familia, hasta los convictos mismos.

—Y ahora le toca al caso Wilson.

—Sí.—Mavens sonrió a medias. —Quizás usted pueda entender cómo me estoy sintiendo: verá, antes de la cámara Gusano nunca podía estar seguro de cuál era la verdad en un caso cualquiera dado. No existe testigo que sea ciento por ciento confiable. Los perpetradores saben cómo mentir en los exámenes psiquiátricos. Yo no podía conocer lo que había ocurrido, a menos que hubiera estado ahí.

"Wilson fue el primer criminal convicto al que se ejecutara como consecuencia de mis investigaciones. Yo sabía que había hecho lo mejor que podía para llegar a la verdad. Pero ahora, años después del hecho, he podido ver el supuesto crimen de Wilson por primera vez… y descubrí la verdad sobre el hombre a quién yo envié a la inyección.

—¿Está seguro de que me lo tiene que mostrar?…

—Estará en el dominio público muy pronto. —Mavens torció la pantalla flexible hacia Bobby para que éste pudiera ver, y empezó a teclear para llamar una grabación.

La pantalla se encendió para mostrar un dormitorio: había una cama amplia, un ropero y estantes; en la pared había carteles animados de estrellas del rock y de los deportes y afiches de películas. Un adolescente estaba tendido boca abajo sobre la cama. Era delgado, vestía una camiseta de manga corta y pantalones de denim y estaba apoyado sobre los codos leyendo libros y mirando una pantalla flexible de colores primarios, mientras mordisqueaba un lápiz. Era moreno y su cabello era una mata negra como el azabache.

Bobby preguntó:

—¿Ese es Mian?

—Sí. Un muchacho brillante, que vivía tranquilo y se esforzaba mucho. Acá está haciendo sus tareas para la escuela. Shakespeare, casualmente. Tiene trece años, aunque supongo que parece un poco menor… bueno, ya no va a envejecer más. Dígame si quiere que detenga esto.

Bobby hizo un movimiento breve con la cabeza, para que prosiga. Estaba resuelto a llegar hasta el final. Esto era una prueba, pensó, una prueba de su nueva humanidad.

La puerta se abrió hacia afuera, dando paso a un hombre maduro y corpulento.

—Aquí viene el padre, Philip George Wilson. —Wilson llevaba una botella de gaseosa, la abrió y la puso sobre la mesa de luz. El muchacho miró a su alrededor y dijo unas palabras.

Mavens explicó:

—Sabemos lo que dijeron: qué estás estudiando, a qué hora vuelve mamá a casa, bla, bla. Nada de importancia; tan sólo un diálogo común y corriente.

Wilson despeinó afectuosamente el cabello del muchacho y salió de la habitación, Mian se lo volvió a alisar y regresó a su tarea.

Mavens congeló la imagen: el muchacho se convirtió en una estatua, la imagen de la cual titilaba levemente.

—Permítame decirle lo que creímos que había pasado después, tal como lo reconstruimos allá por 2034:

“Wilson regresa a la habitación. Hace una especie de propuesta indecorosa al muchacho. El muchacho lo rechaza. Así que Wilson lo ataca. Quizás el muchacho se defiende; de haber sido así, no le hizo daño alguno a Wilson. Wilson tiene un cuchillo que, dicho sea de paso, nunca encontramos. Corta y desgarra la ropa de Mian. Lo mutila. Después de matar al muchacho cortándole la garganta, puede haber tenido contacto sexual con él o puede haberse masturbado: encontramos salpicaduras del semen de Wilson sobre el cuerpo.

“Y después, con el cuerpo inerte en brazos, cubierto de sangre, grita 911 al motor de búsqueda.

—No me dirá en serio que hizo esto.

Mavens se encogió de hombros.

—La gente actúa de manera extraña. Los hechos concretos son que no había manera de que alguien entrara o saliera del departamento, con excepción de las ventanas y puertas, que estaban cerradas con llave y ninguna de las cuales había sido violentada. Las cámaras de segundad del vestíbulo nada mostraban.

“No teníamos más sospechosos que Wilson y un montón de pruebas contra él. Nunca negó lo que había hecho. Creo que, quizás, él

mismo creía que lo había hecho, aun cuando no lo recordara en absoluto.

"Nuestros expertos estaban divididos: tenemos psicoanalistas que dicen que saber que había cometido ese acto aberrante fue demasiado para la psiquis de Wilson y no lo pudo soportar, así que lo reprimió, salió del episodio y volvió a algo parecido a la normalidad. Pero también tenemos cínicos que dicen que estaba mintiendo, que sabía con exactitud lo que estaba haciendo y que, cuando se dio cuenta de que no podía salir airoso en la resolución del crimen, fingió problemas mentales para asegurarse una sentencia más leve. Y tenemos neurólogos que dicen que es probable que padeciera de una forma de epilepsia.

Bobby dio el pie para el remate de esta exposición.

—Pero ahora conocemos la verdad.

—Sí. Ahora, la verdad. —Mavens pulsó la pantalla flexible y se reanudó la grabación.

En el rincón del dormitorio había una tapa enrejada para el sistema de aire acondicionado: la tapa saltó de su marco repentinamente, dejando la boca de ventilación abierta. El muchacho, Mian, se puso de pie enseguida, con aspecto de estar sobresaltado y retrocedió hasta el rincón opuesto.

—Hasta ese instante, Mian no había gritado —dijo Mavens en voz baja—. Si lo hubiera hecho…

En ese momento una figura se arrastró hacia afuera de la boca de ventilación: era una muchacha, vestida con un ajustado traje de esquiar hecho de spandex. Parecía tener dieciséis años; pudo haber (sido algo mayor. Sostenía un cuchillo. Mavens volvió a congelar la imagen. Bobby frunció el entrecejo.

—¿Quién diablos es ella?

—La primera hija que habían adoptado los Wilson. Se llama Barbara: recordará usted que la mencioné. Acá tenía dieciocho años y había estado viviendo lejos del hogar desde hacía unos dos años. —Pero seguía teniendo el código de seguridad para ganar acceso al interior del edificio.

—Sí. Vino disfrazada. Después penetró en los conductos de aire, que en un edificio de esa antigüedad eran del tipo grande y muy amplio.

"Usamos la cámara para hacer el seguimiento de la muchacha unos años más allá en el pasado: resulta ser que la relación con su padre era un poco más compleja de lo pensable.

"Se llevaban bien cuando Barbara vivía en el hogar. Después que se fue a la universidad tuvo algunas experiencias malas. Quiso volver al hogar. Los padres discurrieron sobre el asunto pero la alentaron para que se quedara fuera de casa, para que se volviera independiente.

Quizás estuvieron equivocados al proceder así, quizás estuvieron en lo correcto. Pero tuvieron buena intención.

"La muchacha volvió a su casa de todos modos, una noche en que la madre había salido. Se metió subrepticiamente en la cama donde dormía el padre y practicó sexo oral con él. Ella fue la iniciadora, pero él no la detuvo. Después, el padre se sintió lleno de culpa. El muchacho, Mian, estaba durmiendo en la habitación de al lado.

—Entonces tuvieron una riña…

—No. Wilson estaba angustiado, avergonzado, pero trató de mantener la sensatez. Volvió a enviar a la hija a la universidad y habló sobre olvidar todo lo que había pasado; era algo que no se volvería a repetir. Quizá realmente creía que el tiempo cerraría las heridas. Pues bien, se equivocó.

Lo que no había entendido eran los celos de Barbara. La muchacha se había convencido de que Mian la había desplazado en el afecto de sus padres y que él era la causa de que a ella se la hubiera enviado lejos del hogar.

—Claro. Entonces ella trata de seducir al padre, de encontrar otra manera de volver…

—No fue exactamente así. —Mavens pulsó la pantalla flexible y el pequeño drama volvió a desarrollarse una vez más.

"Mian, al reconocer a su hermana adoptiva, se sobrepuso a la conmoción y avanzó. Pero, con velocidad sorprendente, Barbara saltó hacia él. Le aplicó un golpe en la garganta con el codo, lo que dejó al muchacho tomándose el cuello con desesperación, boqueando por aire.

—Astuta —señaló Mavens con tono profesional—, ahora Mian *no puede* gritar pidiendo ayuda.

Barbara empujó al muchacho poniéndolo de espaldas y se puso a horcajadas sobre él. Le agarró las manos, las retuvo sobre la cabeza de él y empezó a acuchillarle la ropa.

—No parece tan fuerte como para hacer eso —comentó Bobby.

—No es la fuerza lo que importa: es la decisión. Mian no podía creer, ni siquiera en este mismo momento, que esta muchacha, una muchacha a la que consideraba su hermana, le fuera a hacer daño en serio. ¿Lo creería usted?

Para estos momentos, el pecho del muchacho estaba desnudo. Barbara llevó el cuchillo hacia abajo…

Bobby interrumpió secamente:

—Suficiente.

Mavens pulsó un botón y la pantalla flexible se borró, para profundo alivio de Bobby.

Mavens dijo:

—El resto son detalles. Cuando Mian estuvo muerto lo apoyó

contra la puerta y llamó a gritos a su padre. Wilson vino corriendo.

Al abrir la puerta, el cuerpo tibio de su hijo cayó en sus brazos. Y ahí fue cuando llamó al motor de búsqueda.

—Pero el semen de Wilson…

—Barbara lo había conservado, después de esa noche en que le hizo sexo oral, en un encantador criofrasquito que la muchacha había extraído de un laboratorio médico. Había estado planeando todo, aun desde fecha tan lejana como ésa. —Se encogió de hombros. —Todo salió bien. Venganza, la destrucción del padre que, tal como ella lo veía, la había desdeñado. Todo funcionó, por lo menos hasta el advenimiento de la cámara Gusano. Y, por eso…

—Y por eso se condenó al hombre equivocado.

—Ejecutó.

Mavens pulsó la pantalla flexible e hizo aparecer una imagen nueva: era la de una mujer cuarentona, rubia. Estaba sentada en una oficina deprimente y despintada. Tenía la cara contraída por el dolor.

—Ésta es Mae Wilson —explicó Mavens—, la esposa de Philip, la madre de los dos hijos adoptados. Ya se había resignado a la muerte del hijo, resignado a lo que consideraba el espantoso crimen perpetrado por su marido. Hasta se había reconciliado con Barbara, había hallado consuelo en ella. Ahora —en este mismo momento— tuvo que enfrentar una verdad mucho más espantosa.

Bobby se sentía incómodo enfrentado a este horror, a este dolor en carne viva. Pero Mavens congeló la imagen.

—Ahí mismo —murmuró—. Fue *ahí mismo* cuando le partimos en dos el corazón. Y eso es mi responsabilidad.

—Usted hizo las cosas lo mejor que pudo.

—No. Pude haber hecho mejor las cosas. La muchacha, Barbara, tenía una coartada pero, al mirarla en forma retrospectiva, es una coartada que pude haber destruido. Había otros detalles pequeños: discrepancias en los horarios, la distribución de la sangre. Pero no *vi* todo eso. Eso es lo que la cámara Gusano es: es una máquina de la verdad.

Bobby movió la cabeza en gesto de desacuerdo.

—No. Es una máquina de percepción retrospectiva.

—Tiene que ser justa para que la verdad reluzca —dijo Mavens—. Sigo creyendo en eso. Claro que creo en eso. Pero, a veces, la verdad hiere más allá de las convicciones. Como a esta pobre de Mae Wilson. ¿Y sabe qué? La verdad no la ayudó: no le devolvió a Mían ni a su marido. Todo lo que hizo fue arrebatarle a la hija también.

—Todos vamos a tener que pasar por eso, de una forma o de otra, vernos forzados a enfrentar cada error que hayamos cometido. —Puede ser —dijo Mavens en voz baja. Sonrió y pasó el dedo por el borde del escritorio. —He aquí lo que la cámara Gusano hizo por mí.

Mi trabajo ya no es más un ejercicio intelectual, enigmas tipo Sherlock Holmes. Ahora me siento todos los días y me pongo a observar la decisión, el salvajismo, el… el frío cálculo. Somos animales, Bobby. Bestias, debajo de estos limpios trajes con que nos vestimos. —Sacudió la cabeza sin dejar de sonreír y pasó el dedo por el escritorio, para atrás y para adelante, para atrás y para adelante.

19. TIEMPO

A medida que la accesibilidad y la potencia de la cámara Gusano se extendía de manera inexorable, así ojos invisibles caían como copos de nieve a través de la historia humana, cada vez más profundamente en el tiempo…

Princeton, Nueva Jersey, Estados Unidos de América, 17 de abril de 1955 de nuestra era:

Su buen humor, en esas últimas horas, impresionaba a sus visitantes. Hablaba con perfecta calma y bromeaba sobre sus médicos y, en general, parecía contemplar el fin que se aproximaba como nada más que un fenómeno natural que se debía esperar.

Y, claro está, aun en el final, dio órdenes con su voz ronca: le preocupaba no convertirse en objeto de peregrinación y a su oficina del Instituto le dio instrucciones para que no se lo conservara tal como él lo había dejado, y que su casa no se convirtiera en un santuario, y otras instrucciones por el estilo.

El doctor Dean lo revisó por última vez a las once de la noche y lo encontró durmiendo pacíficamente.

Pero poco después de medianoche, la enfermera —la señora Alberta Roszel— advirtió un cambio en la respiración. Gritó pidiendo ayuda y, con el auxilio de otra enfermera, levantaron la cabecera de la cama.

Él estaba musitando algo y la señora Roszel se acercó para oír.

Aun cuando la mente más aguda desde la de Newton empezara, por fin, a desenmarañarse, pensamientos finales flotaban hacia la superficie de su conciencia. Quizá lamentaba el gran proyecto de unificación de la física que había dejado sin terminar. Quizá se preguntaba si su pacifismo había seguido el curso correcto después de todo: si había estado en lo correcto al alentarlo a Roosevelt para que se ingresara en la Era Atómica. Quizá, simplemente lamentaba cómo siempre había puesto primero la ciencia, inclusive ante aquellos que lo amaban.

Pero era demasiado tarde para todo eso. Su vida, tan intensa y compleja en su juventud y en la edad madura, ahora se estaba reduciendo, tal como tienen que hacerlo todas las vidas, a una sola hebra de absoluta simplicidad.

La señora Roszel se inclinó para oír su tenue voz. Pero las palabras eran en alemán, el idioma de su juventud, y no lo entendió.

…Y ella no vio, no podía ver, el enjambre de hendeduras en el espacio-tiempo que, en esos últimos instantes, se apiñaban en torno de los temblorosos labios de Einstein para oír esas palabras finales:

—*…¡Lieserl! ¡Oh, Lieserl!*

Extraído del testimonio del profesor Maurice Patefield, Instituto Tecnológico de Massachusetts, cátedra del grupo para la campaña "Semilla de Gusano ", a la Comisión del Congreso para el Estudio del Electorado Estadounidense., 23 de septiembre de 2037:

No bien resultó evidente que la cámara Gusano puede pasar no sólo a través de las paredes sino hacia el pasado, por todo el globo se inició una obsesión de la especie humana por su propia historia.

Al principio se nos convidó con películas verdaderas de factura profesional tomadas por la cámara Gusano, en las que se mostraban sucesos tan importantes como guerras, asesinatos, escándalos políticos. *Imposible de hundir*, la reconstrucción con muchos puntos de vista del desastre del *Titanic*, fue un espectáculo desgarrador, pero que no se podía dejar de ver, aun cuando demoliera muchos de los mitos del mar propagados por narradores carentes de sentido crítico y de que gran parte del suceso hubiese tenido lugar en la oscuridad absoluta del Atlántico Norte. Pero pronto nos pusimos impacientes con la interpolación que hacían los profesionales: queríamos ver por nosotros mismos. La presurosa inspección de muchos momentos desgraciados del pasado reciente reveló trivialidad y sorpresa. La deprimente verdad que rodeaba a Elvis Presley, O. J. Simpson, y hasta la muerte de los Kennedy, con seguridad no resultaron una sorpresa. Por otro lado, las revelaciones sobre el asesinato de tantas mujeres descollantes —desde Marilyn Monroe hasta Diana, princesa de Gales, pasando por la Madre Teresa —causaron una oleada de conmoción, aun en una sociedad que se estaba acostumbrando a recibir semejante cantidad de revelaciones. La existencia de una camarilla tenebrosa e implacable de hombres misóginos cuyas actividades contra las (tal como ellos las veían) demasiado poderosas mujeres, actos que se extendieron durante dos décadas, causaron un profundo examen de conciencia entre ambos sexos. Pero muchas versiones en narración verídica de sucesos históricos, la crisis de los misiles en Cuba, Watergate, la caída del Muro de Berlín, el colapso del euro; si bien de interés para los aficionados, han resultado ser confusas, desconcertantes y complejas. Produce consternación advertir que aun quienes supuestamente ocupan el centro del poder, por lo general saben poco y entienden menos de lo que está sucediendo a su alrededor.

Con el mayor de los respetos por las grandes tradiciones de esta Cámara, casi todos los incidentes clave de la historia humana son, según parece, metidas de pata, así como casi todas las grandes pasiones no son más que torpezas burdas y manipuladoras.

Y, peor que eso, la verdad generalmente resulta ser aburrida. La falta de patrón y de lógica en la avasalladora, casi irreconocible, historia verdadera que ahora se está revelando demuestra ser tan

difícil y hastiante para todos, menos para el erudito más ardiente, que las narraciones de ficción realmente están haciendo su regreso en historias que brindan una estructura narrativa lo suficientemente simple como para atrapar al observador. Necesitamos narración y significado, no la contundencia de los hechos…

Toulouse, Francia, 14 de enero de 1636 d. C:

En la polvorienta calma de su estudio tomó la amada copia de la *Arithmetica* de Diofanto. Con gran excitación pasó al Libro II, Problema 8 y buscó con afán una pluma de ave para escribir.

…Por otro lado es imposible que a un cubo se lo escriba como suma de dos cubos o que a una potencia cuarta se la escriba como suma de dos potencias cuarta o que, en general, a cualquier número que fuere una potencia mayor que el cuadrado se la escriba como suma de dos potencias similares. Tengo una verdaderamente maravillosa demostración de esta proposición, que este margen es demasiado estrecho para contener…

Bernadette Winstanley, alumna de catorce años de edad proveniente de Harare, Zimbabwe, reservó tiempo en su cámara Gusano de la escuela secundaria y se dedicó a hacer el seguimiento retrospectivo del momento en que Fermat hizo ese breve garabato en el margen de aquella hoja.

…Aquí fue donde todo empezó para él y, por eso, era lo adecuado que fuese aquí donde debía terminar. Después de todo fue el octavo problema de Diofanto lo que había despertado tanto su curiosidad y lo había hecho partir en su viaje de descubrimiento matemático: *Dado un número que es cuadrado perfecto, escribirlo como suma de otros dos cuadrados.* Ésta era la expresión algebraica del teorema de Pitágoras, claro, y cualquier escolar conocía soluciones: tres al cuadrado más cuatro al cuadrado, por ejemplo, lo que significaba nueve más dieciséis, que daban un total de veinticinco, que es cinco elevado al cuadrado.

Ah, ¿pero qué pasaba con una extensión del concepto más allá de esta trivialidad geométrica? ¿Existían números a los que se podía expresar como sumas de potencias mayores? Tres elevado al cubo más cuatro elevado al cubo constituían veintisiete más sesenta y cuatro, lo que daba el resultado de noventa y uno que, por sí mismo, no es el valor de un número elevado al cubo. Pero ¿existía alguno de esos triplos? ¿Y qué pasaba con las potencias más altas, la cuarta, la quinta, la sexta?

Era evidente que los antiguos no habían conocido casos así, ni habían conocido una prueba de la imposibilidad.

Pero ahora él, abogado y magistrado, ni siquiera matemático profesional, se las había ingeniado para probar que no existía el triple de números para índice alguno mayor que dos.

Bernadette obtuvo la imagen de tres hojas de notas que

expresaban la esencia de la prueba que Fermat estaba convencido de haber encontrado y, con algo de ayuda de un profesor, descifró el significado.

…Pues ahora estaba urgido por sus obligaciones, pero cuando tenía tiempo armaba una expresión formal de esta prueba a partir de las notas garrapateadas y de los bocetos que había acumulado. Entonces se la comunicaba a Desargues, Descartes, Pascal, Bernouilli y los demás… ¡Cómo se maravillaban ante la trascendental elegancia de la demostración!

Y después podía explorar los números yendo más lejos: esas entidades diáfanas y, sin embargo, tozudamente complejas que, en ocasiones, parecían tan extrañas que imaginaba que debían de tener una existencia independiente de la mente humana que las había concebido…

Fierre de Fermat nunca escribió la prueba de lo que se habría de conocer como su Ultimo Teorema. Pero esa breve acotación en el margen, descubierta después de la muerte de Fermat por su hijo, iba a exasperar y a fascinar a generaciones posteriores de matemáticos. Una prueba sí se encontró, pero recién en la década de los noventa y fue de tal complejidad técnica, al entrañar propiedades abstractas de curvas elípticas y otras entidades matemáticas no usuales, que los eruditos se convencieron de que era imposible que Fermat pudiera haber hallado la prueba en sus tiempos. Quizá se había equivocado… o incluso había perpetrado un tremendo engaño para las generaciones posteriores.

Entonces, en el año 2037 y para asombro general, armada con nada más que la matemática de la escuela secundaria, Bernadette Winstanley, de catorce años, logró demostrar que Fermat había tenido *razón.*

Y cuando la prueba de Fermat finalmente se publicó, comenzó una revolución en la matemática.

Testimonio de Patefield: Naturalmente, el desquiciado grupo extremista de inmediato encontró la manera de ponerse en línea con la historia. En mi carácter de científico y racionalista considero como una gran suerte que la cámara Gusano hubiera demostrado ser la más grande máquina de desenmascaramiento que se hubiera descubierto jamás. Y por eso es que ahora es indiscutible que, por ejemplo, no existió un OVNI estrellado en Roswell, Nuevo México, en 1947. Ni un solo secuestro por extraterrestres inspeccionado hasta la fecha, resultó ser más que una mala interpretación de algún fenómeno inocente… a menudo complicado por estados de perturbación neurológica. De manera análoga, no ha surgido ni una pizca de evidencia de que hubiera existido algún fenómeno paranormal o sobrenatural, no importa cuan público y conocido pudiera haber resultado ser. A industrias enteras de psíquicos, médiums, astrólogos, sanadores por la

fe, homeópatas y otros se las está demoliendo de manera sistemática. Debemos aguardar con ansia el día en que los sondeos de la cámara Gusano lleguen tan lejos como la construcción de las pirámides, Stonehenge, los geoglifos de Nazca y otras fuentes de sabiduría o misterio. Y después vendrá la Atlántida…

Puede ser que esté llegando un nuevo día. Puede ser que en un futuro no muy lejano la mayoría de la humanidad por fin llegue a la conclusión de que la verdad es más interesante que las falsas ilusiones.

Florencia, Italia, 12 de abril de 1506 d. C.:

Bernice admitiría sin el menor problema que no era más que una investigadora de nivel inferior en la oficina de conservación del Louvre. Y por eso fue una sorpresa (¡y muy agradable por cierto!) cuando se le pidió que le practicara la primera verificación de procedencia a una de las pinturas más famosas del museo.

Aun si el resultado era menos que agradable.

Al principio, la investigación había sido sencilla: de hecho, se limitaba a las paredes del Louvre en sí. Ante una nube de visitantes, asistida por generaciones de conservadores, la fina y anciana dama se sentó en la semioscuridad detrás de sus láminas de vidrio protector, observando en silencio cómo el tiempo se iba devanando.

Los años anteriores a la transferencia al Louvre eran más complejos.

Bernice tuvo la fugaz visión de una serie de bellas casas, de generaciones de elegancia y poder interrumpidas por intervalos de guerra, agitación social y pobreza. Mucho de esto, hasta tan atrás como el siglo XVII, confirmaban el registro documentado de la pintura.

Pero entonces, en los primeros años de ese siglo, lo que significaba más de cien años después de la supuesta composición de la pintura, llegó la primera sorpresa. Bernice miraba, pasmada, cómo un joven pintor flacucho, con aspecto de estar pasando hambre, se hallaba parado delante de dos copias idénticas de la famosa imagen y cómo, al invertirse el transcurso del tiempo, con pincelada tras pincelada eliminaba la copia que había estado todos estos siglos al cuidado del Louvre.

Brevemente la dama se desvió para hacer el seguimiento hacia adelante en el tiempo, yendo detrás de la pista del original más antiguo a partir del cual la copia que tenía el Louvre —¡nada más que la copia, una réplica!— se había hecho. Ese original iba a durar poco más de dos siglos, según vio Bernice, antes de perderse en un inmenso incendio de la totalidad del museo durante la Revolución Francesa.

Estudios realizados con la cámara Gusano habían dejado al descubierto que muchas de las obras de arte más conocidas de todo el mundo no eran más que falsificaciones y copias: más del setenta por

ciento de las pinturas del siglo XX (y una proporción menor de esculturas, menor, supuestamente, debido al esfuerzo que se necesitaba para hacer las copias). La historia era un corredor peligroso y destructivo a través del cual muy pocas cosas de valor lograban pasar indemnes.

Pero aún no había aparecido indicación alguna de que *esta* pintura, de entre todas ellas, hubiera sido una falsificación. Aunque se había sabido que, como mínimo, una docena de réplicas circularon en diversos tiempos y lugares, el Louvre llevaba un registro continuo de la titularidad desde que el artista hubiera dejado el pincel. Además, debajo de la capa superior de pintura había pruebas de la existencia de cambios que se le había hecho a la composición: una indicación más de un original, ensayado y vuelto a trabajar, más que de una copia.

Pero entonces, reflexionó Bernice, las técnicas y los registros de composición también se pudieron falsificar.

Azorada volvió atrás en las décadas hasta ese cuartucho de mala muerte, al pintor ingenioso y falsificador. Y empezó a seguir, cada vez más profundamente en el tiempo, el original que ese pintor había copiado.

Más décadas pasaron con desplazamiento centelleante, más transferencias de titularidad, todo ellos un borrón carente de interés en torno de la pintura misma que no experimentaba cambios.

Al fin, Bernice se aproximó a principios del siglo xvii, y se estaba acercando al estudio del artista en Florencia. Ya en ese entonces se hacían copias, y las hacían los propios alumnos del maestro. Pero todas las copias eran de éste, el original perdido que Bernice había identificado.

Quizá no habría más sorpresas.

Pronto vería que estaba en un error.

Puede verlo ahora. Allí estaba él, absorbido por la composición, por los bocetos preliminares y por mucho del diseño de la pintura. Iba a ser el retrato ideal, declaraba con voz imponente, los rasgos y los reflejos simbólicos de su sujeto sintetizados en una unidad perfecta y, con estilo abarcador y fluido, iba a dejar atónitos a sus contemporáneos y a fascinar a las generaciones venideras. La concepción, en verdad, era de él, así como el triunfo.

Pero no la ejecución: el maestro, con la atención diversificada en sus muchos encargos y en su vasto interés en la ciencia y la tecnología, le dejó *eso* a sus discípulos.

Bernice, con el pavor y la consternación debatiéndose en el corazón, miró cómo un joven que venía de las provincias, llamado Rafael Sanzio, con todo esmero aplicaba los últimos toques a esa sonrisa delicada, enigmática…

Testimonio de Patefield: Es digno de lamentar que muchos mitos apreciados e inofensivos que ahora se exponen a la fría luz de esta época futura, se estén evaporando. Betsy Ross es un ejemplo notorio reciente. En verdad existió una Betsy Ross. Pero nunca la visitó George Washington ni se le pidió que haga una bandera para la nueva nación; tampoco trabajó en el diseño junto con Washington ni cosió la bandera en su trastienda. Hasta lo que se puede establecer, todo este asunto fue una maquinación del nieto de ella, casi un siglo después.

El mito de Davy Crocket fue autofabricado; su leyenda sobre la piel de mapache la desarrolló en el Congreso —de manera bastante cínica para crear popularidad— el partido predecesor del actual Republicano. Ni siquiera hubo una sola observación de la cámara Gusano, en la que Crockett usara la expresión *cazar al oso* en el Congreso estadounidense. Para Paul Reveré, en cambio, la cámara Gusano mejoró su reputación.

Durante muchos años, Reveré actuó como jinete principal de la comisión de seguridad de Boston. Su viaje más famoso a caballo —a Lexington, para advertir a los jefes revolucionarios que los ingleses venían marchando— fue, irónicamente, el más peligroso; la hazaña de Reveré, todavía más heroica, aun más que la leyenda del poema de Longfellow. Pero todavía muchos estadounidenses modernos quedaron consternados por el fuerte acento francés que Reveré había heredado de su padre.

Y así para todo, no sólo en Estados Unidos sino por todo el mundo. Hasta hay famosas figuras —los comentaristas los denominan *hombres de nieve*— que se ha demostrado que lisa y llanamente, ¡no existieron! Lo que está resultando más interesante que los mitos en sí fue el estudio de cómo los mitos se crearon a partir de hechos dispersos o poco prometedores (en verdad, a veces a partir de *ningún* hecho), en una especie de conspiración muda de añoranza y muy raramente bajo el control consciente de alguien.

Tenemos que preguntarnos adonde nos ha de conducir esto. Así como la memoria humana no es una grabadora pasiva sino una herramienta en la construcción del yo, del mismo modo la historia nunca fue un simple registro del pasado, sino un instrumento de construcción de la conciencia colectiva de un pueblo.

Pero, del mismo modo que cada ser humano ahora tendrá que aprender a construir la personalidad bajo el fulgor de la impía inspección de las cámaras Gusano, así las comunidades tendrán que llegar a aceptar la verdad absolutamente desnuda de su propio pasado… y encontrar nuevas maneras de expresar sus valores e historia en común, si es que han de sobrevivir al futuro. Y cuanto antes sigamos adelante con ello, mejor.

Glaciar Similaun, Alpes, abril de 2321 a. C.:

Era un mundo elemental: roca negra, cielo azul, hielo blanco duro. Éste era uno de los pasos más elevados de los Alpes. El hombre, que estaba solo, se desplazaba por este letal ambiente con absoluta confianza.

Pero Marcus sabía que el hombre al que observaba ya se estaba acercando al sitio en el que, desplomado encima de un bloque de piedra y con su juego de herramientas neolíticas apiladas pulcramente a su lado, iba a encontrar la muerte.

Al principio —cuando había explorado las posibilidades de la cámara Gusano acá, en el Instituto de Estudios Alpinos de la Universidad de Innsbruck—, Marcus Pinch había temido que la cámara destruyera la arqueología y la reemplazara por algo que se asemejara más a la cacería de mariposas: la burda observación de la verdad, quizá por ojos no preparados. No habría más Schliemmans, no más Troyas, no más el paciente devanado del pasado a partir de fragmentos y rastros.

Pero sucedió que todavía hubo un papel para la sabiduría acumulada de la arqueología, por su condición de mejor reconstrucción intelectual accesible del pasado verdadero. Sencillamente había demasiado para ver, y el horizonte de la cámara Gusano se ampliaba todo el tiempo. Por el momento, el papel de la cámara Gusano era el de complementar las técnicas convencionales de la arqueología para brindar piezas clave de evidencia en la resolución de disputas, para reforzar o derribar hipótesis, a medida que una narración consensual más correcta de lo pasado surgía lentamente.

Y, en este caso, para Marcus la verdad que se iba a revelar, aquí y ahora, por las imágenes en azul, blanco y negro que se transmitían a través del tiempo y del espacio a su cámara, le iba a proporcionar respuestas para las preguntas más apremiantes de su propia carrera profesional.

A este hombre, este cazador, se lo había exhumado del hielo cincuenta y tres siglos después de que hubiera muerto. Las manchas de sangre, tejido, almidón, cabello, y los fragmentos de plumas en sus herramientas y vestimenta habían permitido que los científicos, Marcus entre ellos, reconstruyeran mucho de su vida. Los investigadores modernos hasta habían llegado caprichosamente a darle un nombre: Ötzi, el Hombre de Hielo.

Sus dos flechas eran de especial interés para Marcus; de hecho, habían servido como base para el doctorado de Marcus. Ambas flechas estaban rotas y Marcus había podido demostrar que antes de morir, el cazador había estado tratando de desarmar las flechas con la intención de hacer una sola flecha buena a partir de las dos rotas, mediante el encaje de la punta mejor en el astil que estaba en buenas condiciones.

Fue un trabajo detectivesco así de minucioso el que había atraído

a Marcus a la arqueología. Marcus no veía límites al alcance de esas técnicas. Quizás, en cierto sentido, todo suceso dejaba alguna marca en el universo, marca que algún día podría ser descifrada por instrumentos suficientemente ingeniosos. En un aspecto, la cámara Gusano era la cristalización de la intuición sin palabras de todo arqueólogo: que el pasado es un país real, que está por allá, en alguna parte, y que se puede explorar palpándolo con cada una de las yemas de los dedos.

Pero se estaba abriendo un nuevo libro de la verdad. La cámara podía responder preguntas que quedaban sin tocar por la arqueología tradicional, no importaba lo poderoso de las técnicas… inclusive sobre este hombre Ötzi, que se había convertido en el ser humano más conocido de todos los que hubieran vivido en el transcurso de la prehistoria.

Lo que nunca se había respondido, y resultaba imposible de responder a partir de los fragmentos que se había recuperado, era por qué había muerto el Hombre de Hielo. Quizás estaba huyendo de una guerra que se libraba o buscaba con afán proseguir un amorío. A lo mejor era un delincuente que escapaba de la dura justicia de su época.

Marcus había intuido que todas estas explicaciones eran estrechas de miras, que eran proyecciones de un mundo moderno sobre un pasado más austero. Pero, al igual que el resto del mundo, Marcus anhelaba conocer la verdad.

Pero ahora el mundo había olvidado a Ötzi con sus vestimentas de piel y herramientas de pedernal y cobre; había olvidado el misterio de su solitaria muerte. Ahora, en un mundo en el que a cualquier figura del pasado se la podía hacer volver a la vibrante vida, Ötzi ya no era una novedad, ni siquiera gozaba de interés particular. A nadie le interesaba enterarse de cómo, después de todo, había muerto.

A nadie, con excepción de Marcus. Así que Marcus se había sentado en la frígida lobreguez de esa instalación de la universidad, luchando por atravesar aquel paso alpino al que veía desde el hombro de Ötzi, hasta que se hubiera hecho patente la verdad.

Ötzi era un cazador alpino de elevada condición social. La cabeza de cobre de su hacha y el tocado de piel de oso eran señales de proezas y de prestigio en la caza. Y la meta de este hombre, en esta expedición fatal, había sido la presa más escurridiza de todas, el único animal alpino que se recluye en las zonas rocosas altas durante la noche: el íbice.

Pero Ötzi era viejo: cuarenta y seis años era una edad avanzada para un hombre de su época. Lo atormentaba la artritis y ese día lo afligía una infección intestinal que le había dado diarrea crónica. Quizá se había debilitado; se movía con más lentitud que lo que se daba cuenta… o que le importaba admitir.

Había perseguido a su presa cada vez más hacia lo profundo de las heladas alturas de las montañas. Había hecho su sencillo campamento en ese paso, con la intención de reparar las puntas de flecha que había roto y continuar la persecución al día siguiente. Había tomado una comida final de carne salada de cabra y ciruelas secas.

Pero la noche se había vuelto diáfana como el cristal y el viento había aullado a través del paso, arrastrando consigo el calor vital de Ötzi.

Fue una muerte triste y solitaria y Marcus, al observarla, pensó que hubo un momento en el que Ötzi trató de levantarse, como si se hubiera dado cuenta del terrible error que había cometido, como si hubiera sabido que estaba muriendo. Pero no se pudo levantar y Marcus no pudo extender la mano a través de la cámara Gusano para ayudarlo.

Y así, Ötzi quedó tendido solo, sepultado en el hielo que lo rodeaba, durante cinco mil años.

Marcus apagó la cámara Gusano y una vez más Ötzi quedó en paz.

Testimonio de Patefield: Muchas naciones, no sólo Estados Unidos, están enfrentando serios diálogos internos respecto de las nuevas verdades que se revelan sobre el pasado, verdades de las que, en muchos casos, apenas si se informa —si es que se informa, en primer lugar— en la historia convencional. En Francia, por ejemplo, hubo un profundo examen de conciencia respecto de la naturaleza inesperadamente amplia de la colaboración con el régimen nazi durante la ocupación alemana, en la Segunda Guerra Mundial. Las nuevas revelaciones dañaron seriamente mitos tranquilizadores sobre la importancia de la Resistencia en tiempos de la guerra; y no en poca medida lo hicieron las nuevas revelaciones sobre David Moulin, un líder venerado de la Resistencia: prácticamente nadie de los que conocen la leyenda de Moulin estaba preparado para enterarse de que ese hombre había comenzado su carrera corno espía infiltrado de los nazis, si bien más tarde se lo persuadió para que se incorporara a la causa nacional y, de hecho, los SS lo torturaron y ejecutaron en 1943. Los belgas modernos parecen estar abrumados cuando confrontan la brutal realidad del Estado Libre de Congo, una colonia rígidamente centralizada que se había diseñado para despojar el territorio de sus riquezas naturales, caucho principalmente, y a la que se mantenía por medio de atrocidades, asesinatos, muerte por inanición, exposición a los elementos meteorológicos, enfermedad y hambre, lo que dio por resultado el desarraigo de comunidades enteras y la matanza, entre 1885 y 1906, de ocho millones de almas. En las tierras de la antigua Unión Soviética, la gente se concentró en la era del terror stalinista.

Los alemanes se están enfrentando con el Holocausto una vez más. Los japoneses, por primera vez en generaciones, están teniendo que aprender a admitir la verdad de sus matanzas durante la guerra y de sus otras brutalidades en Shechuán y otros sitios. Los israelíes están incómodamente conscientes de sus propios crímenes contra los palestinos. La frágil democracia serbia está amenazando derrumbarse bajo las nuevas revelaciones de los horrores cometidos contra Bosnia y otras comunidades, después del desmembramiento de la antigua Yugoslavia. Y así todo el tiempo.

La mayor parte de los horrores del pasado se conocía bien desde antes de la cámara Gusano, claro está, y se había escrito una estimable cantidad de textos de historia honestos y conscientes. Pero, así y todo, la interminable y deprimente trivialidad vigente, la realidad humana de tanta crueldad, dolor y devastación, sigue siendo por completo desalentadora. Y se agitaron emociones más intensas que el desaliento. Disputas étnicas y religiosas de siglos de antigüedad fueron el disparador de muchos conflictos del pasado. Y así ocurrió esta vez: hemos visto disputas interpersonales, disturbios, luchas entre diferentes etnias, inclusive hasta golpes de Estado y guerras de poca extensión. Y aún gran parte de la ira se dirige hacia Nuestro Mundo, el heraldo que trajo el mensaje de tanta verdad desalentadora.

Pero pudo haber sido peor.

Ocurre que, si bien hubo mucha ira que se expresaba en antiguas injusticias, a algunas nunca se las dio a conocer antes; en un sentido general, cada comunidad se ha vuelto demasiado consciente de sus propios crímenes, contra su propia gente y contra la de otras comunidades, como para buscar la expiación por los crímenes cometidos por otros. Ninguna nación está libre de pecado; ninguna parece estar preparada para arrojar la primera piedra y casi todas las instituciones principales que sobreviven, sean éstas una nación, una gran empresa o una iglesia, se ven forzadas a pedir disculpas por crímenes que se cometieron en su nombre en el pasado. Pero hay una conmoción más profunda que falta enfrentar. La cámara Gusano, después de todo, no muestra sus lecciones de historia en forma de resúmenes verbales o de pulcros mapas animados. Tampoco tiene mucho para decir sobre la gloria o el honor: en vez de eso se limita a mostrarnos a nosotros, los seres humanos, a razón de uno por vez… y con mucha frecuencia muriendo de hambre o sufriendo o muriendo en manos de otros seres humanos. La grandeza ya no importa. Ahora vemos que cada ser humano que muere es el centro del universo: una chispa única de esperanza y desesperanza, de amor y odio, que avanza sola hacia el interior de la oscuridad que abarca todo. Es como si la cámara Gusano hubiera traído una nueva democracia a la visión de la historia. Tal como Lincoln pudo haber señalado, la historia que surge

de toda esta inspección intencional a través de la cámara Gusano será una nueva historia de la humanidad: el relato de la gente, por la gente, para la gente. Ahora lo que importa más es mi relato… o la historia de mi amante, o la de uno de mis padres o la de mi antepasado, que sufrió la más prosaica, más carente de importancia de las muertes, en el barro de Stalingrado o de Passchendaele o de Gettysburg o, simplemente, en algún campo implacable, quebrado por una vida deslomándose como esclavo en un trabajo rutinario y devastador. Facultados por la cámara Gusano, auxiliados por centros de registro genealógico tan importantes como los de los mormones, todos hemos descubierto a nuestros antepasados. Están aquellos que sostienen que todo esto es peligroso y que destruye la estabilidad. Después de todo, al aluvión de divorcios y suicidios que vino a continuación del primer don de apertura de la cámara Gusano lo siguió una oleada nueva: ahora que adquirimos la capacidad de espiar a nuestros compañeros, no sólo en el tiempo real del presente sino, también, en el del pasado, remontándonos tan atrás como nos interese mirar, y toda fechoría, abierta u oculta, se hace accesible a la mirada escrutadora; y así las antiguas heridas se vuelven a abrir. Pero éste es un proceso de ajuste al que sobrevivirán las relaciones que estén unidas con más fuerza. Y, sea como fuere, esas consecuencias relativamente triviales de la cámara Gusano son insignificantes, sin duda, en comparación con el grandioso don de una verdad histórica más profunda que, por vez primera, se pone al alcance de nosotros. Así que no doy mi respaldo a los que predicen desgracias. Yo digo: confíen en la gente. Dennos las herramientas y terminaremos el trabajo.

Hay un clamor cada vez mayor, trágicamente imposible de satisfacer, para que se encuentre un modo, algún modo, cualquier modo, de *cambiar* el pasado: ayudar a los que murieron hace mucho sufriendo; rescatándolos, inclusive. Pero el pasado es inmutable; únicamente queda el futuro para que se lo moldee.

Con todas las dificultades y todos los peligros somos privilegiados por estar vivos en una época así. Seguramente nunca volverá a existir una época en que la luz de la verdad y de la comprensión se extiendan con una rapidez tan abrumadora hacia las tinieblas del pasado; nunca volverá a haber una época en que la conciencia en masa de la humanidad se transforme de forma tan espectacular. Las nuevas generaciones, nacidas en la omnipresente sombra de la cámara Gusano, crecerán con una visión muy diferente de su especie y de su pasado. Para bien o para mal.

Oriente Medio, cerca del 1250 a. C.:

Miriam era profesora tutora de sistemas expertos para contabilidad; por cierto, no era una historiadora profesional. Pero, al

igual que todas las demás personas que conocía, había tomado tiempo de cámara Gusano no bien estuvo disponible y empezó a investigar sus propias pasiones. Y, en el caso de Miriam, la pasión se concentraba en un solo hombre, un hombre cuya historia había sido la inspiración de Miriam durante toda la vida de ella.

Pero cuanto más cerca de su sujeto la cámara Gusano llevaba a Miriam, más aún, y de forma enloquecedora, parecía disolverse ese hombre. El acto mismo de observarlo era destruirlo, como si ese hombre hubiera estado obedeciendo a alguna forma inoportuna de principio de incertidumbre histórica.

Sí, Miriam insistió.

Por fin, después de haber transcurrido muchas horas en busca de ese hombre bajo la dura y confusa luz del día de esos antiguos desiertos, Miriam empezó a consultar a los historiadores profesionales que la habían precedido en esos eriales del tiempo. Y así, pieza por pieza, confirmó por sí misma lo que había inferido.

La carrera del hombre mismo, despojada de sus elementos sobrenaturales, era una fusión bastante tosca de las biografías de varios líderes de esa era, cuando la nación de Israel se había conformado a partir de grupos de refugiados palestinos que huían del colapso de las ciudades-estado de Canaan. El resto fue invención o robo.

Ese asunto, por dar un ejemplo, de que se lo había ocultado en una canasta de mimbre que flotó por el Nilo, con el objeto de salvarlo del asesinato por su carácter de primogénito israelita, no fue más que la fusión de leyendas más antiguas provenientes de Mesopotamia y Egipto, acerca del dios Horus por ejemplo, ninguna de las cuales se basaba sobre hechos reales tampoco. Y ese hombre nunca había sido príncipe egipcio: ese fragmento parecía provenir del relato de un sirio llamado Bay, que había actuado como tesorero en jefe de Egipto y había llegado hasta faraón, con el nombre de Ramosejaiemnetyero.

Pero, ¿cuál es la verdad?

Después de todo, tal como lo había conservado el mito, él había sido un hombre complejo, humano, inspirador. Se caracterizaba por sus imperfecciones: había sido tartamudo y a menudo reñía con la propia gente a la que conducía. Hasta discutió con Dios. Pero su triunfo sobre esas imperfecciones había sido una inspiración durante tres mil años para mucha gente, incluyendo a Miriam misma, a quien habían llamado así por la amada hermana de ese hombre, quien había tenido que superar los obstáculos que en su propia vida había colocado la parálisis cerebral que padecía.

Ese hombre era irresistible, tan intensamente real como un personaje cualquiera de la historia verdadera, y Miriam sabía que él iba a seguir viviendo en lo futuro. Y teniendo en cuenta eso,

¿importaba que Moisés nunca hubiera existido en verdad?

Era una nueva obsesión, según lo veía Bobby, cuando millones de figuras de la historia, renombradas o que no lo fueran, volvían brevemente a la vida una vez más bajo la mirada atenta de esta primera generación de testigos con cámara Gusano.

El ausentismo parecía estar alcanzando el nivel más alto de todos los tiempos, pues la gente abandonaba su trabajo, su vocación, hasta a sus seres amados, para dedicarse a la fascinación interminable de la cámara Gusano. Era como si la especie humana repentinamente se hubiera vuelto vieja, satisfecha con esconderse, alimentándose de sus recuerdos.

Y quizás así es como era, pensó Bobby. Después de todo, si al Ajenjo no se lo podía obligar a que dé la vuelta, entonces no había futuro del que se pudiera hablar.

Quizá la cámara Gusano, con su don del pasado, era, precisamente, lo que la especie humana necesitaba en estos precisos momentos: el agujero para un perno.

Y cada uno de esos testigos estaba llegando a entender que un día también ella no iba a ser más que una cosa de luz y sombra, engarzada en el tiempo, quizá sometida, a su vez, a la mirada escrutadora de algún futuro incognoscible.

Pero, para Bobby, no era la humanidad en masa lo que le interesaba, ni las grandes corrientes de la historia y del pensamiento a las que se estaba agitando, sino el corazón de su hermano, que se estaba haciendo pedazos.

20. CRISIS DE FE

David se había convertido en un ermitaño: ésa era la impresión que tenía Bobby. Venía a la Fábrica de Gusanos sin hacerse anunciar, llevaba a cabo abstrusos experimentos y retornaba a su departamento, donde según los registros de Nuestro Mundo, continuaba haciendo amplio uso de la tecnología de cámaras Gusano, yendo en pos de sus propios proyectos oscuros y de los que nada explicaba.

Al cabo de tres semanas, Bobby lo fue a buscar. David lo recibió en la puerta y pareció estar a punto de rehusarse a dejarlo ingresar. Después se hizo a un lado para hacerlo entrar.

El departamento era un caos, sin orden ni concierto, con libros y pantallas flexibles por todas partes. Un sitio en el que un hombre estaba viviendo solo, y cuyos hábitos no estaban moderados por los miramientos hacia el resto de la gente.

—¿Qué demonios te ocurre?

David se las ingenió para sonreír.

—La cámara Gusano, Bobby. ¿Qué otra cosa?

—Heather dijo que la ayudaste con el proyecto sobre Lincoln.

—Sí, pero eso hizo que me picara el bichito de la curiosidad… quizá. Pero ahora vi demasiada historia… Soy un mal anfitrión: ¿querrías algo para beber, una cerveza…?

—Vamos, David, habla conmigo.

David se rascó la rubia coronilla.

—Esto es lo que se llama una crisis de fe, Bobby. No espero que lo entiendas.

Era cierto: Bobby, irritado, no entendía y estaba decepcionado con lo vulgar del estado en que estaba su hermano. Todos los días, adictos a las cámaras Gusano que se dedicaban al estudio de la historia venían a golpear las puertas de la empresa Nuestro Mundo, para exigir cada vez más acceso a las cámaras. Pero David se había aislado; quizá no sabía qué tan miembro de la especie humana seguía siendo, qué tan común se había vuelto su adicción.

Pero, ¿cómo decírselo?

Bobby dijo con cuidado:

—Estás padeciendo conmoción por la historia. Es… es un estado… que está de moda hoy en día. Ya pasará.

—¿De moda? ¿Eso es todo? —David le respondió con mirada colérica.

—Todos estamos sintiendo lo mismo. —Miró a su alrededor en busca de ejemplos. —Asistí a la *premiere* de la *Novena Sinfonía* de Beethoven: el teatro Karntnertor de Viena, 1824. ¿La viste? A la ejecución de la sinfonía se la había grabado de manera profesional y la

había retransmitido una agrupación de medios de prensa. Pero las críticas habían sido malas. Fue terrible: la interpretación fue olvidable; el coro, discordante. El Shakespeare fue aún peor.

—¿Shakespeare?

—Realmente te enclaustraste, ¿no? Fue la *premiére* de *Hamlet* en el teatro del Globo, en 1601. La interpretación fue como de aficionados, los trajes eran ridículos; la multitud, una chusma ebria, y el teatro en sí no era mucho más que una letrina con techo. El acento de los actores sonaba tan extraño que hubo que subtitular la obra. Cuanto más profundamente viajamos en el pasado, más extraño parece ser.

"Mucha gente está encontrando que la nueva historia es dura de aceptar. Nuestro Mundo es el chivo expiatorio para la ira de esa gente, de modo que sé que es verdad. A Hiram lo golpearon demandas interminables, difamación escrita, instigación al desorden público, instigación a la provocación de odio racial, por parte de grupos nacionales y patrióticos, organizaciones religiosas, familias de héroes desenmascarados; incluso, de los gobiernos de algunos países. Eso es aparte de las amenazas físicas. Por supuesto, no ayuda mucho que Hiram esté tratando de obtener los derechos de propiedad intelectual sobre la historia.

David no pudo evitar una carcajada.

—¡Estás bromeando!

—Nop: está argumentando que la historia está para que se la descubra, como el genoma humano. Si se puede patentar trozos de eso… ¿Por qué no la historia, por lo menos, aquellos tramos a los que las cámaras Gusano de Nuestro Mundo fueron las primeras en llegar? El siglo XIV es el caso de prueba. Si eso falla, Hiram tiene planes para obtener los derechos de propiedad intelectual sobre los hombres de nieve. Así como Robín Hood.

"Al igual que muchos héroes casi míticos del pasado, bajo la luz intensa, molesta e impía de la cámara Gusano, Robin Hood sencillamente se habría disuelto en la leyenda y la confabulación, sin dejar el menor vestigio de verdad histórica. A decir verdad, la leyenda había surgido de una serie de baladas inglesas del siglo XIV, que nacieran de una época de rebeliones de los señores feudales y de descontento de los villanos, todo lo cual culminó en la revuelta de los campesinos de 1381.

David sonrió.

—Me gusta eso. A Hiram siempre le gustó Robin Hood. Creo que se considera a sí mismo como el equivalente moderno, aun cuando se esté autoengañando; de hecho es probable que tenga más en común con el rey Juan Sin Tierra… ¡Qué irónico sería que Hiram se convirtiera en nuestro Robin!

—Mira, David, mucha gente piensa exactamente igual que tú. La historia está llena de horror, de gente olvidada, de esclavos, de gente a la que se le robó la vida. Pero no podemos alterar el pasado. Todo lo que podemos hacer es seguir adelante, con la firme resolución de no volver a cometer los mismos errores.

—¿Crees eso? —replicó David con amargura. Se puso de pie y, con movimientos enérgicos, volvió opacas las ventanas de su atestado departamento, impidiendo el paso de la luz de la tarde. Después se sentó al lado de Bobby y desenrolló una pantalla flexible: —Mira ahora y dime si sigues creyendo que es tan fácil.

Con pulsaciones certeras de las teclas dio inicio a un registro que estaba almacenado en la cámara Gusano.

Uno al lado del otro, los hermanos se sentaron bañados por la luz de otros días.

…El pequeño barco de vela redondeado y desgastado se aproximaba a la playa. En el horizonte se podían ver dos barcos más. La arena era pura; el agua, calma y azul; el cielo, enorme.

Sobre las playas aparecía gente: hombres y mujeres desnudos, de piel oscura, garbosos. Parecían estar llenos de admiración. Algunos de los nativos fueron nadando a recibir la nave que se acercaba.

—Colón —murmuró Bobby.

—Sí. Ésos son los arahuacos, los nativos de las Bahamas. Eran amistosos. A los europeos les dieron regalos, papagayos y bolas de algodón, además de lanzas hechas con caña. Pero también tenían oro, que usaban como adornos en las orejas.

Colón inmediatamente tomó por la fuerza a varios arahuacos, de modo de poder extraerles información sobre el oro. Y todo empezó a partir de eso. Los españoles tenían armaduras, mosquetes y caballos. Los arahuacos no tenían hierro ni medios para defenderse de las armas y la disciplina de los europeos.

A los arahuacos se los usó como mano de obra esclava. En Haití, por ejemplo, se arrasaron montañas desde la cumbre hasta la base, en busca de oro. Los arahuacos murieron por miles; más o menos la tercera parte de los trabajadores cada seis meses. Pronto empezaron los suicidios en masa, mediante el empleo del veneno de yuca. A los bebés se los mataba para salvarlos de los españoles. Y así sucesivamente. Parece que en Haití había alrededor de un cuarto de millón de arahuacos cuando llegó Colón: al cabo de unos pocos años, la mitad había muerto por asesinato, mutilación o suicidio y, para 1650, después de décadas de feroz trabajo en esclavitud, en Haití no quedaba uno solo de los arahuacos originales ni de sus descendientes.

—Resultó que no había yacimientos de oro después de todo: nada más que pizcas de polvo que los arahuacos acopiaban para elaborar sus patéticas, letales, joyas.

—Y así, Bobby, es como empezó nuestra invasión de América.

—David…

—Observa —pulsó la pantalla y trajo una nueva escena.

Bobby vio imágenes borrosas de una ciudad: pequeña, ruidosa, atestada de gente, hecha con piedra blanca que refulgía bajo la luz del Sol que caía a plomo y sin piedad.

—Jerusalén —dijo David en ese momento—. 15 de julio de 1099. Llena de judíos y musulmanes. Los cruzados, en misión militar proveniente del cristianismo del Occidente, habían puesto sitio a la ciudad desde hacía un mes. Ahora su ataque estaba alcanzando la intensidad máxima.

Bobby miró figuras de gran talla que trepaban con dificultad por los muros y soldados que venían con premura para enfrentarlas. Pero los defensores retrocedían y los atacantes de armadura avanzaban blandiendo su espada. Bobby vio, sin poder creerlo, a un hombre al que se descabezaba de un solo tajo.

Los cruzados se abrieron paso a brazo partido hasta la zona del Templo. Ahí, los defensores otomanos habían mantenido el sitio durante un día. Por fin, chapoteando en sangre que les llegaba hasta las pantorrillas, los cruzados lograron vencer la resistencia y prontamente aniquilaron a los defensores sobrevivientes.

Los caballeros de armadura y sus seguidores pasaron como manga de langostas por la ciudad, apoderándose de caballos y muías, oro y plata. A la Cúpula de la Roca se la despojó de lámparas y candelabros. A los cuerpos se los abrió en canal, pues a veces los cruzados hallaban monedas en el vientre de los muertos.

Y, mientras proseguía ese largo día de pillaje y carnicería, Bobby vio a cristianos que arrancaban lonjas de carne de sus enemigos caídos, las ahumaban y las comían.

Todo esto en pantallazos violentos, llenos de color: la salpicadura en bermellón de las sanguinolentas espadas, los relinchos de miedo de los caballos, la mirada dura de caballeros que, mugrientos y semimuertos de hambre, cantaban espectralmente salmos e himnos, aun mientras blandían sus grandes espadas. Pero la lucha era extrañamente silenciosa: acá no había armas de fuego, no había cañones; a las únicas armas las operaban músculos humanos.

David murmuró:

—Esto fue un absoluto desastre para nuestra civilización. Fue un acto de violación y causó una escisión entre Oriente y Occidente que nunca se curó del todo. Y todo se hizo en nombre de Cristo.

“Bobby, gracias a la cámara Gusano tuve el privilegio de mirar siglos de terrorismo cristiano, una orgía de crueldad y destrucción que se extendió desde las Cruzadas pasando por el saqueo de México en el siglo XVI y llegando más allá; y todo eso impulsado por la religión de

los Papas, mi religión; y el frenesí por la obtención de dinero y propiedades, del capitalismo del cual mi propio padre es un paladín tan conspicuo.

"Con su cota de malla y sus cruces brillantes, los cruzados eran como magníficos animales que avanzaban rabiosos bajo el polvo iluminado por el Sol. La barbarie era pasmosa.

"Y, aun así…

—David, esto ya lo sabíamos. Hay buenas crónicas de las Cruzadas. Los historiadores pudieron separar la verdad de la propaganda, y lo hicieron mucho antes de la cámara Gusano.

—Quizá. Pero somos seres humanos, Bobby. El cruel poder de la cámara Gusano estriba en la capacidad de recuperar la historia desde el polvo de los libros de texto y de hacerla vivir otra vez, de hacerla accesible a nuestros pobres sentidos humanos. Y, por eso, tenemos que experimentarla de nuevo, cuando la sangre que se salpicara hace siglos vuelve a fluir una vez más.

"La historia es un río de sangre, Bobby. Eso es lo que la cámara nos fuerza a ver. La historia es un río que arrastra las vidas como si fueran granos de arena y las hunde en el mar de la oscuridad. Y cada una de esas vidas es y fue tan preciosa y vibrante como la tuya o la mía. Y nada de eso, ni una sola gota de sangre, se puede cambiar. —Miró fijamente a Bobby. —¿Estás listo para ver más?

—David…

David, no eres el único. Todos nosotros compartimos el horror. Te estás hundiendo en la autocomplacencia, si supones que sólo tú eres testigo de estas escenas, que sólo tú te sientes así.

Pero no tenía forma de decirle eso.

David trajo otra imagen. Bobby anhelaba irse, dar vuelta la cara. Pero sabía que tenía que enfrentar esto, si es que quería a ayudar a su hermano.

Una vez más, vida y sangre cruzaron de un extremo a otro de la pantalla.

En medio de ésta, su hora más difícil, David mantuvo la promesa que le hiciera a Heather, y fue a buscar a Mary.

Nunca se había considerado a sí mismo como persona especialmente competente en las cuestiones del corazón de los seres humanos. Así que, en su humildad, y consumido por su propio torbellino interior, había pasado largo tiempo buscando la manera de acercarse a la difícil y angustiada hija de Heather. Y la manera que encontró fue, al final, técnica: a través de un soporte lógico, de hecho.

Se dirigió al puesto de trabajo que Mary tenía en la Fábrica de Gusanos. Era tarde y la mayor parte de los demás investigadores se había ido. La muchacha estaba sentada en un manchón de luz, coloreada por el titilante fulgor de la pantalla flexible del puesto de

trabajo y rodeada por la mucho más fuerte oscuridad de este polvoriento sitio de ingeniería y electrónica, que se cernía sobre ella. Cuando David llegó, la muchacha se apresuró a borrar lo que había en la pantalla. Pero David alcanzó a ver un día soleado, un jardín, niños que corrían con un adulto y reían, antes de que volviera la oscuridad. Mary le lanzó una mirada llena de odio y resentimiento. Llevaba puesta una camiseta holgada y mugrienta de manga corta, que tenía impreso un mensaje desfachatado:

PAPÁ NOEL ESTÁ LLEGANDO A LA CIUDAD

David admitió para sus adentros que no entendía el significado, pero no era ése el momento de preguntárselo a su media hermana.

Por su silencio y su postura, la muchacha indicó bien a las claras que no era bienvenido. Pero David no estaba dispuesto a que se desembarazaran de él con tanta facilidad. Se sentó al lado de ella.

—Tuve buenos comentarios acerca del soporte lógico de seguimiento que estuviste desarrollando.

Mary lo miró con severidad.

—¿Quién te estuvo contando lo que hice? Mi madre, supongo.

—No, no tu madre.

—¿Entonces, quién? Bah, supongo que no importa. Piensas que soy paranoica, ¿no? Estoy demasiado a la defensiva; soy demasiado cáustica.

David contestó con tono calmo:

—Todavía no tomé una decisión al respecto.

Al oír eso sonrió con ganas.

—Por lo menos es una respuesta justa. De todos modos, ¿cómo supiste lo de mi soporte lógico?

—Eres usuaria de la cámara Gusano —fue la respuesta—, una de las condiciones para emplearla en la Fábrica de Gusanos es que cualquier innovación que se le hiciere al equipo es propiedad intelectual de Nuestro Mundo. Eso figura en el contrato que tuve que celebrar contigo en nombre de tu madre… y de ti.

—Un Hiram Patterson típico.

—¿Te refieres a hacer buenos negocios? Me parece una cosa razonable. Todos sabemos que esta tecnología todavía tiene un largo trecho por delante…

—Ni que lo digas. Toda la interfaz con el usuario es una basura, David.

—¿Y a quién se le puede ocurrir una idea mejor que a ellos mismos, para optimizar lo que la propia gente necesita?

—¿Así que tienen espías? ¿Gente que observa a los observadores

del pasado?

—Tenemos un nivel de metasoporte lógico que controla las adaptaciones que cada usuario introduce para su uso personal, y que evalúa su funcionalidad y calidad. Si vemos una buena idea podemos tomarla y desarrollarla. Lo mejor de todo es, claro, encontrar algo que sea una idea brillante y bien desarrollada.

La muchacha mostró una llamita de interés, de orgullo inclusive.

—¿Como la mía?

—Tiene potencial. Eres una persona lista, Mary, con un futuro brillante delante de ti… pero… ¿cómo podría expresarlo? Sabes poco y nada respecto de desarrollar soportes lógicos de calidad.

—Funciona, ¿no?

—La mayor parte del tiempo. Pero dudo que alguien, a excepción tuya, podría introducir un perfeccionamiento sin reconstruir todo el asunto a partir de cero. —Suspiró. —Ya no estamos en la década de 1990, Mary, ahora, el desarrollo de soportes lógicos es un arte.

—Ya lo sé, ya lo sé. Nos machacan todo el tiempo con eso en la escuela… Tú crees que mi idea funciona, empero.

—¿Por qué no me lo demuestras?

Mary extendió las manos hacia la pantalla flexible: David pudo ver que iba a borrar los ajustes de lectura y disponer un ciclo nuevo de ejecución de la cámara Gusano.

Con gesto deliberado puso la mano sobre la de ella.

—No. Muéstrame lo que estabas mirando cuando me senté.

Mary lo miró con furia.

—Así que es eso, mi madre te envió, ¿no? Y no tienes el más mínimo interés en mi soporte lógico de seguimiento.

—Creo firmemente en la verdad, Mary.

—Pues entonces empieza a decirla.

David retiró la punta de los dedos.

—Tu madre está preocupada por ti. Fue idea mía venir a ti, no de ella. Sí pienso que tendrías que mostrarme lo que estás mirando. Sí, si sirve como pretexto para hablar contigo, pero también estoy interesado en tu soporte lógico por él mismo. ¿Hay algo más?

—Si me niego a seguir adelante con esto, ¿me echarás de la Fábrica de Gusanos?

—No haría eso.

—En comparación con el equipo que tienen acá, lo que yo tengo para ganar acceso a través de la red es una verdadera basura…

—Ya te lo dije, no estoy amenazando con echarte.

El instante de silencio se prolongó.

De modo sutil, la muchacha se fue dejando caer en su asiento: David supo que había ganado ese *round*.

Con unos pocos toques en el teclado, Mary restableció la escena.

Era un jardín pequeño, un patio en realidad, con franjas de césped calcinado al sol separadas por parches de grava; había unos canteros mal atendidos. La imagen era brillante; el cielo, azul; las sombras, largas. Había juguetes por todas partes, como salpicaduras de color; algunos iban en forma autónoma para atrás y para adelante, obedeciendo las tareas y las rutinas con las que cada uno estaba programado.

Aparecieron dos niños, un varón y una niña, que tendrían quizá seis y ocho años respectivamente. Los niños estaban riendo, pateando una pelota entre ellos y los perseguía un hombre, que también reía. El hombre agarró a la niña y la hizo girar por el aire, de modo tal que ella voló a través de las sombras y las luces…

Mary congeló la escena.

—Una frase gastada —dijo—. ¿De acuerdo? Un recuerdo de la niñez, una tarde de verano larga y perfecta.

—Ésos son tu padre y tu hermano… y tú misma.

La cara de Mary se contrajo formando una sonrisa amarga.

—La escena no llega a tener ocho años de antigüedad, pero dos de los protagonistas ya murieron. ¿Qué piensas de eso?

—Mary…

—Querías ver mi soporte lógico.

David asintió con la cabeza.

—Muéstramelo.

La muchacha tocó la pantalla: el punto de vista tomó una vista panorámica de un lado para otro y avanzaba y retrocedía en el tiempo, aunque nada más que segundos. A la niña se la alzaba y se la bajaba y se la volvía a alzar, el cabello despeinándose para un lado y para otro, como si se tratara de una película a la que se hubiera estado haciendo avanzar y retroceder.

—En este preciso momento estoy empleando la interfaz clásica con el puesto de trabajo. El punto de vista es como una pequeña cámara que flota en el aire. Puedo controlar su ubicación en el espacio y desplazarlo por el tiempo, mediante el ajuste de la posición de la boca del agujero de gusano; esto está bien para algunas aplicaciones, pero si lo que se desea es explorar períodos más extensos se avanza lento, como ya sabes.

Dejó que la escena siguiera pasando: el padre bajó a Mary niña. Mary enfocó el punto de vista en la cara del padre y, con suaves pulsaciones en la pantalla flexible, lo siguió en imágenes que se movían espasmódicamente, cuando el padre corría detrás de su hija por ese césped ya desaparecido.

—Puedo seguir al sujeto —dijo la muchacha con tono clínico—, pero eso es difícil *y* tedioso, así que estuve buscando una manera para automatizar el seguimiento. —Pulsó más botones virtuales. —Usé

rutinas para reconocimiento de configuraciones visuales para mantenerme en posición sobre las caras. Así.

El punto de vista de la cámara Gusano descendió, como guiado por un camarógrafo invisible, y se concentró en la cara del padre. La cara permaneció ahí, en el centro de la imagen, como si moviera la cabeza hacia un lado y hacia otro, asintiendo, riendo, gritando; el fondo oscilaba alrededor de él de manera desconcertante.

—Todo automatizado —comentó David.

—Sí. Tengo subrutinas para vigilar mis preferencias y hacer que todo tenga un aspecto un poco más profesional…

Más toques del teclado y entonces el punto de vista retrocedió un poco. Los ángulos de toma de imagen eran más convencionales, estaban estabilizados y ya no se hallaban atados a esa cara. El padre seguía siendo el protagonista central, pero el contexto en que se hallaba se había vuelto más claro.

David hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Esto es valioso, Mary. Esto, unido a un soporte lógico de interpretación, hasta nos podría permitir automatizar la recopilación de la biografía de figuras históricas, en un primer borrador al menos. Felicitaciones.

Mary suspiró.

—Gracias. Pero todavía crees que soy una chiflada porque estoy mirando a mi padre en vez de mirar a John Lennon, ¿no es así?

David se encogió de hombros y dijo, eligiendo las palabras:

—Todos los demás están mirando a John Lennon. La vida de él, para bien o para mal, pertenece al dominio público. Tu vida, esa tarde dorada, es exclusivamente tuya.

—Pero soy obsesa. Como esos locos a los que se encuentra mirando a sus propios padres haciendo el amor, mirando su propia concepción…

—No soy psicoanalista —dijo con delicadeza—. Tu vida fue dura, nadie niega eso. Perdiste a tu hermano, a tu padre. Pero…

—¿Pero qué?

—Pero estás rodeada de gente que no desea que seas desdichada. Tienes que creer en eso.

Ella dio un profundo suspiro.

—Sabes, cuando éramos pequeños —Tommy y yo—, mi madre tenía el hábito de usar a otros adultos en contra de nosotros: si me portaba mal, me señalaba algo del mundo de los adultos, un auto que hacía sonar el claxon a un kilómetro de distancia, incluso un avión de reacción que aullaba en lo alto, y decía: Ese hombre oyó lo que le dijiste a tu madre y te está demostrando lo que piensa al respecto. Era aterrorizante. Crecí con la impresión de que estaba sola en un inmenso bosque de adultos y que todos ellos vivían vigilándome, juzgándome

todo el tiempo.

David sonrió.

—Vigilancia de tiempo completo. Entonces no te resultará difícil acostumbrarte a la vida con la cámara Gusano.

—¿Te refieres al daño que ya se me hizo? No estoy segura de que eso sea un consuelo. —Y después lo miró fijamente. —Así, pues, David… ¿Qué miras tú cuando tienes la cámara Gusano con exclusividad para ti?

David volvió a su departamento. Puso su propia estación de trabajo subordinada a la de Mary que estaba en la Fábrica de Gusanos y recorrió los registros que Nuestro Mundo efectuaba, de modo rutinario, de la utilización que de sus cámaras Gusanos hacía cada usuario.

Ya había hecho lo suficiente, pensó, como para no sentirse culpable de lo que iba a tener que hacer después para satisfacer su obligación hacia Heather… que era espiarla a Mary.

No le tomó mucho tiempo llegar al corazón del asunto: después de todo, Mary miraba el mismo incidente en forma incesante.

Había sido otra tarde brillante de sol y juego y familia, no mucho tiempo después de la otra tarde que había observado al lado de Mary. En ésta, su media hermana tenía ocho años y estaba con su padre y su familia haciendo una excursión a pie, con facilidad, a la velocidad de marcha de un niño de seis años, a través del parque nacional Rainier. Luz de sol, rocas, árboles.

Y entonces llegó a eso: al punto crucial en la vida de Mary. Duró nada más que segundos.

No es que hubieran corrido riesgos; tampoco se habían desviado del sendero marcado ni habían intentado algo ambicioso. Simplemente fue un accidente.

Tommy había estado montado en el cuello del padre, aferrándose de manojos de espeso cabello negro y sentado a horcajadas sobre los hombros del padre, cuyas anchas manos lo sostenían con firmeza. Mary los había pasado corriendo, ansiosa por perseguir lo que parecía ser la sombra de un ciervo. Tommy extendió la mano hacia ella, desequilibrándose un poco, y la mano del padre que lo agarraba con fuerza resbaló… nada más que un poco, pero fue suficiente.

El impacto en sí no fue espectacular: un suave crujido cuando ese cráneo grande chocó contra una roca volcánica aguda; el extraño desplome flaccido del cuerpo. Tan sólo un hecho desafortunado, inclusive en el modo en que golpeó el suelo de manera tan letal. Culpa de nadie.

Y eso fue todo. Terminó en lo que dura un latido del corazón. Desafortunado, común y corriente, fue culpa de nadie… con la salvedad, pensó David con un enojo no deseado, de que el Creador del

Universo había optado por alojar algo tan precioso como el alma de un niño de seis años en un continente tan frágil.

La primera vez que Mary (y ahora David, como si fuera un inoportuno fantasma) observara el accidente había empleado un punto de vista notable de la cámara Gusano: mirar a través de los propios ojos de Mary niña. Era como si el punto de vista hubiera estado alojado precisamente en el centro del alma de la niña, ese sitio misterioso de su cabeza en el que residía ella, rodeada por la suave maquinaria del cuerpo.

Mary vio al niño cayendo. Reaccionó, extendió los brazos, dio un paso hacia él. El hermanito parecía caer con lentitud, como si se tratara de un sueño. Pero Mary estaba demasiado lejos como para alcanzarlo; nada, pudo hacer para alterar lo que iba a ocurrir.

…Y ahora, al hacer el seguimiento del usuario de Mary, David se vio forzado a observar el mismo incidente desde el punto de vista del padre: era como mirar hacia abajo desde un atalaya, con Mary niña, nada más que un borrón debajo de él; y el niño, una cosa de sombras oscuras que tenía alrededor de la cabeza. Pero los mismos eventos se desplegaron con espeluznante inevitabilidad: el desequilibrio, el resbalón, el niño cayendo, sus piernas estorbándolo, por lo que cayó inclinado hacia abajo y descendió de cabeza hacia el rocoso suelo.

Pero lo que Mary observaba una vez y otra de manera obsesiva no era la muerte en sí, sino los instantes previos: el pequeño Tommy cayendo, que estaba a nada más que un metro de Mary, pero eso era demasiado lejos, y a no menos que centímetros del desesperado intentó del padre por agarrarlo, una fracción de un tiempo de reacción de un segundo. Pudo haber sido un kilómetro, horas de demora: no habría significado la menor diferencia.

Y esto, sospechó David, fue la causa real por la que el padre se había suicidado, y no la publicidad que súbitamente los había rodeado a él y a su familia, aunque sí pudo haber servido de ayuda para concretar el suicidio. Si ese hombre fue en algo parecido a Mary, debió de haber comprendido de inmediato las consecuencias que la cámara Gusano iba a tener para él mismo, al igual que para millones de personas más, que ahora exploraban las facultades de la cámara y la oscuridad que tenían en su propio corazón.

¿Cómo ese padre acongojado podría no haber mirado *esto'?* ¿Cómo podría no haber vuelto a vivir esos terribles momentos una vez y otra? ¿Cómo podía dar vuelta la cara y no mirar a ese niño atrapado dentro de la máquina, tan vivido como la vida misma y, sin embargo, imposibilitado para siempre de envejecer un solo segundo más o de hacer algo que fuese diferente, aunque más no fuera algo insignificante?

¿Y cómo habría podido ese padre soportar seguir viviendo en un

mundo en que la terrible claridad del incidente estuviera a su disposición para que la pudiera volver a ver cuando quisiese, desde cualquier ángulo que deseara… y, aun así, sabiendo que nunca podría cambiar m un solo detalle?

Cuan indulgente había sido él —David mismo— como para sentarse y mirar episodios horrorosos de la historia de la Iglesia, incidentes que estaban a una distancia de siglos de su propia realidad. Después de todo, los crímenes de Colón a nadie herían hoy… salvo al hombre mismo, fue el tétrico pensamiento de David. ¡Cuánto más grande había sido el coraje de Mary, una niña aislada, imperfecta, cuando, sola, había enfrentado el instante que iba a moldear su vida, para bien o para mal.

Pues esto, entendió entonces David, es el quid de la experiencia con la cámara Gusano: no un tímido espiar para excitarse sexualmente, no la visión de algún período remotamente imposible de la historia, sino la oportunidad de rever los candentes sucesos que constituyen la propia vida.

Pero mis ojos no evolucionaron para ver tales imágenes. Mi corazón no evolucionó para tener que enfrentarse a esas revelaciones repetidas. En otras épocas, al tiempo se lo denominaba gran sanador, ahora, al sanador bálsamo de la distancia se lo hizo pedazos.

Se nos concedió la mirada de Dios, pensó David, ojos que pueden ver lo pasado inmutable, ensangrentado, como si fuera hoy. Pero no somos Dios y la quemante luz de esa historia nos puede destruir.

La ira se conglutinó. Inmutabilidad. ¿Por qué debería aceptar tal falta de equidad? Quizás había algo que él pudiera hacer al respecto.

Pero primero tendría que resolver qué decirle a Heather.

La siguiente vez que lo llamó, después de transcurridas unas semanas, Bobby quedó conmocionado por el deterioro de David.

David llevaba una camisola suelta, y daba la impresión de que no se hubiera cambiado durante días. Tenía el cabello sucio y desaliñado y tan sólo se había afeitado de manera descuidada. El departamento estaba todavía más desordenado, los muebles cubiertos desordenadamente por pantallas flexibles, libros y revistas abiertos, blocks de papel amarillo, lapiceras abandonadas. Sobre el piso, apilados alrededor de un cesto del que desbordaban los desperdicios, había platos sucios de papel, cajas de pizza y envases de cartón para microondas que contuvieron comida chatarra.

Pero David parecía estar a la defensiva, quizás hasta culposo.

—No es lo que estás pensando: adicción a la cámara Gusano, ¿no? Puedo ser un obseso, Bobby, pero creo que me pude emancipar de eso.

—¿Entonces, qué?

—Estuve trabajando.

En una de las paredes había colgado un pizarrón blanco; estaba

cubierto con garabatos, ecuaciones y fragmentos de frases en inglés y francés escritos en escarlata y conectados por flechas y semicírculos que formaban circuitos cerrados.

Bobby dijo con cuidado:

—Heather me dijo que abandonaste el proyecto de los Doce Mil Días, la verdadera biografía de Cristo.

—Sí, lo abandoné. Estoy seguro de que entenderás el porqué.

—Entonces, ¿qué estuviste haciendo aquí, David?

David suspiró.

—Traté de modificar el pasado, Bobby. Traté… y fracasé.

—¡Huy! —Exclamó Bobby.—¿Entendí bien lo que dijiste? ¿Trataste de usar un agujero de gusano para afectar el pasado? ¿Es eso lo que me estás diciendo? Pero tu teoría dice que es imposible, ¿no?

—Sí. Lo intenté de todos modos. Ejecuté algunos ensayos en la Fábrica de Gusanos. Traté de enviarme a mí mismo una señal de vuelta en el tiempo, a través de un agujero de gusano pequeño. Tan sólo a través de unos pocos milisegundos, pero lo suficiente como para demostrar el principio.

~¿Y?

David sonrió con gesto irónico.

—Las señales pueden desplazarse *hacia adelante* en el tiempo a través de un agujero de gusano. Así es como vemos el pasado. Pero cuando hice un intento de enviar una señal *de vuelta* en el tiempo, hubo realimentación. Imagina un fotón que sale de la boca de mi agujero de gusano unos segundos en el pasado: puede volar hacia la boca del futuro, viajar hacia atrás en el tiempo y surgir de la boca del pasado en el preciso instante en que empezara su viaje. Vuelve a pasar sobre el fotón que él mismo era antes…

—…y duplica su energía.

—En realidad, hace más que eso, debido a efectos Doppler. Es un bucle de realimentación positiva. Ese pedacito de radiación puede viajar a través del agujero de gusano una vez y otra, acumulando energía que extrae del agujero mismo de gusano. Con el tiempo se vuelve tan fuerte que destruye el agujero de gusano… una fracción de segundo *antes* de operar una máquina completa del tiempo.

—Y así tu agujero de gusano de prueba *hizopum.*

David contestó secamente:

—Con más vigor que el que yo había previsto. Parece que el viejo Hawking tuvo razón respecto de la protección de la cronología: las leyes de la física no permiten las máquinas del tiempo que operan hacia atrás. El pasado es un universo relativista en bloque, el futuro es incertidumbre cuántica y los dos se unen en el presente, lo que, supongo, es una interfaz de gravedad cuántica… Lo siento. Los detalles técnicos no importan. El pasado, ves, es como un manto de

hielo que avanza y va invadiendo el futuro fluido; cada suceso queda congelado en su sitio dentro de la estructura cristalina, queda fijado para siempre.

"Lo que importa es lo que *yo* sé, mejor que cualquier otro ser humano del planeta: que el pasado es inmutable, inalterable, que está abierto a nuestra observación a través de los agujeros de gusano, pero que es fijo. ¿Entiendes cómo me hace sentir esto?

Bobby caminó por el departamento, pisando sobre las montañas de papeles y libros.

—Es claro que estás sufriendo. Utilizas una abstrusa física como terapia. ¿Y qué hay sobre tu familia? ¿Alguna vez nos dedicas un pensamiento?

David cerró los ojos.

—Dime. Por favor.

Bobby tomó aire.

—Bien, Hiram se fue a un escondite aún más recóndito pero planea ganar una mayor cantidad de dinero todavía, a partir de los pronósticos meteorológicos, predicciones enormemente mejoradas sobre datos precisos de siglos de antigüedad, gracias a la cámara Gusano. Piensa que hasta puede ser posible desarrollar sistemas para el control del clima, dada la nueva comprensión que tenemos de los cambios climáticos a largo plazo.

—Hiram es —David buscó la palabra adecuada—… un fenómeno. ¿Es que no hay límites para su imaginación capitalista? ¿Y las noticias sobre Kate?

—El jurado está en receso.

—Creí que las pruebas eran circunstanciales.

—Lo son. Pero verla realmente en su terminal en el momento en que el delito se cometió, ver que tuvo la oportunidad… Creo que eso influyó sobre muchos de los miembros del jurado.

—¿Qué harás si la declaran culpable?

—No lo he decidido.

Lo que era cierto. El final del juicio fue un agujero negro esperando consumir el futuro de Bobby, de manera tan inevitable y tan inoportuna como la muerte. Así que él puso lo mejor de sí mismo para no pensar en ello.

—Vi a Heather —dijo, cambiando de tema—. Está bien, a pesar de todo. Publicó su biografía verdadera de Lincoln.

—Un buen trabajo. Y sus escritos sobre la guerra en el mar de Aral fueron notables. David miró atentamente a Bobby. —Tienes que estar orgulloso de ella… de tu madre.

Bobby meditó sobre eso.

—Supongo que debiera estarlo. Pero no estoy seguro de cómo se supone que me tengo que sentir respecto de ella. Ya sabes, la miré

cuando estaba con Mary; a pesar de toda la fricción, hay un vínculo entre ellas. Es como una cuerda de acero que las conecta. Yo no siento cosa alguna como ésa. Probablemente es mi culpa…

—Dijiste que las miraste, ¿tiempo pasado?

Bobby lo miró de frente.

—Imagino que no me oíste: Mary abandonó el hogar.

—…Ah. Qué lástima.

—Sostuvieron una pelea final sobre la manera en que Mary estaba usando la cámara Gusano. Heather esta preocupada, al borde de la desesperación.

—¿Por qué no localiza a Mary?

—Lo intentó.

David resopló de furia.

—¡Eso es ridículo! ¿¡Cómo puede alguno de nosotros esconderse de la cámara Gusano!?

—Evidentemente, hay maneras de hacerlo… Mira, David, ¿no es hora de que te vuelvas a incorporar a la especie humana?

David entrelazó los dedos de una mano con los de la otra; era un hombre corpulento profundamente angustiado.

—Pero es tan insoportable —dijo—. Seguramente es por eso que Mary escapó. *Traté*, recuerda, traté de encontrar el modo de arreglar las cosas… de arreglar el pasado. Y descubrí que ninguno de nosotros tiene oportunidad alguna con la historia. Ni siquiera Dios. ¡Tengo pruebas experimentales! ¿No te das cuenta? Mirar toda esa sangre, esa rapiña y ese saqueo y esos asesinatos… Si tan sólo pudiera desviar la espada de uno solo de los cruzados, salvar la vida de un solo niño arahuaco…

—Y por eso te estás escapando hacia el terreno de la árida física.

—¿Qué sugieres que haga?

—No puedes arreglar el pasado… pero te puedes arreglar a ti. Incorpórate al trabajo sobre los Doce Mil Días.

—Ya te dije…

—Te ayudaré. Estaré ahí. Hazlo, David: ve y encuentra a Jesús. —Bobby sonrió. —Te desafío a hacerlo.

Después de un prolongado silencio, David le devolvió la sonrisa.

21. CONTEMPLAD AL HOMBRE

Extraído de la introducción que hiciera David Curzon para Los Doce Mil Días: Comentario Preliminar, *S. P. Kozlov y G. Risha editores, Roma 2040*:

El proyecto escolástico internacional que se conoce entre el público en general como Los Doce Mil Días llegó a la conclusión de su primera fase. Fui uno de los componentes de un equipo (en realidad, un poco más que eso) de doce mil observadores con cámara Gusano de todo el mundo, a los que se encomendó la tarea de estudiar la vida y la época histórica del hombre a quien sus contemporáneos conocieron como lesho Ben Pantera, y generaciones posteriores como Jesucristo. Es un honor que se me hubiera pedido que redacte esta introducción…

Siempre hemos sabido que cuando encontramos a Jesús en los Evangelios, lo vemos a través de los ojos de los redactores del Evangelio. Mateo, por ejemplo, creía que el Mesías iba a nacer en Belén, tal como parecía haber predicho el profeta Miqueas en el *Antiguo Testamento* y, por eso, informa que Jesús iba a nacer en Belén (aunque, en verdad, Jesús de Galilea nació, como es natural, en Galilea).

Entendemos esto; lo compensamos. Pero, ¿cuántos cristianos de todos los siglos anhelaron encontrarse con Jesús por sí mismos a través del medio neutral de una cámara… o, mejor aún, cara a cara? ¿Y cuántos hubieran creído que la nuestra habría de ser la primera generación para la cual un encuentro así iba a ser posible? Pero eso es exactamente lo que sucedió.

A cada uno de nosotros, los Doce Mil, se nos asignó un único Día de la breve vida de Jesús, un Día que habríamos de observar con la tecnología de la cámara Gusano en tiempo real, de medianoche a medianoche.

De esta manera se pudo recopilar con rapidez un primer borrador de la verdadera biografía de Jesús. Esta biografía visual e informes anexos no son otra cosa que un primer borrador: una simple observación, una exhibición de los acontecimientos de la trágicamente breve vida de Jesús. Todavía hay que realizar mucho de investigación auxiliar: por ejemplo, hasta hay que establecer la identidad de los catorce Apóstoles (¡No doce!), y el destino que corrieran sus hermanos, hermanas, Su esposa e hijo, sólo se conocen de manera superficial. Después vendrá la configuración organizada de los sucesos del relato humano central, tal como se dieran, sin tapujos, en función de las diversas narraciones, canónicas y apócrifas, que sobrevivieron para hablarnos de Jesús y de Su ministerio.

Y entonces comenzará, por supuesto, el verdadero debate: el

debate sobre el significado de Jesús y de Su ministerio… debate que puede durar tanto como la especie humana en sí. Este primer encuentro no fue fácil, pero ya la límpida luz de Galilea ha quemado muchas falsedades.

David yacía en su otomana y estaba sometiendo sus sistemas a prueba: el aparato mismo de rv, los agentes de atención sanitaria que iban a encargarse de la alimentación intravenosa y los catéteres, y de hacer que su cuerpo gire para reducir el peligro de formación de escaras por la permanencia prolongada en una misma posición e incluso hasta de limpiarlo si así lo desease, como si fuera una víctima en coma.

Bobby se sentó delante de él en esa habitación silenciosa a la que se había puesto a oscuras. Su cara brillaba bajo la compleja luz de la pantalla flexible.

David se sentía absurdo en medio de todo este equipo, como un astronauta que se preparaba para el lanzamiento. Pero el Día clave, en el pasado, embebido en el tiempo como un insecto en ámbar, inmutable y brillante, estaba esperándolo para que lo inspeccionara. Y David se sometió.

Levantó el conjunto cefálico del Ojo de la Mente y lo acomodó sobre la cabeza: sintió la familiar textura de retorcimiento, cuando el conjunto cefálico se cerró apretadamente en torno a sus sienes.

Luchó contra el pánico. ¡Y pensar que la gente se sometía voluntariamente a esto por mera diversión!

…Y la luz estalló sobre él, cruda y brillante.

Había nacido en Nazaret, un pequeño y próspero pueblo que estaba en la colina de Galilea. El nacimiento fue de rutina para la época. En verdad nació de María, que había sido una virgen, una Virgen del Templo.

Tal como Sus contemporáneos Lo conocían, Jesucristo era el hijo ilegítimo de un legionario romano, un ilirio llamado Pantera.

Fue una relación basada en el amor, y no en la coacción, aun cuando en aquel entonces María había sido prometida en matrimonio a Jose, un próspero maestro mayor de obras viudo. Pero a Pantera lo transfirieron de esa provincia romana cuando se tuvo conocimiento de la gravidez de María. Habla muy bien de José el hecho de que aceptara a María y criara al niño como si hubiera sido de él.

De todos modos, Jesús no se avergonzaba de Su origen y, tiempo después, Se haría llamar Iesho Ben Pantera, es decir, Jesús, hijo de Pantera.

Ésta es la suma de los hechos históricos sobre el nacimiento de Jesús. Todo otro misterio más profundo se encuentra más allá del alcance de' cualquier cámara Gusano. No hubo censo, no hubo travesía hasta Belén, no hubo caballeriza, no hubo pesebre, no hubo

animales de corral, no hubo Reyes Magos, no hubo pastores, no hubo estrella. Todo eso, ideado por los redactores *de* los Evangelios para demostrar cómo este bebé era el cumplimiento de la profecía, no fue más que un invento.

La cámara Gusano está dejando sin base muchas de las ilusiones que tenemos sobre nosotros mismos y nuestro pasado. Están aquellos que argumentan que la cámara Gusano es una herramienta para terapia en masa, que nos permite volvernos más cuerdos en cuanto especie. Puede ser. ¡Pero duro tiene el corazón la persona que no siente pesar por el desenmascaramiento del cuento de Navidad!…

Estaba parado en una playa. Podía sentir el calor como si hubiera sido una pesada frazada empapada y el sudor le producía alfilerazos en la frente.

Hacia la izquierda tenía colinas cubiertas de verdor; hacia la derecha, un mar azul lamía con suavidad las orillas. En el horizonte, que estaba cargado de neblina, pudo distinguir barcas de pesca, sombras marrón azulado tan quietas y planas como figuras recortadas en cartulina. En la orilla boreal del mar, distante unos cinco kilómetros quizá, pudo divisar una ciudad: un enjambre de edificios de techo plano y paredes marrones. Ésa debía de ser Cafarnaum. Supo que podría usar el motor de búsqueda para estar ahí en un instante. Pero le pareció más adecuado caminar.

Cerró los ojos: pudo sentir la calidez del Sol en la cara, oír el mar acariciando la orilla, oler la hierba y el olor ácido de los peces. Acá, la luz era tan intensa que a través de sus párpados cerrados brillaba con tono rosado; pero, en el rabillo del ojo, dentro de los párpados, refulgía un pequeño logotipo dorado de Nuestro Mundo.

Partió. En sus pies, la penetrante frialdad del mar de Galilea..

…Tenía varios hermanos y hermanas y, también, medio hermanos de ambos sexos (provenientes del matrimonio anterior de José). Uno de Sus hermanos, Jacobo, tenía notable parecido con Él, y habría de guiar la Iglesia (por lo menos, una rama de ella) luego de la muerte de Jesús. Jesús fue aprendiz de Su tío, José de Arimatea: no fue carpintero sino maestro de obras. Pasó mucho del final de Su juventud y comienzos de la adultez en la ciudad de Sepforis, cinco kilómetros al norte de Nazaret.

Sepforis era una ciudad importante: de hecho, la más grande de Judea, aparte de Jerusalén y de la capital de Galilea. En aquel entonces, en la ciudad había abundante trabajo para maestros de obras, albañiles y arquitectos, pues a Sepforis la había destruido en gran medida una acción militar romana contra un alzamiento judío en el año 4 a. C. El tiempo que pasó en Sepforis fue importante para Jesús, pues aquí Jesús se volvió cosmopolita. Estuvo expuesto a la cultura helénica a través de, por ejemplo, el teatro griego; y, lo que

tuvo más significación, a la tradición pitagórica del número y de la proporción. Jesús hasta se incorporó, durante un tiempo, a un grupo pitagórico judío conocido como el de los esenios. Esto, a su vez, fue parte de una tradición mucho más antigua que abarcó toda Europa y que, en verdad, había logrado extenderse hasta los druidas de Bretaña.

Jesús se convirtió, no en un humilde carpintero sino en artesano de una tradición sumamente compleja y antigua. El oficio de José llevaría al joven Jesús a viajar extensamente por todo el mundo romano.

La vida de Jesús fue completa. Se casó. (La narración bíblica sobre el matrimonio de Cana, cuando el agua se convirtió en vino, parece haberse adornado con detalles fantásticos a partir de un suceso ocurrido en el propio casamiento de Jesús). Su esposa murió al dar a luz y Él no se volvió a casar. Pero sobrevivió el fruto de la unión, una hija, que desapareció en la confusión que rodeó el final de la vida de su padre. (La búsqueda de la hija de Jesús, y de cualesquiera descendientes que vivieran hoy, es una de las zonas más activas de las investigaciones con la cámara Gusano).

Pero Jesús era inquieto: a una edad precozmente temprana empezó a formular Su propia filosofía. De ella se podía considerar, haciendo un análisis simplista, que se basaba en una peculiar síntesis de erudiciones mosaica y pitagórica. El cristianismo nacería de esta colisión entre el misticismo oriental y la lógica occidental. Jesús se vio a Sí mismo, metafóricamente hablando, como una proporción media entre Dios y la humanidad. Y el concepto de la proporción, en especial el de la Proporción Áurea fue, claro está, tema de mucha meditación en la tradición pitagórica. Fue, y siempre seguiría siendo, un buen judío. Pero sí desarrolló ideas muy definidas sobre cómo mejorar la práctica de Su religión.

Empezó a cultivar la amistad entre aquellos a los que Su familia juzgaba absolutamente inadecuados para un hombre de Su posición social: los pobres, los delincuentes. Hasta forjó tenebrosos vínculos con diversos grupos de *lestai*, insurrectos en potencia.

Discutió con Su familia y partió para Cafarnaum, donde habría de vivir con sus amigos. Y, es durante esos años, que empezó a realizar milagros.

Dos hombres venían caminando hacia él.

Eran más bajos que él, pero con robusta musculatura; cada uno llevaba el espeso cabello negro atado en una cola detrás de la cabeza. Su ropa era funcional: lo que parecían ser prendas de una pieza hechas de algodón, con faltriqueras profundas y muy usadas. Estaban caminando por la orilla del mar, sin prestar atención a las olas pequeñas que rompían a sus pies. Daban la impresión de tener cuarenta años, pero era probable que fueran más jóvenes. Se los veía

saludables, bien alimentados, prósperos. Probablemente eran mercaderes, pensó.

Estaban tan enfrascados en su conversación que aún no habían advertido su presencia.

…No, se recordó a sí mismo: no lo podían ver a David…*porque él no había estado ahí*, en ese día desaparecido hacía ya mucho, cuando esa conversación bajo un sol candente había tenido lugar. Ninguno de los circunstantes era consciente de que un hombre que vendría del futuro remoto, un día se maravillaría al verlos, un hombre que tenía la capacidad de hacer que este instante cotidiano cobrara vida y se repitiera una vez y otra, absolutamente inmutado.

Él retrocedió cuando los hombres chocaron suavemente con él. La luz pareció disminuir de intensidad y no sintió más la agudeza de las piedras debajo de los pies.

Pero después siguieron de largo, alejándose de él, y su conversación no se vio perturbada ni en una palabra por el fantasmal encuentro. La vivida realidad del paisaje se restableció con tanta tranquilidad como si él hubiera ajustado los controles de una invisible pantalla flexible.

Siguió caminando hacia Cafarnaum.

Jesús podía curar enfermedades de origen psicosomático y causadas por sugestión, tales como los dolores de espalda, la tartamudez, las úlceras, el estrés, la fiebre del heno, las parálisis y ceguera por histeria; incluso los falsos embarazos. Algunas de las curaciones eran notables y muy conmovedoras de presenciar. Pero se limitaban a aquellas gentes cuya creencia en Jesús era más fuerte que su creencia en la enfermedad y, al igual que con cualquier otro sanador antes de Él o después, Jesús no tenía la capacidad de curar enfermedades orgánicas más profundas. (Hay que reconocerle que Él jamás afirmó poder hacerlo).

Como era natural, sus milagros de curación atrajeron a gran cantidad de seguidores. Pero lo que distinguía a Jesús de los muchos otros *jasidim* de Su época era el mensaje que Él predicaba junto con Sus curaciones.

Jesús estaba convencido de que la Era Mesiánica prometida por los profetas llegaría no cuando los judíos hubieran obtenido la victoria en lo militar sino cuando se volvieran puros de corazón. Estaba convencido de que esta pureza interior se iba a lograr no mediante una vida que fuera nada más que de pureza en lo exterior sino a través del sometimiento a la terrible clemencia de Dios. Y creía que esta clemencia se hacía extensiva a todo Israel: a los intocables, a los impuros, a los desclasados y a los pecadores. A través de Sus curaciones y exorcismos demostró la realidad de ese amor. Jesús fue la Proporción Áurea entre lo divino y lo humano. Eso explica por qué la

atracción que ejercía era eléctrica: parecía poder lograr que el pecador más abyecto se sintiera cerca de Dios.

Pero en esa nación ocupada, pocos tenían el refinamiento suficiente como para entender Su mensaje. Jesús se volvió impaciente ante las vociferantes exigencias que se Le hacían para que revelara de Sí mismo que era el Mesías. Y los *lestai* que se sentían atraídos por Su presencia carismática empezaron a ver en Él un conveniente punto focal para un alzamiento contra los odiados romanos. Los problemas empezaron a acumularse.

David vagó por las habitaciones pequeñas y cuadradas como un fantasma, mirando a la gente, las mujeres, los sirvientes y los niños, que iban y venían.

La casa era más impresionante de lo que había esperado. Estaba construida según el modelo de una casa de campo romana, con un atrio abierto central y diversas habitaciones que se abrían hacia él, a manera de un claustro. El decorado era muy mediterráneo, la luz, densa y brillante; las habitaciones, abiertas al aire sereno.

Ya en época tan temprana del ministerio de Jesús, más allá de las paredes de Su casa había un campamento permanente: los enfermos, los lisiados, los potenciales peregrinos; una ciudad en miniatura formada por tiendas.

Tiempo después, en este sitio se iba a construir un convento y después, en el siglo V, una iglesia bizantina que habría de sobrevivir hasta los días mismos de David, junto con la leyenda de aquellos que una vez habían vivido ahí.

En ese momento hubo un ruido fuera de la casa: el sonido de pies que corren, de gente gritando. David salió con paso vivo al exterior.

La mayoría de los habitantes de la ciudad de tiendas, algunos de los cuales exhibían una sorprendente y jovial presteza, se apresuraba por llegar hacia el centelleante mar, al que David pudo distinguir por entre las casas. Siguió a la multitud que se estaba congregando, alzándose por encima de la muchedumbre que lo rodeaba, y trató de no hacer caso del hedor causado por la suciedad en la gente y en las cosas, mucho del cual era extrapolado por el soporte lógico de control con inoportuna autenticidad; la percepción directa de los olores a través de las cámaras Gusano todavía era una cuestión nada confiable.

La muchedumbre se desplegaba a medida que llegaba al muelle rudimentario. David se abrió camino a través del gentío y alcanzó el borde del agua, sin hacer caso de las temporarias disminuciones de luminosidad que se producían cuando los galileos, en su avidez por llegar, pasaban rozándolo o a través de él.

Había una sola barca en el agua mansa: quizá tenía seis metros de largo, era de madera y su construcción era tosca. Cuatro hombres estaban remando con paciencia hacia la orilla. Al lado de un fornido

timonel que estaba en la popa había una red de pesca recogida formando una pila sobre sí misma.

Otro hombre estaba parado en la proa, mirando hacia la gente que estaba en la orilla.

David oyó los murmullos: Él había estado predicando, desde la barca, en otros sitios a lo largo de la orilla. Tenía una voz imponente que se transmitía muy bien por el agua, éste es lesho, éste es Jesús.

David se esforzó por verlo con más claridad. Pero la luz que se reflejaba en el agua lo encandilaba.

…Y, por eso, debemos volver, con renuencia, al verdadero relato de la Pasión.

Jerusalén, compleja, caótica, edificada con la radiantemente brillante piedra blanca local, en esta Pascua judía[6] estaba atestada de peregrinos que habían venido a comer el cordero pascual dentro de los confines de la ciudad santa, como lo exigía la tradición. Pero la ciudad también contaba con la pesada presencia de soldados romanos. Y en esta Pascua, en particular, se sucedía un tiempo de mucha tensión, pues había muchos grupos de insurrectos operando allí, por ejemplo, los zelotes, feroces opositores a Roma, y los *iscarii*, asesinos que habitualmente actuaban sobre las multitudes que asistían a las conmemoraciones. Era en medio de este epicentro del conflicto histórico que caminaban Jesús y Sus seguidores.

El grupo de Jesús comió su ágape de Pascua judía. (Pero no se recitó la Eucaristía; no existió la orden de Jesús de tomar pan y vino en recuerdo de Él, como si fueran fragmentos de Su propio cuerpo. Es evidente que este rito es una creación de los redactores del Evangelio. Esa noche, Jesús tenía muchas ideas en su cabeza… pero no el invento de una nueva religión).

Ahora sabemos que Jesús tenía contactos con muchas de los sectas y grupos que operaban en la periferia de Su sociedad. Pero la intención de Jesús *no* fue la insurrección. Jesús fue hasta el lugar que se llama Getsemaní, en el que los olivos aún crecen en la actualidad, algunos de ellos (lo podemos verificar ahora) sobrevivientes de los días del propio Jesús. Jesús había trabajado para purificar al judaismo de sus aspectos sectarios. Él pensaba que ahí se reuniría con las autoridades y los caudillos de diversos grupos rebeldes y buscaría una unidad pacífica. Como siempre, Jesús buscaba ser la Áurea Proporción, el puente entre esos grupos en conflicto. Pero la humanidad de los tiempos de Jesús no era más racional que la de cualquier otra época: lo recibió un grupo de soldados armados que habían enviado los sumos sacerdotes. Y los acontecimientos que se sucedieron de ahí en adelante se desarrollaron según una lógica letal que nos es familiar. El Juicio no fue un gran suceso teológico. Todo lo que le importaba al sumo sacerdote —un anciano cansado,

concienzudo, desgastado— era mantener el orden público. Sabía que tenía que proteger a su gente de las salvajes represalias de Roma mediante la aceptación del menor de los males, que era entregar a este difícil y anárquico sanador por la fe. Una vez hecho eso, el sumo sacerdote regresó a su cama y a un sueño incómodo.

Pilatos, el procurador romano, tuvo que salir al encuentro de los sacerdotes que no entraban en la pretoria por temor a quedar impuros. Pilatos era un hombre cruel y competente, el representante de un poder conquistador que tenía siglos de antigüedad. Sin embargo, él también vaciló, parece que por temor de incitar a una violencia peor al ejecutar a un líder popular.

Ahora hemos podido presenciar los miedos y el aborrecimiento y las espantosas intrigas que impulsaban a los hombres que esa noche oscura se enfrentaron… y cada uno de ellos creía, sin duda, que estaba haciendo lo que correspondía hacerse.

Una vez que tomó su decisión, Pilatos actuó con brutal eficiencia. De lo que sigue conocemos los detalles demasiado bien. Ni siquiera fue un espectáculo grandioso pero, si es por eso, la Pasión de Cristo es un acontecimiento que no tardó dos días en desarrollarse, sino dos mil años. Pero todavía quedan muchas cosas que no conocemos. El momento de Su muerte está extrañamente oculto; la exploración de la cámara Gusano es limitada ahí. Algunos científicos propusieron la teoría de que en esos segundos clave hay tal densidad de puntos de vista que la trama del espacio-tiempo en sí se daña por la intrusión de agujeros de gusano. Y a estos puntos de vista *supuestamente los envían observadores provenientes de nuestro propio futuro*… o, quizá, provenientes de múltiples futuros posibles, si lo que se encuentra adelante de nosotros es indeterminado.

Del mismo modo, todavía no hemos oído Sus últimas palabras a Su madre; todavía no sabemos si, apaleado, agonizante, azorado, Le clamó a Su Dios. Aún ahora, a pesar de toda nuestra tecnología, Lo vemos oscuramente a través de un vidrio.

En el centro de la ciudad había un mercado, ya lleno de gente. Suprimiendo un escalofrío, David se forzó a pasar *a través* de los circunstantes.

En el centro de la multitud un soldado, uniformado de manera tosca, estaba reteniendo por el brazo a una mujer: ella tenía aspecto abyecto, su túnica estaba rota; el cabello estaba apelmazado y mugriento y la cara, otrora bonita, estaba surcada por arroyos de llanto. Al lado de ella había dos hombres que llevaban vestiduras religiosas limpias, de buena calidad. Quizás eran sacerdotes o fariseos. Estaban señalando a la mujer, gesticulando con ira y discutiendo con una figura que estaba delante de ellos y que, oculta por la multitud, estaba en cuclillas en el polvo.

David se preguntó si este incidente habría dejado huella alguna en el Evangelio. Quizás ésta era la mujer a la que se había condenado por adulterio y los fariseos lo estaban enfrentando a Jesús con otra de las preguntas capciosas de ellos, tratando de dejar al desnudo Su blasfemia.

El hombre que estaba en el polvo tenía una falange de amigos. Eran hombres de aspecto robusto, quizá pescadores. Con suavidad, pero con firmeza, mantenía alejado al gentío. Pero, así y todo —David lo pudo ver cuando se acercó como un fantasma—, algunos de los presentes se estaban aproximando, extendiendo una mano vacilante para tocar la túnica, acariciar un mechón de cabello aunque más no fuere.

No creo que Su muerte —humillado, quebrado— necesite seguir siendo el centro de nuestra obsesión por Jesús, como lo ha sido durante dos mil años: para mí, el cénit de Su vida, tal como la pude presenciar, es el momento en que Pilatos lo presenta a El, ya torturado y sangrante, para someterlo al escarnio de los soldados, sacrificado por Su propio pueblo. Con todo lo que Él había intentado aparentemente en ruinas, quizá sintiéndose ya abandonado por Dios, Jesús se debía de haber derrumbado y, sin embargo, se mantuvo erguido. Un hombre inmerso en Su época, derrotado y, sin embargo, no vencido, Él es Gandhi, Él es San Francisco, Él es Wilberforce, Él es Elizabeth Fry, Él es el padre Damián entre los leprosos. Él es Su propio pueblo y el horrible sufrimiento que ese pueblo habría de soportar en nombre de la religión que se había fundado en Su nombre.

Todas las religiones importantes enfrentaron crisis cuando su origen y su enrevesado pasado quedaron expuestos a una mirada escrutadora. Ninguna de ellas salió indemne; algunas se desplomaron por completo. Pero la religión no trata simplemente sobre la moralidad, o sobre la personalidad de sus fundadores y de quienes la profesan. Trata sobre lo espiritual, sobre una dimensión más elevada de nuestra naturaleza. Y todavía están aquellos que sienten el anhelo de lo trascendente, del significado de todo lo que es. Ya —purificada, reformada, vuelta a fundar— la Iglesia está empezando a brindar consuelo a mucha gente a la que dejó azorada la demolición de la vida privada y de la certeza histórica.

Quizá lo hemos perdido a Cristo… pero lo hemos encontrado a Jesús. Y Su ejemplo todavía puede conducirnos a un futuro desconocido, aun si ese futuro sólo consta del Ajenjo y el único papel que le queda a nuestras religiones es el de confortarnos.

Y, sin embargo, la historia todavía tiene sorpresas para nosotros pues, contra todas las expectativas, una de las leyendas más peculiares y, aun así, obstinadas sobre la vida de Jesús se ha comprobado…

El hombre que estaba en el polvo era delgado. Su cabello,

estirado hacia atrás con rigurosidad, estaba poniéndose prematuramente gris en las sienes. La toga estaba manchada con polvo y se arrastraba por el suelo. La nariz era prominente, orgullosa y aguileña. Sus ojos, negros, impetuosos e inteligentes. Parecía estar enojado y estaba dibujando en el polvo con un dedo.

Este hombre silencioso, meditativo, estaba a la misma altura que los fariseos, sin siquiera la necesidad de hablar.

David avanzó. Debajo de los pies podía sentir el polvo de este mercado de Cafarnaum. Extendió la mano hacia el ruedo de esa túnica.

…Pero, por supuesto, los dedos se deslizaron a través del paño y aunque el sol se amortiguó, David no sintió nada.

El hombre que estaba en el polvo alzó la vista y miró directamente en los ojos a David.

David lanzó un grito. La luz de Galilea se disipó y la cara —con gesto de preocupación— de Bobby flotó delante de él.

Cuando joven, siguiendo con Su tío, José de Arimatea, una ruta comercial bien establecida, Jesús visitó la zona de minas de estaño de Cornwall.

Con compañeros se adentró más en la isla, llegando tan lejos como hasta Glastonbury, en aquel entonces un puerto de importancia, donde estudió con los druidas y ayudó a diseñar y construir una casa pequeña, en el sitio donde se habría de erigir la futura abadía de Glastonbury. Esta visita se recuerda, hasta cierto punto, en fragmentos de tradiciones locales. Hemos perdido tanto. El crudo fulgor de la cámara Gusano reveló que tantas de nuestras fábulas no son más que sombras y susurros; la Atlántida se evaporó como el rocío; el rey Arturo retrocedió a las sombras de las que nunca salió verdaderamente. Y, no obstante, es, después de todo, verdad, como cantara Blake, que esos pies en tiempos antiguos sí caminaron por el verdor de las montañas de Inglaterra.

22. EL VEREDICTO

En la semana de Navidad de 2037 concluyó el juicio de Kate.

La sala del tribunal era pequeña, revestido en roble y la bandera de las Barras y las Estrellas colgaba fláccida en la parte de atrás de la sala. El juez, los asesores letrados y los funcionarios del tribunal estaban sentados con solemne esplendor delante de hileras de bancos que estaban ocupados por unos pocos espectadores dispersos: Bobby, funcionarios de Nuestro Mundo, reporteros que escribían notas pulsando el teclado de pantallas flexibles.

El jurado era una colección de ciudadanía de aspecto impensado, aunque algunos de ellos llevaban las máscaras muy coloreadas y las ropas de recubrimiento inteligente que se habían puesto de moda en los últimos meses. Si Bobby no miraba con demasiado cuidado podía perder de vista a una jurado hasta que ésta se moviera y, entonces, aparecía como de la nada una cara o un mechón de cabello o una mano que se agitaba y el resto del cuerpo se hacía visible en forma tenue, delineado por una distorsión imperfecta e irregular del fondo.

Era una dulce ironía, pensó Bobby, que las prendas de recubrimiento inteligente hubieran sido otra brillante idea de Hiram: un nuevo producto de Nuestro Mundo que se vendía dejando elevadas ganancias, para contrarrestar el efecto de intrusión de otro producto.

…Y ahí, sentada sola en el banquillo, se hallaba Kate. Estaba vestida de negro con total sencillez, el cabello recogido detrás de la cabeza, la boca seca, la mirada vacía.

Se habían prohibido las cámaras en la sala misma del tribunal y en la entrada a la sala había tenido lugar un poco del forcejeo usual entre los medios de Prensa. Pero todos sabían que las órdenes que imponían prohibiciones nada significaban ahora: Bobby imaginaba el aire que lo rodeaba cribado por puntos de vista de cámara Gusano que andaban revoloteando, de los cuales, y sin la menor duda, grandes enjambres se concentraban sobre la cara de Kate y la propia de él.

Bobby sabía que Kate se había autoacondicionado para no olvidar la estrecha vigilancia de la cámara Gusano ni por un segundo; no podía evitar que los fisgones invisibles siguieran todo lo que hacía, pero sí les podía negar la satisfacción de que vieran cuánto le dolía. Para Bobby, la figura solitaria y frágil de esa joven representaba más fuerza que la del poderoso proceso jurídico al que esa joven estaba sometida, y también de la gran y millonaria compañía que le había entablado juicio.

Pero ni siquiera Kate pudo ocultar la desesperación cuando finalmente se le hizo saber la sentencia.

—Olvídala, Bobby —dijo Hiram. Estaba dando vueltas a zancadas

en torno de su enorme mesa de conferencias. Una lluvia torrencial azotaba la ventana panorámica, llenando la sala de ruido.

—No te ha hecho más que daño. Y ahora es una delincuente convicta. ¿Qué pruebas más necesitas? Vamos, Bobby. Libérate de ella. No la necesitas.

—Ella está convencida de que tú la incriminaste falsamente.

—Pues eso no me importa en absoluto. ¿Qué es lo que *tú* crees? Eso es lo que cuenta para mí. ¿Realmente piensas que soy tan tortuoso como para tenderle una celada a la amante de mi hijo… sin importar lo que yo pueda pensar de ella?

—No lo sé, papá —dijo Bobby con tranquilidad. Se sentía sereno, controlado: la bravata de Hiram, evidentemente dicha con fines de manipulación, fue incapaz de alcanzarlo. —Ya no sé en qué creer.

—¿Por qué discutir sobre eso? ¿Por qué no usas la cámara Gusano para comprobar si estoy mintiendo?

—No tengo intención de espiarte.

Hiram miró fijamente a su hijo.

—Si estás tratando de encontrar mi conciencia, vas a tener que cavar hasta una profundidad mayor. De todos modos, no es más que reprogramar. ¡Demonios, deberían encerrar a esa mujer y perder la llave! La reprogramación es nada.

Bobby negó con movimiento de la cabeza.

—No a Kate. Luchó contra tu metodología durante años. Ella le tiene verdadero pavor, papá.

—Oh, diantres. A *ti* se te reprogramó. Y no te hizo mal en absoluto.

—No sé si lo hizo o no lo hizo. —Bobby se puso de pie y encaró al padre. Sentía aumentar su propia ira. —Me sentí diferente cuando al implante se lo apagó. Estaba enojado, aterrorizado, confuso. Ni siquiera sabía cómo se *suponía* que me sintiera.

—Hablas como ella —gritó Hiram—. Ella te reprogramó más con sus palabras y su vagina, que lo que yo jamás pude con un pedacito de silicio. ¿No te das cuenta de eso? ¡Ah, maldición! Lo único de bueno que el condenado implante sí te hizo fue volverte demasiado estúpido como para ver lo que te estaba ocurriendo… —Se interrumpió y desvió la mirada.

Bobby contestó con tono glacial:

—Es mejor que me expliques qué quieres decir con eso.

Hiram se dio vuelta: el enojo, la impaciencia, incluso algo parecido a la culpa parecían pugnar dentro de él para tener el dominio.

—Piénsalo un poco. Tu hermano es un físico brillante, y no uso la palabra a la ligera: se lo puede proponer como candidato para el Premio Nobel. Y en cuanto a mí… —Alzó las manos. —Levanté todo

esto de la nada. Ningún imbécil podría haber logrado eso. Pero tú…

—¿Estás diciendo que eso se debe al implante?

—Yo sabía que había riesgos. La creatividad se vincula con la depresión. Grandes logros a menudo se relacionan con una personalidad obsesiva… y bla, bla. Pero tú no necesitas un inmundo cerebro para convertirte en presidente de Estados Unidos de Norteamérica. ¿No está bien eso?… ¿no? —Y extendió la mano hacia la mejilla de Bobby, como para pellizcarla del modo que se hace con un niño.

Bobby retrocedió para esquivarla.

—Recuerdo que, cuando niño, solías decirme eso cien, mil, veces. En aquellos tiempos nunca entendí lo que querías decir.

—¡Pero vamos, Bobby…!

—Tú lo hiciste, ¿no? Tú la implicaste a Kate. Sabes que es inocente y estás dispuesto a que le manoseen el cerebro y se lo arruinen… exactamente del mismo modo que lo hicieron con el mío.

Hiram quedó inmóvil un instante; después dejó caer los brazos.

—¡Vete al infierno! Vuelve a ella si quieres, entiérrate en su vagina: al final siempre vuelves corriendo, pedazo de mierda. Tengo trabajo para hacer. —Y se sentó ante la mesa, pulsó la superficie para abrir sus pantallas flexibles y pronto el fulgor de dígitos que iban pasando por la pantalla le encendió la cara, como si Bobby hubiera dejado de existir.

Después de que se la liberara, Bobby la llevó a casa.

No bien hubieron llegado, Kate empezó a recorrer el departamento a zancadas, cerrando cortinas de manera compulsiva, impidiendo el paso de la brillante luz del mediodía, dejando una estela de habitaciones a oscuras.

Se sacó la ropa que había estado usando desde que dejara la sala del tribunal y la arrojó a la basura. Bobby se tendió en la cama, escuchándola bañarse bajo la ducha en la oscuridad más completa, durante varios minutos. Después, Kate se deslizó debajo del acolchado de lana: estaba fría, tiritaba y el cabello no estaba del todo' seco. Se había estado bañando con agua fría. Bobby no la interrogó, se limitó a abrazarla hasta que su calor penetró en ella.

Por fin, Kate dijo en un susurro:

—Necesitas comprar cortinas más gruesas.

—La oscuridad no te esconde de una cámara Gusano.

—Ya lo sé —contestó ella—. Y sé que aun ahora están escuchando cada una de las palabras que decimos. Pero no tenemos que hacerles las cosas fáciles. No puedo soportarlo. Hiram me derrotó, Bobby… y ahora me va a destruir.

Del mismo modo que, pensó Bobby, Hiram me destruyó a *mí*.

En cambio, dijo:

—Por lo menos, tu sentencia no te obliga a estar bajo custodia. Por lo menos, nos tenemos el uno al otro.

Ella cerró la mano formando un puño y le golpeó el pecho, lo suficientemente fuerte como para producir dolor.

—Ésa es la cuestión, precisamente, ¿no te das cuenta?: no *me* tendrás más, porque para el momento en que hayan terminado, ya no habrá más de *mí*. No importa en qué me vaya a convertir, seré… diferente.

Le cubrió el puño con su propia mano, hasta que sintió que los dedos de Kate se aflojaban.

—No es más que una reprogramación…

—Dijeron que yo debía de sufrir del Síndrome E: espasmos de hiperactividad en mis lóbulos órbitofrontal y prefrontal mediano.

Un tráfico excesivo proveniente de la corteza evita que las emociones lleguen a mi nivel consciente. Y es *así* como puedo cometer un delito, dirigido al padre de mi amante, sin conciencia ni remordimiento ni repugnancia por mí misma.

—Kate…

—Y después se me ha de acondicionar contra el empleo de la cámara Gusano. A los delincuentes convictos como yo, ves, no se les ha de permitir el acceso a la tecnología. En mi núcleo amigdalino, el asiento de mis emociones, van a poner falsos vestigios de memoria. Tendré una fobia invencible respecto de considerar siquiera el uso de una cámara Gusano o de ver sus resultados.

—No hay de qué temer.

Kate se apoyó sobre los codos. Su cara en sombras se alzó delante de él; las órbitas oculares eran pozos de oscuridad de bordes redondeados.

—¿Cómo puedes defenderlos? Tú, sobre todo.

—No estoy defendiéndolos. De todos modos, no creo que haya un *ellos*: todos los que intervinieron sencillamente estaban haciendo su trabajo, el FBI, los tribunales…

—¿Y Hiram?

Bobby no intentó contestar. Sólo dijo:

—Lo único que quiero es abrazarte.

Ella suspiró y dejó que su cabeza se apoyara en el pecho de él: Bobby la sintió pesada; la mejilla, cálida contra su carne.

Bobby vaciló.

—Sea como fuere, sé cuál es el verdadero problema.

Pudo sentir cómo se fruncía el entrecejo de Kate.

“Soy yo, ¿no? No quieres un interruptor en la cabeza porque eso es lo que *yo* tenía cuando me encontraste. Tienes pavor de convertirte en algo como yo… como lo que yo fui. En cierto sentido…. —Se obligó a decirlo: —En cierto sentido, me desprecias.

Kate se irguió, apartándose de él.

—En todo lo que piensas es en ti mismo. Pero *yo* soy a quien están a punto de sacarle los sesos con una cuchara para helados. —Se levantó de la cama, salió de la habitación y cerró la puerta fríamente, sin perder el control, dejando a Bobby en la oscuridad.

Él durmió un rato.

Cuando despertó fue a buscarla. La sala de estar todavía estaba a oscuras, las cortinas cerradas y las luces apagadas… pero podía asegurar que Kate estaba ahí.

—Luces, encenderse.

Luz, cegadora y brillante, inundó la habitación.

Kate estaba sentada en un sofá, completamente vestida. Estaba frente a una mesa, sobre la que había una botella de un fluido transparente y otra botella, más pequeña: barbitúricos y alcohol. Ambas botellas estaban sin abrir, con el sello intacto. El licor era un absintio de mucho precio.

Ella señaló:

—Siempre tuve buen gusto, sí señor.

—Kate…

Los ojos de ella se estaban humedeciendo bajo la luz y las pupilas se habían abierto enormemente, lo que le daba un aspecto infantil.

—Qué extraño, ¿no? Debo de haber hecho la cobertura de una docena de suicidios y de una cantidad mayor de intentos. Sé que hay formas más rápidas que ésta: me podría cortar las muñecas, o el cuello inclusive; me podría volar los sesos, antes de que los manoseen. Esto será más lento. Probablemente más doloroso. Pero es fácil. ¿Ves?, bebes y tragas, bebes y tragas. —Lanzó una carcajada helada. — Hasta te emborrachas en el proceso.

—No quieres hacer eso.

—No. Tienes razón. No quiero hacerlo. Es por eso que necesito que me ayudes.

Como respuesta, Bobby levantó la botella del licor y la lanzó a través de la habitación. Se hizo añicos contra una pared, dejando una espectacular mancha sobre el yeso.

Kate suspiró.

—Ésa no es la única botella del mundo. Finalmente lo haré. Prefiero morir a permitirles manosear mi cerebro.

—Tiene que haber otra forma. Volveré donde está Hiram y le diré…

—¿Decirle qué? ¿Que si no confiesa me voy a autodestruir? Se reirá de ti, Bobby. Me quiere destruida, de una forma o de otra.

Bobby midió la habitación a zancadas, como una fiera enjaulada, sintiéndose cada vez más desesperado.

—Pues entonces, larguémonos de aquí.

Kate suspiró.

—Nos pueden ver cuando abandonamos esta habitación, seguirnos a cualquier parte. Podríamos ir a la Luna y nunca ser libres…

La voz pareció provenir de la nada:

—Si estás convencida de eso, entonces es mejor que te rindas ya mismo.

Kate dio un respingo. Bobby saltó y giró velozmente sobre los talones. Había sido la voz de una mujer o de una muchacha… una voz familiar. Pero la habitación parecía estar vacía.

Bobby preguntó en voz baja:

—*¿Mary?*

Primero vio la cara de ella flotando en el aire, cuando empezó a sacarse una capucha. Después, cuando empezó a desplazarse contra el fondo, la perfección del ocultamiento que le brindaba el recubrimiento inteligente empezó a deshacerse y Bobby pudo discernir el contorno de Mary: una extremidad en sombras por aquí, un vago borrón descolorido donde debía de estar el torso, el todo recubierto por un extraño efecto ojo de pescado que engañaba a la vista, como ocurría en las primeras imágenes de la cámara Gusano. Bobby observó, como al pasar, que Mary parecía estar limpia, saludable, hasta bien alimentada.

—¿Cómo entraste acá?

La muchacha sonrió de oreja a oreja.

—Si vienes conmigo, Kate, te lo mostraré.

Kate respondió con lentitud:

—¿Ir contigo? ¿Adonde?

—¿Y por qué? —completó Bobby.

—El *porqué* es obvio, Bobby —dijo Mary, con voz en la que regresaba un eco de su causticidad adolescente—. Porque, como sigue diciendo Kate, si no se larga de aquí el hombre va a revolverle los sesos con una cuchara.

Bobby dijo con tono razonable:

—No importa dónde vaya, se le puede seguir la pista.

—Es cierto —dijo Mary con pesadumbre—. La cámara Gusano. Pero no pudiste seguir *mi* pista desde que abandoné mi casa hace tres meses. No me viste venir. No sabías que estaba en el departamento hasta que revelé mi presencia. Mira, la cámara Gusano es una herramienta fantástica… pero no es una varita mágica. La gente se paraliza por ella y ha dejado de pensar. Si hasta Papá Noel te puede ver, ¿qué se puede hacer? Para el momento en que llega, tú te puedes haber ido hace mucho.

Bobby frunció el entrecejo.

—¿Papá Noel?

Kate repuso con lentitud:

—Papá Noel te puede *ver* todo el tiempo. En víspera de Navidad puede mirar retrospectivamente por todo el mundo y ver si fuiste travieso o si te portaste bien.

Otra sonrisa amplia de Mary.

—Papá Noel debe de haber tenido la primera cámara Gusano de todas, ¿no es así? Feliz Navidad.

—Siempre pensé que ése era un mito siniestro —dijo Kate—, pero únicamente nos podemos mantener alejados de Papá Noel si lo podemos ver cuando está viniendo.

Mary sonrió suavemente.

—Eso es fácil. —Alzó el brazo, tiró hacia atrás de la manga de su recubrimiento inteligente y reveló lo que parecía ser un reloj gordo de pulsera. Era compacto, estaba raspado por el uso y tenía aspecto de algo que había salido de un taller casero. La esfera del instrumento era una pantalla flexible en miniatura; mostraba vistas del corredor que estaba afuera, de la calle, de los ascensores, de lo que debían de ser departamentos vecinos.

—Todo vacío —susurró Mary—. Puede ser que un estúpido que está en alguna parte esté escuchando todo lo que decimos. ¿A quién le importa? Para el momento en que llegue aquí, ya nos habremos ido.

—Esa es una cámara Gusano —dijo Kate—. En la muñeca de ella. Alguna clase de diseño pirata.

—No puedo creerlo —se sorprendió Bobby—, en comparación con los aceleradores gigantescos de la Fábrica de Gusanos…

—Y —dijo Mary—, Alexander Graham Bell probablemente nunca pensó que se podría fabricar un teléfono sin cable y tan pequeño que se pudiera implantar en la muñeca.

Los ojos de Kate se achicaron.

—Un inyector de Casimir nunca se podría convertir en una miniatura como ésta. Esto tiene que ser tecnología de vacío comprimido. El asunto en el que estaba trabajando David.

—Si lo es —dijo Bobby con tono lúgubre—, ¿cómo se filtró el desarrollo de la tecnología fuera de la Fábrica de Gusanos? —Miró directamente a Mary: —¿Tu madre sabe dónde estás?

—Típico —replicó Mary—, unos minutos atrás, Kate se iba a suicidar, y ahora me están acusando de hacer espionaje industrial y se están preocupando por la relación que tengo con mi madre.

—¡Dios mío! —se alarmó Kate—. ¿Qué clase de mundo va ser aquel en que cada condenado niño lleve una cámara Gusano en la muñeca?

—Te diré un secreto —dijo Mary—, ya la llevamos. Los detalles están en la Internet. Hay talleres caseros, que están por todo el planeta, donde los están fabricando en profusión. —Sonrió de oreja a

oreja. —El genio de la botella está fuera de ella. Mira, estoy aquí para ayudarte. No hay garantías. Papá Noel no es todopoderoso, pero ha hecho que resulte más difícil esconderse. Todo lo que te estoy brindando es una oportunidad. —Fijó la vista en Kate. —Creo que es mejor que lo que tienes que enfrentar ahora, ¿no?

Kate preguntó:

—¿Por qué me quieres ayudar?

Mary pareció estar avergonzada.

—Porque eres parte de mi familia… más o menos.

Bobby le respondió:

—Tu madre también es parte de la familia.

Mary lo miró con furia.

—Haré un trato contigo, si eso te hace sentir mejor: déjenme sacarlos de aquí. Déjenme impedir que a la cabeza de Kate la abran. A cambio de eso llamaré a mi madre. ¿Trato hecho?

Kate y Bobby cambiaron una mirada.

—Trato hecho.

Mary buscó dentro de su túnica y extrajo una muestra de tela que sacudió hasta que se extendió.

—Cubrimiento inteligente.

Bobby preguntó:

—¿Hay lugar para dos ahí dentro?

Mary estaba sonriendo con alegría.

—Esperaba que dijeras eso. Vamos, larguémonos de aquí.

Los guardias de seguridad de Hiram, alertados por un monitor cámara de Gusano de rutina, llegaron diez minutos más tarde. El departamento, brillantemente iluminado, estaba vacío. Los guardias empezaron a disputar respecto de quién se lo iba a decir a Hiram y aceptar la culpa… y después quedaron en silencio, cuando comprendieron que él estaba, o iba a estar, mirándolos de todos modos.

TRES
LA LUZ DE OTROS DÍAS

A menudo, en la nocturnal quietud,
Antes de que la cadena del Sueño me venga a atar,
Una Remembranza Tierna trae la luz
De otros días que me ha de rodear.

— Thomas Moore (1779–1852)

23. EL ESCENARIO ILUMINADO CON REFLECTORES

Roma, 2041 d. C.: sosteniendo la mano de Heather, David estaba caminando a través del corazón denso y bullicioso de la ciudad. El cielo nocturno por encima de ellos, con capas de smog, parecía tan anaranjado como las nubes de Titán.

Aun en hora tan avanzada, Roma estaba llena de turistas. Muchos, como Heather, caminaban por todas partes llevando las bandas cefálicas del Ojo de la Mente o las Antiparras y los Guantes.

Transcurridos cuatro años del primer lanzamiento en masa de la cámara Gusano al mercado, ser turista, vagando por los centros más importantes de la antigüedad, se había convertido en un fascinante pasatiempo, y muy de moda. David había tomado la firme decisión de que, antes de partir de Italia, tenía que probar la gira submarina con equipo autónomo de buceo, a través de la sumergida Venecia… Fascinante, sí, y entendía el porqué: el pasado se había vuelto un sitio confortable y con el que se estaba familiarizado; su exploración era una aventura segura y sintética; era el sitio perfecto para desviar la mirada de la pared meteorítica en blanco que ponía fin al futuro. Qué irónico, pensaba David, que a un mundo al que se le negara su futuro repentinamente se le concediera su pasado.

Y era tentador escapar de un mundo donde inclusive el presente transformado era un lugar extraño y perturbador.

Hoy en día, casi todos usaban algún tipo de cámara Gusano, por lo general la versión en miniatura, del tamaño de un reloj de pulsera, que se alimentaba con la energía proveniente de la tecnología del vacío comprimido. La cámara Gusano personal era el enlace con el resto de la humanidad, con las glorias y los horrores del pasado… y, lo que no era algo desdeñable, un chiche útil para ver qué había a la vuelta de la esquina.

Y el fulgor implacable de la cámara estaba dando un nuevo aspecto a todo.

La gente ni siquiera se vestía de la manera que solía hacerlo. Algunas personas de mayor edad, en las populosas calles de Roma, seguían usando ropa que permitía reconocer la moda de unos pocos años antes. Por su parte, había turistas que llevaban por las calles, y no sin cierto aire desafiante, camisetas y pantalones cortos chillones exactamente con el mismo desenfado que en décadas atrás. Así también pudo verse a una mujer con una camiseta en la que se leía el siguiente mensaje llamativo y con brillos:

¡eh, allá en el futuro:

saquen de acá a su abuela!

La mayoría de la gente se había cubierto con camisolas sin costura, de una sola pieza, que se abotonaban muy alto en el cuello; el traje se completaba con mangas largas y pantalones que remataban en guantes y botas, también incorporados al traje. Había también algunos modelos de atuendo completo, estilo oriental, importados del mundo islámico: batas y túnicas sin forma que se arrastraban por el suelo, tocados que tapaban todo menos los ojos, que, con uniformidad, tenían mirada fija y recelosa.

Otros habían reaccionado de manera por completo diferente: ahí estaba la pareja nudista, dos hombres tomados de la mano, que con desafiante orgullo lucían caídos vientres propios de la madurez por sobre sus ya marchitos genitales.

Pero, cautelosos o desafiantes, la gente de mayor edad, entre la que David se incluía a regañadientes, demostraba estar continua e incómodamente consciente de la mirada fija y perseguidora de la cámara Gusano.

La actitud de los jóvenes, al crecer con la cámara Gusano como elemento normal de su vida, era diferente.

Muchos de los jóvenes iban desnudos simplemente, con excepción de artículos prácticos tales como bolsos y sandalias. Pero a David le daban la impresión de que no padecían en absoluto la timidez ni la inhibición de sus mayores, como si tomaran la decisión de qué usar sobre la base exclusiva de lo práctico o del deseo de exhibir su personalidad, en vez de dejarse influir por la modestia o el tabú.

Un grupo de jóvenes lucía unas máscaras con las facciones de la cara de una misma persona, pero con distintos gestos. Tanto chicos como chicas llevaban esa cara, la que exhibía toda una gama de situaciones y emociones: empapada por la lluvia, iluminada por el Sol, con barba o perfectamente afeitada, riendo o llorando, hasta durmiendo; todas expresiones que nada parecían tener que ver con quienes la usaban. Era desconcertante verlos, era como encontrarse con un grupo de clones vagando por la noche romana.

Esas máscaras representaban a Rómulo, y era el accesorio de última moda creado por Nuestro Mundo. Rómulo, fundador de la ciudad, se había convertido en un personaje de importancia para los jóvenes romanos, pues la cámara Gusano había demostrado que realmente había existido, aun cuando su hermano y la historia de la loba hubieran resultado ser un mito. Cada máscara no era otra cosa que una pantalla flexible, moldeada para la cara del portador, con alimentación incorporada proveniente de una cámara Gusano, y mostraba la cara de Rómulo tal como él había sido en la edad exacta, al minuto, de quien estaba usando la máscara. Con variaciones en función de la región, Nuestro Mundo estaba apuntando a otras partes

del mundo.

Eran productos que se vendían extraordinariamente bien, pero David sabía que le iba a tomar toda la vida acostumbrarse a ver la cara de un varón joven de la Edad del Hierro… luciendo un par de graciosos pechos desnudos.

Cruzaron una pequeña plaza, con unos canteros de plantas algo estropeadas, rodeada por edificios altos, antiguos. En un banco que allí había, David observó a una pareja joven, un muchacho y una muchacha, ambos desnudos. Quizá tendrían unos dieciséis años. La muchacha estaba sobre el regazo de su compañero y se estaban besando con ardor. La mano del muchacho apretaba con urgencia uno de los pequeños pechos de ella. Y la mano de la muchacha, hundida entre ambos cuerpos, envolvía el pene erecto.

David sabía que algunos comentaristas (más viejos) desdeñaban todo esto, considerándolo nada más que hedonismo, una danza loca de los jóvenes antes del comienzo del incendio. Era un reflejo estúpido, juvenil, de las filosofías nihilistas horribles y desesperanzadas que recientemente se habían desarrollado en respuesta a la existencia amenazadora del Ajenjo: filosofías en las que al universo se lo veía como poco más que un puño gigantesco que tenía la intención de aplastar, una y otra vez, toda forma de vida, belleza y pensamiento. Por supuesto, nunca había existido la manera de sobrevivir a la lenta decadencia del universo. Ahora, el Ajenjo había hecho que ese límite cósmico se volviera horriblemente real, y no quedaba otra cosa por hacer que no fuera bailar y tener sexo y llorar.

Conceptos así eran seductores en una manera desconsoladora. Pero la explicación del modo de actuar de la juventud moderna seguramente era más simple que eso, pensó David. Él creía más que probable que fuera otra consecuencia de la cámara Gusano: el abandono inexorable y desconcertante de los tabúes, en un mundo en el que las paredes habían caído.

Un puñado de personas se había detenido para mirar a la pareja: uno de los hombres —desnudo también él— se masturbaba lentamente.

Desde el punto de vista técnico, *eso* seguía siendo ilegal. Pero ya nadie trataba de hacer cumplir las leyes. Después de todo, ese hombre solitario podría regresar a la habitación de su hotel y recurrir a su cámara Gusano para hacer un acercamiento con quienquiera que fuese, en cualquier momento del día o de la noche. En definitiva, mucha gente había estado utilizando la cámara Gusano en esas actividades, desde que fuera lanzada al mercado; y a películas y revistas y cosas por el estilo desde hacía mucho más tiempo aún. Por lo menos, en esta era de la cámara Gusano ya no había más

hipocresía.

Pero estos incidentes ya eran poco frecuentes. Estaban surgiendo nuevas normas sociales.

Para David el mundo podía compararse con un restaurante lleno de clientes donde se podía oír lo que el hombre de la mesa vecina le estaba diciendo a su esposa. Pero eso no era cortés; quien se permitía hacerlo se exponía a ser aislado socialmente. Y, después de todo, mucha gente en realidad disfrutaba en sitios públicos y muy populosos: el zumbido, la excitación, la sensación de pertenencia a un grupo podían dejar a un lado cualquier deseo de tener vida privada.

Mientras David miraba, la muchacha se separó, sonriéndole a su amante, y se deslizó hacia abajo por el cuerpo de él, suave como una serpiente, tomó el pene, lo acercó a su boca y…

David miró hacia otro lado, sintiendo que la cara le ardía.

Los jóvenes habían hecho el amor de manera torpe, propia de aficionados, quizá con excesiva avidez; los dos cuerpos, aunque jóvenes, no eran particularmente atractivos. El suceso no era ni una demostración de arte ni una exhibición pornográfica: era la vida humana, en toda su torpe belleza animal. David trató de imaginar cómo se hubiera sentido de ser ese muchacho, aquí y ahora, liberado de tabúes, recreándose en el poder de su cuerpo y en el de su amante.

Heather, empero, no vio todo esto. Caminando sin rumbo al lado de él, con los ojos brillantes, todavía estaba sumergida en el pasado profundo; tal vez era hora de unirse allí con ella. Con una sensación de alivio, y una breve palabra al motor de búsqueda solicitándole instrucciones de uso, David se puso su propio Ojo de la Mente y se deslizó hacia otro tiempo.

Caminaba bajo la luz del Sol. Pero esta calle llena de gente, uno de cuyos lados estaba limitado por grandes bloques cuadrados de departamentos de muchos pisos, era oscura. Determinada por la peculiar topografía del emplazamiento —las famosas siete colmas— se había erigido Roma, que ya tenía un millón de habitantes.

En muchos aspectos, la ciudad parecía ser notablemente moderna. Pero éste no era el siglo XXI. David estaba atisbando esta capital vibrante y bulliciosa en una brillante tarde del verano italiano… pero a sólo cinco años de la cruel muerte de Cristo. No había vehículos de motor, claro está; sólo pocas carretas o carrozas tiradas por animales. La forma más frecuente de transporte, aparte del desplazamiento a pie, era mediante litera o silla de manos alquilada. Aun así, las calles estaban tan llenas de gente que ni siquiera el tráfico pedestre podía circular a una velocidad poco mayor que la de un caracol.

Alrededor de ellos, una multitud de gente, ciudadanos, soldados, indigentes y esclavos. David y Heather se alzaban por encima de la mayoría de todo el gentío y, además, al caminar por sobre la

superficie moderna del suelo, estaban flotando encima del piso de adoquines de la ciudad antigua. Los pobres y los esclavos parecían empequeñecidos, algunos de ellos de débil aspecto debido a la mala alimentación y a las enfermedades; semejaban ratas, apiñados alrededor de las fuentes públicas de agua. Pero muchos de los ciudadanos llevaban togas blanco brillante cosidas con hilo de oro, y eran los herederos de la opulencia que había otorgado el imperio en expansión a generaciones de romanos beneficiados con esa política. Eran tan altos y estaban tan bien alimentados como David y, con la ropa adecuada, seguramente no habrían estado fuera de lugar en las calles de una ciudad cualquiera del siglo XXI.

Pero David no se podía acostumbrar al modo en que la masa de gente, parecida a enjambres en movimiento, pasaba *a través* de él.

Resultaba difícil aceptar que para estos romanos, activamente dedicados a sus propios asuntos, él no era más que un fantasma carente de solidez. David ansiaba estar allí, desempeñar un papel.

En ese momento llegaron a un sitio más abierto. Eso era el Foro romano: una plaza rectangular bellamente pavimentada, rodeada por imponentes edificios públicos de dos pisos y que en el frente presentaba filas de columnas estrechas de mármol. Una línea de columnas de triunfo, cada una rematada por estatuas recubiertas en hoja de oro, se alzaba de manera conspicua en el centro de la plaza y, más hacia adelante, pasando un montón de techos en pendiente de tejas rojas, característicamente romanos, David pudo ver la masa curva del Coliseo.

En una de las esquinas observó a un grupo de ciudadanos vestidos de manera suntuosa, senadores quizá, que discutían con vehemencia, que golpeaban sobre tablillas, sin pensar en la belleza y el portento de lo que tenían a su alrededor. Eran la prueba de que esta ciudad no era un museo sino, y de manera muy evidente, la capital operativa de un imperio enorme, complejo y bien dirigido, la Washington de otros tiempos, y su cosmopolitismo era regocijante, tan diferente de las reproducciones despobladas, relucientes y sin relieve de los antiguos museos, películas y libros previos a la aparición de la cámara Gusano.

Pero a esta ciudad imperial, ya antigua, sólo le quedaban unos siglos más para sobrevivir. Los grandiosos acueductos iban a desplomarse; fallarían las fuentes públicas; y, durante el curso de mil años, los romanos quedarían resignados a traer el agua a mano desde el Tíber.

Sintió un suave toque en el hombro.

Se dio vuelta, sobresaltado: un hombre, vestido con traje y corbata gris carbón, monótonos, con un aspecto que allí no encajaba. Tenía cabello rubio cortado estilo militar y estaba exhibiendo una chapa. Al igual que David y Heather, se hallaba flotando unos metros

por encima del piso de la Roma imperial.

Era el agente especial del FBI, Michael Mavens.

—Usted —dijo David—. ¿Qué quiere de nosotros? ¿No cree que ya le hizo suficiente daño a mi familia, agente especial?

—Nunca tuve la intención de hacer daño, señor.

—Y ahora…

—Y ahora necesito su ayuda…

Al tiempo que contenía un suspiro, David levantó las manos hacia la banda cefálica del Ojo de la Mente. Pudo sentir el indefinible cosquilleo que venía junto con la interrupción del enlace transceptor del equipo con la corteza cerebral.

De pronto se encontró sumergido en la tórrida noche romana.

A su alrededor el Foro romano estaba reducido a grandes trozos de cascotes de mármol diseminados por el suelo, tenían la superficie amarronada y se estaban descomponiendo en el aire viciado de la ciudad. De los grandiosos edificios sobrevivía apenas un puñado de columnas y vigas transversales, que sobresalían del suelo como huesos expuestos al aire y, a través de grietas que había en las baldosas, crecía un pasto enfermo y envenenado por la ciudad.

De una manera extraña, en medio de los turistas del siglo XXI vestidos de manera recargada, Mavens, con su traje gris, parecía aún más fuera de lugar que en la antigua Roma.

Michael Mavens se dio vuelta y estudió a Heather. Los ojos de ella, sumamente dilatados, centelleaban con el inconfundible brillo perlado de los puntos de vista, brillo proyectado por generadores miniatura de cámara Gusano que la mujer tenía implantados en las retinas. David le tomó la mano. Ella se la apretó con suavidad.

La mirada de Mavens se encontró con la de David. El agente hizo una leve inclinación de cabeza, indicando que entendía, pero insistió.

—Necesitamos hablar, señor. Es importante.

—¿Mi hermano?

—Sí.

—Muy bien. ¿Nos acompañará de vuelta al hotel? No está lejos.

—Lo agradecería.

Así que David salió caminando de las ruinas del *Forum Romanum*, guiando con delicadeza a Heather por entre la manipostería caída. Heather giraba la cabeza como si fuera una cámara rotando sobre su pie, todavía sumergida en las brillantes glorias de una ciudad muerta hacía mucho, y la distorsión del espacio-tiempo brillaba en sus ojos.

Llegaron al hotel.

Heather apenas había hablado desde el foro. Antes de ir a su habitación, le permitió a David que la besara en la mejilla. Ahí se tendió en la oscuridad mirando el cielo raso, los ojos con cámaras gusano centelleando. David se dio cuenta, con preocupación, que no

tenía la menor idea sobre qué estaba mirando su madre.

Cuando regresó a su propia habitación, Mavens lo estaba esperando. David preparó bebidas en un minibar: una cerveza para él y un whisky para el agente.

Mavens habló un poco de cosas sin importancia.

—Sabe usted, el alcance de Hiram Patterson es asombroso. En su baño ahora mismo acabo de usar un espejo cámara Gusano para sacarme un resto de espinaca que tenía metido entre los dientes. Mi esposa tiene una cámara Niñera en casa. Mi hermano y la esposa usan un monitor Gusano para saber adonde va su hija de trece años, que es un tanto desenfrenada, en opinión de ellos… y así todo el tiempo. Pensar que es la tecnología milagrosa de esta época y la usamos para cosas tan triviales.

David dijo con tono vivo:

—En tanto y cuanto siga vendiéndola, a Hiram no le importa qué hacemos con ella. ¿Por qué no me dice por qué vino hasta tan lejos para verme, agente especial Mavens?

El hombre buscó en un bolsillo de su arrugada chaqueta y extrajo un disco de datos del tamaño de la uña del dedo; lo hizo girar como una moneda y David vio resplandecer un holograma en la superficie. Mavens colocó el disco con todo cuidado sobre la pequeña mesa pulida que había al lado de su bebida.

—Estoy buscando a Kate Manzoni —dijo— y a Bobby Patterson y a Mary Mays. Los empujé a ocultarse. Quiero traerlos de vuelta. Ayudarlos a reconstruir su vida.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó David agriamente—. Después de todo, usted cuenta con el respaldo de los recursos del fbi.

—No para esto. A decir verdad, la Agencia ya abandonó las esperanzas de encontrarlos a los tres. Yo no.

—¿Por qué? ¿Quiere castigarlos un poco más?

—En absoluto —dijo Mavens, incómodo—. El de Manzoni fue el primer caso resonante que oscilaba alrededor de las pruebas aportadas por una cámara Gusano. Y lo resolvimos mal. —Sonrió y se lo vio cansado. —Estuve revisándolo. Eso es lo maravilloso de la cámara Gusano, ¿no? Es la máquina más grandiosa del mundo para encontrar explicaciones después del hecho.

“Verá, ahora es posible leer muchos tipos de información a través de la cámara Gusano; en especial, lo que contienen la memoria de las computadoras y los dispositivos de almacenamiento. Revisé todo el equipo que Kate Manzoni había estado usando en el momento de su supuesto delito y, al final, descubrí que lo que Manzoni afirmaba había sido cierto todo el tiempo.

—¿Y eso es…?

—Que Hiram Patterson fue responsable del delito… aunque

resultaría difícil acusarlo, incluso utilizando una cámara Gusano. Y que inculpó falsamente a Manzoni. —Sacudió levemente la cabeza, como para aventar un mal pensamiento. —Conocí y admiré la labor periodística de Kate Manzoni mucho antes de que apareciese este caso. El modo en que reveló el encubrimiento y la existencia del Ajenjo…

—No fue culpa de usted —dijo David con llaneza—. Únicamente estaba haciendo su trabajo.

Mavens contestó con aspereza:

—Es un trabajo que arruiné yo. No es el primero. Lo cierto es que quienes fueron dañados —Bobby y Kate— se han esfumado. Y no son los únicos.

—Ocultándose de la cámara Gusano —dijo David.

—Por supuesto. Los está cambiando a todos…

Era cierto. En esta nueva apertura, los negocios florecían. El crimen parecía haber decaído hasta un mínimo irreducible, a casos ínfimos y debidos a trastornos mentales. Cautelosamente, los políticos habían encontrado maneras de operar en el nuevo mundo de paredes de cristal, en el que cada uno de sus movimientos estaba expuesto al examen concienzudo por parte de una ciudadanía preocupada y que estaría en línea de defensa, ahora y en el futuro. Más allá de la trivialidad del turismo en el tiempo, una nueva historia verdadera, a la que se había expurgado de mitos y mentiras, y que no por eso era menos maravillosa, estaba ingresando en la conciencia de la especie humana; naciones y religiones y grandes compañías casi parecían haberse abierto paso a través de sus encuentros de disculpas recíprocas, y para con la gente. Las religiones subsistentes, vueltas a fundar y purificadas, liberadas de corrupción y codicia, estaban surgiendo hacia la luz y, según le parecía a David, se concentraban en atender su verdadera misión, que era la búsqueda de lo trascendente por parte de la humanidad.

Desde lo sublime hasta lo más abyecto. Hasta los modales habían cambiado. La gente parecía estar volviéndose un poco más tolerante con sus congéneres; siendo capaz de aceptar las diferencias y los defectos del prójimo… porque cada persona sabía que estaba bajo una mirada escrutadora también.

Mavens estaba diciendo:

—Sabe, es como si todos estuviéramos bajo reflectores en un escenario a oscuras. Ahora las luces del teatro están encendidas y podemos ver toda la sala hasta las bambalinas… nos guste o no. Supongo que usted oyó hablar de la vas —Vigilancia Mutuamente Asegurada—, una consecuencia del hecho de que todos portan una cámara Gusano: todos vigilan a todos. De pronto, nuestra nación está llena de ciudadanos corteses, cuidadosos, alerta. Pero eso puede ser dañino. Algunos parece que se están volviendo obsesivos de la

vigilancia y no están dispuestos a hacer cosa alguna que los deje marcados como diferentes de la norma. Es como vivir en un pueblo pequeño dominado por la mirada curiosa…

—Pero seguramente la cámara Gusano ha sido, en el balance final, una fuerza que actuó para bien, como en Cielos Abiertos, por ejemplo.

El de Cielos Abiertos había sido el antiguo sueño del presidente Eisenhower sobre la transparencia internacional. Aun antes de la cámara Gusano se había producido la instrumentación de algo parecido a aquella visión, con reconocimiento aéreo, satélites de vigilancia, inspectores de armas. Pero siempre fue limitado: a los inspectores se los podía echar; a los silos de misiles ocultarlos con lonas mimetizadas.

—Pero ahora —dijo Mavens—, en este maravilloso mundo de la cámara Gusano, los estamos observando y sabemos que ellos nos observan a nosotros. Y nada se puede esconder. Los tratados para la reducción de armamentos se pueden verificar; varios conflictos armados quedaron congelados en una situación de *impasse*, al saber ambos bandos lo que estaba por hacer el otro. No sólo eso, sino que los ciudadanos también nos están observando a nosotros. Por todo el planeta…

Regímenes dictatoriales y represores, expuestos a la luz, se estaban derrumbando. Aunque algunos Estados totalitarios habían intentado utilizar la nueva tecnología como instrumento de opresión, la deliberada inundación con cámaras Gusano por parte de las democracias ha dado por resultado la apertura y la responsabilidad por las acciones. Esto era la extensión del trabajo pasado que habían realizado grupos tales como el Programa Testigo que, durante décadas, había suministrado equipos de videograbación a grupos que protegían los derechos humanos: *Que la verdad libre el combate.*

—Créame —dijo Mavens—, Estados Unidos la está sacando barata: el peor escándalo que sufriéramos hace poco fue que se diera a conocer los refugios contra el Ajenjo.

Ejercicio patético, hecho sin ánimo ni interés. Se trataba de un puñado de montañas ahuecadas y de minas transformadas cuyo propósito era servir como refugio para los ricos y poderosos o, por lo menos, para sus hijos, durante el Día del Ajenjo. La existencia de tales instalaciones se había sospechado desde hacía mucho. Cuando se las expuso a la opinión pública, los científicos demostraron con rapidez su inutilidad como refugios, causando burla la ingenuidad de sus constructores.

Mavens dijo:

—Si se piensa en esto, en cualquier otro momento del pasado, por lo general había para revelar escándalos mucho más graves que *ése.*

Todos nos estamos volviendo más limpios. Hay quienes sostienen que podemos estar a punto, por fin, de conseguir un verdadero gobierno mundial que responda al consenso general… hasta una Utopía.

—¿Lo cree usted?

Mavens sonrió con amargura.

—Ni por un segundo. Tengo la sensación de que cualquiera que sea el sitio hacia el cual nos dirigimos, cualquiera que fuese el lugar al que la cámara Gusano nos estuviere llevando, es sin duda, mucho más extraño.

—Quizá —dijo David—. Supongo que nos tocó vivir en uno de los instantes en que se produce un cambio de perspectiva: la generación pasada fue la primera en ver la Tierra completa desde el espacio; la nuestra fue la primera en ver la verdadera historia completa… y la verdad sobre nosotros mismos. Sabe usted, *yo* tendría que estar en condiciones de enfrentarme a todo eso. —David forzó una sonrisa. —Acepte la palabra de un católico, agente especial Mavens. Crecí alentado en la creencia de estar bajo la mirada escrutadora de una especie de cámara Gusano… pero *esa* cámara era el ojo de Dios, que todo lo ve. Tenemos que aprender a vivir sin subterfugios ni vergüenza. Sí, es difícil para nosotros, difícil para *mí*. Pero, gracias a la cámara Gusano, tengo la impresión de que toda la gente se está volviendo algo más cuerda.

Y era notable que todo esto hubiera emanado de la aparición de un dispositivo del que Hiram, su fuerza impulsora, pensó, no era más que una cámara de TV más inteligente. Pero ahora Hiram, oculto quién sabe dónde, estaba a la manera de todos aquellos inventores desde Frankestein para acá, frente al peligro de que lo destruyera su propia máquina.

—Quizás en una generación, o en dos, esto nos deje purificados —dijo Mavens—, pero no toda la gente puede soportar que se la ponga al descubierto. La tasa de suicidios sigue siendo elevada… y le sorprendería saber *cuánto* de elevada. Y hay mucha gente, como Bobby, que desaparece de los registros (planillas de votantes, censos). Algunos hasta se extirpan de los brazos los implantes para seguimiento: los podemos ver, claro, pero no les podemos dar nombre. —Fijó la mirada en David. —Ésta es la clase de grupo al que creemos que Bobby y los demás se unieron. Se llaman a sí mismos Refugiados. Y ésa es la clase de gente cuya huella tenemos que seguir si queremos hallar a Bobby.

David frunció el entrecejo.

—Él hizo su elección. Puede que esté feliz.

—Está huyendo. En este preciso momento *no* tiene elección alguna.

—Si lo encuentra a él, también encuentra a Kate… y ella tendrá

que cumplir su sentencia.

Mavens negó con movimiento de la cabeza.

—Puedo garantizar que eso no va a ocurrir. Ya se lo dije, tengo pruebas de su inocencia. Ya estoy preparando material para una nueva apelación. —Tomó el disco de datos y con él dio golpecitos en la mesa.

—Entonces —dijo el agente—, ¿no quiere usted tirarle un salvavidas a su hermano?

—¿Qué quiere que haga yo?

—Podemos encontrar el rastro de las personas con la cámara Gusano, mediante el sencillo procedimiento de seguirlas —dijo Mavens—. No es fácil y demanda mucho trabajo, pero es posible. Pero la búsqueda del rastro mediante el ojo se puede burlar. A un rastro obtenido por la cámara Gusano tampoco se lo puede identificar de manera confiable con una clave que vaya a algún indicador externo, ni siquiera a un implante: a los implantes se los puede extirpar, transferir, volver a programar, destruir. Así que un laboratorio de investigaciones delfbi estuvo trabajando en un método mejor.

—¿Sobre la base de… ?

—El adn. Estamos convencidos de que será posible empezar a partir de cualquier fragmento orgánico analizable, un poco de piel muerta o un recorte de uña, suficiente como para registrar la disposición individual del adn; y después hacer el seguimiento hacia atrás del fragmento hasta que… hmmm… se vuelva a unir a la persona en cuestión. Y después, utilizando la clave de adn, podemos seguir las huellas del individuo hacia atrás y hacia adelante en el tiempo, tan lejos como queramos.

“Este disco contiene soporte lógico de seguimiento. Lo que necesitamos de usted es que lo incorpore a una cámara Gusano operativa. La gente de Nuestro Mundo, y usted de manera específica, doctor Curzon, aún tienen la delantera en esta tecnología.

“Pensamos que, en última instancia, podría ser posible establecer una base global de datos sobre secuencias de adn: de los niños se tomaría la secuencia de adn y se la registraría cuando nacen… y sería usado como base de un procedimiento general de búsqueda, sin necesidad de depender de que se tuviera un fragmento físico…

—Y entonces —dijo David lentamente—ustedes se podrán sentar en el cuartel general delfbi y sus espías a través de los agujeros de gusano van a rastrillar todo el planeta hasta que encuentren a quien sea que estén buscando… inclusive en completa oscuridad. Será el golpe mortal a la vida privada. ¿Tengo razón?

—Oh, vamos, doctor Curzon —insistió Mavens—. ¿Qué es la vida privada? Mire a su alrededor. Ya los muchachos están teniendo sexo en la calle. Dentro de diez años más usted tendrá que explicar cuál

solía ser el significado de las palabras *vida privada.* Estos muchachos ya son diferentes. Los sociólogos dicen eso. Usted puede verlo. Están creciendo acostumbrados a la apertura, a vivir abiertos a la luz y a hablar entre sí todo el tiempo. ¿Oyó hablar de las Palestras, gigantescas discusiones en curso que se transmiten a través de enlaces por cámara Gusano, en las que no hay mediadores, son internacionales y, a veces, constan de miles de participantes? Prácticamente ninguno de los participantes supera los veinticinco años de edad. Están empezando a resolver cosas por sí mismos, casi con ninguna referencia al mundo que construimos. En comparación, nosotros estamos como la mierda, ¿no es así?

Muy a su pesar, David descubrió que estaba de acuerdo. Y eso no se iba a detener ahí. Quizás iba a ser necesario que las dañadas generaciones mayores, entre ellas él mismo, hicieran mutis por el foro llevándose consigo sus problemas emocionales y tabúes, antes de que los jóvenes pudieran heredar este nuevo mundo, que únicamente ellos entendían de verdad.

—Puede ser —gruñó Mavens cuando David expresó en voz alta *M* ese pensamiento—. Pero yo no estaría tan dispuesto a rendirme aún. Y, mientras tanto…

—Mientras tanto, yo podría encontrar a mi hermano.

Mavens estudió su vaso.

—Mire, eso nada tiene que ver conmigo. Pero Heather es una cabeza de gusano, ¿no?

Un cabeza de gusano era el resultado máximo de la adicción a las cámaras Gusano. Desde que se había aplicado sus implantes retinianos, Heather había pasado la vida en un sueño virtual. Naturalmente, tenía la capacidad de sintonizar sus ojos con cámara Gusano para ver el presente o, por lo menos, el pasado muy reciente, como si sus ojos hubieran seguido siendo los originales orgánicos. Pero —eso David lo sabía— su madre prácticamente nunca optaba por hacerlo.

Por lo común vagaba en un mundo iluminado por el fulgor perdido del pasado profundo. A veces caminaba con su propio yo más joven, incluso mirando a través de sus propios ojos, volviendo a vivir los sucesos pasados una y otra vez. David estaba seguro de que Heather estaba con Mary casi todo el tiempo, la bebé en sus brazos, la niñita corriendo hacia ella; incapaz y, de todos modos, para nada dispuesta, a modificar un solo detalle.

Si el estado de Heather nada tenía que ver con Mavens, tenía bastante que ver con David. Quizás el impulso de él por protegerla había sido el propio roce de David con la seducción del pasado.

—Algunos analistas —dijo David con calma— dicen que esto es el futuro para todos nosotros: agujeros de gusano en los ojos, en los

oídos. Aprenderemos una nueva percepción, en la que los estratos del pasado sean tan visibles para nosotros como los del presente. Será una nueva manera de pensar, de vivir en el universo. Pero, por ahora…

—Por ahora —completó Mavens con delicadeza—, Heather necesita ayuda.

—Sí. Tomó muy mal la pérdida de su hija.

—Pues entonces haga algo al respecto. Ayúdeme. Mire, este seguimiento por el adn no es un mero dispositivo de intervención clandestina. —Mavens se inclinó hacia adelante—. Piense en las otras cosas que se pueden hacer con él: erradicar enfermedades, por ejemplo. A una peste que se estuviera extendiendo se le podría seguir el rastro en forma retrospectiva a lo largo de sus vectores, ya sean portadores por aire o por agua o por lo que fuere, reemplazando lo que pueden ser meses de trabajo de investigación esmerada y peligrosa por una mirada que durara un instante… Los centros para control de enfermedades ya están considerando esto. ¿Y qué tal la historia? Se podría hacer el seguimiento de una persona hacia atrás en el tiempo, hasta el útero, ¿de acuerdo? No se precisaría una extensión muy grande del soporte lógico para transferir el seguimiento hasta el adn de cada uno de los padres, y para sus padres antes de ellos. Se podría recorrer árboles genealógicos hasta sus raíces atrás, en el tiempo. Y se podría trabajar al revés: empezar con un personaje histórico cualquiera y hacer el seguimiento prospectivo de todos sus descendientes vivos… Usted es científico, David. La cámara Gusano ya puso de cabeza la ciencia y la historia, ¿no es así? Piense hasta dónde podría usted con esto.

Sostenía el disco delante de la cara de David, tomándolo entre el pulgar y el índice como si fuera, pensó David, una hostia.

24. OBSERVANDO A BOBBY

El nombre de ella era Mae Wilson.

Su intención era clara, como un trozo de cristal.

Esto fue a partir del momento en que su hija adoptiva, Barbara, fuese condenada por el asesinato en primer grado de su hijo adoptado, Mian, y sentenciada a seguir los pasos de su padre, el marido de Mae, Phil, hasta un cuarto en el que se le habría de aplicar una inyección letal.

Lo concreto de esto era que la mujer ya se había acostumbrado a la idea de que su marido fuese un monstruo que había abusado y matado al muchacho que ambos tenían a su cuidado. Con el transcurso de los años había aprendido a culparlo a Phil; hasta había aprendido a odiar su recuerdo y, al aferrarse a eso, había encontrado un poco de paz.

Además, todavía la tenía a Barbara, que estaba en alguna parte fuera del hogar y era un fragmento del naufragio de su vida; era la prueba de que algo bueno había salido de todo ello.

Pero ahora, debido a la cámara Gusano, eso había dejado para siempre de ser una opción. No había sido Phil después de todo… sino Barbara. Eso ya no era admisible. El monstruo no había sido quien le había mentido durante todos estos años, sino otro, al que ella había alimentado, criado, formado.

Y ella, Mae, no era víctima del engaño sino que, de algún modo, era agente de todo el desastre.

Por supuesto que dejarla a Barbara al descubierto había sido justo. Por supuesto que era verdad. Por supuesto que había sido una gran injusticia lo que se le había hecho, de entre todos ellos, a Phil en su errónea convicción, injusticia que ahora se había corregido, por lo menos de modo parcial, gracias a la cámara Gusano.

Pero no era ni justicia ni verdad ni corrección lo que Mae quería. Nadie lo quería. ¿Por qué toda esa gente que amaba de tal modo la cámara Gusano no podía ver eso? Todo lo que Mae quería era consuelo.

Su intención fue clara desde el principio: hallar a alguien nuevo a quien odiar.

Nunca podría odiar a Barbara, claro, a pesar de lo que había hecho. Todavía se encontraban unidas como por medio de un cable de acero. Por ello el foco de Mae se fue desplazando a medida que profundizaba y desarrollaba su idea.

Al principio había fijado su atención en el agente Mavens del FBI, el hombre que pudo haber descubierto la verdad en primer lugar, en los antiguos tiempos previos a la cámara Gusano. Pero eso no era

adecuado, claro: ese hombre había sido, en sentido literal, un agente, que había llevado a cabo su trabajo en silencio y con la tecnología de que disponía en ese momento.

A la tecnología en sí, pues… ¿A la omnipresente cámara Gusano? Pero odiar una simple maquinaria era superficial, insatisfactorio.

No podía odiar cosas. Tenía que odiar a gente.

Hiram Patterson, por supuesto.

El había malogrado a la especie humana con su monstruosa máquina de la verdad, por ningún otro propósito que no fuera el monetario.

Hasta incluso, la-máquina había destruido la religión que en algún momento le brindara a Mae algún consuelo.

Hiram Patterson.

Le tomó a David tres días de trabajo intenso en la Fábrica de Gusanos el poder enlazar el soporte lógico de seguimiento del laboratorio federal, con un agujero operativo de gusano.

Después fue al departamento de Bobby. Buscó en él hasta que encontró, pegado en una almohada, un cabello de la cabeza de Bobby. Con él se dirigió a uno de los laboratorios de Hiram para que se obtuviera la secuencia del adn a partir de ese cabello.

La primera imagen, brillante y clara en su pantalla flexible, fue la del cabello en sí, que yacía en la almohada sin que se hubiera reparado en él.

David empezó a hacer el seguimiento hacia atrás en el tiempo. Había ideado un modo para hacer que el punto de vista hiciera, en forma efectiva, un rebobinado rápido hacia el pasado. En realidad, lo que se conseguía establecer era una sucesión de agujeros nuevos de gusano en forma retrospectiva, a lo largo de la línea mundial de moléculas de adn provenientes de aquel cabello.

Aceleró. Días y noches pasaron en forma de imágenes borroneadas. Todavía el cabello y la almohada permanecían sin cambios en el centro de la imagen.

De pronto hubo un movimiento repentino.

David retrocedió, volvió a fijar la imagen con claridad y le permitió que avanzara con ritmo normal.

El momento era aproximadamente unos tres años atrás. Los vio a Bobby, Kate y Mary. Estaban de pie, conversando animadamente. Mary estaba semioculta por un recubrimiento inteligente. Estaban preparando su desaparición, entendió David con rapidez: ya, a esta altura, los tres habían salido de la vida de David y Heather.

El ensayo había terminado. El seguimiento funcionaba. Podía hacer seguimiento hacia adelante, acercándose a lo presente, hasta que localizara a Bobby y a los demás… pero, quizás, eso mejor era dejárselo al agente especial Mavens.

El ensayo había concluido. David se preparó para apagar la cámara Gusano, y sólo por súbito capricho, David dispuso la imagen de la cámara Gusano de modo tal que se concentrara sobre la cara de Bobby, como si una cámara invisible hubiera estado flotando ahí, justo delante de sus ojos, a través de la totalidad de su joven vida.

Y David empezó a explorar hacia atrás.

Mantuvo la velocidad alta cuando se desarrollaban los momentos cruciales de la vida reciente de Bobby: en la sala del tribunal con Kate, en la Fábrica de Gusanos con David mismo, riñendo con el padre, llorando en brazos de Kate, desafiando la ciudadela virtual de Billybob Meeks…

David aumentó más el ritmo del rebobinado, manteniendo aún la fijación sobre la cara de su hermano. Lo vio a Bobby comer, reír, dormir, jugar, hacer el amor. El fondo, la parpadeante luz de la noche y del día, se hizo borroso: un marco sin importancia para esa cara, y las expresiones de esa cara mutaban con tanta rapidez que también a ellas las unificó, de manera que la cara de Bobby pareciera estar permanentemente en reposo, con los ojos semicerrados, como si hubiera estado durmiendo. La luz del verano venía y se iba como la marea y de vez en cuando, con una premura que sobresaltaba a Bobby, cambiaba el estilo de corte de cabellos de Bobby: de corto a largo, de oscuro natural a rubio; inclusive, en un momento dado, a rapado con la cabeza afeitada.

Y a medida que los años se iban devanando hacia atrás, la piel de Bobby perdía las líneas que se le habían ido formando alrededor de boca y ojos, y una suavidad juvenil le cubrió los huesos. Imperceptiblemente al principio y con más celeridad después, esa cara rejuvenecía: se ablandó y contrajo, como si se simplificara, y esos ojos semicerrados que temblaban en la imagen, se fueron volviendo más redondos y más inocentes; las sombras que había más allá, provenientes de adultos y de sitios enormes, no identificables, se hicieron más formidables.

David congeló la imagen en unos días después del nacimiento de Bobby. La cara redonda y sin forma de un bebé se quedó mirándolo, los azules ojos muy abiertos y tan vacíos como ventanas.

Pero detrás de él David no vio la escena típica de la maternidad o del hospital que esperaba: Bobby estaba en un sitio donde había lámparas fluorescentes que emitían una luz muy intensa, paredes brillantes, un equipo complejo con un costoso material de experimentación y técnicos vestidos con túnicas verdes de cirugía.

Daba la impresión de que era un laboratorio de alguna especie.

A modo de ensayo, David hizo que la imagen avanzara.

Alguien estaba sosteniendo a Bobby criatura en el aire, con las manos enguantadas debajo de las axilas del niño. Con facilidad

resultante de la práctica, David hizo girar el punto de vista, esperando ver a una Heather más joven o, inclusive, a Hiram.

Ninguno de los dos: la cara sonriente que tenía adelante y que ocupaba toda la pantalla como la Luna era la de un hombre maduro que se estaba poniendo canoso, la piel con arrugas y amarronada, de inconfundibles rasgos orientales.

Era una cara que David conocía. Y, de pronto, entendió las circunstancias del nacimiento de Bobby… y muchas otras cosas además.

Se quedó contemplando la imagen durante largo rato, meditando sobre qué hacer.

Mae sabía, mejor que cualquier persona viviente, que no era necesario dañar a alguien en forma física para herirlo.

No había tenido intervención directa en el horroroso crimen que destruyera a su familia; ni siquiera había estado en la ciudad en aquel momento ni tampoco había visto una mancha de sangre. Pero ahora todos los demás estaban muertos y ella era la que tenía que cargar con todo el dolor por sí misma, durante el resto de su vida.

De modo que para llegar hasta Hiram, para hacerlo sufrir como había sufrido ella, tenía que herir a la persona que Hiram amara más.

No fue necesario estudiar demasiado a Hiram, el hombre más público del planeta, para averiguar quién era ese ser tan querido: Bobby Patterson, su hijo adorado.

Y, claro está, se debía hacer de manera tal que Hiram supiera que él había sido el responsable en última instancia… tal como lo había sido Mae. Ésa era la manera de que el dolor fuera el más profundo de todos.

Lentamente, en los oscuros recovecos de su mente, empezó a elaborar planes.

Era cuidadosa. No tenía la más mínima intención de seguir a su marido y a su hija a la celda con la aguja. Sabía que no bien se cometiera el crimen, las autoridades usarían la cámara Gusano para explorar en forma retrospectiva su vida, buscando las pruebas de que había planeado el crimen y de sus propósitos de llevarlo a cabo.

Nunca debía olvidar ese hecho. Era como si hubiera estado en un escenario abierto, en el que cada una de sus acciones era vigilada y registrada y analizada por observadores expertos del futuro que tomaban nota a su alrededor, sentados en su butaca, mimetizados en la oscuridad de la sala.

No podía ocultar sus acciones. Por eso tenía que hacerlo parecer un crimen pasional.

Sabía que hasta tenía que fingir que no se daba cuenta de la futura mirada escrutadora en sí.

Si parecía que estaba actuando, eso no convencería a alguien. Así

que siguió haciendo todas las cosas privadas naturales que todos hacían: tirar pedos y hurgarse la nariz con el dedo y masturbarse, tratando de no demostrar mayor conciencia de la observación que cualquier otra persona en esta época de paredes de vidrio.

Tenía que reunir información, claro. Pero también eso era posible ocultarlo abiertamente: Hiram y Bobby eran, después de todo, dos de Jas personas más famosas del planeta. Mae podía aparentar ser, no una cazadora obsesa al acecho, sino una viuda solitaria que buscaba consuelo en los programas de televisión que trataban sobre la vida de gente famosa.

Después de un tiempo halló la manera de llegar hasta ellos.

Eso significaba iniciar una nueva carrera pero, una vez más, eso no era algo fuera de lo común. Ésta era una época de paranoia, de estar vigilante; la seguridad personal se había vuelto cosa de todos los días, una industria floreciente, una carrera atrayente por razones válidas para mucha gente. Empezó a hacer ejercicio, a endurecer el cuerpo, a entrenar la mente. Tomaba trabajos en cualquier parte, custodiando gente y sus posesiones, desconectada de Hiram y su imperio.

No dejaba cosa alguna anotada; no decía cosa alguna en voz alta. A medida que la trayectoria de su vida cambiaba lentamente, Mae trataba de hacer que cada paso avanzado pareciese natural, que fuera lógico por sí mismo. Como si casi por accidente las circunstancias la hubieran llevado hasta Hiram y Bobby.

Y, mientras tanto, observaba a Bobby una vez y otra, a través de su juventud con todo servido a sus pies, hasta que se convirtiera en hombre. Era el monstruo de Hiram, pero era un ser hermoso y Mae llegó a sentir que lo conocía.

Iba a destruirlo. Pero cuando pasaba sus horas de vigilia con Bobby, aun contra la voluntad de Mae, él iba ganando los lugares vacíos de su corazón.

25. REFUGIADOS

Bobby y Kate, buscando a Mary, avanzaron con cautela por la calle Oxford.

Tres años atrás, inmediatamente después de enviar a la pareja a una célula de los Refugiados, Mary había desaparecido de la vida de ellos dos. Eso no era algo tan fuera de lo común. La indefinida red de Refugiados, que se extendía por todo el mundo, trabajaba sobre la base de la organización en células de los antiguos grupos terroristas.

Pero recientemente, preocupado porque no había tenido noticias de su media hermana desde hacía muchos meses, Bobby le había seguido el rastro hasta Londres y hoy, según se le había asegurado, se iba a encontrar con ella.

El cielo de Londres era una cubierta gris y llena de smog que desde lo alto, amenazaba con descargar la lluvia. Era un día de verano, pero ni cálido ni frío: una irritante definición urbana de la nada. Bobby sentía molesto calor dentro de su recubrimiento inteligente que, claro está, se tenía que conservar herméticamente cerrado en todo momento.

Bobby y Kate se deslizaban con pasos suaves, inconspicuos, de un grupo a otro. Con habilidad que era producto de la práctica se unían a una multitud transitoria, se escurrían hacia el centro de ella y después, cuando el gentío se separaba, volvían a partir, siempre en una dirección diferente de aquella en la que habían venido. Si no había más alternativa, iban caminando para atrás inclusive, volviendo sobre sus pasos. Su avance era lento. Pero a cualquier observador con cámara Gusano le resultaba del todo imposible seguirles el rastro durante más que algunos pasos: una estrategia tan efectiva en verdad, que Bobby se preguntaba cuántos Refugiados más habría aquí hoy, desplazándose a través de las multitudes como fantasmas.

Resultaba evidente que, a pesar del colapso climático y de la pobreza general, Londres seguía atrayendo turistas. La gente todavía venía aquí, supuestamente para visitar las galerías de arte y ver los antiguos edificios y palacios que había dejado desocupados la familia real de Inglaterra, luego de trasladarse a un trono más soleado en la monárquica Australia.

Pero también era tristemente claro que esta ciudad había visto mejores días. La mayoría de las tiendas eran ferias de regateo ubicadas en locales sin fachada, y había muchos lotes vacíos, como dientes que faltaran de la sonrisa de un viejo. Así y todo, las aceras de esta ancha calle, una arteria que corría de este a oeste, y que fuera hace mucho una de las principales zonas de compras de la ciudad, estaban pobladas por ríos de gente que se desplazaban con tremenda

lentitud… y eso la convertía en un buen lugar para ocultarse.

Pero Bobby no disfrutaba de la presión de la carne circundante. Cuatro años después de que Kate le hubiera apagado el implante, sabía que todavía se sobresaltaba con demasiada facilidad, y sentía repulsión al primer contacto no deseado con las personas.

Le disgustaban de especial manera los vientres y las fofas nalgas de los muchos japoneses de edad madura que pululaban por aquí: Japón parecía ser una nación que había reaccionado a la cámara Gusano con una conversión masiva al nudismo.

En ese momento, por encima del bullicio de las conversaciones que se producían en derredor, Bobby pudo discernir un grito:

—¡Ea! ¡Abran paso!

Delante de ellos, la gente se separó, dispersándose como si algún animal salvaje los hubiera estado obligando a dejarle lugar. Bobby tiró de Kate y se metieron en el portal de una tienda.

A través del molesto río de gente venía un *rickshaw* tirado por un londinense gordo con el torso desnudo hasta la cintura, con grandes manchones de sudor debajo de sus carnosas tetillas. La mujer que iba arriba del vehículo, y que estaba hablándole a su implante de muñeca, podría haber sido estadounidense.

Cuando el carro pasó, Bobby y Kate se unieron a la corriente de peatones que se estaba formando de nuevo. Bobby deslizó la mano, de modo que los dedos rozaran la palma de Kate, y empezó a decir, usando el alfabeto de señales táctiles:

—*Un tipo encantador.*

—*No es su culpa* —respondió Kate del mismo modo—. *Mira a tu alrededor. Probablemente un tipo de rickshaw otrora ministro de Hacienda…*

Se apresuraron aún más, abriéndose camino hacia la intersección de la calle Oxford con Tottenham Court Road. Las multitudes se hicieron un poco menos espesas cuando dejaron atrás Oxford Circus, y Kate y Bobby se desplazaron con mayor cautela y velocidad, conscientes de que estaban expuestos. Bobby se aseguró de estar al tanto de las rutas de escape, definida por varias avenidas disponibles en cualquier momento.

Kate llevaba la capucha de su recubrimiento un poco abierta pero, debajo de eso, su máscara térmica era suave y anónima. Cuando se quedaba quieta, los proyectores de hologramas del recubrimiento, al lanzar imágenes del fondo que tenía en derredor, se estabilizaban y la volvían razonablemente invisible desde cualquier ángulo alrededor de ella… una buena ilusión, al menos, hasta que se iniciaba el desplazamiento otra vez y el retardo en el procesamiento hacía que la imagen falsa de Kate se deshiciera en fragmentos y se volviera borrosa. Pero, a pesar de las limitaciones, un recubrimiento inteligente

podría descolocar a un operador descuidado o distraído de cámara Gusano, y por eso valía la pena usarlo.

Con esa misma intención, tanto Bobby como Kate hoy estaban usando sus máscaras térmicas, moldeadas de manera de brindar un anonimato sin fisuras. Las máscaras emitían diagramas térmicos infrarrojos y eran tremendamente incómodas, pues sus elementos incorporados de emisión de calor estaban directamente apoyados sobre la piel de quien las usaba. Era posible llevar máscaras corporales que cubrieran todo el cuerpo, las que funcionaban según el mismo principio; algunas tenían la capacidad, inclusive, de enmascarar el diagrama térmico infrarrojo característico de un hombre y hacerlo aparecer como de mujer, y viceversa. Pero Bobby, después de haberse probado el suspensorio masculino obligatorio que se sujetaba con alambres generadores de calor, se había echado atrás antes de llegar a esa situación particular de incomodidad.

Pasaron una casa residencial de la ciudad que, posiblemente, había sido una tienda transformada, cuyas paredes habían sido reemplazadas por hojas de vidrio transparente. Al mirar en las habitaciones brillantemente iluminadas, Bobby pudo ver que hasta los pisos y cielo rasos eran transparentes, lo mismo que muchos de los muebles… y hasta el baño. La gente se desplazaba desnuda por las habitaciones, aparentemente sin prestar la más mínima atención a las miradas de la gente en la calle. Este hogar era otra reacción más al efecto de observación de la cámara Gusano, una declaración en-la-propia-cara-de-los-fisgones, así como un recordatorio constante para los ocupantes en sí de que cualquier forma manifiesta de vida privada era ahora, y para siempre, ilusoria.

En la intersección con Tottenham Court Road se acercaron a las ruinas de Center Point: un bloque de torres, nunca ocupadas del todo y después destrozadas durante el peor momento del problema generado por el terrorismo de los separatistas escoceses.

Y fue aquí que Bobby y Kate se encontraron, tal como se lo habían prometido.

Un contorno que brillaba con luz trémula bloqueó la trayectoria de Bobby. Logró percibir una máscara térmica dentro de una capucha de recubrimiento inteligente y una mano se extendió hacia la de él. Le tomó unos segundos sintonizarse con la forma rápida y confiada de comunicación táctil en las manos.

—…25. *4712425. Soy 4712425. Soy…*

Bobby dio un golpecito rápido con su propia mano y contestó:

—*Te tengo. 4712425. 5650982 yo 8736540 otro.*

—*Bien fiuu bien por fin* —llegó la respuesta, firme y segura—. *Vamos ahora.*

El extraño los condujo fuera de la calle principal y hacia un

laberinto de callejones. Bobby y Kate, todavía tomados de la mano, se mantuvieron en los costados de la calle, ocultos en las sombras toda vez que les era posible. Pero evitaban los quicios, la mayoría de los cuales estaban ocupadas por pordioseros.

Bobby deslizó la mano dentro de la del extraño.

—*Creo conocerte.*

La otra mano, con una forma icónica, registró alarma.

—*Y con eso se acaban los recubrimientos y los malditamente inútiles números.* —El extraño se refería al número anónimo de identificación que a cada miembro de la red mundial informal de tribus de Refugiados se instaba a usar. Los números se proporcionaban a pedido desde una fuente central, accesible por cámara Gusano, de la que se rumoreaba que era un generador aleatorio de números que se hallaba sepultado en una mina fuera de uso de Montana y que trabajaba sobre la base de principios de mecánica cuántica, imposibles de descifrar.

—*No eso* —contestó él.

—*Qué, pues. Forma de culo grande y gordo no poder ocultar ni con recubrimiento.*

Bobby suprimió una carcajada. Ésa era confirmación más que suficiente de que "4712425" era quien él pensaba: una mujer, acento del sur de Inglaterra, edad que rondaba la sesentena, forma de barril, buen humor, segura de sí misma.

—*Reconozco estilo. Estilo de escritura táctil.*

La mujer hizo un signo de reconocimiento.

—*Sí sí sí. Oí eso antes. Debo cambiar.*

—*No puedes cambiar todo.*

—*No, pero puedo tratar.*

A los alfabetos táctiles de manos, en que la yema de los dedos rozaba la palma y los dedos de la mano del receptor, originariamente se los había desarrollado para gente que era, al mismo tiempo, sordomuda y ciega. Los habían adoptado, y adaptado, con avidez los Refugiados de la cámara Gusano: la comunicación alfabética táctil, que tenía lugar dentro de manos ahuecadas, resultaba casi imposible de descifrar por un observador.

…Casi, pero no del todo. Nada era a prueba de fallas. Y Bobby siempre estuvo consciente de que los observadores con cámara Gusano se podían dar el lujo de mirar hacia atrás en el pasado y de volver a repetir la imagen de cualquier cosa que hubieran pasado por alto, y con la frecuencia que desearan, desde el ángulo que quisieran y en un acercamiento tan detallado como se les ocurriera.

Pero no había necesidad de que los Refugiados le hicieran a los fisgones la vida más fácil de lo que debieran.

A partir de versiones varias y por algunos conocidos, Bobby supo que "4712425" era una abuela. Se había jubilado de su profesión unos

años atrás y no tenía antecedentes policiales ni experiencia en la actividad entrometida de vigilancia ni alguna otra razón obvia para haber pasado a la clandestinidad, como, de hecho, sí ocurría con muchos de los Refugiados que Bobby había conocido durante sus años en fuga. Lo que pasaba era, simplemente, que esa mujer no quería que la gente la mirara.

Por fin, 4712425 los trajo a una puerta. Con un gesto silencioso, su guía hizo que Bobby y Kate se detuvieran ahí y ajustaran los recubrimientos y las máscaras térmicas, para asegurar que nada de ellos estuviera expuesto.

La puerta se abrió, revelando nada más que oscuridad.

…Y entonces, dando un giro para una pista errónea, 4712425 los tocó a ambos levemente y los condujo más lejos por la calle. Bobby miró hacia atrás y vio que la puerta se cerraba en silencio.

Cien metros más adelante llegaron a una segunda puerta, que se abrió para dar acceso a un pozo de oscuridad.

—*Despacio. Paso a paso, dos más…* —En la más absoluta oscuridad, 4712425 los estaba guiando a Bobby y a Kate en el descenso por una corta escalera dentro de su armazón.

Por los ecos y los olores, Bobby pudo sentir la habitación que tenía delante de sí era grande; las paredes, duras —revoque, pintado encima quizá— y con una alfombra que ahogaba los sonidos sobre el suelo. Había aroma a comida y bebidas calientes. Y había gente aquí, podía oler el aroma mezclado de esas personas, oír el suave crujido de los cuerpos que se desplazaban por el lugar.

Cada vez estoy adquiriendo más pericia en esto, pensó. Unos pocos años más y no necesitaré usar los ojos en absoluto.

Llegaron a la base de la escalera.

—*Una habitación quizá quince metros cuadrados* —había dicho ahora 4712425 en forma táctil—. *Dos puertas en parte atrás. Baños. Gente aquí, once doce trece catorce, todos adultos. Ventanas opacables.* —Ésa era una artimaña frecuente: las habitaciones a las que se mantenía a oscuras todo el tiempo eran pasibles de adquirir renombre como nidos de Refugiados.

—*Pienso OK* —deletreó Kate ahora—. *Comida aquí y camas. Vamos.* —Empezó a sacarse tironeando su recubrimiento y, después, el traje que estaba llevando debajo.

Con un suspiro, Bobby empezó a seguirla de inmediato. Entregó sus ropas, una por una, a 4712425, que las añadió a una ménsula que no podían ver. Después, desnudos con excepción de las máscaras térmicas, se tomaron de la mano una vez más e ingresaron en el grupo, cuyos componentes eran todos anónimos en su desnudez. Bobby hasta esperaba poder intercambiar su máscara térmica con alguno antes de que la reunión hubiera terminado, con el objeto de

confundir aún más a quienes pudieran decidir observarlos.

Se saludaron. Manos, masculinas y femeninas, perceptiblemente diferentes por la textura; se agitaron ante la cara de Bobby. Finalmente, alguien tomó su mano. Bobby tuvo la impresión holística de que se trataba de una mujer, cincuentona, más baja que él; y las manos de ella, pequeñas y torpes, le palparon la cara, las manos y las muñecas.

De ese modo, tocándose en la oscuridad, los Refugiados se exploraban entre sí de manera incierta. El reconocimiento, que se buscaba con dificultad y se confirmaba con precaución, hasta con renuencia, se basaba, no sobre nombres o caras o rótulos visuales o audibles, sino sobre señales más intangibles, más sutiles: la forma que la persona que estaba delante tenía en la oscuridad; su olor, indeleble y característico, a pesar de las capas de suciedad o del lavado más vigoroso; la firmeza o la debilidad en el toque, las modalidades de comunicación, la calidez o la frialdad, el estilo.

En el primero de esos encuentros, Bobby había retrocedido, retrayéndose en la oscuridad ante cada toque. Pero era una forma de saludar gente que distaba mucho de ser desagradable. Supuestamente, eso Kate lo había diagnosticado por él; todo este asunto no verbal, el tocar y el acariciar, rozaba alguna cuerda agradable en un nivel animal profundo de la personalidad humana.

Bobby empezó a relajarse, a sentirse seguro.

Por supuesto, al anonimato de las comunidades de Refugiados lo buscaban los chiflados y los delincuentes… y era relativamente fácil que en las comunidades se infiltraran aquellos que buscaban a otros que se ocultaban, para bien o para mal. Pero según la experiencia de Bobby, los Refugiados tenían una notable eficacia para ejercer su autovigilancia. Aunque no había una coordinación central, era el interés de todos conservar la integridad del grupo local y del movimiento en su totalidad. Así que a los malos de la película se los identificaba con rapidez y se los expulsaba, así como a los agentes federales y a otros intrusos.

Bobby se preguntaba si éste podría ser el modelo de cómo las comunidades humanas se podrían organizar en el futuro sometido a las cámaras Gusano e interconectado: como redes laxas, autogobernadas, caóticas y hasta ineficaces quizá, pero elásticas y flexibles. Como tales, suponía Bobby, los Refugiados no eran más que una extensión de agrupamientos como las redes de VAS y Vigilancia Antibombas y los escuadrones de la verdad, e inclusive agrupamientos anteriores como los observadores aficionados del cielo que habían descubierto el Ajenjo.

Y al estar siendo despojados de sus tabúes y su vida privada por la cámara Gusano, quizá los seres humanos estaban volviendo a una

forma más primitiva de conducta: los Refugiados hablaban a través del acicalamiento, como los chimpancés. Invadidos por la calidez y el olor y el tacto, y el sabor inclusive, de otras personas, estas reuniones eran sensuales en extremo y, en ocasiones, hasta llegaban a ser eróticas. Bobby había sabido que más de uno de esos encuentros se degradaba hasta convertirse en una orgía lisa y llana, aunque él y Kate habían dado sus disculpas (no verbales) antes de verse demasiado envueltos en cosas así.

Ser Refugiado, pues, no era algo tan malo. Y por cierto que era mejor que las alternativas que se le ofrecían a Kate.

Pero era una vida en las sombras.

Resultaba imposible permanecer en un mismo lugar durante mucho tiempo, era imposible tener posesiones de importancia; era imposible, inclusive, desarrollar una amistad muy íntima con algún otro Refugiado por miedo a la traición. Bobby sabía el nombre de sólo un puñado de los que había conocido en sus tres años de vida clandestina. Muchos se habían vuelto camaradas, brindando una ayuda y un asesoramiento invalorables, en especial en el principio, a los dos indefensos neófitos que Mary había rescatado. Camaradas, sí, pero sin un mínimo de contacto humano, parecía que nunca podrían llegar a ser verdaderos amigos.

La cámara Gusano no podía privarlo necesariamente de su libertad o de su vida privada pero, según parecía, sí podía encerrar entre paredes su condición de ser humano.

De pronto, Kate le estuvo tironeando el brazo, golpeteando con sus dedos en la palma de la mano de Bobby.

—Encontré ella. Mary. Mary está aquí. Por ahí. Ven ven ven.

Sobresaltado, Bobby se dejó llevar hacia adelante.

Estaba sentada sola en un rincón de la habitación.

Con suavidad, Bobby exploró el porte con los dedos: Mary estaba vestida y llevaba una camisola. Había un plato con comida, enfriándose y sin tocar, al lado de ella. No estaba llevando la máscara térmica.

Tenía los ojos cerrados. No respondió a los toques de la pareja, pero Bobby percibió que no estaba dormida.

Kate hundió los dedos con malhumor en la palma de Bobby:

—… Para eso que lleve cartel neón acá estoy vengan agárrenme…

—¿Está bien ella?

—No sé no me doy cuenta.

Bobby tomó la laxa mano de su hermana, la masajeó y deletreó de manera táctil el nombre de ella, una vez y otra:

—Mary Mary Mary Mary Mays Bobby acá Bobby Patterson Mary Mary…

Bruscamente, la muchacha pareció despertar.

—¿Bobby?

Él pudo sentir el silencio aún más profundo, propio de la conmoción, que se hizo en toda la habitación: era la primera palabra que alguien hubiera pronunciado en voz alta desde que la pareja hubo llegado aquí. Kate, al lado de Bobby, extendió el brazo y con la mano como mordaza, tapó la boca de Mary.

Bobby encontró la mano de su media hermana y dejó que ella hablara por tacto con él:

—*Perdón Perdón. Distraída.* —Llevó la mano de él hasta su boca, y Bobby sintió que esos labios se distendían formando una sonrisa. Distraída y feliz. Pero eso no necesariamente era algo bueno: feliz significaba descuidada.

—*¿ Qué ocurrió a ti?*

La sonrisa de ella se hizo más amplia.

—*¿No se supone yo feliz, hermano mayor?*

—*Sabes qué quiero decir.*

—*Implante* —se limitó a contestar.

—*¿Implante qué implante?*

—*Cortical.*

Oh!, pensó Bobby, consternado. Rápidamente le transmitió la información a Kate.

—*Mierda mala mierda* —fue la respuesta de Kate—. *Ilegal.*

—*Sé eso.*

—…*Jamaica* —dígito Mary ahora en la mano de Bobby.

—*¿Qué?*

—*Amigo de célula en Jamaica. Veo por sus ojos, oigo por sus oídos. Mejor que Londres.* —El toque de Mary en su mano era delicado: la analogía de un susurro.

Los nuevos implantes corticales, adaptados de los aparatos de rv para implante nervioso, eran la expresión final de la tecnología de las cámaras Gusano: un generador pequeño de agujeros de gusano por vacío comprimido, junto con aparatos sensoriales nerviosos, hundidos en lo profundo de la corteza de la persona que los recibía. El generador estaba rociado con sustancias químicas neurotrópicas, por lo que, en el transcurso de varios meses, las neuronas del recibidor desarrollaban vías de acceso hacia el interior del generador. Y el generador neural era un analizador sumamente sensible del diagrama de actividad neuronal, que tenía la capacidad de localizar con precisión sinapsis neuronales individuales.

Un implante así podía leer para, y grabar en, el cerebro, y enlazar ese cerebro con otros. Por medio de un esfuerzo consciente de la voluntad, el recibidor de un implante podía establecer una conexión de cámara Gusano desde el centro de su propia mente con la de cualquier otro recibidor.

Armada con los implantes, una nueva comunidad interconectada estaba surgiendo de las Palestras y los escuadrones de la verdad, y de otros grupos de pensamiento y discusión que habían llegado a caracterizar la nueva y joven organización política de alcance mundial: cerebros unificados con cerebros. Mentes enlazadas.

Se llamaban a sí mismos los Unificados.

Era, según suponía Bobby, un nuevo y brillante futuro. Lo que importaba aquí y ahora, empero, era que una muchacha de dieciocho años, su hermana, tenía un agujero de gusano en la cabeza.

—*Estás asustado* —dígito Mary ahora—. *Cuentos de terror. Mente grupal. Alma perdida. Bla bla.*

—*Demonios, sí.*

—*Miedo a lo desconocido. Quizá…*

Pero, de pronto, Mary se apartó de él y se puso de pie. Bobby extendió el brazo a ciegas, le encontró la cabeza, pero Mary se separó con brusquedad. Se fue.

Por toda la habitación, exactamente en el mismo instante, otros se habían desplazado. Era como una bandada de pájaros que saliera volando de un árbol como si todos fuesen uno.

Aparecieron hilachas de luz cuando se abrió la puerta de calle.

—*Vamos* —dígito Bobby. Aferró la mano de Kate y se abrieron camino, junto con el resto de los presentes, en dirección a la puerta.

—*Asustado* —dígito Kate mientras caminaban presurosos—. *Tú asustado. Palma fría. Pulso. Me doy cuenta.*

Bobby estaba asustado, lo reconocía. Pero no de la detección súbita: habían pasado por situaciones así antes y, en un grupo que se hallaba en una casa de seguridad como ésta, siempre existía un sistema complejo de centinelas equipados con cámaras Gusano. No, no era de la detección, ni siquiera de la captura, de lo que estaba asustado.

Era del modo en que Mary y los demás habían actuado como si hubieran sido una sola persona. Un solo organismo. *Unificados.*

Se metió dentro de su recubrimiento inteligente.

26. LAS ABUELAS

En la Fábrica de Gusanos, David se sentó ante una gran pantalla flexible que estaba montada en la pared.

La cara de Hiram lo miraba con fijeza: un Hiram más joven, una cara más suave… pero Hiram sin la menor duda. La cara estaba enmarcada por un paisaje urbano iluminado con luz mortecina: bloques habitacionales deteriorados e inmensos sistemas de caminos, un sitio al que parecía que se lo había diseñado para excluir a los seres humanos. Esto era en las afueras de Birmingham, una gran ciudad en el corazón de Inglaterra, justo antes del final del siglo XX… algunos años antes de que Hiram hubiera abandonado ese viejo y decadente país con la esperanza de tener una oportunidad mejor en Norteamérica.

David había logrado suceso en la combinación del dispositivo para seguimiento de adn de Mavens, con un sistema de guía por cámara Gusano, y lo había extendido para que cruzara las generaciones. Por eso, así como se las había ingeniado para explorar de manera retrospectiva a lo largo de la línea de la vida de Bobby, de manera análoga ahora había hecho el seguimiento hasta el padre de Bobby, el creador del adn de Bobby.

Y ahora, impulsado por la curiosidad, pretendía ir aún más lejos, buscando sus propias raíces… lo que, al fin y al cabo, era la única historia que importaba.

En la oscuridad del cavernoso laboratorio, una sombra pasó de un extremo a otro de la pared, sin tener una fuente que la hubiera generado. La percibió con la visión periférica; no le dio importancia.

Sabía que se trataba de Bobby, su hermano. David no sabía por qué estaba aquí. Se acercaría a David cuando estuviera listo.

David cerró los dedos en torno a un pequeño control por palanca de mando, y lo apretó hacia adelante.

La cara de Hiram se alisó, volviéndose más joven. El fondo se convirtió en un borrón alrededor de él. Una nevisca de días y noches, de edificios apenas visibles… a la que reemplazaron llanuras gris verdoso: la campiña de Fens en la que había crecido Hiram. Pronto, la cara de Hiram se contrajo sobre sí misma y se volvió inocente, aniñada, y en un instante se marchitó hasta transformarse en la de un bebé.

Y la reemplazó de pronto la cara de una mujer.

La mujer le estaba sonriendo a David o, mejor dicho, a alguien que estaba detrás del invisible punto de vista de la cámara gusano que revoloteaba ante los ojos de ella. David había elegido este punto de referencia para seguir la línea de adn de mitocondria, que se

transmitía sin cambios de madre a hija… y por eso ésta era, claro, su abuela. Era joven, estaba en mitad de la veintena… por supuesto que era joven: el seguimiento del adn habría hecho la conmutación de ella a Hiram en el instante de la concepción de éste. Piadosamente, David no iba a ver a estas abuelas envejecer. Era hermosa, con una belleza serena y un aspecto que David pensó que era clásicamente inglés: pómulos altos, ojos azules, cabello rubio rojizo atado atrás de la cabeza formando un rodete alto.

El linaje asiático de Hiram había venido por línea paterna. David se preguntaba qué dificultad le habría ocasionado a esta bonita joven ese amorío en aquel tiempo y lugar.

Y detrás de él, en la Fábrica de Gusanos, sintió que esa sombra se deslizaba cada vez más cerca de donde estaba él.

Apretó el bastón de mando y se reanudó el matraqueo de días y noches. La cara se volvió como de niñita, su cambiante estilo de peinado titilando en el borde de la visibilidad. En ese momento, la cara pareció perder su forma volviéndose borrosa, ¿irrupciones súbitas de gordura infantil?, antes de contraerse y adoptar la falta de forma de la infancia.

Otra transición brusca. Su bisabuela, entonces. Esta mujer joven estaba en una oficina, el ceño fruncido, con gesto de concentración; el cabello, una ridículamente complicada escultura de pliegues dispuestos formando un ovillo apretado. En el fondo, David alcanzó a ver más mujeres, la mayoría jóvenes, que, dispuestas en filas, trabajaban con intensidad ante toscas calculadoras mecánicas que eran verdaderos armatostes, en las que laboriosamente hacían girar teclas, palancas y manijas. Ésta debía de ser la década de 1930, muchísimos años antes del nacimiento de la computadora con silicio. Quizás éste era un centro tan complejo de información como cualquier otro del planeta. Inclusive esta época pasada, a pesar de lo próxima que estaba de la suya propia, era un país diferente, reflexionó Bobby.

Liberó a la muchacha de su trampa en el tiempo, y ella decreció bruscamente hacia la infancia.

Pronto otra mujer lo estaba contemplando. Iba vestida con falda larga y una blusa mal confeccionada que le quedaba mal. Estaba agitando la bandera inglesa y la estaba abrazando un soldado que llevaba un casco plano de lata. La calle que estaba detrás de la mujer se hallaba llena de gente, hombres de traje y otros de gorra y mono de mecánico; las mujeres, con abrigos largos. Estaba lloviendo, un día desolador de otoño, pero a nadie parecía importarle.

—Noviembre de 1918 —dijo David en voz alta—, el Armisticio. El final de cuatro años de sangrienta matanza en Europa. Por cierto que no habría sido una mala noche para concebir un hijo. —Se dio vuelta.

—¿No lo crees así, Bobby?

La sombra, inmóvil contra la pared, pareció vacilar. Después se separó, desplazó con libertad y adoptó el contorno de una forma humana. Manos y cara aparecieron, flotando incorpóreas.

—Hola, David —Siéntate conmigo —invitó David.

Su hermano se sentó y crujió la tela del traje de recubrimiento inteligente. Parecía desmañado, como si no hubiera estado acostumbrado a estar tan cerca de alguien sin ocultarse. No importaba: David nada exigía de él.

La cara de la muchacha del Día del Armisticio se suavizó, disminuyó, se contrajo hasta convertirse en la de un bebé y se produjo otra transición: una muchacha con algunos de los rasgos de sus descendientes: los ojos azules y el cabello rubio rojizo, pero más delgada, más pálida y con las mejillas hundidas. Al tiempo que se iba despojando de años, la joven se desplazaba a través de un borrón de escenas urbanas oscuras —fábricas y casas con azotea— y, en ese momento, un relámpago de niñez, otra generación, otra muchacha, el mismo paisaje deprimente.

—Parecen tan jóvenes —murmuró Bobby, su voz se oía ronca, como si no se la hubiera usado desde hacía mucho.

—Creo que vamos a tener que habituarnos a eso —dijo David con tono lúgubre—. Ya estamos bien avanzados dentro del siglo XIX. Los grandes progresos en medicina se están perdiendo y la conciencia de la importancia de la higiene es rudimentaria. La gente está muriendo de enfermedades simples, curables. Y, claro está, estamos siguiendo una línea de mujeres que, como mínimo, vivieron lo suficiente como para llegar hasta la edad en que podían tener hijos. No estamos viendo a las hermanas, que murieron en la infancia sin dejar descendencia.

Las generaciones iban cayendo, las caras desinflándose como globos, una después de la otra, cambiando sutilmente de una generación a otra por efecto de la lenta deriva genética que estaba en acción.

Ahí apareció una muchacha cuya cara con cicatrices estaba surcada por lágrimas en el momento de dar a luz. A su bebé se lo habían sacado, David vio —o, mejor dicho, en esta visión con inversión del tiempo, se lo habían *dado*— instantes después del nacimiento. El embarazo se fue devanando en escenas de padecimiento y vergüenza, hasta que llegaron al momento que definió la vida de esa mujer: una brutal violación cometida, según parecía, por un miembro de la familia, un hermano o un tío. Purificada de esa oscuridad, la muchacha se volvía más joven, bonita, sonriente, su cara llenándose con esperanzas a pesar de la escualidez de su vida, pues hallaba belleza en lo simple: la breve apertura de una flor, la forma de una nube.

El mundo debía de estar lleno de esas biografías desdichadas, pensó David, avanzando, a medida que se hundían en el pasado, efectos que precedían a la causa, dolor y desesperación se desmoronaban a medida que se acercaban a la tabla rasa de la niñez.

Súbitamente, el fondo volvió a cambiar. Ahora, en torno a la cara de esta nueva abuela distante unas diez generaciones, había una campiña: pequeños terrenos, cerdos y vacas que raspaban el suelo, una multitud de niños mugrientos. La mujer estaba agobiada, le faltaban dientes, la cara, arrugada, le daba apariencia de vieja… pero David sabía que no podía tener más de treinta y cinco o cuarenta años.

—Nuestros ancestros eran granjeros —dijo Bobby.

—La mayoría de los de todos, antes de las grandes emigraciones hacia las ciudades. Pero se está desarrollando la Revolución Industrial. Es probable que ni siquiera puedan fabricar acero.

Las estaciones pasaron latiendo, verano e invierno, luz y oscuridad; y las generaciones de mujeres, hija a madre, seguían su ciclo más lento que iba de madre agobiada a doncella radiante a niña de ojos muy abiertos. Algunas de las mujeres irrumpían en la pantalla con caras contraídas por el dolor: eran aquellas infortunadas, cada vez más frecuentes, que habían muerto cuando estaban dando a luz.

La historia retrocedió. Los siglos desandaban su marcha, el mundo se estaba vaciando de gente. Por todas partes, los europeos se estaban retirando de las Américas, para olvidar pronto que esos grandiosos continentes existían siquiera, y la Horda de Oro, inmensos ejércitos de mongoles y tártaros, sus cadáveres levantándose de la tierra de un salto, se estaba volviendo a formar y a retroceder hacia el Asia central.

Nada de eso tocaba a esos labriegos ingleses que trabajaban denodadamente, sin educación ni libros, en el mismo trozo de suelo de generación en generación. Gente para la que, reflexionaba David, el recolector local del diezmo habría de ser una figura más formidable que la de Tamerlán o Kublai Khan. Si la cámara Gusano no hubiera mostrado otra cosa, pensaba, habría bastado esto: mostrar con impía claridad, que la vida de la mayoría de los seres humanos había sido desdichada y corta, privada de libertad, regocijo y comodidad, y que los breves momentos de luz se reducían a las sentencias que esos seres debían soportar.

Por fin, en torno de la cara enmarcada de una sola muchacha, el cabello pegajoso por la mugre y oscurecido; la piel, cetrina y la expresión ratonil, de cautela, hubo un brusco borrón de ambiente. Los dos hermanos percibieron fugazmente una campiña deprimente, una familia de refugiados vestidos con harapos y que caminaba sin cesar y, diseminadas por doquier, pilas de cadáveres que se estaban quemando.

—Una peste —dijo Bobby.

—Sí. Se ven forzados a huir. Pero no hay lugar alguno al que ir.

Pronto la imagen se estabilizó en otro jirón anónimo de tierra dispuesta en un paisaje plano, enorme y, una vez más, las generaciones de trabajo afanoso, interrumpidas de manera tan calamitosa, se reanudaron.

En el horizonte había una catedral normanda; una inmensa caja de arenisca que se alzaba con aire amenazador. Si esto era el Fens, la gran llanura situada al este de Inglaterra, entonces eso podía ser Ely. Ya con siglos de antigüedad, la gran construcción parecía una gigantesca nave espacial de arenisca que había descendido de los cielos y debió de haber dominado por completo el paisaje mental de esta gente que trabajaba sin cesar… lo que, claro está, era su propósito.

Pero incluso la gran catedral empezó a contraerse, desplomándose con sobrecogedora rapidez para convertirse en formas más pequeñas, más simples, para desaparecer finalmente por completo de la vista.

Y la cantidad de almas seguía disminuyendo, la gran marea de humanidades se estaba retirando de todo el planeta. Los invasores normandos ya debían de haber desmantelado sus grandes torres de homenaje y sus castillos, y retirado a Francia. Pronto las oleadas de invasores provenientes de Escandinavia y Europa habrían de regresar a su casa desde Gran Bretaña. Más a la distancia, mientras se aproximaban la muerte y el nacimiento de Mahoma, los musulmanes se estaban retirando del Norte de África. Para el momento en que a Cristo se lo bajó de la Cruz, en todo el mundo sólo iban a quedar alrededor de cien millones de seres humanos: menos de la mitad de la población de Estados Unidos de América hoy.

A medida que las caras de los ancestros pasaban en rapidísima sucesión, se produjo otro cambio de escena; una breve migración. Ahora estas familias distantes rasguñaban en una tierra de ruinas: paredes bajas, sótanos al descubierto, el suelo regado con bloques de mármol y otra piedra de construcción.

Después crecieron edificios como flores fotografiadas en plazos prefijados, las piedras desparramadas se juntaron.

David hizo una pausa. Se fijó en la cara de una mujer, su propio ancestro remoto a unas ocho generaciones de distancia. La mujer tenía cuarenta años quizás; era garbosa, el cabello rubio rojizo matizado con gris; los ojos, azules. La nariz sobresalía con orgullo. Aguileña.

Detrás de la mujer, los campos deprimentes habían desaparecido para ser reemplazados por un paisaje urbano ordenado: una plaza rodeada por columnatas y estatuas y edificios altos; los techos estaban cubiertos por tejas rojas. La plaza estaba repleta de puestos donde se ofrecían objetos para vender, comerciantes congelados en el acto de pregonar sus mercancías. Los comerciantes tenían aire cómico, tan

empeñados como lo estaban en conseguir sus migajas de ganancia sin sentido, todos ellos ignorantes de las desoladas épocas que tenían en su propio futuro cercano, su propia muerte inminente.

—Un poblado romano —comentó Bobby.

—Sí. —David señaló la pantalla; —creo que ése es el Foro. *Ésa* es la basílica, probablemente, el concejo y los tribunales. Esas filas de columnatas conducen a tiendas y oficinas. Y el edificio que está por allá podría ser un templo…

—Todo se ve tan ordenado —musitó Bobby—, hasta moderno. Calles y edificios, oficinas y tiendas. Se puede ver que todo está dispuesto según un patrón de cuadrícula, como Manhattan. Siento como si pudiera entrar en la pantalla y buscar un bar.

El contraste entre esta islita de civilización y el mar de ignorancia, era un trabajo afanoso de siglos de amplitud que la rodeaba de forma impresionante, por lo que David se resistía a irse.

—Estás corriendo peligro al venir aquí—dijo.

La cara de Bobby, flotando sobre el recubrimiento, era como una máscara espectral a la que iluminaba la sonrisa congelada de su lejana bisabuela.

—Ya lo sé. Y también sé que estuviste ayudando al FBI. El seguimiento del adn…

David suspiró.

—De no haber sido yo, algún otro lo habría desarrollado. Por lo menos, de esta manera sé qué se proponen. —Pulsó su pantalla flexible: un recuadro de imágenes más pequeñas se encendió alrededor de la imagen de la bisabuela. —Aquí. La cámara Gusano ve todos los cuartos y corredores vecinos. Esta vista aérea muestra la playa de estacionamiento. He incorporado una mezcla de reconocimiento infrarrojo. Si alguien se acercara…

—Gracias.

—Ha pasado mucho tiempo, hermano. No olvidé el modo en que me ayudaste a superar mi propia crisis, mi roce con la adicción.

—Todos tenemos crisis. No tienes por qué agradecer.

—Todo lo contrario… No me has dicho para qué viniste acá.

Bobby se encogió de hombros y el movimiento que se efectuó dentro del recubrimiento generó un borrón impreciso.

—Sé que nos has estado buscando, estoy bien y vivo. También lo está Kate.

—¿Y feliz?

Bobby sonrió.

—Si quisiera estar feliz tan sólo tendría que encender el microprocesador que llevo en la cabeza. En la vida hay otras cosas además de la felicidad, David. Quiero que le lleves un mensaje a Heather.

David frunció el entrecejo.

—¿Es sobre Mary? ¿Está herida?

—No… no exactamente —Bobby se enjugó la cara, que estaba acalorada debido al recubrimiento inteligente—: se convirtió en uno de los Unificados. Vamos a tratar de encontrarla para volver a casa. Quiero que me ayudes a organizar eso.

Eran noticias perturbadoras.

—Por supuesto. Puedes confiar en mí.

Bobby sonrió de oreja a oreja.

—Lo sé. De otro modo no habría venido.

Y yo, pensó David con inquietud, desde la última vez que nos vimos he descubierto algo trascendental sobre *ti*.

Contempló la cara sincera, curiosa, de Bobby, iluminada por un día que había desaparecido hacía dos milenios: ¿era éste el momento de golpear a Bobby con otra revelación más sobre el increíble desastre que con su vida había hecho Hiram… quizás, en verdad el crimen mayor que Hiram hubiera cometido contra su hijo?

Más tarde, pensó. Más tarde. Ya llegará la ocasión.

Además, la imagen de la cámara Gusano seguía refulgiendo en la pantalla, tentadora, ajena, completamente irresistible. La cámara Gusano en todas sus manifestaciones había cambiado el mundo. Pero nada de eso importaba, pensó David, en comparación con *esto*: el poder de la tecnología para revelar lo que se había considerado perdido para siempre.

Habría tiempo suficiente para la vida, para sus complejas cuestiones, para lidiar con lo futuro carente de forma. Por ahora, la historia llamaba. David tomó la palanca de mando, la empujó hacia adelante y los edificios romanos se evaporaron como copos de nieve bajo el Sol.

Otro breve borrón de migraciones, y ahora había una nueva raza de ancestros: todavía con el característico cabello rubio rojizo y los ojos azules, pero sin vestigios de la nariz aguileña. En torno de las caras titilantes, David pudo ver fugazmente campos, pequeños y rectangulares, trabajados con arados de los que tiraban bueyes o, en épocas de mayor pobreza, por seres humanos inclusive. Había graneros de madera, ovejas y cerdos, ganado vacuno y cabras. Más allá de los campos agrupados vio terraplenes hechos en obra de tierra, lo que convertía la zona en un fuerte… pero bruscamente, cuando se hundieron con mayor profundidad en el pasado, a las obras de tierra las reemplazó una empalizada más tosca de madera.

Bobby dijo:

—El mundo se está volviendo más simple.

—Sí. ¿Cómo fue que lo expresó Francis Bacon?… “Los buenos efectos forjados por los fundadores de ciudades, los legisladores, los padres del pueblo, los extirpadores de tiranos y los héroes de esa clase,

no se extienden más que por lapsos breves; en tanto que la obra del Inventor, si bien es algo de menos pompa y apariencia, se siente por doquier y dura para siempre". En este preciso momento se está librando la guerra de Troya con armas de bronce. Pero el bronce se rompe con facilidad, lo que explica por qué la guerra duró veinte años, relativamente con pocas bajas. Nos hemos olvidado de cómo fabricar hierro, así que no nos podemos matar los unos a los otros con tanta eficiencia como solíamos tener…

Continuaba el trabajo afanoso y con ahínco en los campos, prácticamente sin cambios de una generación a otra. Las ovejas y el ganado, si bien domesticados, se parecían mucho a las razas más silvestres.

Ciento cincuenta generaciones de profundidad, y las herramientas de bronce habían cedido el paso, por fin, a la piedra. Pero los campos que se trabajaban con piedra habían cambiado poco. Como el ritmo de cambios históricos había disminuido, David dejó pasar las imágenes con más rapidez. Transcurrieron doscientas, trescientas generaciones, las caras apenas vislumbradas convirtiéndose en forma borrosa en otras, lentamente moldeadas por el tiempo, el trabajo esforzado y la mezcla de genes.

Pero pronto eso significará nada, pensó David lúgubremente… nada, después del Día del Ajenjo. En esa oscura mañana, toda esta paciente lucha, el trabajo hasta deslomarse de miles de millones de vidas pequeñas, quedará arrasado. Todo lo que habremos aprendido y construido se perderá y hasta puede ser que ni siquiera queden mentes para recordar, para lamentar. Y la pared del tiempo estaba cercana, mucho más cercana que la primavera romana que habían llegado a ver. Podría quedar tan poco de la historia como para ponerse punto final a sí misma.

De pronto, ése fue un pensamiento insoportable, como si con la imaginación David hubiera absorbido la realidad del Ajenjo por primera vez. *Tenemos* que hallar una manera de empujarlo a un costado, pensó, por el bien de estos otros, de los antiguos que nos contemplan a través de la cámara Gusano. No debemos perder el significado de sus vidas ya desaparecidas.

Y entonces, de modo súbito, el fondo fue una mancha borrosa otra vez.

Bobby dijo:

—Nos volvimos nómadas. ¿Dónde estamos?

David pulsó un panel de referencia.

—Europa boreal. Nos hemos olvidado de cómo hacer agricultura. Las ciudades y los poblados se dispersaron. No más imperios, no más ciudades. Los seres humanos somos bestias bastante raras de hallar y vivimos en grupos y clanes nómadas, poblados que pueden durar una

estación, o dos en el mejor de los casos.

Doce mil años más atrás detuvo la exploración.

Ella pudo haber tenido quince años de edad y sobre la mejilla izquierda llevaba, toscamente tatuado, un sello redondo de alguna clase. Parecía estar con una salud vigorosa. Llevaba un bebé envuelto en cuero de animal —mi lejano bistío, pensó David distraídamente— y ella le estaba acariciando la redonda mejilla. La mujer llevaba calzado, calzas y una capa pesada de hojas entretejidas. A sus otras prendas parecía que se las había unido con costuras formadas a partir de tiras de piel. Tenía hierbas metidas dentro del calzado y debajo de su tocado, probablemente para obtener aislación contra el frío.

Mientras acunaba a su bebé caminaba detrás de un grupo de otros seres humanos: hombres, mujeres con bebés, niños. Se estaban abriendo camino hacia arriba en una lomada baja e inclinada. Caminaban con aire indiferente, a un ritmo que parecía destinado a llevarlos muchos kilómetros. Pero algunos de los adultos tenían lanzas con punta de pedernal prontas a entrar en acción, posiblemente para estar en guardia contra el ataque de animales, más que para enfrentar alguna amenaza de otros seres humanos.

La mujer alcanzó la parte superior de la lomada. David y Bobby, que se desplazaban sobre el hombro de su abuela, miraron con ella la tierra que estaba más allá.

—¡Oh, Dios! —exclamó David— ¡Oh, Dios!

Estaban mirando una planicie amplia y extensa. Muy a lo lejos, quizás al norte, había montañas, oscuras y que se cernían amenazadoras, veteadas con el brillo enceguecedor de los glaciares. El cielo era azul y límpido como un cristal; el Sol estaba alto.

No había humo ni división de campos ni vallados. A todas las marcas que habían hecho los seres se las había borrado de este mundo gélido.

Pero el valle no estaba vacío.

…Era como una alfombra, pensó David: una alfombra móvil de cuerpos parecidos a grandes bloques de piedra, cada uno recubierto con una pelambre larga color rojo amarronado que colgaba hasta el suelo, como la piel de un buey almizcleño. Se desplazaban con lentitud alimentándose al mismo tiempo; la manada más grande estaba constituida por grupos dispersos. En el borde próximo de la manada, uno de los ejemplares jóvenes escapó del lado de sus padres sin la menor cautela y empezó a tocar el suelo con la pata. Un lobo macilento, de pelambre blanca, avanzó sigilosamente hacia el animalito. La madre de la cría se separó de la manada, y mostró sus curvos colmillos destellantes. El lobo huyó.

—Mamuts —dijo Bobby.

—Debe de haber decenas de miles. ¿Y qué son *ellos*, una especie

de venado? ¿Esos son camellos? Y… ¡oh, Dios mío… creo que es un tigre dientes de sable!

—Leones, tigres y osos —dijo David—. ¿Quieres continuar?

—Sí. Sí, continuemos.

El valle de la Edad del Hielo desapareció, como si lo hubiera hecho dentro de la niebla, y únicamente quedaron las caras humanas, cayendo y desapareciendo como las hojas de un almanaque.

David todavía pensaba que podía reconocer la cara de sus ancestros: redonda, casi siempre devastadoramente jóvenes cuando daban a luz y, aun así, conservando esa configuración de los ojos azules y el cabello rubio rojizo.

Pero el mundo había cambiado en forma espectacular.

Grandes tormentas martillaban en el cielo; algunas duraban años. Los ancestros luchaban para pasar por paisajes de hielo y sequía, incluso por el desierto, hambrientos, sedientos, nunca en buen estado de salud.

—*Hemos* tenido suerte —dijo David—. Tuvimos milenios de relativa estabilidad climática: tiempo suficiente para descubrir la agricultura, construir nuestras ciudades y conquistar el mundo. Antes de eso, *esto*.

—Tan tremendamente frágiles —añadió Bobby, maravillado.

Más de mil generaciones más atrás, las caras empezaron a ponerse oscuras.

—Estamos emigrando hacia el sur —señaló David—: estamos perdiendo nuestra adaptación a los climas más fríos. ¿Estamos volviendo a África?

—Sí —sonrió David—. Estamos volviendo a casa.

Y en una docena de generaciones más, cuando esta primera gran migración se deshizo, las imágenes empezaron a estabilizarse.

Ésta era la punta sur de África, al este del cabo de Buena Esperanza. El grupo ancestral había llegado a una cueva próxima a la playa, de la cual sobresalían rocas sedimentarias gruesas y de color tostado.

Parecía ser un lugar generoso. Prado y bosque, dominados por arbustos y árboles que presentaban enormes flores espinosas y coloridas y que se extendían justo hasta llegar al borde del mar. El océano era calmo, y pájaros marinos describían círculos en lo alto. La línea de playa intercostera era rica en algas pardas, medusas y calamares varados.

En el bosque se podía cazar. Al principio divisaron animales con los que estaban familiarizados, tales como el antílope eland, la gacela sudafricana, el elefante y el cerdo salvaje, pero a medida que ahondaban más en el tiempo se veían especies no tan conocidas: el búfalo de cuernos largos, el antílope gigante de Sudáfrica, una clase de

caballo gigante que tenía rayas como una cebra.

Y aquí, en estas cuevas que nada tenían de notable, los ancestros permanecieron, generación tras generación.

El ritmo del cambio era ahora terriblemente lento. Al principio, los ancestros llevaban ropa pero, a medida que centenares de generaciones se marchitaban, la ropa era de calidad cada vez peor y, a la larga, ni siquiera eso. Cazaban con lanzas con punta de piedra y hachas de mano, ya no más con flechas. Pero también las herramientas de piedra eran cada vez más toscas; la cacería, menos ambiciosa, a menudo no más que unos intentos irregulares por rematar un eland herido.

En las cuevas, cuyo piso gradualmente se hundía más en el transcurso de los milenios, a medida que estratos sucesivos de detritos humanos se eliminaba, al principio hubo algo así como el nivel más complejo de una sociedad humana. Hasta había arte, imágenes de animales y de seres humanos laboriosamente pintados en las paredes con dedos manchados con tinturas.

Pero al final, más de mil doscientas generaciones atrás, las paredes quedaron en blanco y las últimas imágenes toscas ya se habían erradicado.

David sintió un escalofrío, había llegado a un mundo sin arte: no había pinturas, ni novelas, ni esculturas, quizá ni siquiera cantos o poesía. El mundo se estaba quedando vacío de pensamientos.

Cada vez más profundamente cayeron, a través de tres, cuatro, mil generaciones: un inmenso desierto de tiempo, cruzado por una cadena de ancestros que se reproducían y tenían trifulcas en esa cueva carente de ornamentación. Esta sucesión de abuelas exhibía muy pocos cambios de importancia… pero David creyó haber descubierto una cada vez mayor vaguedad, una perplejidad, incluso un estado de miedo habitual, producido por la falta de comprensión, en esas caras oscuras.

Por fin se produjo una discontinuidad súbita y discordante. Y esta vez no fue el paisaje el que había cambiado sino la cara de los ancestros en sí.

David frenó la caída y los hermanos miraron a esta sumamente remota abuela, que atisbaba desde la boca de la cueva africana en la que sus descendientes iban a morar durante miles de generaciones.

La cara de esa antecesora tenía un tamaño mayor que lo normal, los ojos estaban muy separados, la nariz era aplanada y los rasgos estaban muy separados entre sí, como si a toda la cara se la hubiera estirado para ensancharla. La mandíbula era gruesa, pero la barbilla era pequeña y huidiza. Y sobresaliendo de la frente había un inmenso arco superciliar, una protuberancia ósea parecida a un tumor, que empujaba hacia abajo la cara y que hacía que los ojos quedaran

hundidos en las enormes órbitas oculares formadas por huesos duros. Una protuberancia en la parte de atrás de la cabeza desplazaba el peso de esos inmensos arcos superciliares, pero hacía que la cabeza se ladeara hacia abajo, de modo que la barbilla quedara casi apoyada sobre el pecho, mientras el macizo cuello serpenteaba hacia adelante.

Pero los ojos tenían una mirada clara y de comprensión.

Era más humana que cualquier simio y, sin embargo, no era humana. Y era ese grado de proximidad, y aun así de diferencia, lo que perturbaba a David.

Ella era, sin la menor duda, una Neanderthal.

—Es hermosa —dijo Bobby.

—Sí —susurró David—. *Esto* va a mandar a los paleontólogos de vuelta al tablero de dibujo. —Sonrió, regodeándose con la idea.

Y, se preguntó súbitamente, ¿cuántos observadores de su propio lejano futuro los iban a estar estudiando a él y a su hermano aun ahora, cuando se convertían en los primeros seres humanos que se enfrentaban con sus propios ancestros provenientes de lo profundo de los tiempos? David suponía que nunca podría empezar a imaginar la forma de aquellos antecesores, las herramientas que usaban, sus pensamientos aun cuando esta abuela Neanderthal seguramente nunca podría haber previsto la existencia de este laboratorio, de este hermano seminvisible, ni de los chiches relucientes que había aquí.

Y más allá de esos observadores, todavía más adentro en el futuro, debía de haber otros que los observaban a ellos a su vez y así todo el tiempo, cada vez más adentro del aún más inimaginable futuro, en tanto la humanidad, o aquellos que sucedieran a los seres humanos, persistiera. Era un pensamiento escalofriante, aplastante.

Todo eso suponiendo que el Ajenjo perdonara a alguien, en primer lugar.

—…Oh —susurró Bobby. Parecía estar decepcionado.

—¿Qué pasa?

—No es culpa tuya. Yo conocía el riesgo. —Hubo un leve crujido de tela, una sombra borrosa.

David se volvió, Bobby se había ido.

Pero ahí estaba Hiram, irrumpiendo como una tromba en el laboratorio, haciendo tronar puertas y aullando:

—¡Los tengo! ¡Maldición, los tengo! —palmeó a David en la espalda—. Ese seguimiento por el adn funcionó de maravillas, Manzoni y Mary, las dos juntas. —Levantó la cabeza.

—¿Me oyes, Bobby? Sé que estás acá. *Las tengo.* Y si quieres volver a ver otra vez a cualquiera de ellas, tienes que venir a mí. ¿Entendiste eso?

David se quedó mirando los profundos ojos de su ancestro perdida, un miembro de una especie diferente, quinientas

generaciones alejada de él mismo… y apagó la pantalla flexible.

27. LA HISTORIA DE LA FAMILIA

Cuando se la devolvió por la fuerza a la sociedad humana libre, Kate se sintió aliviada al descubrir que se la había declarado inocente de la sentencia penal que se le había impuesto. Pero quedó anonadada al descubrir que se la separaba de Mary, de sus amigos y que se la encarcelaba de inmediato… por disposición de Hiram Patterson.

La puerta que daba a la suite se abrió, tal como lo hacía dos veces por día.

Ahí quedaba parada una guardia: una mujer alta, esbelta y elástica, que iba vestida con un sobrio traje como de directivo empresario. Hasta era hermosa… pero con cara que carecía por completo de gestos y una mirada muerta que Kate encontraba escalofriante.

Su nombre, Kate se había enterado, era Mae Wilson.

Wilson empujaba un pequeño carrito a través de la puerta, arrastraba afuera el del día anterior, lanzaba una rápida mirada profesional por toda la habitación y después cerraba la puerta. Y eso era todo, terminaba su trabajo sin que se pronunciara una sola palabra.

Kate había estado sentada en el único mueble de la habitación, una cama. Ahora se paró y cruzó hacia el carrito; empujó hacia atrás la tapa blanca de papel que lo cubría: había carne fría, ensalada, pan, fruta y bebidas, un termo con café, agua en botella, jugo de naranja. En la bandeja inferior estaba el material que venía de la lavandería: ropa interior limpia, camisolas, sábanas para la cama. Las cosas de siempre.

Kate había agotado hacía mucho las posibilidades del carrito que venía dos veces por día: los platos de papel y los cubiertos de plástico eran inútiles para cualquier otra cosa que no fuera su propósito primordial, y casi inútiles para eso también. Incluso las ruedas del carrito eran de plástico blando.

Volvió a la cama y se sentó sin ánimo ni energía, mordisqueando un durazno.

El resto de la habitación era igual de decepcionante: las paredes eran enteramente lisas, revestidas con un plástico transparente a través del cual no podía hundir las uñas. Ni siquiera un artefacto de iluminación: el fulgor gris que inundaba la habitación veinticuatro horas por día, provenía de lámparas fluorescentes que estaban detrás de paneles en el cielo raso, sellados detrás del plástico y, de todos modos, fuera de su alcance. La cama era una caja plástica unida de manera enteriza al piso. Kate había tratado de desgarrar las sábanas, pero la tela era muy resistente (y, sea como fuere, todavía no estaba

preparada para verse a sí misma estrangulando a alguien con un garrote, ni siquiera a Wilson).

Las cañerías, un inodoro y un artefacto para ducharse tampoco eran de valor para el propósito mayor de Kate: el inodoro era químico y parecía desembocar en un tanque herméticamente cerrado, así que ni siquiera podía contrabandear un mensaje en sus desechos corporales… aun suponiendo que pudiera resolver cómo hacerlo.

…Pero, a pesar de todo, había estado cerca de escaparse, una vez. Repetirse en la mente ese casi triunfo era algo para disfrutar.

El plan lo había desarrollado en la cabeza, sitio en el que la cámara Gusano todavía no podía fisgonear. Había trabajado en los preparativos durante más de una semana. Cada doce horas había dejado el carrito en un sitio levemente distinto: cada vez una fracción más adentro de la habitación. En la cabeza armó la coreografía de cada preparación: tres pasos desde la cama hasta la puerta, cortar el segundo paso en esa fracción más…

Y cada vez que iba hasta la puerta para recoger el carrito, Wilson se veía obligada a entrar un poco más.

Hasta que, por fin, llegó un momento en que Wilson, para alcanzar el carrito, tuvo que dar un solo paso hacia adentro de la habitación. Nada más que un paso, eso fue todo… pero Kate tenía la esperanza de que fuera suficiente.

Dos pasos a la carrera la llevaron hasta el vano de la puerta. Una embestida con el hombro la golpeó a Wilson hacia adelante, metiéndola en la habitación, y Kate logró hacer como dos pasos fuera de la puerta.

La habitación había resultado ser nada más que una caja, que estaba aislada en una cámara gigantesca, del tamaño de un hangar, cuyas paredes eran altas, lejanas y escasamente iluminadas. Había otros guardias en torno a ella, hombres y mujeres, que se levantaron de sus escritorios extrayendo armas. Kate miró alrededor con desesperación, en busca de un lugar para correr…

La mano que se había cerrado sobre la de ella era corno una prensa. El meñique se lo retorcieron hacia atrás y el brazo se lo doblaron de costado. Kate cayó de rodillas, incapaz de sofocar un grito y sintió que los huesos de su dedo se rompían en una explosión de dolor torturante.

Era, claro está, Wilson.

Cuando volvió en sí estaba en el piso de su prisión, atada ahí con lo que se sentía como cinta para caños, mientras un médico le trataba la mano. A Wilson la mantenía retenida otro de los guardias. En esa cara de acero había una mirada asesina.

Cuando todo terminó, Kate tuvo un dedo que estuvo latiendo durante semanas. Y Wilson, cuando volvió otra vez a la puerta con su

ronda rutinaria de dos veces por día, paralizó a Kate con una mirada llena de odio. Herí su orgullo, entendió Kate. La próxima vez me va a matar sin la menor vacilación.

Pero para Kate estaba claro que, aun después de su intento de fuga, todo ese odio no estaba dirigido hacia *ella.* Se preguntó quién era el verdadero blanco de Wilson… y si Hiram sabía esto.

Del mismo modo supo que nunca había sido el verdadero objetivo de Hiram: ella era nada más que la carnada, la carnada de una trampa.

Tan sólo estaba en el camino de estos lunáticos y de sus imposibles de conjeturar programas de acción.

No le hacía el menor bien cavilar sobre cosas así. Se tendió de espaldas en la cama. Más tarde, en la rutina que había utilizado para estructurar sus vacíos días, se había dedicado a hacer un poco de ejercicio. Por ahora, suspendida bajo la luz que nunca se extinguía, trató de poner la mente en blanco.

Una mano tocó la de ella.

En medio del caos, las recriminaciones y la ira que sucedieron a la recuperación de Mary y Kate, David pidió ver a Mary en la fría calma de la Fábrica de Gusanos.

De inmediato lo estremeció la familiaridad de los ojos azules de Mary, tan parecidos a los ojos que había seguido hacia lo profundo del tiempo, hasta llegar a África.

Sintió escalofríos ante la sensación de desvanecimiento de la vida humana. ¿Es que Mary no era más que la manifestación transitoria de genes que se le habían transmitido a ella a través de miles de generaciones, inclusive desde los hace mucho desaparecidos días del Neanderthal, genes que, a su vez, habrían de pasar a un futuro desconocido? Pero la cámara Gusano había destruido esa deprimente perspectiva. La vida de Mary era transitoria, pero no por ello menos importante y ahora que al pasado se lo había expuesto, los que iban avenir después seguramente habrían de recordar y de apreciar a esta muchacha.

Y la vida de ella, moldeada en un mundo que cambiaba con rapidez, todavía podría llevarla a lugares que David ni siquiera podía imaginar.

Mary le dijo:

—Pareces preocupado.

—Eso se debe a que no estoy seguro de con quién estoy hablando.

Ella resopló y, durante un instante, David vio a la antigua, rebelde y descontenta Mary.

—Disculpa mi ignorancia —dijo David—. Tan sólo estoy tratando de entender. Todos estamos tratando. Esto es algo nuevo para nosotros.

La muchacha asintió con la cabeza.

—¿Y, en consecuencia, es algo para temer?… Sí—dijo finalmente —. Sí, pues. *Nosotros* estamos aquí. El agujero de gusano que hay en mi cabeza nunca se apaga, David. Todo lo que hago, todo lo que veo y oigo y siento, todo lo que pienso, es…

—¿ Compartido ?

—Sí. —Lo estudió. —Pero sé lo que quieres dar a entender con eso: diluido. ¿No es así? Pero no es así. Yo no soy menos de mí misma, sino que estoy mejorada. Sencillamente es otro estrato de la mente, o del procesamiento de información si lo prefieres: es un estrato que está por sobre mi sistema nervioso central, del mismo modo en que el snc lo está sobre las redes más antiguas, como la bioquímica. Mis recuerdos siguen siendo míos. ¿Importa que estén guardados en la cabeza de alguna otra persona?

—Pero esto no es tan sólo una clase pulcra de red de telefonía móvil, ¿no? Ustedes, los Unificados, sostienen que es algo mucho más elevado que eso. ¿ Hay una nueva persona en todo esto, un nuevo y combinado ser? ¿Una mente grupal, vinculada por agujeros de gusano, que surge de la red?

—Tú crees que eso sería una monstruosidad, ¿no?

—No sé qué pensar al respecto.

La estudió, tratando de encontrar a Mary dentro de la cáscara de la Unificación.

No ayudaba que los Unificados rápidamente hubieran adquirido renombre como actores consumados, o mentirosos, para decirlo de manera más directa. A causa de sus estratos separados de conciencia, cada uno de ellos tenía el dominio de su lenguaje corporal, de los músculos de la cara, un poder sobre los canales de comunicación que había evolucionado para transmitir información de manera confiable y honesta que podían derrotar al actor más experto. David no tenía motivos para suponer que Mary le estuviera mintiendo. Era, simplemente, que no alcanzaba a ver cómo podía comprobar si ella lo estaba haciendo o no lo estaba haciendo.

Mary dijo en ese momento:

—¿Por qué no me preguntas lo que realmente quieres saber?

Turbado, él contestó:

—Muy bien, Mary… ¿qué se *siente?*

Ella contestó lentamente:

—Lo mismo. Sólo que… *más.* Es como despertarse por completo; una sensación de claridad, de conciencia plena. *Tú* debes saberlo. Nunca fui una científica, pero he resuelto rompecabezas. Juego al ajedrez, por ejemplo. La ciencia es algo como eso, ¿no?, deduces algo y, de pronto, ves cómo todo el juego encaja perfectamente. Es como si las nubes se disiparan nada más que por un instante y pudieras ver a

lo lejos, mucho más lejos que antes.

—Sí —contestó David—, he tenido algunos momentos así en mi vida. Fui afortunado.

Ella le apretó la mano.

—Pero, para mí, ése es el modo en que se sienten las cosas todo el tiempo. ¿No es maravilloso?

—¿Entiendes por qué la gente les teme?

—Hacen más que temernos —dijo Mary con calma—, nos persiguen. Nos atacan. Pero no nos pueden dañar. Los podemos ver venir, David.

Eso lo hizo estremecerse.

—Y aun si a uno de nosotros lo matan… aun si *me* matan… entonces nosotros, el ser más grande, seguimos adelante.

—¿Qué quiere decir eso?

—La red de información que define a los Unificados es grande y está creciendo todo el tiempo. Probablemente es indestructible, como una Internet de las mentes.

David frunció el entrecejo, oscuramente irritado.

—¿Alguna vez oíste hablar de la teoría del vínculo? —siguió ella —, describe nuestra necesidad psicológica de formar relaciones íntimas, de llegar a nuestros íntimos. Precisamos esas relaciones para ocultar la horrible verdad que enfrentamos cuando crecemos: que cada uno de nosotros está solo. La batalla más tremenda de la existencia humana es conseguir la aceptación de ese hecho. Y ésa es la razón por la que estar Unificados es tan atrayente.

—Pero el microprocesador que tienes en la cabeza no te ayudará —respondió David con brutalidad—. No al final, pues debes morir sola, exactamente igual que como debo hacerlo yo.

Mary sonrió, disculpándolo con frialdad, y se sintió avergonzada.

—Pero eso puede no ser cierto —repuso—. Quizá yo pueda seguir viviendo, y sobreviva a la muerte de mi cuerpo… del cuerpo de Mary. Pero *yo*, mi conciencia y mis recuerdos, no estarán residiendo en el cuerpo de uno de los miembros o de otro, sino que estarán… distribuidos. Compartidos entre todos ellos. ¿No sería maravilloso?

David susurró.

—¿Y ésa serías tú? ¿Verdaderamente podrías evitar la muerte de esa manera? ¿O este yo distribuido sería una copia?

Ella suspiró:

—No lo sé. Además, la tecnología está, en cierto modo, lejos de realizar eso. Hasta que lo haga padeceremos enfermedades, accidentes, la muerte. Y siempre estaríamos apesadumbrados.

—Cuanto más sabio eres, más te duele.

—Sí. La condición humana es trágica, David. Cuanto más grande se vuelven los Unificados, más claramente puedo ver eso. Y más lo

puedo sentir. —El rostro de ella, todavía joven, parecía recubierto por la máscara fantasmal de una edad mucho mayor.

—Ven conmigo —dijo David—. Hay algo que te quiero mostrar.

* * *

Kate no pudo evitar un respingo y quitó la mano con rapidez.

Astutamente convirtió su jadeo involuntario en tos, y extendió el movimiento de la mano para cubrirse la boca. Después, con delicadeza, volvió a poner la mano donde había estado: descansando sobre la sábana superior de la cama.

Y ese delicado toque volvió. Los dedos eran cálidos, fuertes, inconfundibles a pesar del guante de recubrimiento inteligente que tenía que taparlo todo. Sintió los dedos posarse sobre su palma y trató de mantenerse quieta, comiendo el durazno.

—Perdón sobresaltar ti. No deseo daño.

Kate se inclinó un poco hacia atrás, buscando ocultar su propia digitación detrás de la espalda.

—¿Bobby?

—¿ Quién si no? Linda prisión.

—En Fábrica de Gusanos, ¿no?

—Sí. Seguimiento de adn. *David ayudó. Métodos Refugiados. Mary ayudó. Toda familia junta.*

—No debiste venir —dígito ella con rapidez—. *Eso quiere Hiram. Agarrarte. Cebo en trampa.*

—No abandono ti. Te necesito. Apróntate.

—Intenté una vez. Guardias astutos, perspicaces…

Kate se arriesgó a atisbar lo que tenía a su lado: no podía ver signos de la presencia de Bobby, ni siquiera algo así como una sombra falsa, una depresión en el cubrecama, un indicio de distorsión. Era evidente que la tecnología del recubrimiento inteligente estaba mejorando con tanta rapidez corno la cámara Gusano en sí.

Podría no tener otra oportunidad, pensó Kate. Debo decírselo.

—Bobby. Vi a David. Tenía noticias. Sobre ti.

La digitación de él ahora era más lenta, vacilante.

—¿ Yo que de mí?

—Tu familia… —No puedo hacerlo, pensó. *—Pregunta Hiram—* dígito ella de nuevo, sintiéndose amargada.

—Preguntando a ti.

—Nacimiento. Tu nacimiento.

—Preguntando a ti. Preguntando a ti.

Kate hizo una profunda inspiración.

—No lo que crees. Medita. Hiram quería dinastía. David gran decepción, fuera de control. Madre gran inconveniente. Por eso, tiene hijo sin madre.

—No entiendo. Tengo madre. Heather madre.

Kate vaciló.

—No es. Bobby, tú eres un clon.

David se acomodó y fijó el frío metal del aro del Ojo de la Mente sobre la cabeza. Cuando se hundió en la realidad virtual, el mundo se volvió oscuro y silencioso y, durante un breve instante, no tuvo sensación de su propio cuerpo, ni siquiera pudo sentir la mano cálida y suave que envolvía la de él.

Entonces, a su alrededor, aparecieron las estrellas. Mary jadeó y se aferró del brazo de David.

Él estaba suspendido en un diorama en tres dimensiones de estrellas, estrellas diseminadas sobre un cielo de terciopelo negro, estrellas más apiñadas que en la más oscura noche en el desierto… y, sin embargo, había una estructura, según David veía lentamente. Un gran río de luz —estrellas tan apretujadas que se fusionaban formando nubes refulgentes, pálidas— corría alrededor del ecuador del cielo: era la Vía Láctea, claro, el gran disco de estrellas en el que David todavía estaba engastado.

Miró hacia abajo: ahí estaba su cuerpo, familiar y confortable, claramente visible en la compleja luz proveniente de muchas fuentes que caía sobre él. Pero él mismo estaba flotando a la luz de las estrellas, sin encierro ni apoyo.

Mary iba a la deriva al lado de él, todavía agarrada de su brazo. El toque de ella era confortable. Qué extraño, pensó David: Podemos enviar nuestra mente a más de dos mil años luz de la Tierra y, sin embargo, todavía tenemos que agarrarnos entre nosotros: nuestra herencia primigenia nunca demasiado lejos de las puertas de nuestra alma.

Este cielo extraño estaba poblado.

Había un sol, un planeta y una luna, suspendidos alrededor de él, como la trinidad de cuerpos que siempre había dominado el ambiente humano. Pero era un sol bastante extraño… de hecho, no una sola estrella como el Sol de la Tierra, sino una estrella binaria.

La principal era una gigante anaranjada, mortecina y fría. Centrado en un núcleo amarillo refulgente había una masa de gas anaranjado que constantemente se volvía más tenue. Había mucho detalle en ese disco tétrico: un trazado de luz amarillo blanco que danzaba en los polos y las feas cicatrices de manchas gris negro alrededor del ecuador.

Pero la estrella gigante estaba visiblemente aplanada. Tenía una

estrella acompañante, pequeña y azulada, poco más que un punto de luz, que describía una órbita tan próxima a su estrella madre que estaba casi dentro de la disipada atmósfera exterior de la gigante. En verdad, eso pudo ver David, una tenue luminosidad ondulante de gas, arrancada de la estrella madre y todavía refulgente, se había envuelto a sí misma alrededor de la compañera y estaba cayendo en su superficie una lluvia tenue, infernal, de hidrógeno en fusión.

David miró el planeta que flotaba debajo de sus pies: era una esfera del tamaño aparente de una pelota de playa, semiiluminado por la compleja luz roja y blanca de sus estrellas madre. Pero era evidente que carecía de aire: su superficie era una trama complicada de cráteres de impacto y cadenas montañosas. Quizás en otra época había tenido una atmósfera, incluso océanos, o pudo haber sido el núcleo rocoso o metálico de una gigante de gas, un Neptuno o un Urano de otros tiempos. Hasta era posible, suponía David, que hubiera albergado vida. De ser así, esa vida ahora estaba destruida o había huido y todo vestigio de su paso, calcinado desde la superficie por el sol moribundo.

Pero este mundo muerto que había explotado todavía tenía una luna. Aunque mucho más pequeña que su planeta madre, la luna brillaba con más intensidad, reflejando más de la compleja luz mezclada de las estrellas gemelas. Y su superficie aparecía, a primera vista, completamente suave, por lo que el pequeño mundo parecía ser una bola de billar a la que se había fresado en algún torno enorme. Cuando David miró más de cerca, pudo ver que había una red de finas grietas y cordilleras, algunas de las cuales evidentemente tenían centenares de kilómetros de largo, distribuidas por toda la superficie. La luna se parecía a un huevo duro, pensó David, cuya cáscara se hubiera resquebrajado asidua y delicadamente con una cuchara.

Esta luna era una bola de agua helada. Su superficie alisada era señal de una reciente fusión del globo, probablemente causada por la grotesca expansión de la estrella madre, y las cordilleras eran costuras entre placas de hielo. Y, quizás, al igual que en una luna de Júpiter, Europa, todavía quedaba una capa de agua líquida en alguna parte por debajo de esa superficie congelada, un antiguo océano que podría actuar como refugio, aún ahora, para la vida en retroceso…

David suspiró. Nadie lo sabía. Y, en este preciso momento, nadie tenía el tiempo ni los recursos para averiguarlo: sencillamente había demasiado por hacer, demasiados lugares a los que ir.

Pero no era el mundo rocoso ni su luna de hielo, ni siquiera la extraña estrella doble misma, sino algo mucho más grandioso, más allá de este pequeño sistema solar, lo que había traído a David hasta aquí.

Giró sobre su punto de vista y miró más allá de las estrellas.

La nebulosa abarcaba la mitad del cielo.

Era un baño de colores, que iban desde el azul blanco brillante en su centro, a través del verde y del anaranjado, hasta púrpuras y rojos oscuros en su periferia. Era como una gigantesca pintura a la acuarela, pensó David, en la que los colores fluían suavemente uno dentro del otro. Pudo ver capas en la nube, la textura, los estratos de sombras que la hacían asombrosamente tridimensional, con una estructura más fina situada a mayor profundidad en el corazón.

El aspecto más llamativo de la estructura más grande era una configuración de nubes oscuras, ricas en polvo, dispuestas en una asombrosamente clara forma en V delante de la masa refulgente, como si se tratara de un pájaro inmenso que levantaba alas negras delante de una llama. Y delante de la forma de pájaro, como una rociadura de chispas proveniente de esa fogata que estaba detrás, había un tenue velo de estrellas que lo separaban a David de la nube. El gran río de luz que era la Galaxia fluía alrededor de la nebulosa, pasando por detrás de ella como si la quisiera circundar.

Aun cuando volvía la cabeza de un lado para otro, le resultaba imposible captar toda la escala de la estructura. En ocasiones parecía suficientemente cerca como para poder tocarla, como si se tratara de una gigantesca escultura dinámica de pared hacia la que pudiera extender la mano y explorar. Y después retrocedía, aparentemente hasta lo infinito. David sabía que su imaginación, desarrollada hasta poder aprehender la escala de mil kilómetros de la Tierra, era inadecuada para la tarea de comprender las inmensas distancias con que había que habérselas acá.

Pues si el Sol se desplazaba hacia el centro de la nebulosa, los seres humanos podían construir un imperio interestelar sin llegar al borde de la nube.

La admiración creció dentro de él, súbita, inesperada. Soy privilegiado, pensó de manera diferente, por vivir en una época así. Algún día, supuso, un explorador con cámara Gusano iba a zarpar por debajo de la corteza de hielo de la luna y buscaría lo que fuere que hubiera en el núcleo y, quizás, equipos de investigadores restregarían la superficie del planeta que hay debajo, en busca de reliquias del pasado.

Envidiaba a esos futuros exploradores por la profundidad de su conocimiento. Y, sin embargo, sabía que, con toda seguridad, ellos envidiarían a la generación de él principalmente pues, como él había salido hacia las afueras con el frente en expansión de la exploración con cámara Gusano, había llegado aquí *primero*, y nadie más, en toda la historia, podría decir eso.

—Larga narración. Laboratorio japonés. El sitio que usaron para clonar tigres para médicos brujos. Heather nada, más que sustituía. David

vio todo con Cámara. Después todo control mente. Hiram no quería más errores…

—Heather. Yo no sentía vínculo. Ahora sé por qué. Qué triste.

Kate creía que podía sentir el pulso de Bobby en el toque invisible que él hacía sobre su palma.

—Sí triste triste.

Y después, sin la menor advertencia, la puerta estalló en pedazos al abrirse.

Mae Wilson entró sosteniendo una pistola. Sin la menor vacilación disparó una vez, dos veces, a cada lado de Kate. El arma llevaba silenciador, por lo que los disparos fueron meros taponazos.

Se oyó un grito, se vio un manchón de sangre que flotó en el aire; otro parecido a una pequeña explosión, allá donde la bala había salido del cuerpo de Bobby.

Kate trató de pararse, pero la boca del arma de Wilson apuntaba a la parte de atrás de su cabeza.

—Ni siquiera lo pienses.

El recubrimiento de Bobby estaba cayendo en grandes círculos de distorsión y sombra que se extendían alrededor de sus heridas. Kate pudo ver que él estaba tratando de llegar a la puerta. Pero ahí había más esbirros de Hiram, no iba a tener manera de pasar.

En ese momento, Hiram mismo llegó a la puerta. Tenía la cara retorcida por una emoción irreconocible cuando miró a Kate, al cuerpo de Bobby.

—Sabía que no ibas a poder resistir. Te agarré, mierdita.

Kate no había salido de su celda cuadrada durante… ¿cuánto tiempo? ¿Treinta, cuarenta días? Ahora, en los espacios cavernosos e iluminados con luz mortecina de la Fábrica de Gusanos, se sentía expuesta, turbada.

Sucedió que el disparo había pasado directamente a través de la parte superior del hombro de Bobby, desgarrando músculo y quebrando hueso pero, por pura casualidad, sin poner en peligro la vida de él. Los médicos de Hiram habían querido darle a Bobby una anestesia general cuando lo trataban pero, sin dejar de mirar con fijeza a Hiram, Bobby se negó y padeció el dolor del tratamiento con plena conciencia.

Hiram abrió la marcha por un piso vacío de gente y pasaron frente a la maquinaria detenida y voluminosa. Wilson y los demás esbirros formaban un círculo alrededor de Bobby y de Kate, algunos de ellos caminando hacia atrás para poder vigilar a sus cautivos y poniendo bien en claro que no había manera de escapar.

Hiram, sumergido en el proyecto que fuere que estaba desarrollando ahora, parecía una presa cazada. Sus hábitos eran extraños, reiterativos, obsesivos; era un hombre que había pasado

demasiado tiempo solo. Él mismo es el sujeto de un experimento, pensó Kate con amargura: un ser humano privado de compañía, temeroso de la oscuridad, sujeto a constantes miradas, más o menos hostiles, del resto de la población del planeta, rodeado por los ojos invisibles de esa población. Lo estaba destruyendo sin cesar una máquina que él nunca había imaginado, que nunca había tenido la intención de fabricar y cuyas consecuencias probablemente no entendía ni siquiera ahora. Con una punzada de piedad, Kate se dio cuenta de que en toda la historia no hubo un ser humano que tuviera más derecho de sentirse paranoico.

Pero nunca le podría perdonar por lo que les había hecho a ella… y a Bobby. Y se dio cuenta de que no tenía la más mínima idea de lo que Hiram tenía pensado para ellos, ahora que había atrapado al hijo.

Bobby sostuvo la tensa mano de Kate, asegurándose de que el cuerpo de ella nunca dejara de estar en contacto con el de él, de que eran inseparables. Y aun mientras la protegía pudo inclinarse sutilmente sobre ella sin permitir que los demás lo vieran, reuniendo las fuerzas que ella estaba contenta de brindarle.

Llegaron a una parte de la Fábrica de Gusanos que Kate nunca había visto antes: se había construido una especie de casamata, un enorme cubo semiempotrado en el suelo. El interior estaba brillantemente iluminado. En el costado se había abierto una puerta, que se operaba mediante una rueda pesada como si se tratara de la mampara de un submarino.

Bobby entró con cautela, todavía aferrando a Kate:

—¿Qué es esto, Hiram? ¿Por qué nos trajiste aquí?

—Bonito lugar, ¿eh? —Hiram mostró una vasta sonrisa y palmeó la pared confiadamente. —Pedimos prestados algo de la técnica de la antigua base de MORAD que habían socavado en las montañas de Colorado. Toda esta maldita casamata está montada sobre muelles amortiguadores.

—¿Es para eso que sirve esto? ¿Para soportar un ataque termonuclear?

—No. Estos muros no son para evitar una explosión. Se espera que soporten una que ocurra en su interior.

Bobby frunció el entrecejo.

—¿De qué estás hablando?

—Del futuro. El futuro de Nuestro Mundo. *Nuestro* futuro, hijo.

Bobby repuso:

—Hay otros que sabían que yo estaba viniendo para acá: David. Mary, El agente especial Mavens del FBI. Estarán aquí pronto. Y entonces yo saldré de aquí… con ella.

Kate observó los ojos de Hiram, que miraba alternativamente a uno y a otro, maquinando. Dijo finalmente:

—Tienes razón, claro. No te puedo retener aquí. Aunque me pude haber divertido intentándolo. Tan sólo concédeme cinco minutos. Permíteme presentar mi causa, Bobby. —Forzó una sonrisa.

Bobby pugnó por hablar:

—¿Es eso todo lo que quieres? ¿Convencerme… de algo? ¿Es de eso que se trata todo esto?

—Déjame mostrarte. —Y con una leve inclinación de cabeza hacia los esbirros indicó que a Bobby y a Kate se los metiera dentro de la casamata.

Las paredes eran de grueso acero. La casamata estaba llena de cosas, con lugar nada más que para Hiram, Kate, Bobby y Wilson.

Kate miró en derredor, tensa, alerta, sobrecargada. Evidentemente éste era un laboratorio experimental en funcionamiento: había pizarrones blancos, tableros para conexión, pantallas flexibles, gráficas en hojas separables, sillas plegables y pupitres fijados a las paredes. En el centro de la habitación estaba el equipo que, cabía suponer, era el centro de interés de todo eso: lo que parecía ser un intercambiador de calor y una pequeña turbina, y otros equipos, cajas blancas y sin etiquetas. Sobre uno de los pupitres había una taza de café, semi-bebido y todavía humeante.

Hiram caminó hasta el medio de la casamata.

—Perdimos el monopolio de la *cámara* Gusano más rápido que lo que yo quería. Pero conseguimos una pila de dinero. Y estamos obteniendo más. La Fábrica de Gusanos todavía está muy adelante de cualquier instalación similar de todo el mundo. Pero nos estamos dirigiendo hacia una meseta, Bobby. Dentro de unos pocos años, las cámaras Gusano van a poder llegar al otro lado del universo. Y ya, ahora, cualquier niño inservible tiene su propia cámara Gusano privada; el mercado de los generadores se está saturando. Estaremos en el negocio de los repuestos y las actualizaciones, donde los márgenes de beneficio son bajos y la competencia, feroz.

—Pero usted —dijo Kate— tiene una idea mejor, ¿no es así?

Hiram la miró con odio.

—Eso no es algo que le importe. —Fue hasta la maquinaria y la acarició. —Nos fue tremendamente bien extrayendo agujeros de gusano de entre la espuma cuántica y ampliándolos. Hasta ahora los hemos estado usando para transmitir información, ¿sí? Pero tu inteligente hermano David te dirá que se necesita una cantidad finita de energía hasta para registrar un solo pedacito de información. Así que si estamos transmitiendo datos tenemos que estar transmitiendo energía también. En estos momentos no es más que un hilito… ni siquiera suficiente como para hacer que se ponga incandescente una lámpara.

Bobby asintió con movimiento rígido de la cabeza, evidentemente

tenía dolores.

—Pero tú harás que todo eso cambie.

Hiram señaló los equipos.

—Éste es un generador de agujeros de gusano. Es tecnología de vacío comprimido, pero mucho más adelantada que cualquier cosa que se pudiera hallar en el mercado. Quiero fabricar agujeros de gusano más grandes y más estables, y que lo sean *mucho* más, más que lo que nadie hubiese podido conseguir hasta el momento. Suficientemente amplios como para que actúen como conductos para cantidades importantes de energía.

Y la energía que obtengamos pasará a través de este equipo, el intercambiador térmico y la turbina, para extraer energía eléctrica utilizable. Tecnología sencilla, del siglo XIX… pero eso es todo lo que necesito en tanto y en cuanto tenga el flujo de energía. Esto no es más que una instalación experimental, pero es suficiente para demostrar el quid del principio, y para resolver los problemas, en especial la estabilidad de los agujeros de gusano…

—¿Y de dónde —preguntó Bobby lentamente— vas a extraer la energía?

Hiram sonrió y se señaló los pies.

—De aquí abajo, del núcleo de la Tierra, hijo. Una bola de níquel-hierro sólida, del tamaño de la Luna, que fulgura emitiendo tanto calor como la superficie del Sol. Toda esa energía atrapada ahí desde que se formara la Tierra; el motor que impulsa los volcanes y los terremotos y la circulación de las placas de la corteza… £50 es lo que planeo aprovechar.

"¿Puedes ver lo hermoso de todo esto? La energía que los seres humanos quemamos acá, en la superficie, es la de una vela en comparación con la de ese horno. No bien los tipos de Técnica resuelvan el problema de la estabilidad de los agujeros de gusano, toda empresa actual que se dedique a la actividad de generación de energía se volverá obsoleta de un día para otro. ¡Fusión nuclear, un cuerno! Y no se detendrá ahí. Quizás algún día aprendamos a aprovechar las estrellas mismas. ¿No lo ves, Bobby? Hasta la cámara Gusano es nada en comparación con esto. Cambiaremos el mundo. Nos volveremos ricos…

—Más allá de los sueños de avaricia —musitó Bobby.

—He aquí el sueño, muchacho. Es en eso que quiero que trabajemos juntos. Tú y yo. Construyendo un futuro, construyendo Nuestro Mundo.

—Papá —Bobby extendió su mano libre—, te admiro. Admiro lo que estás construyendo. No te voy a detener. Pero no quiero esto. Nada de esto es real, ni tu dinero ni tu poder. Todo lo que es real para mí es Kate y yo. Tengo tus genes, Hiram, pero no soy tú. Y nunca lo

seré, no importa cuánto intentes que así sea…

Y mientras Bobby decía eso, en la mente de Kate se empezaron a formar enlaces, como se solían formar cuando ella se aproximaba al núcleo de verdad que se hallaba en el corazón de la noticia más compleja.

"No soy tú", había dicho Bobby.

Pero, ahora lo entendía Kate, ésa era toda la cuestión.

Mientras flotaba en el espacio, la boca de Mary estaba completamente abierta. Sonriendo, David extendió el brazo hacia ella, le tocó la barbilla y le cerró la mandíbula.

—No puedo creerlo —dijo ella.

—Es una nebulosa —contestó David—. De hecho, se la llama Nebulosa Trífida.

—¿Es visible desde la Tierra?

—Oh, sí. Pero estamos tan lejos de casa que la luz que emanó de la nebulosa en la época de Alejandro Magno recién ahora está llegando a la Tierra. —Señaló con el dedo: —¿Puedes ver esos puntos oscuros? —Eran glóbulos oscuros, finos, como gotas de tinta en agua coloreada. —Se los llama glóbulos de Bok. Hasta el más pequeño de ellos podría encerrar todo nuestro Sistema Solar. Creemos que son el lugar de nacimiento de las estrellas: nubes de polvo y gas que se condensarán para formar nuevos soles. Se necesita mucho tiempo para formar una estrella, claro, pero las etapas finales, cuando la fusión rompe todo y la estrella explota haciendo volar la cáscara circundante de polvo y empieza a brillar, puede ser un proceso repentino. —Miró a Mary. —Piensa en eso: si vivieras aquí, quizás en esa bola de hielo que está debajo de nosotros, podrías ver, en el curso de tu vida, el nacimiento de docenas, quizás centenares, de estrellas.

—Me pregunto qué religión habríamos inventado —dijo ella.

Era una buena pregunta.

—Quizás algo más suave. Una religión dominada por imágenes de nacimiento, antes que de muerte.

—¿Por qué me trajiste hasta acá?

David suspiró.

—Todos deberían ver esto antes de morir.

—Y ahora lo hemos hecho —dijo Mary con un poco de formalidad—. Gracias.

David sacudió la cabeza, irritado.

—No ellos. No los Unificados. *Tú*, Mary. Espero que me perdones por eso.

—¿Qué es lo que quieres decirme, David?

Él vaciló. Señaló la nebulosa.

—En alguna parte de por allá, allende la nebulosa, está el centro de la galaxia. Hay un gran agujero negro ahí, que tiene una masa que

es un millón de veces la del Sol. Y todavía está creciendo. Nubes de polvo y gas y estrellas aplastadas fluyen hacia el agujero desde todas direcciones.

—Vi fotografías de él —dijo Mary.

—Sí. Ahí afuera ya hay todo un enjambre de stapledons. Tienen cierta dificultad para acercarse al agujero en sí. La inmensa distorsión gravitatoria hace estragos con la estabilidad de los agujeros de gusano…

—*¿Stapledons?*

—Puntos de vista de las cámaras Gusano. Observadores incorpóreos que vagan por el espacio y el tiempo. —Sonrió e indicó su propio cuerpo flotante. —Cuando te acostumbres a esta exploración con cámara Gusano en realidad virtual, descubrirás que no necesitas llevar tanto equipaje como éste.

"Lo que quiero decir, Mary, es que estamos enviando mentes humanas como una nube de villanos a través de un bloque de espacío-tiempo de doscientos mil años luz de anchura y cien milenios de profundidad, al otro lado de cien mil millones de sistemas estelares, hasta llegar de vuelta al nacimiento de la humanidad. Ya hay más que lo que podemos estudiar aun cuando contáramos con una cantidad cien veces superior de observadores preparados… y a los límites se los empuja hacia atrás todo el tiempo.

"Algunas de nuestras teorías se están confirmando, a otras se las desenmascara sin que se lo lamente en absoluto. Y eso es bueno: así es como se supone que sea la ciencia.

"Pero pienso que hay una lección más profunda, más abstrusa, que ya estamos aprendiendo.

—¿Yesque…?

—Esa mente, esa vida misma es preciosa —dijo lentamente—. Inimaginablemente preciosa. Recién acabamos de empezar nuestra búsqueda. Pero ya sabemos que no existe una biosfera de importancia dentro de un radio de mil años luz, ni tan profunda en lo pasado que la podamos ver. Oh sí, quizás hay microorganismos que se aferran a la vida en algún estanque tibio y lleno de légamo o en lo profundo de las grietas de alguna fisura volcánica de alguna parte. *Pero no hay otra Tierra.*

"Mary, la cámara Gusano llevó mi percepción fuera de mis propias preocupaciones, y lo hizo de manera inexorable, paso a paso. He visto la maldad y la bondad en el corazón de mi prójimo, las mentiras de mi propio pasado, el horror banal de la historia de mi pueblo.

"Pero ahora hemos llegado más allá de eso, más allá del clamor de nuestros breves siglos humanos, de la ruidosa isla a la que nos aferramos. Ahora vi la vacuidad del universo más amplio, la estúpida

agitación de lo pasado. Ya hemos terminado con eso de culparnos a nosotros mismos por la historia de nuestra familia y estamos empezando a ver la verdad mayor: que estamos rodeados por un abismo, por grandes silencios, por el ciego resultado de inmensas fuerzas sin inteligencia. La cámara Gusano es, finalmente, una máquina de perspectiva… y estamos consternados por esa perspectiva.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

La miró de frente.

—Si te lo digo a ti, es decírselo a todos ustedes, quiero que sepan qué gran responsabilidad pueden tener entre manos.

"Hubo un jesuita llamado Teilhard de Chardin. Creía que así como la vida había cubierto la Tierra para formar la biosfera, del mismo modo la especie humana —vida pensante, al fin y al cabo— habría de abarcar la vida para formar un estrato superior, un estrato cogitativo al que llamó noosfera. Afirmaba que la organización tosca de la noosfera iba a crecer, hasta conglutinarse en un solo ser supersapiente al que denominó Punto Omega.

—Sí —dijo Mary y cerró los ojos—. El fin del mundo: la introversión interna sobre sí misma de la noosfera en masa, que de manera simultánea alcanzó el límite máximo de su complejidad y su ubicación central…

—¿Leíste a de Chardin?

—Lo *leímos.*

—Es el Ajenjo, como ves —dijo David con voz ronca—. Ese es mi problema.

"No puedo obtener consuelo de los nuevos pensadores nihilistas. La idea de que a este diminuto trocito de vida y mente lo deba aplastar, en este momento de comprensión trascendente, un pedazo de roca al azar es simplemente inaceptable.

Mary le tocó la cara con sus pequeñas manos jóvenes.

—Entiendo. Confía en mí. Estamos trabajando en ello.

Y, al mirar en los jóvenes-viejos ojos de ella, le creyó.

La luz estaba cambiando ahora de manera sutil, volviéndose significativamente más oscura.

La estrella acompañante blanco-azulada estaba pasando por detrás del volumen más denso de la estrella madre. David pudo ver que la luz de la compañera fluía a través de las capas complejas de gas que había en la periferia de la gigante y, cuando la compañera tocaba el perfil borroneado de la gigante, se veían sombras de nudos más espesos de gas que las capas exteriores proyectaban sobre la atmósfera. En forma más difusa, líneas inmensas, de millones de kilómetros de largo y completamente rectas, fluían hacia el observador. Era una puesta de sol sobre una estrella, se dio cuenta David con asombro, un ejercicio en geometría y perspectiva

celestiales.

Y, aun así, el espectáculo no le hacía recordar a otra cosa que las puestas del Sol sobre el océano, que siendo un chico disfrutaba, mientras jugaba con su madre en las extensas playas atlánticas de Francia. Eran instantes en que las varas de luz que arrojaban las espesas nubes oceánicas lo habían hecho preguntarse si no estaba viendo la luz de Dios Mismo.

¿Verdaderamente eran los Unificados el embrión de un nuevo orden de la humanidad… de la mente? ¿Estaba él, David, haciendo una especie de primer contacto acá, con un ser cuyo intelecto y comprensión podrían sobrepasar los de él mismo, tal como él podría haber sobrepasado a su bisabuela Neanderthal?

Pero quizás era necesario que creciera una nueva forma de mente, que crecieran nuevos poderes mentales, para aprehender la perspectiva más amplia que ofrecía la cámara Gusano.

Pensó: Se te teme y se te desprecia, y ahora eres débil. *Yo* te temo; *yo* te desprecio.

Pero así también se lo temió y despreció a Cristo. Y lo futuro le perteneció a Él… como quizá te pertenece a ti.

Y, así, puedes ser la única depositaria de mis esperanzas, tal como he tratado de expresártelo.

Pero cualquiera que fuere el futuro, no puedo dejar de extrañar a la muchacha peleadora que solía vivir detrás de esos antiguos ojos azules.

Y me perturba que ni siquiera una vez hubieras mencionado a tu madre, que se pasa el tiempo soñando, en habitaciones a oscuras, con lo que queda de su vida. ¿Es que nosotros, los que te precedimos, significamos tan poco para ti?

Mary se acercó más a él, le rodeó la cintura con los brazos y lo apretó con fuerza. A pesar de los pensamientos angustiantes de él, la sencilla calidez humana de Mary era un gran consuelo.

—Vamos a casa —dijo ella—, creo que tu hermano te necesita.

Kate sabía lo que tenía que decirle: —Bobby…

—¡Cállese, Manzoni! —gruñó Hiram. Ahora estaba incontenible y lanzaba los brazos hacia el aire, al tiempo que recorría la habitación a zancadas. —¿Qué hay respecto de mí? *Sos mi creación*, mierdita. Yo te creé para así no tener que morir, sabiendo…

—Sabiendo que usted iba a perderlo todo —completó Kate.

—Manzoni…

Wilson se adelantó un paso, parándose entre Hiram y Bobby, mirándolos a todos.

Kate no le prestó atención.

—Usted quiere una dinastía. Usted quiere que su progenie gobierne este planeta de mierda. No funcionó con David, así que lo

intentó otra vez, sin tener el inconveniente, siquiera, de compartirlo con una madre. Sí, usted lo *creó* y usted trató de controlarlo, pero ni aun así él quiere intervenir en los juegos de usted.

Hiram la miró decididamente, mientras los puños se le crispaban.

—Lo que él quiere no tiene importancia alguna. Nadie va a interferir conmigo.

—No —dijo Kate, asombrada—. No, no lo va a permitir, ¿no es así? ¡Dios mío, Hiram!

Bobby dijo con urgencia:

—Kate, creo que es mejor que me digas de qué estás hablando.

—Oh, no digo que éste fuera el plan de Hiram desde el principio. Pero sí lo fue siempre de reserva, en caso de que tú no… cooperaras. Y, claro está, tuvo que esperar hasta que la tecnología hubiera estado lista. Pero ahora ya lo está, ¿no, Hiram?…

Y otra pieza del rompecabezas cayó en el lugar correspondiente.

—¡*Usted está suministrando los fondos para los Unificados!*, ¿no es así? En forma disimulada, por supuesto. Pero son los recursos de usted los que están detrás de la tecnología del enlace intercerebros. Usted tenía su propio propósito para ello.

En los ojos de Bobby, con ojeras negras y marcados por el dolor, Kate pudo ver que por fin entendía lo que ocurría.

—Bobby, tú eres su clon. Tu cuerpo y estructuras nerviosas están tan próximos a los de Hiram como es humanamente posible fabricar. Hiram quiere que Nuestro Mundo siga viviendo después de la muerte de él. No quiere ver que se disperse… o, peor, que caiga en las manos de alguien de afuera de la familia. Tú eres su única esperanza. Pero si no cooperas…

Bobby se volvió hacia su clon-padre.

—Si no voy a ser tu heredero, entonces me matarás. Tomarás mi cuerpo y cargarás tu propia mente asquerosa dentro de mí.

—Pero no va a ser así —dijo Hiram con rapidez—. ¿No te das cuenta? Estaremos juntos, Bobby. Habré vencido a la muerte, por Dios. Y cuando te vuelvas viejo, lo podremos hacer de nuevo. Y de nuevo, y de nuevo.

Bobby se quitó bruscamente el brazo de Kate y avanzó a zancadas hacia Hiram.

Wilson se interpuso entre Hiram y Bobby, empujándolo a Hiram hacia atrás de ella, y levantó su pistola.

Kate trató de avanzar para interponerse, pero se sentía como si hubiera estado envuelta en melaza.

Wilson estaba dudando. Parecía estar por tomar una decisión propia. La boca del arma fluctuó entre blancos.

Entonces, en un solo movimiento rápido como un relámpago, se dio vuelta y le dio a Hiram una bofetada sobre la oreja, que fue lo

suficientemente fuerte como para dejarlo tendido en el piso, y lo agarró a Bobby. Éste trató de asestarle un golpe, pero la mujer lo tomó por el brazo herido y le apretó el hombro herido con un dedo lleno de decisión, Bobby lanzó un grito, los ojos se le pusieron en blanco y cayó de rodillas.

Kate se sentía abrumada, desconcertada. ¿Y ahora, qué? ¿Cuánto más se iba a complicar todo esto? ¿Quién era esta Wilson? ¿Qué *quería?*

Con movimientos llenos de energía, Wilson los tendió a Bobby y su clon-padre uno al lado del otro y empezó a mover conmutadores en la consola del equipo que estaba en el centro de la habitación. Hubo un zumbido de ventiladores y un crepitar de ozono; Kate sentía que poderosas fuerzas se estaban acumulando en la habitación.

Hiram trató de sentarse, pero Wilson lo volvió a dejar tendido de espaldas aplicándole una patada en el pecho.

Hiram le gritó con voz ronca:

—¿Qué demonios está haciendo?

—Dando inicio a un agujero de gusano —murmuró Wilson, concentrada—. Un puente hacia el centro de la Tierra.

Kate le dijo:

—Pero no puede. Los agujeros de gusano todavía son inestables.

—Ya lo sé —contestó Wilson secamente—. Ese es el objetivo. ¿Todavía no lo entiende?

—¡Santo Dios —dijo Hiram—, usted pretendía hacer esto todo el tiempo!

—Para matarlo a usted. Tiene toda la razón. Esperé esta oportunidad… y la aproveché.

—¿¡Por *qué*, en nombre del Cielo!?

—Por Barbara Wilson. Mi hija.

—¿Por quién?…

—Usted la destruyó. Usted y su cámara Gusano. Sin usted…

Hiram lanzó una carcajada, un sonido feo, forzado.

—No me lo diga. No importa. Todo el mundo tiene algo de qué quejarse. Siempre supe que uno de ustedes, imbéciles amargados, al final iban a lograr infiltrarse. Pero yo confiaba en usted, Wilson.

—De no haber sido por usted yo habría sido feliz. —La voz de la mujer sonaba diáfana y serena.

—¿De qué está hablando?… ¿Pero a quién mierda le importa? Mire… ya me tiene —dijo Hiram con desesperación—. Deje ir a Bobby. Y a la muchacha. Ellos no importan.

—¡Pero sí importan! —Wilson parecía estar a punto de llorar. —¿No se da cuenta? *Él* es lo que importa.

El zumbido del equipo fue en crescendo y sobre las salidas del monitor de la pantalla flexible que había en la pared, dígitos

empezaron a correr de arriba hacia abajo.

—Sólo faltan unos segundos —dijo Wilson—. No es esperar mucho, ¿no? Y después todo habrá terminado.

Se volvió hacia Bobby.

—No debe temer.

Bobby, apenas consciente, se esforzó por hablar:

—¿Qué?

—No va a sentir cosa alguna.

—¿Y eso qué le importa a usted?

—Pero es que sí me importa. —Le acarició la mejilla. —Pasé tanto tiempo observándote. Sabía que eras clonado. No importa. Te vi dar tus primeros pasos. Te amo.

Hiram gruñó:

—Una remaldita merodeadora por la cámara Gusano, eso es todo lo que es usted. ¡Qué…*poca cosa*? Me han perseguido sacerdotes, proxenetas, políticos, criminales, nacionalistas, los cuerdos y los dementes. Todos los que tenían alguna queja contra el inventor de la cámara Gusano. Los esquivé a todos ellos. Y ahora llegamos a *esto*. —Empezó a forcejear. —No. No de este modo. No de este modo…

Y con un solo desplazamiento como el de una víbora, se lanzó hacia la pierna de Wilson y hundió los dientes en los tendones *de* los músculos.

La mujer lanzó un grito y trastabilló hacia atrás. Hiram se mantenía agarrado con los dientes, como un perro, mientras la sangre de su presa le chorreaba por la boca. Soltó la pierna de Wilson y aulló hacia Kate:

—¡Sáquelo de acá! ¡Sáquelo…! —Pero en ese momento la mujer le disparó el puño contra la ensangrentada garganta y Kate oyó el crujido de cartílago y hueso; la voz de Hiram se transformó en un gorgoteo.

Kate agarró a Bobby por el brazo sano y lo arrastró a viva fuerza, para hacerlo pasar por el umbral de la casamata. El joven gritó cuando su cabeza resonó al golpearse con el quicio de metal grueso de la puerta, pero Kate no le prestó atención.

No bien los colgantes pies de Bobby hubieron traspuesto la puerta, Kate la cerró de un golpe, enmascarando el ruido cada vez más intenso del agujero de gusano, y empezó a afianzarla con las grapas de sujeción.

Los esbirros de seguridad de Hiram se estaban acercando, confundidos. Kate, mientras hacía girar la rueda, les gritó:

—¡Ayúdenlo y largúense de acá!…

Pero, en ese momento, la pared se hinchó contra Kate, que fugazmente vio luz tan brillante como la del Sol. Ensordecida, cegada, le pareció que estaba cayendo.

Cayendo hacia la oscuridad.

28. LAS EDADES DE SÍSIFO

Como dos *stapledons*, puntos de vista incorpóreos de cámara Gusano, Bobby y David se remontaron sobre el sur de África.

Era el año 2082. Cuatro décadas habían transcurrido desde la muerte de Hiram Patterson. Y Kate, la esposa de Bobby durante treinta y cinco años, estaba muerta.

A un año de convivir con esa brutal verdad, la idea de su ausencia nunca se apartaba de sus pensamientos, sin importar siquiera cuan magnífico fuese el panorama que la cámara Gusano le trajera. Pero *él* aún estaba vivo y tenía que seguir viviendo; se forzó a mirar hacia afuera, para estudiar África.

En el presente las-llanuras del más antiguo de los continentes estaban cubiertas con una cuadrícula rectangular de campos de labranza. En todas direcciones se estrechaban edificios con pulcras chozas de plástico, las máquinas trabajaban esforzadamente; las cultivadoras autónomas se parecían a escarabajos crecidos en exceso con caparazones de células solares centelleando a la luz del día. La gente se movía despacio a través de los campos; toda ella usaba ropa blanca suelta, sombreros de ala ancha y capas recargadas de filtro solar.

En el corral de una de las granjas, que estaba cuidadosamente barrido, jugaba un grupo de niños. Se los veía limpios, bien vestidos y bien alimentados; corrían a los gritos y se asemejaban a blancos porotos sobre la mesa, en ese paisaje. Bobby había visto pocos niños hoy, y este excepcional puñado le parecía de un preciosismo único.

Al observarlos más de cerca, vio cómo los desplazamientos de esos niños eran complejos y rígidamente coordinados, como si pudieran saber sin demora ni ambigüedad qué pensaban los otros. Tal vez, sí lo sabían. Así se le había dicho a Bobby: había niños que nacían con agujeros de gusano en la cabeza, enlazados dentro de las mentes del grupo de los Unificados, que cada vez se expandía más, aún antes de salir del útero.

Eso hizo que Bobby se estremeciese. Sabía que su cuerpo estaba respondiendo al fantasmagórico pensamiento, abandonado en la instalación a la que todavía se llamaba Fábrica de Gusanos, aunque a cuarenta años después de la muerte de Hiram, el actual propietario de la instalación fuese un fideicomiso que representaba a un consorcio de museos y universidades.

Mucho tiempo había transcurrido desde aquel día decisivo, el día de la muerte de Hiram en la Fábrica de Gusanos y, sin embargo, el recuerdo se conservaba intenso en la mente de Bobby, como si su propia memoria hubiese sido una cámara Gusano, como si su mente

hubiera estado fijada en lo pasado. Y ahora, éste era un pasado que contenía todo lo que quedaba de Kate, muerta un año atrás de cáncer, todos y cada uno de sus actos engarzados en la historia inalterable, como todos los miles de millones de almas sin nombre que la habían precedido en la tumba.

Pobre Hiram, pensó. Todo lo que quiso siempre fue ganar mucho dinero. Ahora, con Hiram muerto hacía mucho tiempo, la compañía había desaparecido y la fortuna estaba embargada. Y, sin embargo, por accidente, ese hombre había modificado el mundo…

David, una presencia invisible aquí con él, había permanecido en silencio durante largo rato. Bobby introdujo subrutinas de empatia para atisbar el punto de vista de David.

Los campos refulgentes se evaporaron, y fueron reemplazados por un paisaje desolado, árido, en el que unos pocos árboles achaparrados pugnaban por sobrevivir.

Bajo la intensa luz del Sol, que caía a plomo, una fila de mujeres avanzaba lentamente a través de esa tierra. Cada una de ellas portaba un inmenso recipiente de plástico sobre la cabeza, repleto de agua salobre. Se veían mustias, vestidas con harapos y con la espalda rígida.

Una de las mujeres llevaba a un niño tomado de la mano. Parecía evidente que el desdichado niño, desnudo, delgado como un saco de huesitos y con la piel transparente como papel, se hallaba en un avanzado estado de desnutrición y, quizás, enfermo de sida, o como solían denominarla, recordó Bobby con lúgubre humor, la enfermedad de los flacos.

—¿Por qué mirar el pasado, David? Las cosas son mejores ahora —reflexionó Bobby —Pero éste fue el mundo que *nosotros* hicimos — respondió su compañero con amargura. Su voz sonaba como si estuviera junto a Bobby, en una habitación cálida y confortable; y no flotando en ese vacío indiferente. —Con razón los niños piensan que nosotros, los viejos, somos un montón de salvajes. Fue un África de sida y desnutrición, sequías y malaria, infecciones con estafilococos y fiebre del dengue, y de interminables guerras inútiles; un África bañada en el salvajismo. Pero —dijo— era un África con elefantes.

—Todavía hay elefantes —dijo Bobby. Y era cierto: un puñado de animales en los zoológicos, sus simientes y óvulos llevados y traídos por avión en un intento por conservar poblaciones viables. Hasta había cigotas de elefantes y de muchas especies en peligro e incluso desaparecidas, congeladas en sus tanques de nitrógeno líquido en las sombras petrificadas de un cráter del polo sur lunar, quizás el último refugio de vida en la Tierra, si es que se comprobaba que, después de todo, era imposible desviar el Ajenjo.

Y seguía habiendo elefantes… pero ninguno en África, no quedaba rastro de ellos, con excepción de los huesos desenterrados

ocasionalmente por los granjeros robot; huesos a veces, con las marcas de mordeduras dejadas por seres humanos desesperados. A lo largo de toda su vida, Bobby había presenciado la extinción del elefante, del león, del oso; e incluso de los parientes más cercanos del hombre, chimpancés, gorilas y el resto de los primates superiores. Ahora, fuera de los hogares, de los zoológicos, de las colecciones y de los laboratorios, en el planeta ya no había mamíferos grandes, a excepción del ser humano.

Pero estos sucesos no tenían retorno.

Con gran esfuerzo de voluntad, Bobby adoptó el punto de vista de su hermano y ascendió en forma vertical.

Mientras subían por el espacio y el tiempo, los campos refulgentes habían cobrado existencia de nuevo. Los niños menguaron de tamaño hasta llegar a la invisibilidad y la tierra cultivada se minimizó en una cuadrícula de colores oscurecida lentamente por la niebla y las nubes.

Y entonces, cuando la Tierra retrocedió, el conocido contorno de África, tan familiar por los libros de texto, surgió ante los ojos de Bobby.

Hacia el oeste, sobre el Atlántico, una sólida masa de nubes se extendía sobre la piel curva del océano, acanalado por ordenadas hileras de espuma blanco grisáceo. Cuando la rotación del planeta transportó a África hacia las sombras de la noche, Bobby pudo ver cerradas nubes ecuatoriales que se extendían durante centenares de kilómetros en dirección a tierra firme, como dedos púrpura que sondearan la oscuridad.

Desde esta posición privilegiada Bobby pudo comprender el resultado del trabajo humano.

Bien adentro del océano había una depresión, un gran remolino humeante de nubes blancas sobre el océano azul. Pero éste no era un sistema natural: tenía una regularidad y una estabilidad que desconocía la escala. Las nuevas funciones de manejo de las condiciones meteorológicas lentamente iban reduciendo la intensidad de los sistemas de tormenta que todavía rugían por el planeta, en especial alrededor de la castigada Dorsal del Pacífico.

Hacia el sur del antiguo continente, Bobby podía ver con claridad los grandes barcos cortina abriéndose paso en la atmósfera. Las láminas conductoras que transportaban brillaban tenuemente como alas de libélula, mientras purificaban la atmósfera y le devolvían su ozono agotado en tiempos remotos. Y frente a la costa occidental, masas pálidas seguían el contorno del litoral durante centenares de kilómetros, arrecifes que eran generados con rapidez en una nueva formación de corales modificados por ingeniería genética. Se trabajaba arduamente para fijar el exceso de carbono y brindar un nuevo santuario para las comunidades de plantas y animales en

peligro de extinción que otrora habitaron los arrecifes naturales del mundo y fueron destruidos luego por la contaminación, la depredación pesquera y las tormentas.

Por todas partes la gente estaba trabajando, reparando, edificando.

El suelo también había cambiado. El continente estaba casi libre de nubes, su suelo era marrón grisáceo y el verdor vegetal estaba escondido tras la neblina. La gran masa boreal que había sido el Sahara se hallaba dividida por un fino trazado en azul y blanco. A lo largo de las riberas de los nuevos canales, el verdor brillante comenzaba a expandirse. En todas direcciones podía distinguirse la estructura de tuberías, fulgurante como una joya, de la planta de Energía, la realización del último sueño de Hiram. Su proyecto, la extracción del calor del centro mismo de la Tierra, cuyo resultado era un producto energético gratuito y limpio, que había permitido en gran medida que el planeta se estabilizara y transformara. Era notable ser espectador de tan asombrosa escala y regularidad. David decía que le hacía recordar nada menos que a los antiguos sueños sobre Marte, el moribundo mundo desértico restaurado por la inteligencia.

Según parecía, la especie humana había madurado justo a tiempo para salvarse a sí misma. Pero había sido una adolescencia muy difícil.

Aun cuando la población humana había seguido aumentando en cantidad, los cambios climáticos habían devastado la mayoría de los recursos de agua y alimentos del mundo, esto es, la desertificación de las grandes regiones productoras de granos de Estados Unidos y Asia; la inundación de muchas zonas de producción agrícola de las tierras, debida al ascenso del nivel de los mares; la contaminación de napas acuíferas y la acidificación o el secado de lagos de agua dulce. El problema del exceso de población dejó de ser tal con las sequías, las enfermedades y la hambruna, que provocó la desaparición de comunidades enteras alrededor de todo el mundo. Puede decirse que ésta fue una debacle sólo en términos relativos: la mayor parte de la población de la Tierra había sobrevivido. Pero, como siempre, el precio fue pagado por los más vulnerables, siendo los más afectados, niños y ancianos.

De la noche a la mañana, el mundo había quedado poblado por gente de mediana edad.

Nuevas generaciones surgieron en un mundo que, todavía se hallaba recuperándose, gracias a sobrevivientes de distintas edades. Los jóvenes —dispersos, apreciados, enlazados por cámaras Gusano— miraban a sus mayores cada vez con más intolerancia, indiferencia y desconfianza.

En las escuelas, los niños de la cámara Gusano hacían estudios académicos de la era en que sus padres y abuelos habían crecido: una

época incomprensible, llena de tabúes, previa al advenimiento de la cámara Gusano, sólo unas décadas atrás en el pasado, en las que prosperaban mentirosos y estafadores y el delito estaba fuera de control, se mataban unos a otros a causa de engaños e ignorancia; al mundo se lo había convertido en una montaña de basura, debido al descuido sistemático, la codicia, el olvido del otro y la falta de previsión por el futuro. Por ello es que para los jóvenes, los viejos eran un montón de salvajes imcomprensibles con un lenguaje propio y casi el mismo recato que una tribu de chimpancés…

Pero el conflicto generacional no era toda la cuestión. A Bobby le parecía que se estaba abriendo una fisura más importante.

Las mentes en masa todavía estaban, según él suponía, en su infancia, y eran superados en número por las generaciones más antiguas de los No-Unificados. Pero ya sus percepciones habían llegado al mundo humano y estaban teniendo un efecto espectacular.

Las nuevas supermentes comenzaban a encontrarse ante el más grande de los desafíos, desafíos que exigían, al mismo tiempo, lo mejor del intelecto y la supresión de los peores sentimientos de disensión y egoísmo humanos. La modificación y el control del clima, por ejemplo, se produjeron como consecuencia de la naturaleza intrínsecamente caótica de los sistemas meteorológicos globales, problema que otrora había parecido ser inmanejable. Pero era un problema que ahora comenzaba a resolverse.

La nueva generación de Unificados adultos ya estaba gestando el futuro. En él, seguramente, la democracia, según temían muchos, no sería relevante; e incluso el consuelo de la religión perdería importancia ante el convencimiento de los Unificados, y no sin cierta justificación, de poder desterrar la muerte.

Quizá no habría futuro para los seres humanos siquiera.

Era maravilloso, inspiraba miedo, daba terror. Bobby sabía que era un privilegio estar vivo en un momento así, pues no tenía duda alguna de que semejante explosión de la mente no se repetiría.

Lo cierto es que tanto él como David y el resto de su generación —los últimos de los No Unificados— se sentían cada vez más aislados en el planeta que los había visto nacer.

Sabía que ese brillante futuro no era para él, y a un año después de la muerte de Kate, del golpe asestado por esa enfermedad que súbitamente la arrebató de su lado, ya el presente no tenía el menor interés. Lo que quedaba para él, así como para David, era lo pasado.

Y lo pasado era aquello que ambos habían decidido explorar, tan lejos y tan rápido como pudieran; dos viejos tontos que, de todos modos, no tenían la menor importancia para nadie.

Sintió una presión —difusa, casi intangible y, sin embargo, demandante—. Era como si le hubieran estado apretando la mano.

—¿David?

—¿Estás listo?

Bobby dejó que un rincón de su mente se demorara por segundos en su distante cuerpo, miembros fantasma se formaron en torno a él, hizo una profunda inspiración, apretó las manos hasta volverlas puño, se volvió a relajar.

—Hagámoslo.

En ese momento, la visión de Bobby empezó a caer del cielo africano directamente hacia la costa austral. Y mientras él mismo caía, el día y la noche empezaron a aletear de un extremo al otro de la enferma faz del continente, los siglos cayendo como las hojas de un árbol en otoño.

Cuando hubieron llegado cien mil años atrás, se detuvieron. Como dos libélulas, Bobby y David revolotearon ante una cara de poderosos arcos superciliares, nariz aplanada, ojos de mirada nítida, sexo femenino.

No era del todo humana.

Detrás de ella, un pequeño grupo de familia, adultos de poderosa contextura y niños como crías de gorilas, estaban trabajando ante una fogata que habían logrado encender en esta antigua playa. Más allá de ellos se veía un risco bajo y el cielo que en lo alto era de un azul intenso, brillante; quizás éste era un día de invierno.

Los hermanos se sumergieron aún más en el tiempo.

Los detalles, el grupo de familia, el cielo verdeazulado, dejaron de existir en un abrir y cerrar de ojos. La abuela Neanderthal misma se hizo borrosa, perdiendo la expresión de la cara, cuando una generación se depositó sobre la anterior en forma demasiado rápida como para que el ojo pudiera seguirla. El paisaje se convirtió en un contorno grisáceo, siglos de clima y desarrollo estacional pasando en cada segundo.

La cara de muchos antepasados fluía y cambiaba. Medio millón de años más atrás, la frente se volvió más baja, las órbitas oculares se hicieron más sobresalientes, retrocedió la barbilla y se volvieron más pronunciados los dientes y las mandíbulas. Quizás esta cara se parecía más a la de un simio actual, pensó Bobby, pero sus ojos seguían teniendo una mirada curiosa, inteligente.

El tono de la piel cambiaba su pigmentación alternando de oscura a clara, y otra vez a oscura.

—*Homo erectus* —dijo David—, fabricantes de herramientas. Migraron por todo el planeta. Todavía estamos cayendo. ¡Cien mil años en pocos segundos, Dios! ¡Pero tan pocos cambios!

La siguiente transición vino de repente: los arcos superciliares se hundieron más, la cara se volvió más larga aunque el cerebro de esta distante abuela, mucho más pequeño que el de un ser humano

moderno, era, de todos modos, mucho más grande que el de un chimpancé.

—*Homo Habilis* —dijo David—. O, quizás, éste es *Australopithecus.* Las líneas evolutivas están enredadas. Ya estamos dos millones de años atrás en el tiempo.

Los rótulos antropológicos importaban muy poco. Resultaba profundamente perturbador contemplar, según encontraba Bobby, esta cara multigeneracional que pasaba frente a su vista como un parpadeo, la cara de un ser parecido a un chimpancé a la que podría no haber mirado ni siquiera en el zoológico… y saber que *éste era su antepasado*, la madre de sus abuelas en una línea ininterrumpida de descendencia. A lo mejor era así cómo se sentían los Victorianos cuando Darwin regresó de las Galápagos, pensó Bobby.

Ahora se estaban perdiendo los últimos vestigios de humanidad; la caja craneana se contraía aún más; esos ojos adquirían una mirada nebulosa, de perplejidad.

El fondo, borroso por el pasaje de los años, se volvió más verde. Quizás, en tal profundidad en el tiempo, había bosques cubriendo África. Y la antepasada seguía reduciéndose: su cara, fija en el resplandor del punto de vista de la cámara Gusano, se estaba volviendo más elemental; esos ojos, más grandes, más tímidos. Ahora a Bobby le hacía recordar más a un társido, o a un lémur.

Pero, aun así, esos ojos que miraban hacia adelante, dispuestos sobre una cara chata, todavía contenían una mirada vivaz, o una promesa de ella.

En forma impulsiva, David disminuyó la velocidad de descenso que llevaban y hizo que se detuvieran fugazmente en unos cuarenta millones de años en lo pasado.

La cara como de musaraña de la antepasada escudriñaba a Bobby con ojos muy abiertos y nerviosos. Detrás de ella había un fondo de hojas, ramas. En una llanura que había más allá, a la que se vislumbraba indistinta a través de luz verde, había una manada de lo que parecían ser rinocerontes, pero con enormes cabezas que parecían haber sufrido un terrible accidente, cada una de las cuales venía equipada con seis cuernos. La manada se movía con lentitud, pesadez, latigueando suavemente con la cola, ramoneando arbustos bajos y extendiéndose para alcanzar las ramas que colgaban de los árboles. Herbívoros, pues. A un joven ejemplar rezagado lo acechaba un grupo de lo que parecían ser caballos… pero estos *caballos*, con dientes sobresalientes y movimientos tensos y vigilantes, parecían ser depredadores.

David dijo:

—El primer gran apogeo de los mamíferos. Bosques por todo el planeta, las tierras de pastoreo habían desaparecido por completo. Y

también lo ha hecho la fauna moderna: no hay caballos, ni rinocerontes, ni cerdos, ni ganado vacuno, ni gatos, ni perros, que se encuentren completamente evolucionados…

Cada pocos segundos, la cabeza de la abuela se movía hacia un lado y hacia otro con nerviosidad, incluso mientras masticaba frutos y hojas. Bobby se preguntaba qué depredadores podrían descolgarse amenazadores desde este extraño cielo, para tomar como blanco a un primate desprevenido.

Con el consentimiento sin palabras de Bobby, David soltó el instante y cayeron una vez más por el tiempo. El fondo se borroneó para convertirse en una acuarela azul verde, y la cara de la antepasada se deslizó, haciéndose más pequeña, con los ojos más abiertos y habitualmente negros: quizá se había vuelto nocturna.

Bobby vio de modo fugaz la vegetación, espesa y verde, en gran parte, para nada familiar. Y, no obstante, la tierra tenía apariencia de estar extrañamente vacía: no había herbívoros gigantes, ni carnívoros que los persiguieran cruzando el vacío escenario que estaba más allá de la cara de mejillas estrechas, ensombrecida, con ojos enormes, de la antepasada. El mundo era como una ciudad abandonada por los seres humanos, pensó Bobby, con los seres diminutos, las ratas y los ratones y los ratones de campo, excavando sus madrigueras entre las enormes ruinas.

Pero ahora los bosques empezaban a retroceder otra vez, disolviéndose como bruma de verano. Pronto la tierra se volvió esquelética: una planicie señalada por tocones rotos de árboles que alguna vez debieron de haber sido muy altos.

De repente se acumuló hielo, que se extendió por el suelo en forma de gruesas lenguas. Bobby podía sentir la vida que se iba estirando fuera de este mundo como una marea lenta.

Y entonces vinieron nubes, que sumergieron el mundo en la oscuridad. La lluvia, entrevista, empezó a saltar del terreno oscurecido. Grandes pilas de huesos se rearmaban desde el barro y la carne se acumulaba sobre ellos formando protuberancias grises.

—Lluvia ácida —murmuró David.

Destelló luz, encandilante, abrumadora.

No era la luz del día, sino un incendio que parecía abarcar todo el paisaje. La violencia del fuego era enorme, alarmante, aterrorizante.

Pero retrocedió.

Bajo un cielo plomizo, los incendios empezaron a aplastarse formando llamaradas aisladas que iban menguando más, cada llama derrotada devolviéndole el verdor a otra rama con hojas. Por fin, el fuego se redujo a bodoques candentes y compactos que saltaban hacia el cielo y las chispas que huían se fusionaban dando una nube de estrellas fugaces bajo un cielo negro.

Ahora, las nubes negras espesas se retiraban como una cortina. Sopló un poderoso viento que devolvió las ramas arruinadas a los árboles, llevando con suavidad a bandadas de seres voladores a las ramas. En el horizonte se estaba acumulando un abanico de luz, que se volvía rosado y blanco, para al final convertirse en una línea de energía cuya irradiación apuntaba directamente hacia el cielo.

Era una columna de roca fundida.

La columna se derramó dando un fulgor anaranjado y, como si fuera un segundo amanecer, una masa incandescente, difusa, se alzó por sobre el horizonte. Una cola larga, también incandescente, se extendió por medio cielo describiendo una gran curva flamígera. Enmascarado por la luz del día, brillante en la noche, el cometa retrocedía día tras día, llevando su carga de destrucción de vuelta a las profundidades del Sistema Solar.

Los dos hermanos se detuvieron en un mundo súbitamente renovado, un mundo de riqueza y de paz.

La antecesora, con sus ojos muy abiertos, caminaba por esa tierra como una criatura asustada o quizás incautamente atrapada allí.

A unos pasos de ella, Bobby vislumbró lo que parecía ser la costa de un mar interior. Selvas lujuriantes llegaban hasta las pantanosas tierras bajas que bordeaban la costa y un río ancho descendía desde lejanas montañas azules. Cocodrilos de anchos lomos con crestas cortaron las aguas barrosas y lentas del río. En esta tierra abundaba la vida, y sin ser demasiado familiar en los detalles no difería mucho de aquella tierra propia de la juventud de Bobby.

Pero el cielo no era de un verdadero azul, más bien era de un sutil violeta, pensó; hasta las formas de las nubes que se diseminaban en lo alto, parecían extrañas. Quizás el aire mismo era diferente aquí, tan en lo profundo del tiempo.

Una manada de criaturas cornadas se desplazaba a lo largo de la pantanosa costa. Tenían aspecto parecido al de los rinocerontes, pero sus desplazamientos eran extraños, casi parecidos a los de un pájaro, caminaban con lentitud, mascaban las ramas del follaje, hacían sus nidos, luchaban, se limpiaban. Se veía también una manada de lo que, a primera vista, parecían ser avestruces, que caminaban erguidos, subiendo y bajando la cabeza al compás del desplazamiento, con movimientos nerviosos y mirando suspicaces.

En los árboles, Bobby entrevió una sombra enorme que se desplazaba con lentitud, como si hubiera estado siguiendo el rastro de los gigantescos comedores de plantas. Quizá se trataba de un carnívoro… incluso, pensó con un estremecimiento de emoción, un raptor.

Alrededor de las manadas de dinosaurios revoloteaban nubes de insectos.

—Somos privilegiados —comentó David—, tenemos una visión relativamente buena de la vida silvestre. La era de los dinosaurios resultó ser inmensa, desconcertante, carente de vitalidad y, en su mayor parte, vacía. Se extiende, después de todo, más de centenares de millones de años.

—Pero —repuso Bobby secamente— fue algo así como desconcertante descubrir que el *Tiranosaurio Rex* era, después de todo, un animal que se alimentaba de carroña. Toda esta belleza, David, y ninguna mente para apreciarla. ¿Estuvo esperando todo el tiempo por nosotros?

—Sí, claro, la belleza que no se ve: "¿Es que a las hermosas conchas espiraladas y en forma de cono de la época del eoceno y a los amonitas esculpidos y llenos de gracia del período secundario se los creó para que, millones de años después, el hombre pudiera admirarlos en su gabinete de investigación?". Darwin, *El origen de las especies.*

—Supongo que no. Éste es un lugar antiguo, Bobby. Lo puedes ver, una comunidad remota que evolucionó unida en el transcurso de millones de años. Y, sin embargo,…

—Y, sin embargo, todo eso iba a desaparecer cuando el Ajenjo del cretácico produjo su daño.

—La Tierra no es más que un inmenso cementerio, Bobby y, a medida que nos sumergimos cada vez más en el pasado, todos esos huesos se alzan otra vez para confrontarnos…

—No del todo, tenemos los pájaros.

—Los pájaros, sí. Un final bastante hermoso para este argumento secundario en particular de la evolución, ¿no crees? Esperemos que *nosotros* tengamos tan buen final. Prosigamos.

—Sí.

Así que se zambulleron una vez más, cayendo con seguridad a través del verano mesozoico de los dinosaurios, doscientos millones de años hacia atrás en el tiempo.

Antiguas selvas pasaron velozmente como una acuarela verde sin significado ante la mirada de Bobby, sirviendo de marco a los ojos tímidos y sin inteligencia de millones de generaciones de ancestros que se reproducían, se esperanzaban, morían.

El verdor se convirtió bruscamente en un claro, revelando una llanura plana polvorienta y un cielo vacío.

La tierra despojada era un desierto, endurecido y chato por el calor abrasador de un sol alto y feroz; las arenas tenían color uniformemente rojizo. Hasta las colinas se habían desplazado y fluido, tan profundo era el tiempo al que habían llegado.

La antepasada que se hallaba aquí era un pequeño ser, parecido a un reptil, que mordisqueaba concienzudamente lo que parecía ser los

restos de una cría de rata. Estaba en el borde de un bosque de baja altura formado por helechos y coníferas achaparrados, que lindaba con un río que formaba meandros.

Algo así como una iguana correteaba por las cercanías, en cuya boca centelleaban filas de dientes agudos. Quizás era la madre de todos los dinosaurios, reflexionó Bobby. Y más allá de los árboles, Bobby divisó lo que parecían ser jabalíes de verruga, que gozaban en el barro próximo al agua de moroso desplazamiento.

David gruñó:

—*Lycosaurus* —dijo—, las criaturas más afortunadas que hayan vivido jamás. El único animal grande que sobrevivió al evento de la extinción…

Bobby estaba confundido.

—¿Te refieres al cometa que aniquiló los dinosaurios?

—No —dijo David con tono lúgubre—. Me refiero a otro, por el que pronto tendremos que pasar, doscientos cincuenta millones de años en el pasado. El peor de todos…

Así que fue por eso que el grandioso panorama de la jungla lujuriante de los dinosaurios había desaparecido. Una vez más, la Tierra se estaba vaciando de vida. Bobby experimentó una profunda sensación de pavor.

Descendieron una vez más.

Por fin, los últimos árboles achaparrados se redujeron hasta convertirse en sus semillas enterradas y lo último de verdor —malezas y arbustos que luchaban por sobrevivir—• se marchitó y murió. Una tierra calcinada empezaba a reconstituirse a sí misma: un lugar de tocones quemados y ramas caídas y, por aquí y por allá, huesos amontonados. Las rocas, cada vez más expuestas a la marea en retroceso de la vida, se habían vuelto poderosamente rojas.

—Es como Marte.

—Y por el mismo motivo —dijo David con tono lúgubre—. Marte no tiene vida, sus sedimentos se herrumbraron, se quemaron lentamente, sometidos a la erosión y al viento, a un calor y frío devastadores. Y así en la Tierra, donde nos acercamos a ésta, la más grande de las muertes, ocurrió lo mismo: las rocas se fueron erosionando.

“Y a través de todo esto, una cadena de antepasados se aferró a la vida, subsistiendo en hondonadas poco profundas situadas en el borde de mares interiores que casi, pero no del todo, se habían secado hasta convertirse en cuencas de letal polvo marciano.

“La Tierra de estos períodos era muy diferente, —dijo David—. La tendencia tectónica había hecho que todos los continentes se reunieran formando un solo conjunto gigantesco, la masa terrestre más grande de la historia del planeta. A las zonas tropicales las

dominaban desiertos inmensos, en tanto que a las latitudes altas las flagelaba la glaciación. En el interior del continente, el clima oscilaba de manera violenta entre el calor brutal y el congelamiento absoluto.

Este mundo ya frágil debió sufrir un nuevo desastre causado por el excesivo dióxido de carbono, que ahogaba a los animales: el efecto calentamiento de invernadero agravando el clima que era casi letal.

—La que sufrió en particular fue la vida animal viendo reducido su hábitat a los charcos. Pero para el hombre está casi acabada, Bobby; el exceso de dióxido de carbono está regresando hacia el lugar de donde provino: profundas trampas marinas y un gran derrame de basaltos de desbordamiento en Siberia, gases que habían surgido desde el interior de la Tierra para envenenarle la superficie. Y pronto ese monstruoso mundo continental se dividirá.

"Tan sólo recuerda esto: *la vida sobrevivirá.* De hecho, nuestros antepasados lo hicieron. Concéntrate en eso. Si no, no habríamos llegado hasta aquí.

Mientras Bobby estudiaba la vacilante mezcla de rasgos de reptil y de roedor que se centraba en su visión, encontró que esa idea le daba muy poco consuelo.

Se desplazaron más allá del pulso de extinción, hacia el pasado más profundo.

La Tierra que estaba en etapa de recuperación parecía un sitio muy diferente. No había señales de montañas y los antepasados se aferraban a la vida en las márgenes de enormes mares interiores poco profundos, que avanzaban y retrocedían a medida que pasaban los milenios. Y, con lentitud, después de millones de años, cuando los gases asfixiantes retrocedieron al interior del suelo, el verdor volvió al planeta Tierra.

La antepasada se había convertido en una criatura similar a un palmípedo y muy inclinada sobre el suelo, cubierta por una corta pelambre pardo grisácea. A medida que las generaciones se sucedían con celeridad, la mandíbula se alargaba; el cráneo cambiaba de morfología, estirándose hacia atrás y, al final, pareció haber perdido los dientes, para terminar con una boca parecida a un pico. Ahora la pelambre se había reducido por completo y el hocico se había alargado más, y la antepasada se transformó en un ser que, para el ojo sin experiencia de Bobby, resultaba indiferenciable de una lagartija.

Advirtió que se estaban acercando a una profundidad tan grande en el tiempo que las grandes familias de animales terrícolas —las tortugas, los mamíferos y lagartijas, cocodrilos y pájaros— estaban volviendo a fusionarse formando el grupo madre, los reptiles.

Entonces, después de más de trescientos cincuenta millones de años más atrás, la antepasada volvió a cambiar su morfología: la cabeza se redujo, sus miembros fueron más cortos y gruesos; el cuerpo

se hizo más estilizado. Quizás ahora era un anfibio. Finalmente, esos miembros rechonchos se convirtieron en simples aletas lobuladas que se fundían en el cuerpo.

—La vida está en regresión sobre la Tierra —explicó David—. El último de los invertebrados, probablemente un escorpión, está arrastrándose de vuelta hacia el mar. En tierra, las plantas pronto perderán las hojas y ya no van a ser erectas. Y después de eso, la *única* forma de vida que quedará sobre la tierra serán simples formas incrustadas.

De pronto, Bobby estuvo sumergido y su abuela en regresión lo llevó al interior de aguas poco profundas.

El agua estaba poblada de vida, abajo había un arrecife de coral que se extendía en el azul lechoso. A lo largo del banco de piedras había esparcidas lo que parecían ser flores de pecíolo largo, a través de las cuales nadaba una impresionante variedad de seres encerrados en conchas, moviéndose en busca de comida. Bobby reconoció los nautiloides, que se parecían a una amonita gigante.

La antepasada era un pez pequeño, parecido a una hoja de cuchillo y carente de rasgos notables, una más de un cardumen que salía disparado de un lado para otro, con desplazamientos tan complejos y nerviosos como los de cualquier especie moderna.

A lo lejos, un tiburón nadaba sin prisa, su silueta inconfundible aun con todo el tiempo que había transcurrido. El cardumen, asustado por el depredador, huyó a toda velocidad y Bobby sintió un impulso de empatia por sus ancestros.

Los dos hermanos aceleraron una vez más, cuatrocientos millones de años para atrás, cuatrocientos cincuenta.

Hubo una gran actividad de experimentación evolutiva, cuando variedades de armadura ósea pasaron como parpadeo sobre los cuerpos blandos de los ancestros, algunos de los cuales parecieron durar poco más que unas pocas generaciones, como si aquellos peces primitivos hubieran perdido las mañas para desarrollar el plan de un cuerpo adaptativo. Para Bobby resultaba claro que la vida era una acumulación de información y de complejidad, datos almacenados en las estructuras mismas de los seres vivos, que se habían obtenido con gran esfuerzo en el transcurso de millones de generaciones, a costa de dolor y muerte y que, ahora, se estaban esparciendo en forma casi descuidada.

En ese momento, el feo pez primigenio desapareció. David volvió a retrasar el retroceso cronológico.

No había peces en *este* antiguo mar. La antepasada ya era un animal pálido parecido a un gusano, que se agazapaba en un lecho marino de arena ondulada.

David comentó:

—A partir de ahora, las cosas se vuelven más simples: solamente hay pocas algas y por fin, mil millones de años en el pasado, nada más que vida unicelular, que se mantiene así hasta el principio.

—¿Cuánto más atrás?

David le contestó con tranquilidad:

—Bobby, apenas hemos comenzado. Tenemos que viajar *el triple* de profundidad temporal que la que tenemos en este instante.

Se reanudó el descenso.

La antepasada era un gusano burdo cuya forma mutaba y pasaba titilando ante la vista… y ahora, de repente, se marchitaba hasta convertirse en una mera mancha de protoplasma engastada en una maraña de algas.

Y cuando cayeron un poco más, únicamente quedaban las algas. Bruscamente se vieron lanzados hacia la oscuridad.

—Mierda —dijo Bobby—. ¿Qué pasó?

—No lo sé.

David dejó que cayeran aún más profundamente, un millón de años, dos. Sin embargo, la oscuridad universal continuaba.

Por fin, David rompió el vínculo con la antepasada de este período, un microbio o un alga primitiva y llevó el punto de vista fuera del océano, para que flotara mil kilómetros por encima del centro de la Tierra.

El océano era blanco, cubierto por hielo desde los polos hasta el ecuador, con grandes mantos surcados por las cicatrices de pliegues y arrugas de centenares de kilómetros de largo. Más allá del limbo de hielo del planeta, una Luna en cuarto creciente ascendía con su faz de cráteres inmutables como en los tiempos de Bobby, sus rasgos ya inimaginablemente antiguos. Pero la nueva Luna brillaba, bajo la luz reflejada por la Tierra, casi con la misma intensidad que la Luna creciente bajo la luz directa del Sol.

La Tierra había adquirido un brillo que encandilaba, quizá más intenso que el de Venus si pudiese apreciarse igualmente.

—Mira eso —susurró David. En alguna parte próxima al ecuador de la Tierra había una estructura circular de hielo, cuyas paredes se hallaban muy ablandadas y, en su centro, un montículo bajo erosionado.

—Ése es un cráter cuyo impacto es de tiempo remoto. Esa cobertura ha estado ahí desde hace *mucho*.

Reanudaron su descenso. Los detalles del desplazamiento de los mantos de hielo, las grietas, las crestas arrugadas y las líneas de montículos de nieve parecidos a dunas, se volvieron borrosos, hasta convertirse en una suavidad perlada. Pero aún persistía la congelación de todo el globo.

De repente, luego de una caída de otros cincuenta millones de

años más, el hielo se despejó, como escarcha que se evapora de encima de una ventana calentada. Pero, justamente cuando Bobby sentía una oleada de alivio, el hielo volvió a cerrarse otra vez, cubriendo el planeta de polo a polo.

Hubo tres interrupciones más en la glaciación, antes de que por fin se despejara por completo.

El hielo reveló un mundo que era casi parecido al planeta Tierra, tenía océanos azules y continentes, pero los continentes eran absolutamente desérticos, dominados por ásperas montañas con cumbres cubiertas de hielo o por desiertos rojo herrumbre, continentes cuya forma era por completo desconocida para Bobby.

Pudo contemplar los lentos movimientos de los continentes al reunirse, ante la impronta tectónica, originando una sola masa continental gigantesca.

—Ésta es la respuesta —dijo David con tono severo—. El supercontinente, el aglutinarse y separarse alternativamente, es la causa de la glaciación. Esa enorme madre al separarse origina una mayor área litoral, lo que estimula la producción de mucha más vida, vida en este preciso momento restringida a microbios y algas que viven en mares interiores y aguas costeras poco profundas; además esa vida capta el exceso de dióxido de carbono que hay en la atmósfera. El efecto invernadero se desploma y el Sol es un poco más mortecino que en nuestra época…

—Y entonces, la glaciación.

—Sí. Encendido y apagado, durante doscientos millones de años; en donde no puede haber fotosíntesis ahí durante millones de años. Es asombroso que la vida lisa y llanamente se hubiera podido mantener.

Los dos descendieron una vez más hacia el interior del vientre del océano, y pusieron su atención en el seguimiento del adn sobre una maraña indiferenciada de algas verdes: ahí, en alguna parte, estaba engarzada la extraordinaria célula, antecesora de todo ser humano que hubiera vivido jamás.

En la superficie, un pequeño cardumen de seres parecidos a medusas se desplazaba por las frías aguas azules. Más lejos, Bobby pudo detectar seres más complejos: frondas, bulbos, marañas en forma de colchón adheridas al fondo del mar o con flotación libre.

Bobby dijo:

—No me da la impresión de que *ésas* sean algas.

—¡Dios mío! —exclamó David—. Parecen ediacaranos: formas de vida multicelulares. Pero no está previsto que los ediacaranos evolucionen hasta dentro de un par de centenares de millones de años. Algo no está bien.

Retomaron su descenso. Los indicios de vida multicelular pronto se perdieron, a medida que la vida abandonaba lo que había

aprendido dolorosamente.

Mil millones de años más atrás y otra vez cayó la oscuridad como un martillazo.

—¿Más hielo? —preguntó Bobby.

—Creo que entiendo —dijo David con voz grave—, fue un impulso de evolución, un suceso temprano, algo que no reconocimos a partir del examen de los fósiles, un intento de la vida por desarrollarse más allá de la etapa unicelular. Pero está condenado a que lo borre del mapa la glaciación que avanzó de manera vertiginosa, y se perderá doscientos millones de años de progreso. ¡Maldición, maldición!

Cuando el hielo se despejó, otros cien millones de años más atrás, otra vez hubo indicios de formas más complejas, multicelulares, de vida hurgueteando en los colchones de algas. Otro falso comienzo, al que iba a eliminar la salvaje glaciación, y otra vez los hermanos se vieron forzados a observar cómo la vida desaparecía hasta llegar a sus formas más primitivas.

Mientras caían a través de los largos eones desprovistos de características, presenciaron por cinco veces más la glaciación global sobre el planeta, matando los océanos, arrebatando la existencia de todas las formas de vida, con excepción de las más primitivas que hubiera en los hábitat más marginales. Era un salvaje ciclo de retroalimentación que se iniciaba con cada intento de los organismos vivientes de emerger en las playas de aguas poco profundas en los litorales continentales.

David dijo:

—Es la tragedia de Sísifo. Según el mito, Sísifo estaba condenado por los dioses a llevar una roca hasta la cumbre de una montaña subiéndola por la ladera, nada más que para verla rodar hacia atrás una y otra vez. Del mismo modo, la vida lucha por lograr complejidad e importancia, y una y otra vez se la vuelve a aplastar hasta dejarla reducida a su nivel más primitivo. Es una serie de Ajenjos de hielo que se repite sin cesar. Quizás esos filósofos nihilistas tenían razón: quizás *esto* es todo lo que podemos esperar del universo, un implacable aplastamiento de la vida y del espíritu, porque el estado de equilibrio del cosmos es la muerte…

Bobby dijo con tono lúgubre:

—Tsiolkovski una vez llamó a la Tierra la cuna de la especie humana. Y eso es, de hecho es la cuna de la vida. Pero…

—Pero —dijo David— es una maldita cuna que aplasta a sus ocupantes. Por lo menos, *esto* no podría ocurrir ahora. No totalmente de esta manera, de todos modos. La vida desarrolló ciclos complejos de realimentación, que controlan el flujo de masa y energía a través de los sistemas de la Tierra. Siempre hemos creído que la Tierra viviente era una totalidad de belleza. No lo es. La vida tuvo que

aprender a defenderse del salvajismo geológico aleatorio del planeta.

Finalmente llegaron a un tiempo que estaba más profundo que cualquiera de las glaciaciones.

Esta joven Tierra tenía poco en común con el mundo en que se iba a convertir. El aire era visiblemente espeso, irrespirable, aplastante. No había colinas ni orillas, precipicios ni bosques. Una gran extensión del planeta parecía estar cubierta por un océano poco profundo sin continentes que lo dividan. El lecho marino era una corteza fina, resquebrajada y rota por ríos de lava que escaldaban los mares. Con frecuencia, gases espesos nublaban el planeta durante años. El proceso lo interrumpían los volcanes que se erguían por encima de la superficie y absorbían los gases llevándolos de vuelta hacia el interior.

Visto a través del espeso smog que se desplazaba, el Sol era una esfera fulgurante y feroz. La Luna era un enorme plato playo, y ya se podían reconocer sus rasgos actuales hoy conocidos.

Tanto la Luna como el Sol parecían correr por el cielo. Esta joven Tierra giraba con rapidez sobre su eje, frecuentemente hundiendo su superficie y su frágil cargamento de vida en la noche, mientras altísimas mareas barrían el castigado planeta.

Los antepasados que había en este sitio hostil no eran ambiciosos; generación tras generación de células sin características singulares vivían en enormes comunidades próximas a la superficie de aguas poco profundas. Cada comunidad empezaba como una masa de materia parecida a una esponja, que se habría de marchitar otra vez, estrato sobre estrato, hasta quedar una mancha única de verdor flotando en la superficie y deslizándose por el océano para fusionarse con alguna comunidad más antigua.

El cielo estaba muy ocupado, lleno de vida con el resplandor de meteoros gigantes que volvían al espacio profundo. Con frecuencia —con terrible frecuencia—, murallas de agua de varios kilómetros de altura corrían por todo el globo y convergían sobre una herida ardiente producida por el impacto desde el cual un asteroide o un cometa salían disparados hacia el espacio, iluminando brevemente el cielo lastimado antes de ir disminuyendo de tamaño en la oscuridad.

La violencia y lo frecuente de esos impactos parecía ir en aumento.

Y entonces, de manera repentina, la vida verde de los colchones de algas empezaba a emigrar por toda la superficie de los jóvenes y turbulentos océanos, arrastrando con ella a la cadena de antepasados, y también el punto de vista de Bobby. Las colonias de algas se fusionaban, volvían a desaparecer, se fusionaban, como si se hubieran estado consumiendo para regresar hacia un núcleo común.

Por fin se encontraron en un estanque aislado que se había

formado en la depresión de un cráter amplio y de un impacto profundo, como si se hubiera tratado de una luna inundada. Bobby vio montañas de bordes puntiagudos, un pico central corto y romo. El estanque era de un verde deslucido, ceniciento y, en alguna parte de su interior, las cadenas de antepasados continuaban su ciego trabajo incesante y esforzado de regreso a la Nada.

De pronto, la tintura verde se marchitó, reduciéndose a pequeñas manchas aisladas y la superficie del lago dentro del cráter quedó cubierta con una nueva clase de espuma flotante, una maraña espesa ligeramente marrón.

—…Oh —susurró David, como si estuviera conmocionado—. Acabamos de perder la clorofila: la capacidad de elaborar energía a partir de la luz solar. ¿Ves lo que sucedió? A esta comunidad de organismos se la aisló del resto mediante algún impacto o accidente geológico, quizás el evento que formó este cráter. Acá se acabaron los nutrientes. A los organismos se los obligó a mutar o morir.

—Y mutar, mutaron —dijo Bobby—. Porque si no…

—Si no, no *existiríamos*.

Se sucedió una ráfaga de violencia, un borroneo de movimientos, avasallador e irresuelto: quizás éste era el fenómeno violento, aislante, sobre el que David había teorizado.

Cuando hubo terminado, Bobby se encontró debajo del mar una vez más, contemplando una maraña de espesa espuma marrón que se aferraba a una chimenea de humo, difusamente iluminada por el fulgor interno de la Tierra.

—Entonces, se llegó a esto —dijo David como comprendiendo—. Nuestros antepasados en lo más profundo del tiempo eran comedores de rocas, termófilos o, quizás, hipertermófilos, es decir, adaptados a las más elevadas temperaturas. Consumían los minerales que esas chimeneas inyectaban en el agua: hierro, azufre, hidrógeno. Toscos, ineficaces, pero vigorosos. No precisaban luz ni oxígeno; ni siquiera material orgánico.

Ahora Bobby se hundió en la sombra total. Pasó a través de túneles y grietas, reducido, contraído, en la más completa oscuridad sólo quebrada por ocasionales destellos débiles en rojo.

—¿David? ¿Estás ahí todavía?

—Estoy aquí.

—¿Qué nos está pasando?

—Estamos pasando por debajo del lecho marino. Estamos emigrando a través de la roca basáltica porosa que hay allí. Toda la vida que hay en el planeta se está conglutinando, Bobby, volviendo a retraerse a lo largo de las cordilleras oceánicas y los lechos basálticos del fondo del mar, fusionándose hasta un único punto.

—¿Adonde? ¿*Adonde* estamos emigrando?

—Hacia la roca profunda, Bobby. A un punto que está un kilómetro abajo. Será el último sitio en el que la vida podrá esconderse. Toda la vida que hay sobre la Tierra proviene de este lugar situado en lo más profundo de la roca, un verdadero refugio.

—¿Y *de qué* —preguntó Bobby, sintiendo un presagio— se tuvo que proteger la vida?

—Temo que estamos próximos a averiguarlo.

David hizo que ambos se elevaran y flotaran en el aire pestilente de esta Tierra carente de vida.

La luz allí era mortecina y anaranjada, como el crepúsculo en una urbe con smog. El Sol debía de estar por encima del horizonte, pero Bobby no lo pudo localizar con precisión, ni a la gigantesca Luna. La atmósfera se podía palpar por lo espesa y aplastante. El océano se revolvía debajo de ella, era negro, en algunos lugares hervía y el fracturado lecho estaba bordado con fuego.

El cementerio está verdaderamente vacío ahora, pensó Bobby. Con la excepción de ese único refugio pequeño y hundido en lo profundo —y que contiene a mis antepasados más lejanos—, estas rocas jóvenes han entregado todos sus muertos encerrados entre los estratos.

Y ahora se estaba acumulando un manto de nubes negras, como si un dios impetuoso lo hubiera extendido por todo el cielo.

Comenzó entonces una lluvia invertida: desde la apretada superficie del océano surgían varillas de agua en dirección a las nubes, las que empezaban a expandirse.

Un siglo transcurrió, y la lluvia todavía rugía hacia lo alto saliendo del océano, sin reducir su ferocidad en lo más mínimo. En verdad, tan voluminosa era la lluvia que pronto los niveles del océano empezaron a descender de manera perceptible. Las nubes se engrosaron aún más y los océanos se achicaron, formando estanques aislados de salmuera en las cavidades más profundas de la superficie agrietada y azotada de la Tierra.

Este proceso llevó dos mil años. La lluvia no se detuvo hasta que los océanos hubieran regresado a las nubes y la tierra quedara seca.

Y la tierra empezó a fragmentarse más.

Pronto, las grietas con brillo incandescente que había en el suelo desnudo se ensancharon, se hicieron más brillantes, y la lava pulsaba y fluía. Finalmente sólo quedaron islas aisladas, astillas de roca que se contraían y fundían, y un nuevo océano cubrió como un manto la Tierra, un océano de roca fundida, de centenares de metros de profundidad.

Se sucedía una nueva lluvia invertida, una horrible tormenta de brillante roca fundida que saltaba hacia lo alto desde el suelo. Los corpúsculos de roca se unieron a las nubes de agua, por lo que la

atmósfera se convirtió en un infernal estrato de partículas de roca incandescente y vapor de agua.

—Increíble —gritó David—. La Tierra está reuniendo una atmósfera de vapor de roca de cuarenta o cincuenta kilómetros de espesor, que ejerce una presión superior en cien veces a la de nuestra atmósfera. La energía térmica que contiene es estupenda, la parte superior de las nubes del planeta debe estar refulgiendo. La Tierra está brillando convertida en una estrella de vapor de roca.

Pero la lluvia de roca estaba quitando el calor de la tierra golpeada, y con rapidez, en el lapso de unos meses, el suelo se había enfriado hasta alcanzar la solidificación. Por debajo de un cielo refulgente, se estaba volviendo a formar agua líquida, nuevos océanos conglutinándose a partir de las nubes que se enfriaban. Pero los océanos se formaban hirviendo, al estar la superficie en contacto con vapor de roca. Y entre los océanos, surgían montañas, que no se fundían, a partir de charcos de escoria.

Y ahora una pared de luz pasó velozmente frente a Bobby, arrastrando con ella un frente de nubes hirvientes y vapor, en una ráfaga de inimaginable violencia. Bobby lanzó un grito de terror…

David redujo la velocidad de descenso que llevaban en el tiempo. La Tierra se recuperó una vez más.

Los océanos, de un color negroazulado, estaban en calma. El cielo, vacío de nubes, era una cúpula verdosa. La Luna era perturbadoramente enorme, con su aspecto devastado, y la cara del Viejo que le era familiar a Bobby, aunque le faltaba el ojo derecho. Y había un segundo Sol, una fulgurante bola cuya luminosidad sobrepasaba la de la Luna con una cola que se extendía por el cielo.

—*Un cielo verde* —murmuró David—. Qué extraño. ¿Metano, quizá? ¿Pero cómo?…

—¿Qué demonios es *eso* ? —dijo Bobby.

—¡Oh! ¿Un cometa? Un verdadero monstruo. Del tamaño de asteroides actuales como Vesta o Palas; de unos quinientos kilómetros de anchura, quizá. Cien mil veces la masa del asesino de dinosaurios.

—El tamaño del Ajenjo.

—Sí. Recuerda que la Tierra en sí se formó por impactos, conglutinándose a partir de una andanada de planetesimales que estaban en órbita alrededor del Sol joven. El impacto más poderoso de todos probablemente fue la colisión con otro mundo joven que casi nos parte en dos.

—El impacto que formó la Luna.

—Después de eso la superficie se volvió relativamente estable; pero aún la Tierra estaba sometida a impactos inmensos, decenas o centenares de ellos en el lapso de unos pocos centenares de millones de años; un bombardeo cuya violencia ni siquiera podemos alcanzar a

imaginar. La tasa de impactos fue disminuyendo a medida que a los planetesimales restantes los iban absorbiendo los planetas, y hubo un período de tranquilidad y paz, de relativa inmovilidad, que duró unos centenares de millones de año. Y después *esto*. La Tierra tuvo la mala suerte de toparse con un gigante así en la etapa más tardía de este período de impactos. Y un impacto como *éste* era lo suficientemente intenso como para hacer hervir los océanos, hasta fundir las montañas.

—Pero sobrevivimos —señaló Bobby con tono sombrío.

—Sí. En nuestro nicho profundo, caliente.

Cayeron hacia adentro de la Tierra una vez más, y Bobby se encontró sumergido en la roca junto con sus antepasados más lejanos: una raspadura de microbios termófilos.

Esperó en la oscuridad, mientras incontables generaciones se iban soltando sucesivamente hacia atrás en el tiempo.

Entonces, en forma nebulosa, vio luz otra vez.

Estaba ascendiendo por alguna clase de columna hueca, como por un pozo, en dirección a un círculo de luz verde: el cielo de esta Tierra extraña, previa al bombardeo. El círculo se amplió hasta que Bobby se elevó a la luz.

Tuvo un poco de problemas para interpretar lo que vio a continuación.

Le parecía estar dentro de una caja de algún material vítreo. El antepasado tenía que estar aquí junto con él, una sola célula tosca entre millones que subsistían en este recipiente. La caja estaba colocada sobre una especie de pedestal y, desde aquí, Bobby pudo mirar por encima…

—¡Oh, Dios bendito! —exclamó David.

Era una ciudad.

Bobby vislumbró un archipiélago de pequeñas islas volcánicas que se alzaban desde el mar azul. Pero las islas estaban unidas por puentes anchos y planos. Sobre el suelo, paredes bajas señalaban formas geométricas como si fueran campos; pero éste no era un paisaje humano. Los campos parecían tener forma de distintas variaciones de hexágonos. Hasta había edificios, bajos y rectangulares, como hangares de avión. Bobby pudo discernir desplazamientos entre los edificios, una especie de tráfico; pero estaba demasiado lejos como para diferenciarlos.

Y entonces, algo se desplazó hacia él.

Parecía ser un trilobita, quizás. Un cuerpo bajo segmentado había centelleado bajo el cielo verde. Eran conjuntos de patas —¿seis u ocho?— que vibraban por el desplazamiento, con algo que parecía una cabeza en la parte anterior.

Una cabeza que con su boca sostenía una herramienta de metal

destellante.

La cabeza se levantó hacia Bobby, que trató de discernir los ojos de este ser imposible. Sentía como si pudiera extender la mano y tocar esa cara de quitina, y…

…y el mundo volvió bruscamente a la oscuridad.

Eran dos ancianos que habían pasado demasiado tiempo en la realidad virtual, y el Motor de Búsqueda los había echado. Bobby, endido en el suelo y algo atontado, pensó que el haber sido despedidos era probablemente una bendición.

Se puso de pie, se estiró y frotó sus ojos.

Anduvo a los tropezones por la Fábrica de Gusanos, una solidez y una suciedad que parecía irreal después del espectáculo de cuatro mil millones de años que acababa de soportar. Encontró un robot teleguiado que portaba café, ordenó dos tazas y sorbió sin respirar un trago de café caliente. Después, sintiéndose ya casi devuelto a su condición humana, se volvió a su hermano. Sostuvo el café hasta que David, con la boca abierta y los ojos vidriosos, se sentó y tomó la taza.

—Los sísifos —murmuró David con la voz seca.

—¿Qué?

—Así es como debemos llamarlos. Evolucionaron en la Tierra primitiva, en el intervalo de estabilidad que hubo entre los primeros y últimos bombardeos. Eran *diferentes* de nosotros… El cielo de metano. ¿Qué pudo haber querido decir eso? Quizás hasta su bioquímica era novedosa, basada en compuestos de azufre o con amoníaco como solvente, o… Y claro está —dijo agarrando el brazo de Bobby—, entiendes que debieron de haber tenido muy poco en común con los seres seleccionados para el refugio. El refugio de nuestros antepasados. No más que lo que tenemos con las exóticas flora y fauna que todavía se aferra a las chimeneas de lo profundo del mar. Pero *ellos*, los termófilos, nuestros antepasados, fueron la mejor esperanza para la supervivencia…

—David, espera un poco. ¿De qué estás hablando?

David lo miró, perplejo.

—¿Aún no entiendes? *¡Eran inteligentes!* Los sísifos. Pero estaban condenados. Lo vieron venir, ¿ves?

—El gran cometa.

—Exacto. Del mismo modo que podemos ver nuestro propio Ajenjo. Y sabían qué iba a provocar en su mundo: que los océanos hiervan, incluso que las rocas se fundan centenares de metros hacia abajo. Los viste. Su tecnología era primitiva. Eran una especie joven. No tenían manera de escapar del planeta o sobrevivir ellos mismos al impacto o desviar el objeto que haría impacto. Estaban condenados, no tenían a qué recurrir. Y, aun así, no sucumbieron a la desesperación.

—Enterraron el refugio, y lo hicieron con la profundidad suficiente como para que el pulso de calor no lo pudiera alcanzar.

—Sí. ¿Lo ves? Ellos trabajaron denodadamente para conservar la vida, o sea *nosotros*, Bobby; aun en medio de la catástrofe más grande que hubiese padecido el planeta.

"Y ése es nuestro destino, Bobby. Así como los sísifos conservaron su puñado de microbios termófilos para que sobrevivieran al impacto, así como esas marañas de algas y plantas marinas lucharon para llegar vivas a los salvajes episodios de glaciación, así como la vida compleja, al evolucionar y adaptarse, sobrevivió a las catástrofes posteriores de vulcanismo, impacto y accidentes geológicos; *así tenemos que hacerlo nosotros.* Incluso los Unificados, la nueva evolución de la mente, son parte de un solo hilo de unión que se remonta al origen de la vida misma.

Bobby sonrió.

—¿Recuerdas lo que Hiram solía decir? "No hay límites para lo que podemos lograr, si trabajamos juntos".

—Sí. Así es exactamente. Hiram no era tonto en absoluto.

Afectuosamente, Bobby tocó el hombro de su hermano.

—Pienso…

…y una vez más, sin advertencias, el mundo volvió a la oscuridad.

EPÍLOGO

—…¡Bobby, por favor despierta! ¡Bobby, ¿me puedes oír?!…

La voz le llegó desde muy lejos. Una voz de mujer. Oyó la voz, entendió las palabras, aun antes de que le volviera la sensación de su propio cuerpo.

Sus ojos estaban cerrados.

Estaba flotando acostado boca arriba sobre lo que sentía como un lecho profundo y suave. Se podía sentir los miembros, la suave pulsación del corazón, la dilatación que producía su respiración. Todo parecía normal.

Y, sin embargo, sabía que no lo era: algo andaba mal, tan sutilmente desviado como el cielo violeta del cretáceo.

Se sintió indescriptiblemente asustado.

Abrió los ojos.

La cara de una mujer flotaba delante de él: de rasgos finos, ojos azules, cabello rubio, algunas arrugas en los ojos; podría haber tenido cuarenta años, inclusive cincuenta. Aun así, la reconoció.

—*¿…Mary?*

¿Era su propia voz?

Alzó la mano: una muñeca huesuda sobresalió de una manga elaborada con alguna tela plateada. La mano tenía huesos delicados, los dedos eran finos y largos, como los de un pianista.

¿Era su propia mano?

Mary —si es que era Mary— se inclinó hacia adelante y le tomó la cara con las manos.

—Estás despierto. Gracias a Hiram por eso. ¿Me puedes entender?

—Sí. Sí, yo…

—¿Qué recuerdas?

—David. La Fábrica de Gusanos. Estábamos…

—Viajando. Sí. Bien, recuerdas. En su anastasis, David nos contó lo que habían visto.

Anastasis, pensó. Resurrección. Su miedo se intensificó.

Trató de sentarse. Ella lo ayudó, se sentía débil, liviano.

Estaba en una cámara de paredes lisas. Estaba oscuro. Un vano de puerta conducía hacia un corredor inundado de luz. Había una sola ventana pequeña, circular, revelaba una losa de azul y negro.

La Tierra azul. El cielo negro.

El aire de la Tierra estaba claro como un cristal. Sobre los océanos había un delicado entrecruzamiento de líneas plateadas, una especie de estructura a centenares de kilómetros por encima de la superficie. ¿Se hallaba él en órbita? No, la Tierra estaba rotando. Se hallaba en alguna especie de torre orbital, entonces.

Dios mío, pensó.

—¿Estoy muerto? ¿Me resucitaron, Mary?

Ella gruñó y se pasó la mano por entre el cabello suelto.

—David dijo que serías así. Preguntas, preguntas. —Su entonación era desmañada; la voz, seca, como si ella no hubiera estado acostumbrada a hablar en voz alta.

—¿Por qué fui traído de regreso?… Ah, el Ajenjo. ¿Ésa es la razón?

Mary frunció el entrecejo y, durante un breve lapso, pareció estar escuchando voces distantes.

—¿El Ajenjo?… quieres decir el cometa. *Eso* lo hicimos alejarse hace mucho tiempo —dijo ella con tono indiferente, como si se hubiera ahuyentado una polilla.

Perplejo, Bobby preguntó:

—¿Entonces, qué?

—Te puedo contar *cómo* llegaste aquí—repuso ella—. En cuanto al *porqué*, tendrás que deducirlo por ti mismo…

Sesenta años más habían transcurrido, se enteró Bobby.

Era la cámara Gusano, claro; ahora resultaba posible mirar hacia atrás en el tiempo y leer la secuencia completa de adn de un instante cualquiera de la vida de una persona. Y era posible descargar una copia de la mente de esa persona —haciendo que se volviera un ser Unificado durante un breve lapso, a través de años, de décadas inclusive— y, uniendo el cuerpo regenerado y la copia de la mente, restaurar a esa persona.

Traerla de vuelta de entre los muertos.

—Estabas muriendo —dijo Mary—. En ese instante te copiamos… aunque aún no lo sabías.

—Mi clonificación.

—Sí. El procedimiento todavía estaba en etapa experimental en la época de Hiram. Hubo problemas con tus telómeros —estructuras genéticas que controlan el envejecimiento de las células—. Tu deterioro fue rápido después de…

—Después de mi último retorno al pasado, en la Fábrica de Gusanos.

—Sí.

Qué extraño resultaba pensar que aun mientras le alcanzaba aquella última taza de café a David, su vida efectivamente había terminado, y lo que restaba de ella evidentemente no valía la pena vivirse.

Mary le tomó la mano. Cuando Bobby se puso de pie se sintió liviano, como si estuviera en un sueño, frágil. Recién entonces, Bobby advirtió que Mary estaba desnuda, pero que llevaba un patrón de implantes en la carne de sus brazos y vientre; los pechos parecían

moverse de manera extraña, lánguida, como si en este sitio la gravedad no fuera realmente tal.

Mary dijo:

—Hay tanto que tienes que aprender. Ahora tenemos lugar. La población de la Tierra es estable. Vivimos en Marte, las lunas de los planetas exteriores, y nos estamos dirigiendo hacia las estrellas. Se realizaron experimentos sobre descarga de mentes humanas dentro de la espuma cuántica.

—¿…Lugar para qué?

—Para la anastasis. Intentamos restaurar *todas* las almas humanas, retrotrayéndonos hasta el comienzo de la especie. Cada refugiado, cada niño abortado. Pretendemos corregir el pasado, derrotar la horrible tragedia de la muerte en un universo que puede durar decenas de miles de millones de años.

Qué maravilloso, pensó Bobby: cien mil millones de almas, restauradas como las hojas de un árbol en otoño. ¿Cómo *será*'?

—Pero —preguntó con lentitud—, ¿son la misma gente? ¿Yo soy *yo*? —Algunos filósofos argumentan que es posible. La Identidad de los Indiscernibles, de Leibniz, nos dice que tú eres *tú.* Pero…

—Pero no crees que sea así.

—No, lo lamento.

Bobby meditó sobre eso.

—Cuando hayamos revivido todos, ¿qué haremos después? Mary pareció estar perpleja por la pregunta. —Pues… cualquier cosa que queramos, por supuesto. —Tomó la mano de Bobby: —Ven, Kate está aguardando por ti. Tomados de la mano caminaron adentrándose en la luz.

PALABRAS FINALES

El concepto de “espectador que puede ver a través del tiempo”, si bien muy reverenciado, en ciencia ficción sólo se exploró de manera muy tangencial; quizá porque es mucho menos espectacular que el viaje a través del tiempo. Pero existieron varias obras notables sobre el tema, que van desde *The Vicarion* (1926), de Gardner Hunting, hasta *Pastwatch: The Redemption of Christopher Columbus* (1996), de Orson Scott Card. Uno de nosotros esbozó brevemente las consecuencias de ese concepto en obras anteriores *(El Fin de la Niñez*, 1953, *El Parásito*, 1953). Quizás el ejemplo más conocido, y el mejor sin dudas, es el clásico sobre el “espejo que atrasa” de Bob Shaw, que comparte nuestro título *(Analog*, agosto de 1966).

Hoy en día, la noción tiene los primeros tenues reflejos de admisibilidad científica, que le son otorgados por la física moderna; y la resonancia que tiene en nuestra propia época, rodeados cada vez más, como lo estamos, por los equipos de vigilancia y control permanentes.

El concepto de agujeros de gusano en el espacio-tiempo se describe bien en la obra de Kip Thorne, *Black Holes and Time Warps*: *Einstein's Ourageous Legacy* (W. W. Norton, 1994). La propuesta de que a los agujeros de gusano se los podría generar “comprimiendo el vacío” la expusieron David Hochberg y Thomas Kephart *(Physics Letters B*, volumen 268, 1991 páginas 377–383).

La muy especulativa, y esperamos que respetuosa, reconstrucción de la vida histórica de Jesucristo se extrajo en gran medida de la excelente biografía *Jesús*, de A. N. Wilson (Sinclair-Stevenson, 1992). Los autores expresan su agradecimiento por la ayuda con los pasajes sobre Abraham Lincoln, a Warren Alien Smith, corresponsal en Nueva York de *Gay and Lesbian Humanist (VK)*.

La idea de que a la Tierra primitiva la asolaron feroces episodios de glaciación la propuso Paul Hoffman, de la Universidad de Harvard, y sus compañeros de investigación (véase *Science*, volumen 281, 28 de agosto de 1998, páginas 1342). Y la noción de que las formas primitivas de vida pudieron haber sobrevivido al bombardeo de la Tierra en tiempos remotos buscando refugio en lo profundo del subsuelo se reconoce, por ejemplo, en *The Fifth Miracle*, de Paul Davies (Penguin, 1998).

También los autores quieren agradecer a Andy Sawyer, de la Science Fiction Foundation Collection, Biblioteca Sydney Jones, Universidad de Liverpool, por su ayuda con las investigaciones; y a Edward James, de la Universidad de Reading, y a Eric Brown por la lectura de los borradores del original. Cualesquiera errores u

omisiones son, claro está, nuestra responsabilidad exclusiva.

Por su naturaleza, este libro contiene gran cantidad de especulaciones sobre personajes y sucesos históricos. Parte de esas especulaciones está razonablemente bien fundada sobre fuentes históricas actuales; parte se halla en la algo más distante periferia de la teorización respetable; y parte es poco más que la propia imaginación desenfrenada de los autores. Como ejercicio para el lector dejamos que establezca por sí mismo cuál es cuál, adviniéndole de antemano que no es factible que se pueda demostrar que estamos equivocados hasta que se produzca la invención de la cámara Gusano.

notes

Notas

1

Tres. Dos. Uno. Encendido. En ruso en el original. *(N. del T.)*

2

Forma de dirigirse a una mujer sin señalar su estado civil (como sí ocurre con Miss, señorita o Mrs, señora). No hay equivalente en español, por lo que se conserva la forma en inglés. *(N. del T.)*

3

White Anglosaxon Protestant: Blanco/a, anglosajón/a y protestante. Sigla despectiva con la que las minorías de la sociedad estadounidense se refieren al tipo racial dominante que mantiene una férrea unión de clan entre ellos. *(N. del T.)*

4

Valija que contiene los códigos para disparar las armas termonucleares, en caso de guerra. *(N. del T.)*

5

Enmienda en la constitución de Estados Unidos que enumera los derechos de los procesados y, en particular, hace que sea nula la autoincriminación. *(N. del T.)*

6

En realidad, *Passover* quiere decir “el salto”: se refiere al hecho de que Dios “saltó” por encima de las casas de los hebreos para castigar a los primogénitos egipcios. Se conserva la denominación *Pascua* porque así se ha difundido el conocimiento de esta importante conmemoración judía de la liberación de la esclavitud. *(N. del T.)*